



Historia
de Santa Isabel
de Hungría

CO
DAD
CIÓN



DE NUEV
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

BX4700

. I7

M6

v. 2

c. 1

101642



1080024176



ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA

DE

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA.

TOMO II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



V
922
1



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS BARCELONA.

LIBRERÍA RELIGIOSA,

CALLE DE AVIÑÓ, NÚM. 20.

1891.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

HISTORIA
DE
SANTA ISABEL DE HUNGRIA,
DUQUESA DE TURINGIA
(1207-1231);

POR

EL CONDE DE MONTALEMBERT,
PAR DE FRANCIA.

TRADUCIDA, SEGUN LA SEPTIMA EDICION, AL CASTELLANO

POR

D. JOSÉ PUENTE Y VILLANUA.

Ab antiquo scriptis non contentus,
ipse quoque scripturæ incepti, non
ut scientiam meam, quæ pene nulla
est, proponerem, sed ut res abscon-
ditas, quæ in struæ veritatis latebant,
convellerem in lucem.

(GUILLEM. MARSUS. De Gest.
Reg. 4. II, Prolog.)

ARIBMOY A TOMBIRA

-2015-

ALBATRAVIA

TOMO II.

101642

Con aprobacion del Ordinario.



BX4700

•I7

M6

v. 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRERÍA RELIGIOSA

CALLE DE LA VILLA, 50

1081

DIRECCIÓN GENERAL DE
LIBRERÍA RELIGIOSA

CAPÍTULO XVI.

*De como el buen duque Luis murió en camino
para la Tierra Santa.*

Consummatus in brevi explevit tempora multa, placita enim erat. Deo anima filius: propter hoc properavit euenire illum de medio iniquitatum.

(Sap. iv, 13, 14).

En cuanto Luis perdió de vista á su querida y desolada Isabel, recobró la alegre y confiada energía que reinaba entre los afiliados en estas lejanas expediciones, así como aquel santo gozo que la fe saca del sentimiento de los sacrificios que se impone y de las victorias que obtiene ¹.

Llevaba el Duque consigo la flor de la caballería de sus Estados: á los cinco condes Luis de Wartbourg, Gunther de Kefernburg, Meinhard de Muhlberg, Enrique de Stolberg

¹ Perrexit Dominus exultans, ut gigas ad currendam viam... cum gaudio et iucunditate maxima. (Theod.).

009076

y Burkhard de Brandenburg; á su copero Rodolfo, señor de Varila; á su mariscal Enriqué, señor de Ebersberg; á su chambelan Enrique, señor de Fahnern; á su senescal Herman de Hosheim, y una multitud de otros barones y caballeros ¹. Peones llevaba pocos, por motivo, segun un cronista, de la gran distancia y lo pesado del viaje. Cinco sacerdotes, entre ellos el limosnero del Duque, Bertoldo, que escribió la vida de éste, iban encargados de celebrar los divinos oficios y administrar los Sacramentos y demás socorros espirituales á todos estos guerreros durante la expedicion.

Además de todos estos condes y señores, vasallos inmediatos suyos, llevaba el Duque consigo tambien, como jefe de los cruzados de toda la Alemania central, un número muy grande de caballeros de Suabia, Franconia, y las orillas del Rhin. Es notable entre ellos aquel conde Luis de Gleichen, tan famoso en Alemania por sus novelescas aventuras durante esta cruzada. Una tradicion sumamente arraigada y apoyada en multitud de pruebas históricas refiere que habiendo sido este Conde hecho pri-

¹ Los nombres de todos ellos, así como de los ya citados, los trae Rothe. Véase tambien á Justi.

sionero y trasladado á Egipto, recobró allí la libertad por manejos de la hija del Sultan, llamada Melechsala, la cual exigió del caballero palabra de tomarla por esposa, no obstante tener éste mujer legítima en Turingia, que era de la familia de los condes de Orlamunda. El caballero llevó á su libertadora primero á Roma, donde, segun se dice, obtuvo del Papa dispensa para este doble matrimonio; y desde allí á su castillo de Gleichen, donde ambas esposas vivieron en la union mas perfecta y cordial ¹.

En tan buena compañía emprendió Luis la jornada por en medio de la Franconia, la Suabia y la Baviera; atravesó los Alpes del Tirol, y pasando por la Lombardia y la Toscana, se dirigió á reunirse con el Emperador en Apulia, como lo verificó en la ciudad de Troja á fines de agosto de 1227. Ha-

¹ Esta historia, que ya una crónica del siglo XV califica de *historiam nominatissimam comitis de Gleichen*, ha sido asunto de numerosas controversias entre los sábios é historiadores de Alemania en los dos últimos siglos en pro y contra la realidad de este doble matrimonio. Puede verse en Justi la enumeración de todos ellos. En la catedral de Erfurth se ve el sepulcro de este Conde tendido entre sus dos mujeres. Las tradiciones francesas de la caballería refieren el mismo hecho de Gilles de Trazegnies.

bia juntado allí el Emperador un poderoso ejército, compuesto de cerca de sesenta mil hombres alistados bajo las banderas de la Cruz; y no obstante haberse ya declarado en su seno una enfermedad epidémica, todo estaba dispuesto para la partida, aunque por aquel motivo se iba retrasando el día del embarque. Como á pesar de su juventud ningún príncipe inspiraba tanta confianza al Emperador y á sus inferiores, el Landgrave tuvo con él una entrevista secreta en la isla de San Andrés para tratar con todo detenimiento sobre la dirección de la empresa. Á poco de esta conferencia los dos Príncipes se dieron á la vela en Brindis, habiendo antes implorado para su viaje la asistencia divina por medio de públicas rogativas y otras ceremonias religiosas. No bien estuvo el Duque á bordo, cuando se sintió atacado de una fiebre fría. Al cabo de tres días no pudiendo tampoco el Emperador soportar las molestias del mar, mandó hacer escala en Otranto ¹, donde se hallaba la Emperatriz ², y á donde también le

¹ También él cayó enfermo, ó fingió estarlo, y licenció su ejército, lo cual le trajo la excomunión de Gregorio IX.

² Yolanda de Brienne, que murió poco después.

siguió el Duque, no obstante que una gran parte de su gente continuara ya su ruta hacia Palestina. Con el respeto y ceremonia que siempre, hizo el Duque su visita á la Emperatriz; mas el mal que sufría redobló de modo su intensidad, que á duras penas le permitió volverse á bordo y meterse en cama; haciendo la enfermedad tan rápidos progresos que muy pronto disipó hasta la postreresperanza de salvación ¹. Apercibido antes que nadie el paciente de lo grave de su estado, dictó sin pérdida de tiempo su testamento, y mandó llamar al Patriarca de Jerusalem para que le administrase los santos Sacramentos. Vino este Prelado acompañado del Obispo de Santa Cruz, y le administró la Extremaunción, ante todo, según se estilaba en aquel tiempo ²: luego el enfermo, habiendo confesado sus culpas con grande humildad y contrición, recibió en presencia de todos sus caballeros, colocados

¹ Muchos historiadores dicen que sobre el Emperador recayeron sospechas vehementes de haber hecho envenenar al Landgrave; pero cuesta trabajo creerlo, pues no parece tener fundamento sospecha tal, atendida la íntima y confidencial alianza que entre ambos personajes existía.

² En aquella época, antes que el santo Viático, se recibía siempre la Extremaunción. (*Rothe*).

al rededor del lecho, el Pan de los fuertes con fervorosa devocion y la expresion de la fe mas viva.

Ni en la relacion de su limosnero, testigo de sus últimos momentos, ni en otro alguno de los historiadores que posteriormente los refirieron, hay cosa alguna de que pueda inferirse que el santo y valiente caballero sintiera que el mas leve disgusto de dejar esta vida. Ni aquella juventud en flor que la tumba iba á tragarse; ni el recuerdo de aquella patria que no le veía rendir el postrer suspiro; ni las dulzuras y grandezas de aquel poder tan noblemente usado; ni los deudos; ni aquellos queridos hijos apenas por él conocidos; ni aun la misma Isabel, aquella Isabel á quien profesaba un amor tan tierno, tan fiel, tan único y solo; ninguno en fin de todos estos bienes parece que fueron parte en lo mas mínimo para detener por un solo instante el vuelo de aquella alma ansiosa de remontarse al cielo. Antes bien lo que se infiere es, que tenia ansia de morir; y dominado exclusivamente por el sentimiento de la dicha de hallar la muerte bajo las banderas de Cristo, á su servicio y sueldo por decirlo así, aquel corazon no daba entrada á ningun recuer-

do ni afecto puramente terreno. Habiendo vivido para Dios y en Dios únicamente, le parecia una cosa enteramente natural el morir á la hora señalada por Dios y en el puesto en que Dios le colocara, recibiendo por tanto sin murmurar, como obediente y fiel soldado, la señal que le llamaba antes de terminarse el combate. ¿Cómo este momento de absoluta é irreparable separacion no arranca ni un suspiro ni una lágrima á aquel Príncipe que tan abundante llanto vertiera el separarse, solo por breve plazo, de su amada familia; á quien tan mortales angustias costara el arrancarse poco há de los brazos de una esposa á la que podia esperar abrazar de nuevo bien pronto? Nada tiene de extraño: lloró y gimió mucho cuando iba á alejarse de ella en la tierra; mas ahora, en la puerta del cielo, esta imagen querida no podia presentársele sino en el seno de los goces futuros de una eternidad feliz.

Así fue que únicamente se ciñó en aquellos momentos á encargar á sus caballeros que fueran á anunciar su muerte á Isabel, haciéndole entrega de aquella sortija que le enseñara al tiempo de partirse para Tierra Santa, y diciéndole ciertas palabras que no nos han sido conservadas por los

cronistas. Suplicóles también en nombre de Dios y de la Virgen, que si tenían la dicha de sobrevivir á su santa empresa, cuidaran de conducir sus huesos á Turingia y de darles sepultura en la abadía de Reinhartsbrunn, donde tenia él escogida su sepultura, y que nunca le olvidaran en sus oraciones. Poco antes de espirar vió una bandada de blancas palomas que, llenando el aposento, revoloteaban al redentor del lecho: «¡Ved, dijo, ved esas palomas mas blancas que la nieve!» Creyeron los circunstantes que deliraba; y un poco despues dijo el Príncipe: «Es menester que yo emprenda «mi vuelo con todas estas hermosas palomas.» Y diciendo esto durmió en el Señor, dejando esta vida mortal para entrar en la patria eterna, y tomar su asiento entre los caballeros de Dios ¹, tres dias despues de

¹ «Videtisne columbas has super nivem candidas?» Ipsum fantasiis decipi putaverunt. Et ille post paululum iterum dixit eis: «Oportet me cum «columbis istis splendidissimis evolare.» Quo dicto, in pace obdormiens, vir christianissimus pro Christi nomine exsul et peregrinus, Christi cruce signatus à peregrinatione vitæ præsentis rediens ad patriam, ad Dominum emigravit. (*Theod.*). — En las Horas francesas de la edad media se llaman con frecuencia los Ángeles, *caballeros, amigos de Dios.*

la Natividad de la santa Virgen ¹, á la edad de veinte y siete años recién cumplidos.

Apenas espiró el Príncipe, vió su limosnero Bertoldo las palomas, de que hablara aquel poco antes, volando hácia el Oriente; siguiólas largo rato con la vista, y no le pareció extraño que el Espíritu Santo, así como habia bajado sobre el Hijo de Dios en forma de paloma, hubiera ahora enviado Ángeles bajo esta cándida y hermosa apariencia, para buscar y conducir á la presencia de la eterna Justicia aquella tierna alma que, durante su mortal peregrinacion, habia conservado la inocencia y candor de una paloma ². El semblante del Duque difunto, ya tan bello en vida, pareció realzado de hermosura nueva despues de inmovilizado por la muerte; no se

¹ 11 de setiembre de 1227.

² Vidit easdem columbas ad orientem evolare, quas diurno intuitu sequebatur. Spiritus Sanctus qui à, etc... ipse in candidissimis columbis angelicos spiritus misit, qui columbinum innocentis viri spiritum deducerent, etc. (*Theod. ex Berthold. l. c.*). — Sabida es la leyenda de san Policarpo que fue quemado vivo: su sangre sofocó las llamas; y de las cenizas se vió salir una blanca paloma que voló hácia el cielo. También sucedió lo mismo en la hoguera de Juana de Arco.

² HIST. STA. ISABEL. — TOM. II.

podía sin admirarla contemplar aquella expresión de fe satisfecha, de dulce paz, de inefable gozo, impresa en aquellas mejillas, pálidas con esa placidez de la muerte de tan profundo y puro encanto.

Horrible fue el dolor de cuantos vieron á aquel que debía ser su capitán en jornada tan peligrosa, morir así entre sus brazos en la flor de la juventud y del valor; y aun más vivo todavía el de aquellos sus vasallos ó hermanos de armas que habiéndosele adelantado en el camino para Palestina, no tuvieron la triste dicha de presenciar sus últimos instantes, y recoger su postrer aliento. Así que, cuando en medio de los mares supieron la infáusta nueva, llenaron los aires con sus agudos gritos de dolor, y resonaron en las olas sus prolongados gemidos: «¡Ay, amado señor! decían; ¡ay, amado caballero y valiente campeón! ¡cómo de esta suerte nos dejais en tierra «extraña desterrados! ¡Desdichados de nosotros que en vos hemos perdido la lum-
«bre de los ojos, el capitán de nuestra em-
«presa, la esperanza del retorno á nuestra
«patria !!»

¹ Factus et ploratus et ululatus multus, ut mare concussum tremere videbatur à vocibus plangen-

Y estas cosas diciendo, luego volvieron proas. De concierto con los compañeros que habían quedado en tierra, juraron todos solemnemente ejecutar la postrera voluntad de su amadísimo Príncipe, si lograban salvarse de los peligros de la cruzada. Entre tanto celebraron con pompa las exequias del Príncipe, y dieron cuidadosa sepultura á su cadáver, poniéndose después nuevamente en camino para cumplir su voto.

tium clamore miserabili. O heu! inquit, Domine, heu! inclyte, quomodo à te in terra aliena exsules derelicti sumus! Quomodo te amisimus, lumen oculorum nostrorum, duces peregrinationis nostrae, spem reversionis nostrae? Vae nobis! (*Theod.*)

CAPÍTULO XVII.

De como la amada santa Isabel supo la muerte de su marido; y de la grande angustia y tribulacion que por ella tuvo.

Quo mihi avulsus es? quo mihi raptus á manibus, homo unanims, homo secundum cor meum? Amavimus nos in vita: quomodo in morte sumus separati?... Omnino opus mortis, horrendum divortium. Quis enim tam suavi vinculo mutui nostri non pepercisset amoris, nisi totius suavitalis inimica mors?

(S. Bern. *in Cant.* serm. XXVI).

Flebat igitur irremediabilibus lacrymis.

(*Tob. x.*, 41).

Largo y difícil camino tenían que hacer los caballeros comisionados por el duque Luis, al morir, para llevar á Turingia aquella infausta nueva; y la fúnebre embajada, poniendo plomo en los piés mas que espuelas al deseo, no era á propósito para acelerar la marcha: hasta entradas del invierno no llegaron al término del viaje. Habia dado á luz la jóven Duquesa en este intervalo el cuarto fruto de su matrimo-

nio, que fue una niña llamada Gertrudis; y hallándose aun convaleciente de su apuro, no pudo dar audiencia, luego de llegados, á los portadores de la triste nueva. Hubieron éstos, pues, de comunicarla á la Duquesa madre y á los jóvenes príncipes Conrado y Enrique, enterándoles de la cruel y no esperada pérdida que acababan de sufrir. En medio de la consternacion universal que la noticia produjo en la familia y en el pueblo del ilustre finado, tuvieron cuenta algunas personas piadosas y prudentes del efecto que iba á causar en el corazon de la jóven madre, que era viuda y aun no lo sabia. La misma Sofia, revestida de un corazon de madre para con aquella á quien su hijo tanto habia amado, dió las órdenes mas severas y escrupulosas á fin de que nadie cometiera la imprudencia de dejar sospechar siquiera á Isabel la desgracia con que el cielo la heria, y tomó todas las precauciones necesarias para que estas órdenes se cumplieran á la letra. Mas al fin, pasado tiempo bastante despues del parto de la Duquesa, fue preciso noticiar á la tierna y fiel esposa la gran tribulacion con que el Señor se dignaba visitarla. Tomando á su cargo la duquesa Sofia tan ter-

CAPÍTULO XVII.

De como la amada santa Isabel supo la muerte de su marido; y de la grande angustia y tribulacion que por ella tuvo.

Quo mihi avulsus es? quo mihi raptus á manibus, homo unanims, homo secundum cor meum? Amavimus nos in vita: quomodo in morte sumus separati?... Omnino opus mortis, horrendum divortium. Quis enim tam suavi vinculo mutui nostri non pepercisset amoris, nisi totius suavitalis inimica mors?

(S. Bern. in Cant. serm. XXVI).

Flebat igitur irremediabilibus lacrymis.

(Tob. x, 41).

Largo y difícil camino tenían que hacer los caballeros comisionados por el duque Luis, al morir, para llevar á Turingia aquella infausta nueva; y la fúnebre embajada, poniendo plomo en los piés mas que espuelas al deseo, no era á propósito para acelerar la marcha: hasta entradas del invierno no llegaron al término del viaje. Habia dado á luz la jóven Duquesa en este intervalo el cuarto fruto de su matrimo-

nio, que fue una niña llamada Gertrudis; y hallándose aun convaleciente de su apuro, no pudo dar audiencia, luego de llegados, á los portadores de la triste nueva. Hubieron éstos, pues, de comunicarla á la Duquesa madre y á los jóvenes príncipes Conrado y Enrique, enterándoles de la cruel y no esperada pérdida que acababan de sufrir. En medio de la consternacion universal que la noticia produjo en la familia y en el pueblo del ilustre finado, tuvieron cuenta algunas personas piadosas y prudentes del efecto que iba á causar en el corazon de la jóven madre, que era viuda y aun no lo sabia. La misma Sofia, revestida de un corazon de madre para con aquella á quien su hijo tanto habia amado, dió las órdenes mas severas y escrupulosas á fin de que nadie cometiera la imprudencia de dejar sospechar siquiera á Isabel la desgracia con que el cielo la heria, y tomó todas las precauciones necesarias para que estas órdenes se cumplieran á la letra. Mas al fin, pasado tiempo bastante despues del parto de la Duquesa, fue preciso noticiar á la tierna y fiel esposa la gran tribulacion con que el Señor se dignaba visitarla. Tomando á su cargo la duquesa Sofia tan ter-

rible comision ¹, entróse en el cuarto de su nuera llevando consigo á muchas señoras discretas y nobles que la acompañaron en aquel lance. Isabel recibió la visita con afectuoso respeto; y bien ajena del objeto á que iba dirigida, hizo que toda aquella noble compañía tomara asiento al rededor de la camilla en que estaba recostada. Hecho así, dijo la duquesa Sofia: «Armaos de valor, carísima hija, y no os dejéis turbar por las cosas que han sucedido á vuestro marido é hijo mio, pues así es la voluntad de Dios, á la cual bien sabeis vos que él estaba enteramente sometido.» Viendo á su madre hablar en aquel tono sosegado y con los ojos enjutos, Isabel no creyó fuese tan grande la desgracia ocurrida; y figurándose que la nueva era estar

¹ Segun otra version, adoptada por muchos cronistas, la piedra del anillo, que Luis al partir dejó á Isabel, saltando del engaste á la misma hora en que Luis espiraba, fue el primer aviso que la Duquesa tuvo de su desgracia. — Todavía hoy en casa del príncipe de Solms en el castillo de Braunsfels, cerca de Wetzelar, se enseña un anillo de la pertenencia de nuestra Santa que contiene un granate partido por medio. Segun la tradicion de aquel contorno esta fue la piedra que se partió al morir el marido de Isabel.

el Duque prisionero en poder de los enemigos, respondió: «Si mi hermano es cautivo, pronto con la ayuda de Dios y de nuestros amigos le pondremos en rescate. «Cierta estoy de que mi padre ha de tomar tambien la mano en ello, y yo estaré luego consolada.» Mas la duquesa Sofia respondió luego: «O amada hija, tened paciencia y tomad esta sortija que os envia; pues por nuestra desdicha ya es muerto. «—¡Ah señora! exclamó Isabel, ¿qué estais diciendo? — Ha muerto, sí;» repitió la madre. Al oír esto Isabel se puso pálida primero, y luego encarnada como la grana; despues dejando caer los brazos sobre sus rodillas y juntando convulsivamente ambas manos, exclamó con voz ahogada: «¡Ah Dios mio! ¡Señor, Dios mio! ¡murió para mí el mundo todo! ¡el mundo entero con todas sus delicias!» Trastornada, fuera de sí con la fuerza del dolor, dejó de improviso el asiento, y corriendo con toda su fuerza á lo largo de los salones y pasadizos del castillo, decia con acento desgarrador: «¡Ha muerto, ha muerto, ha muerto!» Y así continuó corriendo desatentada hasta dar contra una pared del comedor, contra la cual se quedó pegada é inundada en lá-

grimas. La duquesa Sofia ayudada de las otras señoras, viéndola en aquel estado que parecia como loca, pudo separarla de la pared á que estaba abrazada ¹, le hizo tomar asiento, y trató de consolarla. Mas ella rompió en amargo llanto y violentos sollozos, y decia con palabras entrecortadas: «Ahora todo lo perdí, todo; hermano querido, amado de mi corazon, bueno y piadoso esposo mio, has muerto tú, y ¿me dejas en la miseria! ¿Qué haré yo ¿sin tí, pobre viuda abandonada, infeliz y desdichada mujer? ¡Oh Dios poderoso, camparo de las viudas y huérfanos, consoladme! ¡oh Jesús mio, socorred á esta débil infortunada mujer!»

Entre tanto vinieron sus doncellas y trataron de llevarla en brazos á su aposento, y ella se dejó conducir desfallecida y vacilante; mas en cuanto llegó, se dejó caer en tierra pegando su rostro contra el suelo. De allí la levantaron, y ella tornó de nuevo á sus lloros y doloridas quejas. Lloraba tambien la Duquesa madre dando rienda suel-

¹ Repente surgens cum fletu celeri gressu longitudinem palatii cum impetu pertransiit. Extra se namque posita mente usquequaque perecurrisset, nisi, paries obstitisset cui adhaeserat. (*Theod.*)

ta á su dolor y mezclando sus lágrimas con las de la afligida nuera, y lloraban no menos las damas y doncellas viendo tan triste y lamentable escena. Á ejemplo suyo la casa ducal toda, la poblacion entera de aquel castillo de Wartbourg, donde Luis habia pasado casi toda su breve vida, soltó los diques al dolor inmenso hasta entonces reprimido por miramiento al delicado estado de la pobre viuda; no teniendo escasa parte la honda angustia en que ahora la veian sumergida, en la impresion producida por la pérdida de tan excelente y amado señor y soberano ¹. Por espacio de ocho dias no se vió ni oyó en aquella residencia sino lágrimas, gemidos y alaridos de dolor. En nada templaba la afliccion de Isabel tan general y plena simpatia, ni ningun otro consuelo; era aquello una desesperacion sin lenitivo. Y sin embargo, á su lado habia, dice su piadoso historiador ², un consolador omnipotente, el Espíritu

¹ Fluebant oculi omnium et madebant lacrymis super interitu viri tam amabilis, et compassione relictæ uxoris tam miserabilis. (*Theod.*)

² Aderat tamen qui pupillum suscipit et viduarum consolator internus, Spiritus Sanctus... (*Theod.*)

Santo, padre de las viudas, de los huérfanos, de todos los corazones despedazados; el cual, proporcionando las pruebas con las fuerzas, queria colmarla de gracias poniendo un sello á aquel dolor.

Efectivamente; esta amada Santa, á quien en el seno de una union verdaderamente cristiana hemos contemplado favorecida por el cielo y regalada con las dulzuras de la dicha mas rica de esta vida, vedla que á la edad de veinte años se queda viuda; de enamorada y amada esposa, pasa de improviso á sufrir la suprema prueba de la soledad del corazon. El divino Señor de su alma no estaba satisfecho con haberla iniciado desde la niñez en los trabajos de la vida, la calumnia y persecucion de los malos: Isabel no perdió ni un momento su confianza en él. Habíala hecho pasar despues por la tentacion del brillo seductor de las grandezas de la opulencia y el mando, los homenajes halagüeños de una brillante corte de caballeros, los íntimos goces y la pura felicidad de la vida conyugal: mas en medio de toda esta dicha, el primer pensamiento de su corazon fue siempre el pensamiento del cielo: la idea dominante en su vida, la de endulzar

las miserias de su prójimos abandonados, víctimas del dolor y sufrimientos. Nada de esto llenaba todavía la medida de las exigencias del amor divino: antes de entrar en el goce de la felicidad celeste, Isabel, consuelo de tantas miserias, será á su vez la mas miserable y abandonada de todas las criaturas; ni á sus ojos brillará el tesoro de la vida eterna, hasta que ella muera mil veces cada dia al mundo y á los bienes todos de la vida mundana. De aquí en adelante y hasta que exhale el último aliento, tempestades sin fin azotarán esta frágil planta; mas por un maravilloso favor, de fácil inteligencia para los amigos de Dios, en vez de troncharse ó doblegarse marchita contra la tierra, se irgue mas lozana, se descoge con ufania para chupar el rocío del cielo y reflorecer con sin par esplendor y brillo. La pérdida de un esposo tan tierno, la ruina súbita de union tan santa y feliz pudo por un dia hundir en el abismo de la desesperacion á este corazon predestinado; pero muy luego vendrán nuevas y mas duras pruebas á infundirle y traerle de nuevo toda su fuerza, toda su calma, todo su ardor invencible. Traspasada de parte á parte por la herida de un amor mortal, ha

sucumbido por un momento; mas no tardará en levantarse, y entonces su corazón será ceñido por ella con una cadena de amor celeste, que asida al trono del Altísimo, no podrá ser rota ni aun aflojada por ninguna cosa del mundo. A medida que vaya acercándose al término de su carrera, el tranquilo valor de las precedentes luchas será en cierto modo reemplazado por la exaltación de las victorias nuevas; su corazón será animado por el presentimiento y el instinto del triunfo.

CAPÍTULO XVIII.

Que la amada santa Isabel fue con sus pequeños hijos echada del castillo y reducida á extrema miseria; y de la grande ingratitude y crueldad de los hombres para con ella.

Vidi lacrymas innocentium,
et neminem consolatorem.

(Eccles. iv).

Paupercula, tempestate convulsa,
absque ulla consolatione.

(Isai. ii).

Egentes, angustiati, afflicti,
quibus dignus non erat mundus.

(Hebr. xi, 37, 38).

Al principiar con el año vigésimo de la edad de Isabel esta segunda parte de su vida, no puedo menos de advertir al corto número de lectores que me hayan seguido hasta aquí, que para en adelante han de renunciar al escaso atractivo puramente humano y á la exterioridad de historia entretenida que tal vez hayan encontrado en lo que hasta ahora llevo referido. La jóven y cándida esposa, ocupada en confundir, segun la inocente ternura de su alma, el culto del Padre celestial con las mas dul-

sucumbido por un momento; mas no tardará en levantarse, y entonces su corazón será ceñido por ella con una cadena de amor celeste, que asida al trono del Altísimo, no podrá ser rota ni aun aflojada por ninguna cosa del mundo. A medida que vaya acercándose al término de su carrera, el tranquilo valor de las precedentes luchas será en cierto modo reemplazado por la exaltación de las victorias nuevas; su corazón será animado por el presentimiento y el instinto del triunfo.

CAPÍTULO XVIII.

Que la amada santa Isabel fue con sus pequeños hijos echada del castillo y reducida á extrema miseria; y de la grande ingratitude y crueldad de los hombres para con ella.

Vidi lacrymas innocentium,
et neminem consolatorem.

(Eccles. iv).

Paupercula, tempestate convulsa,
absque ulla consolatione.

(Isai. ii).

Egentes, angustiati, afflicti,
quibus dignus non erat mundus.

(Hebr. xi, 37, 38).

Al principiar con el año vigésimo de la edad de Isabel esta segunda parte de su vida, no puedo menos de advertir al corto número de lectores que me hayan seguido hasta aquí, que para en adelante han de renunciar al escaso atractivo puramente humano y á la exterioridad de historia entretenida que tal vez hayan encontrado en lo que hasta ahora llevo referido. La jóven y cándida esposa, ocupada en confundir, segun la inocente ternura de su alma, el culto del Padre celestial con las mas dul-

ces afecciones de la tierra, va ahora á ser reemplazada por la penitente entregada á toda la grandeza de la vida ascética, lanzándose fuera de los ordinarios caminos abiertos á la piedad de los fieles, desarraigando de su vida y rompiendo en su corazon todo cuanto habia podido tomar lugar en él al lado de Dios: de aquí para adelante ya no veremos sino la viuda cristiana levantada á su poder mas alto, cada vez mas desasida y desapropiada de sí misma, y colocada por último en un grado de abnegacion y mortificacion que repugna á mas no poder con la inteligencia y el corazon, tales como nos los ha dado la naturaleza; y que para ser comprendido y gustado exige á la vez toda la fuerza y todo el abandono de una fe pura y sin mezcla.

Poco duradera y eficaz debia ser aquella compasion de que vimos rodeada á Isabel en los primeros momentos de su duelo; pues en breve la persecucion é ingratitud juntaron sus amarguras al dolor de aquel corazon ulcerado. Mientras abismada en este dolor en nada se cuidaba del gobierno que de derecho le correspondia por el fallecimiento de su esposo y la menor edad del hijo heredero, todavía niño, suscitá-

ronse contra ella de nuevo enemistades y odios antiguos, y se aprovecharon de esta ocasion que se les presentaba para abrumar y postrar de todo punto á la que Dios ya habia visitado con prueba tan dura, y para enconar la herida que el Señor fuera servido de hacerla ¹. Tenia, segun vimos ya, el duque difunto Luis dos hermanos segundos Enrique y Conrado, jóvenes que se habian dejado coger en las redes de hombres extraños á todo sentimiento de justicia y honor, los cuales habian encaminado la iniquidad de sus consejos principalmente al fin de seducir al landgrave Enrique, dice Raspon, envolviéndole, so color de mirar por sus intereses, en una cobarde conspiracion contra su cuñada. Hicieronle ver que conforme á la antigua ley del país de Turingia el principado todo entero debia permanecer indiviso en la persona del hijo mayor de la familia soberana, único que debia casarse; pues si los segundos querian tomar esposa podian á lo mas obtener en dotacion algunos dominios, pero descendiendo del estado de principes

¹ Percussam à Deo persecuti sunt, et super dolorem vulnere eius addentes... (*Theod. ex Psalm.*).

á la clase de meros condes y á la de vasallos perpétuos del primogénito; que por tanto á él, Enrique, le importaba en gran manera apoderarse sin pérdida de tiempo de la autoridad soberana y derechos del primogénito de la casa sin hacer caso del hijo del duque Luis, Hermann, y luego casarse él para que el país y la soberanía recayeran en su línea. Á lo que parece no osaron completar sus consejos dando tambien al Príncipe el de atentar contra la vida del legítimo heredero; pero, sí, le estrecharon á que expulsase la viuda y los hijos, incluso el pequeño Hermann, no solo de la residencia soberana de Wartbourg, sino tambien de Eisenach y demás posesiones soberanas. Y en caso, añadían, de que el niño viviera, debía darse por muy contento si cuando llegara á ser hombre le daba su tío uno ó dos castillos por toda dotacion. Pero mientras tanto urgía mucho alejarle, y para ello echar de allí á la madre, á la desmanotada y mogigata Isabel.

Tuvo Enrique la desgracia de dar oídos á tan cobardes é injustos proyectos. Huyeron de su corazón, dice el viejo poeta, la equidad y el honor, y declaró la guerra á

la viuda y al huérfano á quienes habia jurado proteger. El otro hermano mas joven, Conrado, se dejó tambien seducir: y entonces, apoyados en este doble consentimiento, aquellos traidores cortesanos corrieron presurosos á notificar á Isabel la voluntad del nuevo Soberano. Habiéndola encontrado en compañía de la Duquesa madre, llorando juntas su comun quebranto, principiaron por llenar de injurias á la duquesa Isabel, echándole en cara el haber arruinado el país prodigando y malgastando las rentas del Estado, engañando y deshonorando á su marido; y luego le hicieron saber que en castigo de sus delitos quedaba desde entonces despojada de todos sus bienes, y la requerian á nombre del nuevo soberano Enrique para que en aquel mismo punto saliera del castillo. Asombrada Isabel con aquel mensaje y con tales insultos, trató de ablandar tanta grosería, suplicando á los mensajeros le concedieran un plazo para pensar en ello. Indignada la duquesa Sofia al ver tamaña brutalidad, tomó entre los brazos á su nuera, exclamando: «Nadie la sacará de aquí, ¡ni la arrancará de mi lado. ¿Dónde están mis hijos? quiero hablarles.» Pero los emi-

sarios respondieron: «No: ha de salir, y en «este mismo instante.» Y como llevaran su osadía hasta llegarse á las dos señoras á separarlas por fuerza, la duquesa Sofia, viendo que era inútil toda resistencia, quiso á lo menos acompañar á Isabel hasta la puerta exterior del castillo. Ni siquiera consintieron aquellos hombres que la Soberana destronada llevara consigo cosa alguna la mas pequeña, excepto sus hijos que se hallaban en el patio con dos de sus doncellas, que debian ser expulsadas con ella, y que nos han conservado la relacion de esta dolorosa escena. Al llegar á la puerta del castillo la duquesa Sofia abrazó de nuevo á Isabel: lloraba la infeliz y no tenia fuerzas para desasirse de los brazos de la madre de aquellas pobres criaturas condenadas á correr tan triste como inmerecida suerte; y la vista de aquel cuadro desgarrador le traia á la memoria la pérdida del hijo, y redoblaba su indignacion y su angustia. De nuevo instó y volvió á rogar muchas veces que le permitieran ver y hablar á sus hijos, esperando obtenerlo, á fuerza de pedirlo, de la dureza de aquellos hombres. Pero ellos le respondieron que los hijos no se hallaban por

allí; y así era la verdad, pues de propósito les habian hecho ocultarse durante la ejecucion de aquel bárbaro mandato, ni ellos tuvieran valor para resistirse á las lágrimas y ruegos de la madre, ni para ser testigos de la cruel suerte á que condenaban á su inocente cuñada. Por último Sofia, despues de haber tenido largo rato abrazada á su hija y llorado con amargura mezclando sus lágrimas con las de Isabel, no pudiendo mas con aquel dolor aguzado por la vergüenza de la traicion de los hijos, como dice un cronista, dejó marchar á su nuera y se entregó á los extremos de una afliccion violenta. Las puertas de aquel castillo, donde tantos años reinara como soberana, se cerraron tras la pobre desterrada; y de toda aquella corte, donde en verdad faltaban los mas notables caballeros, ausentes á la sazón con motivo de la cruzada, ni uno solo salió á cumplir con la primera de las leyes de la caballería, y ofrecer asilo y socorro á la viuda y á los huérfanos. Por el áspero y escarpado sendero que conducia á la ciudad, sola, á pié y llorando, bajaba la hija de reyes trayendo en brazos la niña que pocos dias antes habia parido; los otros tres niños eran conduci-

dos por las doncellas que la seguian ¹. Era invierno y el frio apretaba mucho ². Habiendo llegado al pié de la montaña, se dirigió la desterrada á la ciudad de Eisenach. En aquella ciudad, que en otro tiempo habia ella inundado con su caridad, la esperaban tambien corazones no menos desapiadados; pues si el Duque habia tenido la crueldad de mandar pregonar en ella, que incurririan en su soberana indignacion todos y cualesquiera que en sus casas acogiesen á la duquesa Isabel ó á sus hijos, los habitantes la tuvieron aun mayor y mas repugnante, obedeciendo órden tan inhumana; pudiendo en ellos mas que las leyes de la humanidad, compasion y justicia, el deseo de tener propicio al nuevo Soberano, y tal vez tambien la conciencia de recibidos favores que es un peso insoportable para las almas innobles y bajas. En vano la infortunada Princesa rodeada de sus hijos llamó una tras otra á todas las puertas, y

¹ Las pinturas antiguas de Marbourg la representan de esta manera. No obstante observa Mr. Stædtler con razon que segun los *Dicta IV Ancill.*, parece que los niños no le fueron llevados hasta el siguiente dia á la iglesia donde tomó asilo.

² A principios del año 1228.

en particular á las de las personas que creyera ella le eran mas afectas: nadie atendió ni á su voz ni á sus lágrimas. Entróse, por fin, en una miserable taberna cuyo dueño no quiso ó no pudo negarle la entrada, visto que ella manifestó la resolucion de aprovecharse del derecho que le daba la calidad de sitio público para permanecer allí: «Me despojaron, dijo, de todo cuanto «tenia ¹; no me resta sino rogar á Dios!» El hostelero le señaló, para que ella y los suyos pasaran la noche, una casucha donde tenia hacinados los utensilios de su oficio; y como en el mismo sitio guardaba tambien los puercos, hizolos salir de allí, y que cedieran el sitio á la Duquesa de Turingia, princesa real de Hungria! Cual si humillacion tan extraña hubiera devuelto á su corazon la calma de repente, apenas se vió sola en el inmundo albergue, sus lágrimas se enjugaron y todo su ser quedó penetrado de una sobrenatural alegría; en cuyo estado permaneció hasta que oyendo á media noche tocar á Maitines en un convento de Franciscanos fundado por ella en vida de su marido, se encaminó al momento á la iglesia, asistió en ella á los oficios,

¹ Rutebeuf.

y rogó á los religiosos que dijesen el *Te Deum* cantado para dar gracias al Señor por las grandes tribulaciones que se dignaba enviarle ¹. Y desde aquel momento la piedad fervorosa, la sumision absoluta á la voluntad divina, la santa alegría del alma cristiana sujeta á las pruebas del Padre celestial, y aquel antiguo amor suyo á la pobreza evangélica, recobraron en su alma todo su imperio para no perderlo ya nunca. Postrada al pié de los altares mientras en medio de las tinieblas de aquella noche terrible subia á los cielos el eco de aquel canto de alegría tan incomprensible para el mundo, edificaba á sus fieles doncellas con el fervor y humildad de los transportes de su alma hácia Dios. Dábale gracias en voz alta de verse allí pobre y desposeida de todas las cosas, como él se habia dignado verse en el pesebre de Belen: «Señor,

¹ Mansit cum magna iucunditate spiritus... Media vero nocte surgens, ad matutinas fratrum minorum..., rogans eos ut hymnum decantarent angelicum: Te Deum laudamus, in tribulationibus suis glorians, et gratias agens Deo. (*Theod.*).— Estaba este convento situado en la plaza de Eisenach, en el sitio donde hoy se ve el antiguo palacio de los duques, la torre campanil, y el jardin de Charlottenburgo.

«decia, hágase, como debe ser, vuestra voluntad! Ayer era yo duquesa y tenia muchos castillos; hoy pido limosna y nadie me da asilo. Si cuando fui soberana hubiérais yo, Señor, servido mejor de lo que lo hice, y hubiera por amor vuestro dado mas limosna á los pobres, ahora podria felicitar me por ello: por desgracia no fue así!» Mas luego nuevos dolores afligian su corazon al ver á sus pobres hijos transidos de hambre y de frio: «¡Bien merecido tengo pasar esto por ellos, pecadora de mí, y bien me duele de mi culpa! Nacieron principes y princesas estas criaturas, ¡y ahora tienen hambre y carecen hasta de unas pajas para acostarse! Por causa de ellos tengo yo el corazon traspasado de angustia; que por mí, Vos sabéis, ó Dios mio, que soy indigna de que me hayais elegido para la gracia de la pobreza!»

Sentándose despues pasó en compañía de los suyos en esta iglesia el resto de la noche y una parte del dia siguiente, hasta que lo intenso del frio y el hambre de que se quejaban los niños la obligaron á salir en busca de algun alimento y techo. Uno y otro buscó en vano por largo tiempo, recorriendo las calles de aquella ciudad don-

de tantos y tantos habian sido cuidados, curados y enriquecidos por ella: al fin un sacerdote, pobrisimo tambien, tuvo compasion de aquella santa y régia miseria; y despreciando la cólera del landgrave Enrique, ofreció su humilde habitacion á la viuda y á los huérfanos de su difunto Soberano. Aceptada con reconocimiento esta caridad por Isabel, el huésped les preparó á todos lechos de paja, y en lo demás hizo lo que le permitió su pobreza; mas para lograr algunos miserables alimentos hubo necesidad de empeñar algunos objetos de valor escaso, que sin duda traia puestas la Duquesa cuando la echaron del castillo de Warthourg. Obstinados en perseguirla encarnizados sus enemigos, tan luego como supieron que su víctima encontrara un asilo, le intimaron la orden de ir á alojarse en casa de uno de los señores de la corte que mas odio la tenia, y que poseia en Eisenach una vasta vivienda con espaciosas dependencias. Este hombre tuvo la desvergüenza de señalarle por habitacion un estrecho reducto donde la encerró con los niños y las doncellas, tratándola con indigna groseria y negándose á darle de comer y con que calentarse; su mujer y criados imi-

taron tan bárbaro ejemplo ¹. En aquel indigno lugar pasó la noche Isabel, siempre desolada por ver sufrir á sus hijos atormentados por el hambre y el frio ². Al dia siguiente no quiso permanecer por mas tiempo en aquel inhospitalario albergue, diciendo al abandonarle: «Benditas seais, padres que me habeis amparado como padre; disteis en esta noche contra la lluvia y el viento! Quisiera con todo mi corazon dar gracias á vuestro dueño; mas en verdad no sé de qué darlas.»

Desde allí se volvió de nuevo al innoble asilo que hallara en la taberna donde pasó la primera noche, pues era el único que sus enemigos le permitian usar en paz. Por lo demás, la mayor parte del dia y aun de la noche la pasaba en las iglesias. «De aquí á lo menos, decia, nadie se atreverá á echarme, porque es la casa de Dios y Dios es en ella mi único huésped.» Pero la miseria á que se veia reducida le

¹ Quidam aemulus eius habitationem habens in qua multae structurae et habitacula plurima.... Quo cum iussa intrasset in arcto loco, compulsus est cum tota sua familia... Cui hospes et hospita eiusque familia... hostilitatis multa gravamina intulerunt. (Theod.)

² El monje Roberto. Mss.

preparaba un sacrificio mas duro para su corazon que todos los anteriores sacrificios. Isabel, que tantos huérfanos habia recogido, y alimentado tantos niños abandonados; la que tan singular complacencia tenia en los tiempos de su grandeza en derramar con preferencia sobre estos seres los tesoros de su misericordia; la que fuera con ellos tan tierna y cariñosa madre, va ahora á pasar por el amargo trance de verse precisada á separarse de sus propios hijos por no condenarlos á que sufran en la tierna edad la desnudez y la miseria; ella misma tiene que privarse del último humano consuelo que le resta ¹. Personas de toda confianza, cuyos nombres calla la historia, sabedoras de la infeliz situacion á que se veia reducida, propusieron á Isabel el encargarse ellas de recoger aquellas tiernas criaturas; y la madre, so pena de ver todos los dias á sus hijos expuestos á carecer del alimento necesario que ella no podia asegurarles, tuvo que acceder á la

¹ O stupenda et inscrutabilis Dei compensatio! Quae solebat pauperum parvulos ut mater nutrire et tanquam nutrix reficere, nunc pressa inopia, parvulos uteri sui... compulsam est á se propter alimoniam elongare. (*Theod.*).

propuesta. Mas lo que, segun un historiador contemporáneo, la decidió principalmente á dar este paso, fue el temor de pecar contra el amor divino á fuerza de ver padecer á unos seres con tal ardor amados por ella, pues amaba á sus hijos, dice el mismo, hasta rayar en exceso. Quitáronle, pues, los hijos, que fueron ocultados en parajes lejanos y separados entre sí. Tranquila sobre la suerte de ellos, Isabel se conformó tanto mas con la suya propia; y como ya tenia empeñados todos los objetos de algun valor que conservara en su poder, determinó de ganarse, hilando, su pobre y frágil comida. Aun en medio de tal abismo de pobreza, nunca perdió el hábito de aliviar miserias ajenas; así es que de sus po-brisimascomidas siempre quitaba algo para partir con los pobres que hallaba al paso.

Tan heróica paciencia é incontrastable dulzura llegaron á calmar, segun parece, el furor de sus poderosos perseguidores; mas no lograron inspirar sentimientos de compasion y gratitud en el corazon de los habitantes de Eisenach. Las historias que con tal individualidad puntualizan estas tiernas circunstancias, no solo no hacen mérito de ningun rasgo de simpatia y com-

pasion hácia la Santa de parte de estas gentes, sino que parece mas bien enseñarnos cuán cierto es que la ingratitud, lo mismo que las demás inclinaciones bajas del alma humana, necesita para sofocar el grito de los recuerdos y remordimientos añadir nuevos excesos á los primeros yerros. Habia por este tiempo en Eisenach, entre otras, una vieja pordiosera, objeto por mucho tiempo de la generosidad y esmerados cuidados de Isabel, hoy mendiga tambien como ella. Al atravesar cierto dia nuestra Santa un arroyuelo cenagoso que todavía corre por una de las calles de Eisenach ¹, y sobre el cual habia colocadas unas piedras para hacer pié al pasarle ², tropezó con esta vieja que, emparejando con ella al poner el pié sobre dichas piedras, no quiso cederle el paso, y además de un brusco empellon, la derribó cuan larga era en medio de aquel cenagal inmundó. Y añadiendo la irrisión á este rasgo de brutal in-

¹ Este arroyo se llama en las historias antiguas *rivus Coriarorum*, y sirve hoy todavía á los zurra- dores y tintoreros con el nombre de *Lobersbaeh*.

² *Pro luti profunditate lapides erant transcuntibus collocati... vetula impegit proterva in mansuetam... Corruit ergo in lutum Dei famula omnino cum vestibus omnibus inquinata. (Theod.).*

gratitud, le dijo gritando: «Bien empleado «te está! No quisiste vivir como duquesa «cuando lo eras; ahora andas pobre y ar- «rojada por el lodo: álcete de ahí quien «quiera, que no he de ser yo por vida mia.» Siempre mansa y dulce Isabel, se levantó como mejor pudo, y riendo á carcajadas de su propia caída, dijo: «Vaya esto por el «oro y joyas que llevé en otro tiempo.» Y luego, llena de resignacion y de pura alegría, fuese á lavar sus ropas manchadas de lodo en una fuente inmediata, y su alma paciente en la sangre del Cordero ¹. Al llegar á este punto de su historia, exclama

¹ *Lavit cum gaudio vestes suas sordidas in flumine, et animam vero patientem in Agni sanguine. (Theod.).* Manuscrito antiguo citado por Justi, p. 81. Este suceso, cuidadosamente conservado por la tradicion popular, parece haber llamado vivamente la atencion de la posteridad protestante misma. Efectivamente; en el siglo XVI ó XVII en el sitio mismo en que cayó la Santa en el arroyo se alzó una columna adornada con dos largas y ridículas inscripciones al gusto clásico, en las que se compara la Santa á las Gracias!

Tres inter divas Charites, nymphasque sorores,
En l quartum tenet hoc Elisabetha locum,
Etc., etc.

En 1738 existia aun esta columna. (Paullini, *Ann. Isenac.*, pág. 39.)

un cándido y devoto monje, á quien ya cité otra vez, con tierna compasion: «¡Oh «mi pobre amada santa Isabel! mucho mas «que á tí misma me duele á mí tu miseria; «y siento en mi indignado pecho una jus- «ta cólera contra esos hombres ingratos é «incompasivos, á quienes tú perdonabas «de todo corazon! ¡Que no me hubiera yo «encontrado allí para darte posada á tí y á «los tuyos con la mejor voluntad del mun- «do! ¡cuán amantes cuidados me tomara «yo por tí, y cómo acudiera á todos tus me- «nesteres! ¡Que á lo menos sea aceptable «á tus ojos este mi buen deseo; y cuando «en aquel dia terrible comparezca yo, solo «y abandonado de todos, en la presencia «de Dios, tenga la dicha de verte llegar á «mí y recibirme en las mansiones eternas!»

CAPÍTULO XIX.

Que el misericordiosísimo Jesús consoló á la amada santa Isabel, y la dulcísima y clementísima Virgen vino á instruir la y fortalecerla.

Ego, ego ipse consolabor vos.
(Isai. LI, 12).

Et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.
(Apoc. VIII, 17).

En medio de tantas tribulaciones Isabel no olvidó un punto que eran enviadas por la mano de Dios: léjos de dar entrada en su pecho á sentimientos de impaciencia y de queja, su única ocupacion era la oracion y todas las prácticas piadosas que con generosidad tan maternal ofrece la Iglesia á las almas afligidas; buscando sin cesar en estos ejercicios al Señor á quien no tardó en encontrar. El Señor vino á ella con toda la ternura de un padre, dispuesto á mudar en inefables consuelos aquellas pruebas tan noblemente aceptadas y sufridas. El que prometió *enjuagar cada una de las lágrimas* de sus escogidos, no podia echar en

un cándido y devoto monje, á quien ya cité otra vez, con tierna compasion: «¡Oh «mi pobre amada santa Isabel! mucho mas «que á tí misma me duele á mí tu miseria; «y siento en mi indignado pecho una jus- «ta cólera contra esos hombres ingratos é «incompasivos, á quienes tú perdonabas «de todo corazon! ¡Que no me hubiera yo «encontrado allí para darte posada á tí y á «los tuyos con la mejor voluntad del mun- «do! ¡cuán amantes cuidados me tomara «yo por tí, y cómo acudiera á todos tus me- «nesteres! ¡Que á lo menos sea aceptable «á tus ojos este mi buen deseo; y cuando «en aquel dia terrible comparezca yo, solo «y abandonado de todos, en la presencia «de Dios, tenga la dicha de verte llegar á «mí y recibirme en las mansiones eternas!»

CAPÍTULO XIX.

Que el misericordiosísimo Jesús consoló á la amada santa Isabel, y la dulcísima y clementísima Virgen vino á instruir la y fortalecerla.

Ego, ego ipse consolabor vos.
(Isai. LI, 12).

Et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.
(Apoc. VIII, 17).

En medio de tantas tribulaciones Isabel no olvidó un punto que eran enviadas por la mano de Dios: léjos de dar entrada en su pecho á sentimientos de impaciencia y de queja, su única ocupacion era la oracion y todas las prácticas piadosas que con generosidad tan maternal ofrece la Iglesia á las almas afligidas; buscando sin cesar en estos ejercicios al Señor á quien no tardó en encontrar. El Señor vino á ella con toda la ternura de un padre, dispuesto á mudar en inefables consuelos aquellas pruebas tan noblemente aceptadas y sufridas. El que prometió *enjuagar cada una de las lágrimas* de sus escogidos, no podia echar en

olvido á su humilde sierva, á quien veía prosternada en su presencia bajo el peso de todos los dolores que pueden abrumar el alma de un mortal. No solamente enjugó las lágrimas de su sierva, sino que le abrió los ojos, y le permitió penetrar de antemano con su mirada en las regiones de eterna luz donde ya tenia señalado su asiento.

Mientras oraba de dia y de noche postrada junto al altar, su alma fue recreada y refrigerada con visiones beatíficas y frecuentes revelaciones de la gloria y misericordia del cielo. Isentrudis, la mas querida de sus doncellas, que nunca se apartaba de ella, y habia querido ser su compañera en la miseria como lo fuera en el esplendor y prosperidad, ha referido á los jueces eclesiásticos todos los pormenores acerca de estas maravillosas consolaciones del cielo, segun los conservaba en la memoria. Observaba, dice, muchas veces que su señora caía en una especie de éxtasis, de que al principio ella misma no sabia darse cuenta. Sobre todo en un dia de Cuaresma, habiendo la Duquesa ido á oír misa, y hallándose arrodillada en la iglesia, cayó de improviso de espaldas contra la pared y

permaneció así por largo rato absorta y como levantada sobre la vida temporal en una contemplacion profunda, con los ojos inmóviles y fijos en el altar hasta despues de la comunión. Cuando volvió en sí, llevaba pintada en el semblante una imponderable dicha. Isentrudis, que no habia perdido uno solo de estos movimientos, la suplicó, en cuanto tuvo ocasion de hacerlo, se dignara revelar le la vision que sin duda ninguna tuvo entonces. Isabel muy alegre contestó: «No puedo referir á los hombres lo que el Señor se ha dignado revelarme; pero no quiero ocultarte que mi alma ha sido inundada en la mas pura y dulce alegría, y que el Señor me permitió ver con los ojos del alma secretos admirables.»

Concluida la misa, se volvió para su misero albergue, tomó un alimento ligero, y sintiéndose abrumada por la debilidad y la fatiga, se tendió sobre un banco enfrente de la ventana con la cabeza apoyada en el pecho de Isentrudis. Creyó ésta que la Duquesa se hallaba algo indispuesta y queria dormir; pero observó que permaneciendo en la misma postura, tenia los ojos abiertos y miraba fijamente al cielo al través de

la ventana abierta ¹. Notó luego que se animaba su semblante, reflejándose en él una serenidad celestial y una honda y suprema alegría, así como en los labios un dulce y tierno sonreír ². Mas de allí á poco cerró los ojos, de los cuales salían arroyos de lágrimas ³; luego volvió á abrirlos y á mostrarse de nuevo alegre y risueña ⁴, y pronto otra vez llorosa; y en esta disposición continuó hasta la hora de Completas, siempre con la cabeza apoyada sobre el corazón de su amiga, y presentando las mismas alternativas de gozo y tristeza; solo que parecía la alegría superior siempre al sentimiento opuesto ⁵, y mas duradera. Hacia

¹ Cum ad illud suum humile de ecclesia redisset hospitium, permodicum valde sumpsit cibum. Post cibum debilis valde erat, erumpente sudore, in sinum Ysentrudis, tanquam ad quiescendum, se repit. (*Ibid.*).—Oculos defixos habebat versus fenestras apertas. (*Dict. IV Ancill.*).

² Serenata facie, magnaue hilaritate circumfusa dulcis in eius ore risus apparuit et iucundus. (*Theod.*).

³ Clausit oculos, fluebantque, tanquam rivi, ex ipsis lacrymae infinitae. (*Ibid.*).

⁴ Interveniente morula, apertis oculis laetus apparuit vultus ut prius, et in ore risus. (*Ibid.*).

⁵ Fletum clausis oculis et risum ipsis apertis alternando usque ad horam completorii. (*Ibid.*). Sed multo plus immorans iucunditati. (*Dict. IV Ancill.*).

el fin de este silencioso éxtasis, exclamó con acento de inefable ternura ¹: «Ciertamente, Señor, que si Vos quereis ser conmigo, yo quiero tambien ser con Vos, y «nunca jamás separarme de Vos.» Á los pocos instantes volvió en sí, é instada por Isentrudis á que explicase cómo era lo de haber unas veces llorado y otras reído, y qué significaban aquellas palabras que pronunciara; Isabel, siempre llena de humildad, trató todavía de ocultar los favores que habia recibido de Dios: pero cediendo al fin á las súplicas de aquella compañera que tanta fidelidad le tenia, y á quien ella amaba tanto: «He visto, dijo, los cielos «entreabiertos, y el misericordiosísimo Je-«sús, mi Señor, se ha dignado bajarse has-«ta mí, y consolarme en las grandes tribu-«laciones que padezco ². Me ha hablado con «imponderable dulzura; me ha llamado su «hermana y amiga: me ha hecho ver á su «amadisima madre María, y tambien á su

¹ In haec affectuosa verba prorupit... (*Theod.*). —Ita, Domine, si tu vis esse mecum, etc. (*Dict. IV Ancill.*).

² Dilectae dilectricis precibus respondit: «Vidi coelum apertum, et Dominum meum Iesum dulcissimum inclinantem se ad me, et consolatum me de variis angustiis meis et tribulationibus...» (*Theod.*).

«amadísimos apóstol san Juan, que estaba
«con él. Al ver á mi divino Salvador, de-
«bió ser cuando me mostré alegre y risue-
«ña; y los lloros eran cuando al verle reti-
«rar á veces su rostro de mí, gemía yo
«pensando en la pobreza de mis mereci-
«mientos para conseguir contemplarle por
«mas tiempo. Mas él, compadecido de mí,
«todavía una vez mas se dignó dirigirme
«su celestial mirada, y me dijo: *Isabel, si
«tú quieres ser mía, yo quiero ser tuyo tam-
«bien, y nunca separarme de tí. Y yo res-
«pondí al punto: Sí, sí, Señor, quiero ser
«vuestra, serlo para siempre, no apartar-
«me jamás de Vos, dichosa ó desgracia-
«da* ¹.» Y desde entonces estas divinas pa-
labras se grabaron en su corazón á modo
de caracteres de llamas, ilustrando su alma
con celestiales resplandores. Este pacto
sagrado y union afectuosa é íntima con
Jesús, Dios de paz, padre de los pobres y
desdichados ², fue para ella como el tér-

¹ Qui misertus mei iterum vultum suum serenissimum ad me convertit, etc. (*Theod.*).—Cornelio Alápide cita esta vision de santa Isabel en el comentario sobre los Hechos apostólicos.

² Iesus, Deus pacis... pater pauperum... (*Lectanias*).

mino de su viudez, y cual nuevo é indisoluble desposorio con un esposo inmortal ¹.

Por lo demás, no fue esta la única vez que plugo al Señor darle muestras sensibles de su tierna y vigilante solicitud. Un día en que estuvo expuesta á sufrir de sus perseguidores una afrenta, no sabemos de qué especie, pero sí tan cruel que pudo trastornar á aquella alma, por lo comun tan mansa y resignada, buscó un refugio en la oración, pidiendo fervorosamente y con muchas lágrimas por todos los que la habian insultado, rogando al Señor se dignase enviarles tantos beneficios cuantas eran las injurias que de ellos recibiera ². Fatigada por lo intenso de su oracion, oyó una voz que decia: «Nunca oracion hiciste tan grata para mí, como esta que ahora me diriges, y que ha penetrado hasta el fondo de mi corazón. Por ella te perdono todos los pecados que cometiste du-

¹ O felix et firma pactio el fida desponsatio! (*Theod.*).—De esta manera la iniciaba Dios en ese estado del alma, que los místicos llaman la vida de union.

² Instantissime cum lacrymis rogare coepit... Ut pro qualibet iniuria unum gaudium rependere Deus dignaretur. (*Mss. Bolland. Bruzel.*).

«rante toda tu vida.» Y la voz se puso á enumerar todos estos pecados, diciendo: «Te perdono tal y tal pecado¹.» Admirada Isabel, preguntó: «¿Quién sois Vos que así «me habláis?» Y la voz respondió: «Yo soy «aquel á cuyos piés se arrodilló María Magdalena en casa de Simon el leproso.» Mas adelante, desconsolada de no tener á su lado á su confesor ordinario, el Señor la designó por confesor al Santo que ella prefiriera en la infancia, y al cual siempre habia amado tanto, san Juan Evangelista. Aparecióse á ella el Apóstol del amor; y con él se confesó la Santa con tal puntualidad, decia ella, y tan gran confusion de sus faltas, cual nunca sintiera hasta entonces á los piés de ningun sacerdote: recibió igualmente una penitencia, y fueron tan tiernas y eficaces las exhortaciones que oyó de boca del Apóstol, que los males y achaques del cuerpo le parecieron tan aliviados como las llagas del alma.

Permitióle tambien el Salvador penetrar,

¹ Nunquam ullas orationes fecisti sic mihi gratas sicut istae fuerunt... Penetraverunt istae ad intima cordis mei. Quapropter ego parco omnibus peccatis tuis quae fecisti vel dixisti toto tempore vitae tuae. Et dinumerans omnia peccata sua, dicebat: Ego parco tui peccato tuo, etc. (*Ibid.*).

por medio de contemplaciones vivas y frecuentes, hasta los mas pequeños pormenores de su Pasion dolorosa. Por ejemplo: hallándose cierto dia orando con fervor, vió interiormente abrirse ante ella una mano resplandeciente de blancura y de luz, pero sumamente flaca, los dedos muy estirados y lacios, y en medio de la palma una cicatriz profunda: por esta última señal conoció ser la mano de Cristo la que veia, y admirándose de que estuviera tan descarnada y flaca, oyó al punto que la voz conocida le respondia: «Está de tal manera, porque de noche desfalecí por la oracion y la vigilia, y de dia por mis correcciones al través de campiñas y ciudades predicando el reino de Dios.» Y como en otra ocasion viera tambien cuajada y turbia la sangre que brotara del costado abierto de Jesús, y se admirara de no ver ya esta sangre ni líquida ni pura; la misma voz le explicó, como era efecto del quebrantamiento de los miembros divinos, y de los atroces dolores que sufriera el Hijo de Dios al ver su cuerpo colgado en el madero.

Producian todas estas maravillosas visiones en el corazon tierno de Isabel un grandísimo dolor de sus culpas, cuya ex-

piacion tantos tormentos habia costado á la soberana Victima. Un dia que este pensamiento le hizo derramar lágrimas abundantes, vió aparecérsese el divino Consolador que le decia así: «Deja de atormentarte, porque todos tus pecados te fueron ya perdonados; de todos ellos pagué yo la pena en todos mis miembros y partes de mi ser por donde tú hayas podido ofender á tu Criador. Sabe, que estás limpia de todo pecado¹.—Pues si de tal manera es, respondió Isabel, ¿cómo no puedo dejar de ofenderos?—Todavía, le contestaron, no te santifiqué hasta el punto de que no puedas ya pecar; pero te di la gracia de amarme de tal suerte, que prefieras morir á pecar².»

La humilde y delicada alma de Isabel,

¹ Die quadam dum peccata sua amarissime flet, apparuit ei consolator Iesus... Noli, carissima filia, amplius angustiari, quia omnia peccata sunt tibi dimissa. Ego enim in omnibus membris et locis et partibus fui afflictus in quibus offendisti Creatorem tuum. (*Ibid.*).

² Si, inquit, ita sanctificata sum, quare non possum cessare vos offendere?... Non te sanctificavi quod peccare non posses, sed ratione gratiae quam dedi tibi, qua me tam diligis ut mori magis eligas quam peccare. (*Ibid.*).

léjos de entregarse á una excesiva confianza en vista de tan insignes favores de su Dios, sacaba de ellos un nuevo motivo de humildad y de desprecio de sí misma, de desconfianza en sus propias fuerzas, y de exagerarse su propia indignidad. Mientras hollaba con firmeza las pruebas exteriores y las persecuciones tan crueles de que era objeto poco há, en los escrúpulos y terrores de su humildad hallaba manantial abundante de amargura. Pero velaba Dios por el tesoro de aquella vida y aquel corazón, á él tan exclusiva y generosamente ofrecidos y entregados; y como si hubiera querido hacer que su sierva gustara uno tras otro de todos los consuelos que son la herencia de sus hijos predilectos; cual si quisiera traerla á sí y unirselo con lazos los mas dulces y poderosos á la vez, la curacion de esta jóven alma abrumada de languidez, enferma y desolada por un exceso amor, amor cuyo exceso mismo la arrastraba á cometer algunas faltas contra la fe y la esperanza¹, fue encomendada por él

¹ Fácil es comprender que ni Dios, que era su objeto amado, la arrastraba á cometer tales faltas, ni ella las cometia con plena deliberacion. Dios á nadie puede arrastrar á pecado alguno, por leve

al cuidado de aquella á quien todos los dias llamamos los Católicos salud de los enfermos, consuelo de los afligidos. De allí en adelante fue la Reina del cielo la mediana de todas las gracias y luces que plugo al divino Hijo derramar sobre aquella esposa suya, destinada para él y escogida desde la cuna. Tuvo María para nuestra Isabel las mismas bondades que habia dispensado á santa Brigida y otros Santos ilustres en la memoria de los cristianos, apareciéndose á ella muchas veces á fin de instruirla, alumbrarla y fortalecerla en los caminos á que por Dios habia sido llama-

que sea, y un alma tan amada de Dios y tan prendada de él no le ofende deliberadamente. Cualquiera comprenderá tambien que esas *faltas*, á mas de ser de pura fragilidad, serian sumamente ligeras; y que si el amor de Isabel para con Dios se llama excesivo, no es que lo *fuere* absolutamente, pues siendo Dios digno de un amor infinito, jamás podemos amarle con demasia. Solo se le llama excesivo con relacion al corazon del hombre mientras vive, pues alguna vez llegan en los Santos hasta tal punto sus ardores, que su limitado corazon no es ya susceptible de contener su extension é intension, segun exclamaba con frecuencia la fervorosísima amante del Señor, santa Magdalena de Pazzis: *O amor, te amplius ferre non possum...* (Nota del Traductor).

da. Aquella que siempre llama la Iglesia *madre, soberana, guía y señora de todos los hombres*¹, no se desdeñaba de guiar todos y cada uno de los pasos de aquella jóven y humilde amiga de su Hijo. En los anales de la Orden franciscana², y principalmente en la preciosa coleccion de documentos reunidos por los sábios Jesuitas de Bélgica³ con objeto de la obra llamada *Acta*

¹ Patrocinio Virginis sanctissimae implorato, quae omnium mater est, domina, dux et magistra... (Breve de Gregorio XVI al Obispo de Rennes, de 3 de octubre de 1833).

² Lucas Wadding, *Ann. Minor.*, t. II, pág. 169, segun Mariano Florentino. Tambien san Buenaventura, *Medit. vitae Christi*.

³ Los trabajos de los Bolandistas, dados á la estampa, no llegan, como es sabido, mas que hasta mediados de octubre; pero hay preparados y puestos en órden una multitud de extractos y documentos sobre la historia de los Santos de cada dia hasta fin del año. Esta coleccion existe hoy en la biblioteca de Borgoña, en Bruselas. Los relativos á santa Isabel, reunidos por los Padres que viajaron *ad hoc* por diferentes conventos de Alemania á fines del siglo XVII, llenan los dos tercios de un tomo en folio comprensivo de diferentes documentos sobre los Santos del 19 de noviembre. Los pasajes que voy á citar los he visto allí bajo el epígrafe: *Revelationes Beatae Mariae factae Elisabeth, filiae regis Hungariae*. Una nota que no me fue posible descii-

Sanctorum, se encuentra la relacion detallada de estos sagrados coloquios, recogida conforme á las declaraciones y manifestaciones de la misma Isabel; y merced á tan preciosos documentos podemos admirar de léjos la dulce familiaridad y maternal solicitud con que María se asociaba á todas las emociones y crisis de que se veia agitado aquel corazon tierno y escrupuloso en demasia, siendo su auxiliadora en estas anteriores luchas, tan frecuentes en todas las almas predestinadas. Por esto emprendo sin temor, si bien compendiosamente, la relacion de estos interesantes y tiernos pormenores, animado por la confianza y piadosa admiracion que sin duda excitarán en todos los corazones verdaderamente católicos.

frar, indica el convento en que fue hallado el manuscrito; pero la comparacion de las letras me inclina á creer fue copiado y enviado por el P. Wilman, quien transmitió otras muchas piezas del tomo desde Wetzlar y sus cercanías donde él se hallaba en 1696. — Mr. Städtler, en la traduccion alemana de esta mi historia, ha reproducido en toda su extension estas revelaciones, que cree redactadas por el cronista franciscano Mariano Florentino, que murió en 1523, y es citado con este motivo por Wadding, *Ann. Minor.*

La dulce condescendencia de que fueron en su origen como selladas estas celestiales comunicaciones, excede á toda ponderacion. Buscaba cierto dia la afligida viuda en lo íntimo del pecho á su muy amado con fervor y amantes ansias, sin poder encontrarlo; y entonces el pensamiento se le fijó en las causas de la huida de Jesús á Egipto, acometiéndole un agudo deseo de que algun santo religioso se las explicara. Aparecióse de improviso la Virgen, y le dijo: «Si quieres hacerte mi discípula, yo seré tu maestra; y si quieres ser mi sierva, yo seré tu señora.» Isabel, pensando cuán indigna era de honor tan alto, dijo: «Mas ¿quién sois vos que me quereis tomar por discípula y por sierva?» María respondió: «Soy la Madre del Dios vivo; y te digo que no habrá monje que así te instruya en lo que saber quieres, como lo haré yo.» Á estas palabras, juntó Isabel las manos, y alargándolas hácia la Madre de las misericordias, que las tomó bondadosamente entre las suyas, oyó que decia: «Si quieres ser mi hija, yo quiero ser tu madre; y cuando te halles bien adoctrinada y obediente como buena discípula, sierva fiel é hija afectuosa, yo te pondré entre las ma-

«nos de mi Hijo. Huye las disputas y cierra tus oídos á las injurias que te dirijan: acuérdate de que mi Hijo huyó á Egipto por escapar de las asechanzas de Herodes ¹.»

Tan maravilloso y extraordinario favor no bastó á tranquilizar completamente á Isabel; aumentóse á pesar de todo la desconfianza de sí propia; pero la Madre que tan generosamente la habia adoptado, no debia ya abandonarla. El día de santa Águeda (5 de febrero ²), como ella llorase amargamente su desobediencia á las instrucciones de la Maestra divina, la dulce consoladora se presentó de improviso á ella, y dijo: «Oh hija mia! ¿por qué tanto desconsuelo? no te adopté yo por hija para causarte estas aflicciones. No te desespere el no haber observado á la letra mis preceptos; ya sabia yo que habia de sucederte así. Reza una vez la salutación

¹ Illa manus iunxit et porrexit quas inter suas recepit B. Virgo... «Si vis esse filia, ego volo esse tua mater; et quando eris bene instructa... ego te mittam in manus Filii mei. Fuge contentiones... Recordare quod Filius meus, etc.» (Miss. Bolland. Bruzel.).

² Probablemente el año 1228.

«que me dirigió el Ángel, y esta culpa te será perdonada ¹.»

Pocos dias despues, en la fiesta de santa Escolástica (2 de febrero), Isabel lloraba tambien sollozando con violencia; su infatigable consoladora vino á ella trayendo esta vez consigo á san Juan Evangelista, amigo especial y patron de la niñez de Isabel. «Tú me escogiste, dijo la Virgen, por señora y madre, y te entregaste á mí; mas yo deseo que esta eleccion sea por tu parte públicamente confirmada; y para este fin traje conmigo á mi amado Juan ².» Isabel juntó de nuevo las manos, y poniéndolas entre las de Maria, como hace una vasalla con su soberana, dijo: «Haced de mí, Señora, como os plazca y fuéreis servida con esta vuestra sierva.» Luego confirmó esta donacion que de sí misma ha-

¹ In festo sanctæ Agathæ, dum amarissime flet... Adfuit sibi vigilanti dulcissima consolatrix, et dixit: «O filia mea, quare te vehementer affligis? Non enim te elegi in filiam, ut te offendam, etc.» (Mss. Bolland. Bruzel.).

² Coelestis imperatrix advenit... Tu me elegisti in magistram et matrem, et te ipsam tradidisti mihi; sed ego volo quod ista tua electio instrumento publico confirmetur, et ideo mecum dilectum meum Iohannem duxi. (Ibid.).

cia con juramento, y san Juan tomó acta de todo ello.

Otra noche, mientras Isabel rezaba el Ave María, se le apareció la saludada Señora, y le dijo entre otras cosas: «Quiero yo enseñarte todas las oraciones que yo hacia cuando estaba en el templo... Pedia principalmente á Dios la gracia de amarle por él mismo, y de aborrecer á mi enemigo. No hay virtud sin este absoluto amor de Dios, por el cual se infunde en el alma la plenitud de la gracia; mas despues que se infunde no mora en ella, sino que se escurre de allí como el agua, á no ser que el alma aborrezca á sus enemigos, esto es, los pecados y los vicios. Aquel, pues, que sabe conservar esta gracia de lo alto, debe saber combinar en su corazon este amor y este odio juntos ¹. Quiero que tú hagas todo cuanto yo hacia. Á media noche, me levantaba siempre, é iba al pié del altar á pedir á Dios la observancia de todos los

¹ Ego volo te docere omnes orationes quas ego faciebam dum stare in templo... Ab isto enim amore descendit omnis gratiae plenitudo. Postquam autem descendit, non perseverat in anima, sed fluit ut aqua, nisi inimicos suos, id est, vitia et peccata habuerit odio, etc. (*Ibid.*).

«preceptos de su ley, y le suplicaba me concediera las gracias de que necesitaba para serle agradable. Principalmente le pedia me otorgara la de ver los tiempos en que viviria aquella Virgen santísima que debía parir á su Hijo, para que pudiera yo consagrarme toda entera á servirla y honrarla.» Isabel la interrumpió diciendo: «¡Oh dulcísima Señora! ¿pues no érais ya llena de gracia y virtudes?» Y la Virgen le respondió: «Ten por cierto que me contemplaba á mí misma tan culpable y miserable como tú te miras á tí propia; por eso pedia á Dios me concediera su gracia ¹.»

«El Señor, añadió la Virgen santísima, hacia conmigo lo que hace el tañedor con su arpa, cuyas cuerdas ordena y dispone de suerte que produzcan sonidos gratos y armoniosos, y despues se acompaña con ella mientras canta. De la propia manera habia el Señor puesto mi alma, corazon, espíritu y todos mis sentidos de todo punto acordes con su voluntad santa ²; de suerte que, templada así y regulada por su

¹ O dulcissima Domina, non eratis vos gratia et virtutibus plena?... Pro certo scias quod ita me reputabam ream et vilissimam, etc. (*Ibid.*).

² De me faciebat Dominus sicut citharista de

«sabiduría, era muchas veces llevada hasta
«el seno de Dios por los Ángeles; y allí gus-
«taba tales alegrías, dulzura y consuelo,
«que no me acordaba para nada del mun-
«do, cual si nunca en él hubiera vivido.
«Además me estaba yo allí con Dios y los
«Ángeles tan familiarmente, cual si toda
«mi vida la pasara en medio de aquella
«corte gloriosa ¹. Luego, cuando el Dios Pa-
«dre así lo disponía, los Ángeles volvían á
«llevarme al sitio donde me tomara aquel
«rpto en medio de mi oración. Al verme
«de nuevo en la tierra, y recordar dónde
«había estado y lo que allí hubiera visto,
«tal era el impetu y la llama de amor divi-
«no en que me sentía abrasada, que por
«afecto hácia el Criador me ponía á abrazar
«la tierra, las piedras, los árboles y todas
«las criaturas. Yo quería ser la criada de
«todas las santas mujeres que habitaban en
«el templo, y ansiaba someterme á las cria-
«eithara multarum cordarum, qui, etc..., et postea
«cantat cum ipsa. Sic Deus, etc. (*Ibid.*).

¹ Sic ipsius sapientia ordinata, ad sinum Dei
Patris portabar ab angelis, et ibi recipiebam tantam
consolationem et gaudium, etc. Tantam insuper fa-
miliaritatem habebam cum Deo et angelis suis, quod
videbatur mihi semper stetisse in illa curia glorio-
sa. (*Ibid.*).

«turas todas por amor al Padre supremo; y
«esto me acontecía sin cesar ¹. Lo mismo
«debieras hacer tú; y no que andas siem-
«pre discutiendo, y dices: *¿Por qué á mí
«tales favores si no soy digna de ellos?* Y de
«aquí esa especie de desesperación que te
«consume, y el no creer en los beneficios
«de Dios ². Cuida de no volver á hablar
«así, porque esto desagrada mucho á Dios;
«él puede dar y da, como Señor bueno, sus
«beneficios á quien le place, y, como Pa-
«dre prudente, sabe bien á quién convie-
«nen. En fin, dijo para acabar la soberana
«Maestra, he venido á tí por una especial
«gracia; te soy dada por toda esta noche;
«pregunta con toda seguridad, que á todo
«responderé.» Por de pronto no osaba Isa-
bel aprovecharse del permiso; pero instada
de nuevo por la Virgen para que pregun-
tara, aventuró la pregunta siguiente: «De-
«cidme, Señora, ¿por qué era en Vos tan

¹ Reversa in terram, ex hac recordatione divini
amoris ignita incendio, terram et lapides, ligna et
creaturas amplexabar, et osculabam illius amore qui
ipsas creaverat, et videbatur mihi esse ancilla, etc.
(*Ibid.*). Las mismas expresiones cásitrae Wadding.

² Sed tu semper litigas, dicens: *Quare, etc...*,
et in quadam desperatione cadens, beneficia Dei
non credis. Cave ne ulterius sic dicas, etc. (*Ibid.*).

«violento el deseo de ver á la vírgen que «debía dar á luz al Hijo de Dios?» Entonces la santa Vírgen le refirió, como mientras trataba de consolarse de la ausencia de las gracias sobrenaturales de que habló poco antes, habia venido á parar á esta idea, guiada por la lectura de los Profetas; como habia determinado consagrar á Dios su virginidad á fin de hacerse mas digna de servir á esta vírgen predestinada; como, en fin, Dios le revelara que esa vírgen era ella misma.

Algun tiempo despues, hallándose en oracion, se le apareció de nuevo su tierna Madre y le dijo: «Tú, hija mia, crees que «yo he tenido todas estas gracias sin ningun trabajo; pero no es así. En verdad te «digo que ni una sola recibí de Dios sin que «pusiera de mi parte el trabajo de la oracion continua, de ardientes deseos, devocion profunda, muchas lágrimas y muchas «pruebas soportadas. Está cierta de que al «alma no baja una sola gracia sino por la «oracion y la mortificacion corporal. Cuando hemos dado á Dios lo que buenamente «podemos por poco que ello sea, viene él «en persona á nuestra alma, trayendo consigo esos dones supremos que en cierto

«modo hacen desfallecer el alma, y borran «de la memoria todo cuanto haya podido «hacer agradable para Dios. Vese entonces «á sí misma mas vil y despreciable que «nunca. Y ¿qué hará en este punto el alma? Dar á Dios devotas gracias por sus «favores. Cuando Dios ve que el alma se «chumilla y le da gracias, él en cambio le «hace promesas tan grandes y altas, que «exceden infinitamente todos los votos secretos del alma. Así lo hizo conmigo cuando me envió su arcángel Gabriel. Y yo «¿qué hice? arrodillada y juntando mis «manos, exclamé: *Hé aquí la sierva del «Señor; hágase en mí segun tu palabra.* Entonces Dios me dió su Hijo y los siete dones del Espíritu Santo; ¿sabes por qué? «por haber creído en él y humilládome en «su presencia. Dígotte todo esto, hija mia, «porque quiero que te enmiendes de tu falta de fe y esperanza. Cuando el Señor te «haga alguna promesa, dí como yo: *Hé aquí tu sierva*, y permanece firme en la fe «y esperanza de esta promesa hasta que se «vea cumplida; y si no lo fuere, díte á ti «misma, que por alguna falta tuya contra «Dios dejaste de merecer lo que por él te «fue prometido.»

Durante la vigilia de Natividad Isabel, que estaba suplicando al Señor le concediese amarle de todo corazón, vió aparecersele la Virgen otra vez, y oyó que preguntaba: «¿Quién es el que ama á Dios? ¿le amas tú?» Isabel no osaba afirmarlo, ni quería dar una respuesta negativa, y durante esta indecision continuó María: «¿Quieres que te diga quién le ha amado? Los bienaventurados Bartolomé, Juan y Lorenzo le amaron: ¿estás tú dispuesta á dejarte desollar y quemar viva como ellos?»

Seguia Isabel callada, y María repuso: «En verdad te digo que si consientes en despojarte de todo cuanto amas, de todo cuanto á tus ojos es precioso ó querido, inclusa tu propia voluntad, yo me encargo de conseguir para tí el mismo merecimiento que alcanzó Bartolomé cuando le arrancaron la piel del cuerpo. Si soportas con paciencia las injurias, tendrás el mismo merecimiento que Lorenzo cuando fue casado vivo: y si cierras tu boca cuando veas que te insultan ó te dirigen ásperas reprensiones, tendrás el merecimiento que tuvo Juan cuando quisieron envenenarle: y en todo esto me hallaré yo á tu lado para auxiliarte y confortarte.»

Estaba Isabel cierto dia meditando en todas estas oraciones, que decia la Virgen haber hecho en el templo; y como anduviese discurriendo, por qué pidiera aquella alma inmaculada las gracias que ya poseia, vino María en persona á sacarla de sus dudas, usando con ella de infinita dulzura y extrema familiaridad: «Yo hice, dijo, lo que el hombre cuando quiere construir una hermosa fuente. Vá al pié de una montaña, y registra con cuidado el sitio de donde brotan los manantiales de agua; cava allí hasta dar con ellos, y luego los dirige hácia el punto donde quiere levantar la fuente. Luego adorna y purifica aquel sitio para que el agua se mantenga pura y clara; rodea la fuente con un muro; construye una coluna, y al rededor de ella coloca los caños por donde el agua salga á grandes chorros para refrigerio y consuelo de todos. Lo propio hice yo tambien: fuí á la montaña de la ley escrita; la lectura y oracion me enseñaron que la fuente de todo bien es amar á Dios de todo corazón: preparé la colocacion de la fuente, cuando concebí el deseo de amar todo cuanto él amaba: quise que el agua fuese clara y pura, cuando

«me resolví á huir del pecado y aborrecer-
«lo: formé el muro para circuir la fuente,
«cuando uní con el fuego de la caridad la
«humildad, la paciencia y la mansedum-
«bre, conservándolas así juntas y como
«amasadas hasta mi muerte. Levanté, por
«último, la coluna y construí los caños de
«salida para el agua de mis consuelos,
«cuando me constituyó el Señor en refugio
«universal, hallándome siempre dispuesta á
«derramar los consuelos y gracias de lo alto,
«en raudal abundante sobre todos cuantos
«me invocan, ó para sí ó para otros ¹. Te
«he revelado, dijo para acabar, amadísima
«hija, todas las oraciones que yo hacia, á
«fin de que con mi ejemplo aprendas á pe-
«dir á Dios con humildad y confianza todo
«aquello que hayas menester pedirle. ¿Sa-
«bes tú por qué las virtudes no están igual-
«mente repartidas entre los hombres? Por-

¹ Sic ego faciebam. Tunc ego ivi ad montem quando studui discere legem. Tunc venam inveni, quando, etc... Tunc muros erexi undique quando virtutem humilitatis, patientiae, benignitatis et mansuetudinis calore caritatis ignitas et coniunctas usque ad vitae exitum inseparabiliter conservavi... Parata sum omnibus pro se vel pro aliis postulanti- bus subsidium et solatium impertiri gratissime. (*Ibid.*).

«que no sabiendo todos, ni pedir las con tan-
«ta humildad, ni guardarlas con tanto es-
«mero como es debido, quiere Dios que el
«que no las posee sea ayudado por los que
«están adornados de ellas. Y yo quiero que
«tú puedas orar con fervor y devoción por
«tu salvación y la de los demás ¹.»

Al acabarse estos dulces coloquios, vió en cierta ocasión Isabel un soberbio sepulcro cubierto de flores, del cual vió que salía su divina consoladora, para subir al cielo en medio de una muchedumbre de Angeles que la conducían á los brazos de su Hijo: esta visión de la Asunción ² se la explicó un Ángel, y sirvióle al propio tiempo de celestial favor para sostenerse en medio de sus presentes infortunios, y de dulce presagio de la gloria que Dios la preparaba, como á la Virgen, si perseveraba hasta el fin en la fidelidad y sumisión á la voluntad divina.

Quando la humilde sierva de Cristo con-

¹ Propterea, charissima filia, orationes quas ego faciebam tibi revelavi... Scis quare virtutes non sunt aequanimiter datae? Quia nescit una persona, etc... Dico tibi quia volo, te pro tua et aliorum salute orare sollicite et devote. (*Ibid.*).

² Suplemento al manuscrito de Teodorico, en Cassel.

taba estas maravillas, decia tener de todas ellas tan íntima y clara evidencia, que prefiriera morir á negar su existencia y verdad.

Así es como Dios comenzaba á corresponder á su fiel sierva. La ve viuda solitaria, y se da á ella á sí mismo por esposo; la ve en medio de su juventud, turbada y llena de desaliento, y le da por señora y madre aquella que es á un tiempo Madre de dolores y misericordias; y al alma despojada de todos los bienes de la tierra le pone de manifiesto, ya en la tierra, los imperecederos tesoros del cielo.

CAPÍTULO XX.

Que la amada santa Isabel no quiso volver á casarse; y de como consagró su traje de novia á Jesús, esposo de su alma.

Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi, qui pascitur inter lilia.

(Cant. vi, 2).

La verdadera viuda es en la Iglesia una pequeña violeta de marzo, que esparce una suavidad incomparable con el olor de su devoción, guardándose casi siempre escondida debajo de las grandes hojas de su abalimiento... nace en lugares frios é incullos, guardándose de la conversacion de los mundanos para mejor conservar la frescura de su corazón contra todos los ardores que el deseo de bienes, de honras y también de los amores, le pueden causar.

(San Francisco de Sales, *Vida devota*, parte III, cap. 2).

No podían menos los parientes de Isabel de compadecerse de ella y tomar la mano en sus negocios, tan pronto como llegara á su noticia la posición angustiosa y triste á que estaba reducida toda una princesa de ilustre sangre, y emparentada con las familias más poderosas del santo Impe-

taba estas maravillas, decia tener de todas ellas tan íntima y clara evidencia, que prefiriera morir á negar su existencia y verdad.

Así es como Dios comenzaba á corresponder á su fiel sierva. La ve viuda solitaria, y se da á ella á sí mismo por esposo; la ve en medio de su juventud, turbada y llena de desaliento, y le da por señora y madre aquella que es á un tiempo Madre de dolores y misericordias; y al alma despojada de todos los bienes de la tierra le pone de manifiesto, ya en la tierra, los imperecederos tesoros del cielo.

CAPÍTULO XX.

Que la amada santa Isabel no quiso volver á casarse; y de como consagró su traje de novia á Jesús, esposo de su alma.

Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi, qui pascitur inter lilia.

(Cant. vi, 2).

La verdadera viuda es en la Iglesia una pequeña violeta de marzo, que esparce una suavidad incomparable con el olor de su devoción, guardándose casi siempre escondida debajo de las grandes hojas de su abalimiento... nace en lugares frios é incullos, guardándose de la conversacion de los mundanos para mejor conservar la frescura de su corazón contra todos los ardores que el deseo de bienes, de honras y también de los amores, le pueden causar.

(San Francisco de Sales, *Vida devota*, parte III, cap. 2).

No podían menos los parientes de Isabel de compadecerse de ella y tomar la mano en sus negocios, tan pronto como llegara á su noticia la posición angustiosa y triste á que estaba reducida toda una princesa de ilustre sangre, y emparentada con las familias más poderosas del santo Impe-

rio. Frustradas las tentativas y pasos dados por la duquesa Sofía para que sus hijos trataran de aliviar la suerte de Isabel, hizo secretamente que llegara la noticia de todo á oídos de la abadesa de Kitzingen, Matilde, hermana de la Reina de Hungría, madre de la infortunada Duquesa. Penetrada de dolor al saber tales cosas aquella piadosa Princesa, envió al punto mensajeros de su confianza con dos carruajes para ir en busca de su sobrina y los niños, y traerlos á todos á la abadía. Isabel aceptó la oferta de su tía, movida principalmente por la idea de reunirse con aquellos hijos que amaba con tal ternura; y no osando sin duda sus enemigos ponerle estorbos á este viaje, lo emprendió al través de los dilatados bosques y montañas¹ que separan la Turingia de la Franconia, en dirección á Kitzingen. Allí fue recibida con maternal bondad y muchas lágrimas por la Abadesa su tía, la cual hizo le dispusieran habitación correspondiente á su clase, y trató de hacerle olvidar los crueles dolores de cuerpo y alma á que habia sido condenada por sus enemigos. Pero no habia

¹ Esta cadena se conoce con el nombre de *Thuringerwald* y *Rödelgebirge*.

para la jóven Duquesa consuelo, que así le dilatase el corazón, como el seguir en todo lo posible la regla y método de vida de las religiosas, manifestando con frecuencia el sentimiento de no poder ajustarse en un todo á ella por estorbárselo el necesario cuidado de los hijos. Entre tanto Egherto¹, príncipe-obispo de Bamberg, hermano de la princesa Matilde, de la duquesa Hedwigis de Polonia, y de la reina Gertrudis, y por consiguiente tío materno de Isabel, habiendo tenido noticia de los grandes trabajos de su sobrina y de su llegada á Kitzingen, creyó que ni la posición de ésta, ni los hábitos de una casa religiosa, permitían que permaneciera allí mucho tiempo con su familia; y así fue que la invitó á venirse á sus tierras. La dócil Princesa lo hizo así, dejando al cuidado de su tía la segunda de las hijas que apenas contaba dos años, y que mas adelante tomó el velo en la abadía que fuera la cuna de su

¹ Murió este Prelado en 1235 ó 1237: su sepulcro se halla en la catedral de Bamberg, sobre cuya losa se le ve de alto relieve, *de perfil*, y con la mano levantada en actitud de dar la bendición. Esta posición de perfil es bastante rara en los sepulcros de la edad media.

infancia. Por la acogida que le dió el Prelado, pudo inferir Isabel cuán verdadero afecto le profesaba, y cuán grande era el respeto é interés que le inspiraban sus desgracias; y como no le pareciese bien á ella aceptar la proposicion del tio sobre que la trasladaria, si este era su gusto, á la corte del Rey de Hungría su padre, quizás por el triste recuerdo de la muerte de su madre Gertrudis, el Prelado le señaló entonces para residencia el castillo de Bottenstein¹, haciéndole merced de una casa equipada y montada como lo exigia su rango y condicion². Á ella se trasladó Isabel acompañada de sus hijos y de sus fieles doncellas Isentrudis y Guta, compañeras nobles y constantes en todos los infortunios; y una vez instaladas en aquel tranquilo retiro, todas volvieron á ocuparse en sus ejercicios de piedad, de dia y noche. Reparando el Obispo en aquella hermosura de veinte años todavía, y acordándose

¹ Ó Pottenstein, castillo y villa del obispado de Bamberg sobre el Putlach, entre Forchheim y Bayreuth, en una comarca muy montañosa.

² Se componia de dos damas de honor, dos gentiles hombres, dos camaristas, y otros dos criados; Isabel no permitió mas. (Rothe.).

del consejo que da san Pablo, pensó de inclinarse á su sobrina á que volviera á casarse. Dicen muchos autores que el Prelado tenia puestos los ojos con tal objeto en el emperador Federico II, cuya segunda mujer, Yolanda de Jerusalem, habia fallecido recientemente; fuera de que, segun un historiador contemporáneo, así lo deseaba tambien, y muy vivamente, el augusto viudo. Pasó el Obispo en persona á verse con Isabel y darle parte del concebido proyecto, y de como pensaba en darle otro marido mas ilustre aun y poderoso que el que habia perdido; mas ella contestó con mucha dulzura, que preferia quedarse viuda el resto de su vida y servir solamente á Dios. Insistió el Prelado para persuadirla de que todavía era muy jóven para abrazar tal género de vida; trájole á la memoria las persecuciones que habia sufrido, y dió á entender que era posible se renovasen en cuanto faltara él para protegerla; pues si bien queria dejarla heredera de Bottenstein con todas sus dependencias, no bastaría esto para defenderla contra los ataques de los malvados, cuando ya él se hallara en el sepulcro. Sostúvose firme Isabel en su propósito: un poeta francés nos ha

conservado la respuesta que dió á todo esto: «Señor, dijo la piadosa y bella Princesa, tuve por señor un marido que me amó con ternura, y fue siempre mi leal amigo; participé de su poder y honores; dióme en abundancia joyas, riquezas y mundanas alegrías; todo esto tuve, y teniéndolo llegué á entender, y vos mismo lo sabeis muy bien, que la alegría del mundo nada vale. Por esto quiero dejar el mundo y pagar á Dios lo que le debo; las deudas de mi alma. No ignorais que las felicidades del mundo solamente traen consigo tormentos y dolores, y á la postre la muerte del alma. Yo, señor, no deseo otro que hallarme en compañía de Dios en el cielo: tengo de mi marido y señor natural dos hijos¹ que serán poderosos y ricos por su nacimiento; pero el Señor me haria gran merced, si yo mereciera la gracia de que los llamara á su servicio².» No consta que hablara tambien en esta ocasion á su tío del voto de perpétua castidad que tenia hecho ya en vida de su marido, para el caso de sobrevivirle; pero sí que hablaba de ello

¹ Habla de los que no estaban destinados al claustro, Hermann y Soffa.

² El monge Roberto, Mss.

muchas veces con sus damas, que habian hecho el mismo voto juntamente con ella y al propio tiempo, y temian se valiera el Prelado de la autoridad que tenia para obligarlas á dispensarse de él: mas Isabel les daba ánimo, y por su parte les ofrecia la seguridad de mantenerse en aquel propósito á toda costa. «Juré á Dios, decia, y al marido mi señor, cuando era vivo, que nunca perteneceria á otro hombre. Dios, que lee en los corazones, y descubre en ellos los mas secretos pensamientos, sabe que yo hice este voto con puro y sencillo corazón y entera buena fe. En su misericordia descanso, cierta como estoy de que ha de ser el amparo de mi castidad contra las maquinaciones de los hombres, y aun contra todas sus violencias. Mi voto no es condicional, ni le he sometido yo al albedrío y gusto de mis parientes y mis amigos; sino que lo hice muy de mi grado, libre, absoluto; y por él entendí quererme consagrar toda entera, muerto que fuera mi marido, á la gloria de mi Criador. Si á despecho de la libertad, sin la cual no hay casamiento, osaran entregarme á un hombre cualquiera, protestaré ante los altares; y cuando otra salida

«no me quede, con un cuchillo desfiguraré-me el rostro de tal modo que cause horror á todos los hombres¹.» Con todo esto se hallaba Isabel muy inquieta y temerosa de que la firme voluntad que en el Obispo veia de llevar adelante su propósito, iba á ocasionarle pruebas y combates duros. Poseida de una gran tristeza, hija de tales temores y pensamientos, acudió al supremo Consolador, y puesta de hinojos á los piés de Jesús, deshecha en llanto, le pedia de todo corazón se dignara velar por la conservación del tesoro que le habia consagrado². Acudió tambien á la Reina de las Virgenes que le habia sido dada por madre: ambos la consolaron y trajeron de nuevo la paz á su corazón, hasta el punto de que muy pronto recobró el sosiego, y sintióse animada de una confianza sin límites en la protección del cielo³.

¹ Inspector cordium et absconditorum cognitor Deus novit votum... de puro corde et simplici et fide non ficta processisse... Neque enim conditionatum... sed spontaneum, absolutum ac liberum edidi votum servandae post mortem dilecti mei integerrimae castitatis ad gloriam Conditoris. Verum etsi contra libertatem matrimonii, etc. (*Theod.*).

² Pavens et tremens periculum confugit ad Dominum, et ipsius custodiae castitatem suam lacrymatis orationibus commendabat. (*Ibid.*).

³ Rutebeuf.

Indudablemente pertenecen á esta época de la vida de Isabel las tradiciones locales relativas á algunos viajes que, segun se cuenta, emprendió, bien para sustraerse de las importunidades de su tío, bien con algun otro objeto devoto y de piadosa curiosidad. En una época en que la humanidad no estaba todavía absorbida por los intereses materiales, el segundo de estos dos móviles bastaba para poner en movimiento, á pesar de lo dificultoso de las comunicaciones, un número de gentes mayor tal vez que el que se agita en nuestros dias á impulsos de la codicia ó el fastidio. Débiles mujeres, enfermos, pobres, nadie resistia al deseo de ir en peregrinacion á algun célebre santuario, á venerar las reliquias de algun Santo de particular devoción, á hacer acopio, para los dias de la vejez, de dulces recuerdos de una piadosa romería hecha bajo la protección de Dios y de los santos Ángeles. Dos veces hizo Isabel un viaje de esta clase á Erfurth, ciudad famosa por sus muchos y hermosos monumentos religiosos, y situada en el centro de los dominios de su difunto marido, aunque pertenecia á la jurisdicción del Arzobispo de Mayenza. Mientras su perma-

nencia, estuvo alojada en un convento de Arrepentidas ¹, y pasó muchos dias en un completo y absoluto retiro. Al despedirse, dejó á las monjas para recuerdo un vaso ordinario que le servia para beber en sus pocas comidas; alhaja que conserva todavía aquella casa como una memoria de la humildad y bondad de la santa viajera ². También fue por este tiempo cuando hizo una peregrinacion al castillo de sus antepasados maternos en Andechs, situado sobre una altura cerca de los Alpes que separan la Baviera del Tirol. Este antiguo y famoso castillo acababa de ser transformado por el margrave Enrique de Istria, tío también de Isabel, en un monasterio de Benedictinos ³, que mas adelante se hizo célebre por la posesion de algunas de las mas preciosas reliquias de la cristiandad, y los muchos milagros que por su virtud

¹ Llamadas las *Señoras blancas*; hoy es un convento de Ursulinas; en él enseñan todavía un pequeño retrete que da á la iglesia y que se cree fue la habitacion de Isabel.

² El día de la fiesta de nuestra Santa hay la costumbre de hacer beber en este vaso á todas las educandas del convento. (Junio de 1834).

³ Canonigos regulares de san Agustin, segun otros.

acontecieron. Isabel vino á asociarse con su presencia á la piadosa fundacion que seria la honra eterna de su familia. Desde la cima de aquella santa montaña pudo contemplar la hermosa Baviera, doblemente enriquecida á la sazón por la Religion y la naturaleza; sembrada por doquiera de célebres monasterios ¹, ya ocultos en el centro de antiguos bosques, ya reflejándose en las sosegadas y cristalinas aguas de los lagos de esta comarca; focos, unos y otros, de la civilizacion cristiana del país, y que por luengos siglos debian continuar siendo inviolables santuarios de las ciencias, dulce y seguro asilo de las almas ansiosas de reposo y oracion, y ofrecer hospitalidad generosa y franca á la multitud de peregrinos que se encaminaban por esta gran ruta de los reinos del Norte á los sepulcros de los Apóstoles. ¡Cuántas veces fijaria Isabel su mirada sobre aquella majestuosa cadena de los montes del Tirol, tras la cual adivina conmovido todo corazón católico Roma

¹ Tales son Diessen á orillas del Ammersee, fundado por santa Matilde de la casa de Meran; Wessobrunn, célebre por los manuscritos hallados en su biblioteca; Steingaden, Polling, Rottenbuch, etc.

y la Italia! Ella, sin saberlo, estaba contribuyendo á aumentar la veneracion que inspiran aquéllos hermosos sitios. Logró por la fuerza de sus oraciones que al pié del monte brotara una fuente de agua, tan abundante que no deja de correr ni aun en los años de extraordinaria sequía, y posee además muchas saludables propiedades. La piadosa Princesa traía tambien consigo á este lugar, que de la proteccion de su familia iba á pasar á la de Dios, un dulce y tierno recuerdo de su vida conyugal; ofrenda que quería hacer, movida por su sencillez, al nuevo esposo de su alma. Era esta ofrenda su traje de novia, ó el vestido que llevaba puesto el dia de su desposorio con su muy amado Luis. Este vestido lo depositó sobre el altar, y á los religiosos les regaló una crucecita de plata con reliquias de los instrumentos de la Pasion, su *pax* ó relicario que siempre habia traído al cuello, y otros varios objetos tenidos por ella en estimacion grande. Dentro de pocos años el nombre de esta jóven viuda, que hoy viene como humilde peregrina á dejar su ofrenda en el naciente santuario, resonará glorioso en el mundo cristiano, y será inscrito en el cielo por la mano del Vicario de

Dios. ¿Qué tiene, pues, de extraño el que los donativos de esta Santa, por tantos títulos relacionada con estos lugares sagrados, llegaran á ser desde entonces inapreciables reliquias? ¿qué, si aun hoy mismo, á despecho de lo borrascoso y oscuro de los tiempos, viene todavía el pueblo fiel á venerarlas y besarlas con respetuoso amor¹?

¹ Este monasterio de Andechs fue vendido á un judío en el año 1806, cuando el rey Maximiliano de Baviera secularizó todos los bienes de las comunidades religiosas. Sin embargo, la iglesia y el tesoro de las reliquias han sido conservados; el traje de novia de santa Isabel sirve en aquella todavía para guardar envueltas tres hostias milagrosas. Aun acuden á esta iglesia multitud de peregrinos, y los pueblos de las cercanías van allá procesionalmente en los dias clásicos, cantando las Letanías. Andechs está situado cerca de ocho leguas de Munich y á la inmediacion del hermoso lago de Sta-remberg; desde la altura donde se halla la iglesia, abraza la vista toda la cadena de los Alpes del Tírol. Pocos sitios hay en Alemania tan dignos como este de la visita de un viajero católico. Los que acertaren á ir por allá, tengan la caridad de encomendar á Dios al autor de este libro.

CAPÍTULO XXI.

Que la amada santa Isabel recibió los huesos de su muy amado esposo; y de como se les dió sepultura en Reinhartsbrunn.

Benedicti vos à Domino, qui fecit
talis misericordiam hanc cum domino
vestro Saul, et sepelitis eum.

(II Reg. II, 5).

Requiem tibi dabit Dominus semper,
et implebit splendoribus animam tuam,
et ossa tua liberabit.

(Isai. LVIII, 11).

Apenas habia Isabel regresado à Bottenstein, recibió un mensaje del Obispo para que fuera à verle à Bamberg, con el fin de que recibiera los restos de su marido que traian los caballeros de Turingia al volver de la cruzada. En efecto; segun ya vimos, los compañeros del duque Luis le habian dado sepultura en Otranto, y luego continuaron su viaje à la Siria à fin de cumplir su voto: los que de ellos pudieron entrar en la misma Jerusalem, hicieron donativos y oraciones à intencion del difunto¹, se-

¹ Hay historiadores que adelantan hasta decir que allí se celebró su fiesta, por haberse revelado

gun él al morir les habia suplicado lo hicieran. Al volver de su peregrinacion, pasaron por Otranto para desenterrar y llevarse consigo los despojos de su Soberano. Notaron al sacarlos de la sepultura, que estaban blancos como la misma nieve, lo cual en aquel tiempo se interpretaba como señal cierta de haber guardado el muerto inviolable fidelidad à la esposa¹; y luego, depositándolos en un rico ataud, los colocaron sobre un caballo y se pusieron en marcha. En señal de su piedad, y del afecto tambien para con el difunto Soberano, llevaban los caballeros delante del féretroalzada una gran cruz adornada de pedrería: en los pueblos donde hacian alto, el féretro era depositado en la iglesia, en la cual velaban monjes ó personas piadosas, toda la noche, cantando el oficio de difuntos y otras oraciones; y al partir de mañana, nunca dejaban de hacer celebrar una misa, y depositar su ofrenda correspondiente à su santidad con muchos milagros. (Kesa, Chron. Mss. cit.).

¹ Hicieron hervir el cuerpo para separar la carne de los huesos. Bonifacio VIII prohibió para en adelante esta costumbre, salvo en el caso de que el muerto lo hubiese sido en tierra de infieles. (Signius, de Reliquiis).

CAPÍTULO XXI.

Que la amada santa Isabel recibió los huesos de su muy amado esposo; y de como se les dió sepultura en Reinhartsbrunn.

Benedicti vos à Domino, qui fecit
tis misericordiam hanc cum domino
vestro Saul, et sepelitis eum.

(II Reg. II, 5).

Requiem tibi dabit Dominus sem-
per, et implebit splendoribus ani-
mam tuam, et ossa tua liberabit.

(Isai. LVIII, 11).

Apenas habia Isabel regresado à Bottens-
tein, recibió un mensaje del Obispo para
que fuera à verle à Bamberg, con el fin de
que recibiera los restos de su marido que
traian los caballeros de Turingia al volver
de la cruzada. En efecto; segun ya vimos,
los compañeros del duque Luis le habian
dado sepultura en Otranto, y luego conti-
nuaron su viaje à la Siria à fin de cumplir
su voto: los que de ellos pudieron entrar
en la misma Jerusalem, hicieron donativos
y oraciones à intencion del difunto¹, se-

¹ Hay historiadores que adelantan hasta decir
que allí se celebró su fiesta, por haberse revelado

gun él al morir les habia suplicado lo hi-
cieran. Al volver de su peregrinacion, pa-
saron por Otranto para desenterrar y lle-
varse consigo los despojos de su Soberano.
Notaron al sacarlos de la sepultura, que
estaban blancos como la misma nieve, lo
cual en aquel tiempo se interpretaba como
señal cierta de haber guardado el muerto
inviolable fidelidad à la esposa¹; y luego,
depositándolos en un rico ataud, los colo-
caron sobre un caballo y se pusieron en
marcha. En señal de su piedad, y del afec-
to tambien para con el difunto Soberano,
llevaban los caballeros delante del féretro
alzada una gran cruz adornada de pedre-
ría: en los pueblos donde hacian alto, el
féretro era depositado en la iglesia, en la
cual velaban monjes ó personas piadosas,
toda la noche, cantando el oficio de difun-
tos y otras oraciones; y al partir de maña-
na, nunca dejaban de hacer celebrar una
misa, y depositar su ofrenda correspon-
da su santidad con muchos milagros. (Kesa, Chron.
Mss. cit.).

¹ Hicieron hervir el cuerpo para separar la carne
de los huesos. Bonifacio VIII prohibió para en ade-
lante esta costumbre, salvo en el caso de que el
muerto lo hubiese sido en tierra de infieles. (Sig-
nius, de Reliquiis).

diente. Cuando la iglesia era catedral ó conventual, ó casi de la misma clase, á la misa y ofrenda añadian el regalar el paño de púrpura que cubria el ataúd, para que su importe fuera aplicado por el alma del difunto. Nunca exequias tan solemnes habian visto los nacidos.

De esta manera atravesaron toda la Italia y la Alemania meridional. Ya cerca de Bamberg, mandaron aviso de su llegada al Obispo, y éste sin perder tiempo envió á buscar, como dijimos, á la Duquesa; tomando al mismo tiempo las disposiciones convenientes á fin de que los señores todos y dignatarios se preparasen á recibirla con benévola simpatía, y á estar solícitos al lado suyo durante la triste ceremonia del día siguiente, por temor de que las fuerzas no la abandonasen. Además él mismo acompañado del clero, de los monjes de los diferentes monasterios de la ciudad, de los niños de las escuelas y una inmensa multitud de pueblo que unia sus voces al fúnebre cántico de los sacerdotes y al tañido de todas las campanas de la ciudad episcopal, se adelantó á recibir el cuerpo; el cual en medio de la lucida comitiva, reforzada con muchos condes y señores del contorno

que se habian agregado á ella, fue conducido hasta la célebre catedral en que reposaban los cuerpos sagrados del santo emperador Enrique y de santa Cunegundis¹. Durante toda la noche se celebró el oficio de difuntos.

Al siguiente día Isabel, siempre acompañada de sus fieles Isentrudis y Guta, fué á ver aquellos restos queridos; á cuyo fin le abrieron el ataúd que los contenia, para que mejor contemplase los despojos del esposo amado. Lo que allí pasó entonces, dice un piadoso narrador de esta escena, lo que aquel corazón sufrió entonces á impulsos del amor y del dolor, solamente lo sabe aquel que lee en los corazones de todos los hijos de los hombres. Volvió á desgarrarse el alma con la aliccion que tuvo en los momentos de noticiarle la muerte del

¹ Todavía existe esta catedral, y recientemente ha sido restaurada y restituida á su primitiva belleza por el celo del rey Luis de Baviera, quien ha hecho quitar de ella todos los altares, adornos y demás cosas del gusto y estilo clásico, reemplazándolas donde hubo necesidad de ello con obras de la nueva escuela católica. De esta reforma resultó un monumento que no tiene igual en Europa en lo puro y completo de la arquitectura romana, ó segun los alemanes, bizantina.

esposo ; lanzándose sobre aquellos huesos los besó mil veces llena de arrebató, llorando con tal desconsuelo, devorada por tan cruel agitación, que el Obispo y los señores, testigos de aquella escena dolorosa, se acercaron á calmarla y tratar de apartarla de aquel sitio. Mas ella, acordándose de Dios, se sintió al punto revestida de todo su valor: «Gracias os doy, Señor, dijo, de que os hayais dignado oír á vuestra sierva y concederle lo que tanto deseaba; el favor de contemplar los restos de mi amado esposo, á quien Vos amásteis también. Gracias, Señor, que así quisisteis derramar misericordiosamente vuestros consuelos sobre mi alma afligida y desolada. Él se ofreció á sí mismo para la defensa de vuestra Tierra Santa, y yo también le ofrecí á Vos, con el propio objeto, y aunque le amaba con toda mi alma, no estoy arrepentida del sacrificio que le costó la vida. Vos sabéis, Dios mio, cómo le amaba yo! Vos sabéis cuánto amaba yo aquel esposo que á Vos amaba tanto, y cómo prefiriera yo á todas las alegrías del mundo juntas el holgarme con la vista de aquel esposo, tan delicioso para mí si á Vos pluguiera el conservármela: Vos sa-

«beis que por vivir con él fuera yo gustosa
«en pasar la vida juntos en la miseria, pobres ambos y corriendo el mundo para
«mendigar nuestro pan de puerta en puerta solo por tener la dicha de estar á su
«lado, si así lo hubiérais querido, ¡oh Dios mio! Ahora ya le dejo, y á mi misma también me dejo y entrego á vuestra voluntad santa; y no quisiera, aunque fuese dueña de hacerlo, rescatar su vida á costa de uno solo de mis cabellos, á menos que así lo quisiésteis Vos, Dios mio !!» Este fue el postrer grito de la naturaleza vencida; el último suspiro lanzado á impulsos de afectos terrenos espirantes en aquel corazón de veinte años, bajo el yugo del amor del cielo.

Dichas estas palabras, enjugóse el llanto

Sire, je te rends graces de ce que j'ay esté á recevoir les os de mon doulz homme, etc. (*Juan Le-fevre*). — Gratias tibi ago, Domine, quod ancillae tuae, ingens quod habui desiderium in aspectu ossium dilecti mei viri dilecti tui, adimplere... Ipsum tibi à semetipso et à me in subsidium terrae tuae sanctae oblatum non invideo, licet eum dilexerim ex corde. Tu seis, Deus, quod ipsum te amantem multum amaverim, quod eius desiderabilem praesentiam, mihi gratissimam, omnibus huius mundi deliciis et gaudiis anteferram, si ipsum mi-

que le inundaba el rostro, y se salió silenciosa del templo, encaminándose á un patinejo de la catedral plantado de yerba, donde se sentó mientras los caballeros turingios que trajeran el cuerpo de su marido recibían el recado de venir á verla en aquel sitio. Levantóse para saludarles en cuanto les vió venir, y les suplicó humildemente se llegaran á tomar asiento junto á ella, porque no se sentía con fuerzas para tenerse en pié. Háblóles entonces con gran dulzura por largo rato, suplicándoles en nombre de Dios y de Jesucristo que tuvieran á bien proteger á sus hijos y tomarlos bajo su tutela, y refiriéndoles los indignos y crueles tratamientos que habían sufrido, así como ella, de parte de los landgraves Enrique y Conrado, y las muchas miserias que con ellos pasara en

hi tua benignitas concessisset. Optaremque omni tempore vitæ meæ cum eo vivere tali conditione, ut cum eo ipso paupere per totum mundum ostialim pauperula mendicarem, dummodo eius frui contubernio de tuo beneplacito licuisset. Num vero ipsum et me tuæ voluntatis dispositioni committo. Nec enim, etiam si possem, etc. (*Theod.*).— Los pasajes que van de cursiva están completados por el manuscrito de la biblioteca Laurentina de Florencia.

Eisenach. El Obispo confirmó cuanto decía Isabel, y departió menudamente con los caballeros sobre los medios de deshacer y reparar los agravios inferidos á la viuda y huérfanos del Soberano difunto. La relación de tales desafueros causó en los peregrinos una viva indignación; apresuráronse á declarar á la ilustre viuda, que ellos continuaban reconociéndola siempre por Soberana y señora, y que tomaban de su cuenta defenderla en todo y contra todos. Estaba á la cabeza de tan ilustres guerreros el noble y leal señor de Varila, hijo de aquel que diez y seis años antes había ido al palacio de los reyes de Hungría en busca de aquella Princesa que hoy se veía vendida y oprimida; y no pudo menos sin duda de recordar el juramento que su padre hiciera al Rey de Hungría de velar por la honra y seguridad de la hija. Él y sus hermanos de armas instaron al Prelado para que les confiara aquella ilustre é infeliz familia, para volverla á la Turingia juntamente con los restos mortales del duque Luis; jurándole todos á una que lograrían recta y cumplida justicia para ella. Bajo esta condición el Prelado, confiando en las promesas y la fama de tan valientes caballe-

ros, fama que la reciente cruzada habia realzado en gran manera, consintió poner bajo su amparo la noble señora de quien se constituian defensores: á lo que parece nada les habló del proyecto que tenia sobre lo de casarla en segundas nupcias. Dió, pues, su permiso y se despidió de la Duquesa, de los niños y de los caballeros turingios, no sin haber celebrado primero una solemne misa de pontifical en sufragio del difunto, á la cual asistió toda la ciudad, y haber pagado generosamente el gasto que durante su permanencia en Bamberg habia hecho la comitiva. Esta se puso en marcha hácia la abadía de Reinhartsbrunn, donde Luis habia querido que le sepultasen ¹.

Habia entre tanto corrido por la Turingia la nueva de la llegada de los restos del amado Soberano, y habíase conmovido profundamente todo el país. No solamente la Duquesa madre y los hermanos del difunto, Enrique y Conrado, se pusieron en movimiento para salir al encuentro de la triste comitiva en Reinhartsbrunn, sino que tambien los condes todos y señores y no-

¹ Salieron de madrugada despues de oír misa de alba. (*Rothe*).

bles del país; pero con mas ansia y prisa que todos el pueblo; aquel pueblo tan amado y tan enérgicamente defendido y protegido por el difunto Príncipe. Una inmensa multitud, compuesta de ricos y pobres, ciudadanos y campesinos, hombres y mujeres, se reunió en la abadía para tributar el postrer obsequio á aquel que poco há vieron partir á buscar la muerte, harto pronto hallada, en honor de Dios bajo un cielo extranjero. Otros motivos contribuian á engrosar aquel extraordinario gentío. El deseo muy natural de volver á ver á los cruzados que habian regresado salvos de los peligros de la expedicion traia á aquel sitio á los parientes ó amigos de los recién llegados; otros venian atraídos por el interés que no en todas partes negaban las gentes á Isabel, como lo hacian los ingratos vecinos de Eisenach; ó por la relacion de su destierro y desventuras, que ya eran conocidas en todo el país; y por último, á muchas almas piadosas y compasivas allá las condujo el ansia de saber cuál iba á ser la suerte de aquella mujer tan jóven y desamparada. Muchos obispos y abades vinieron tambien por honrar al noble campeón de la Iglesia y del Santo Sepulcro.

Aquellos mismos monjes, de quienes vimos como se despidiera el Duque, en medio de presentimientos harto bien realizados y expresándoles el afecto mas tierno por aquella separacion, tenian ahora que cumplir el triste deber de hacerle los últimos sagrados honores que la Iglesia guarda para sus dóciles hijos. Seguidos de muchos sacerdotes seculares y de todo el pueblo, salieron á recibir el cuerpo, cantando salmos y oraciones, muchas veces interrumpidas por el llanto y los sollozos. Las exequias se celebraron en la abadía en presencia de las dos Duquesas y de los dos jóvenes Langraves: ante el féretro de Luis los reunia á todos ellos un dolor comun é igualmente sincero. Duró muchos dias la magnificencia de las ceremonias eclesiásticas en estos funerales, viniendo á darles como una nueva pompa, y la mas bella de todas, el dolor y las lágrimas del pueblo: ofertas ricas á la Iglesia ¹, y abundantes limosnas repartidas á los pobres, completaron los homenajes tributados á la memoria del que tanto había amado á los pobres y tanto res-

¹ El landgrave Enrique dió á los monjes en pago de estos funerales diez yugadas de tierra en Luthersborn. (*Justi*, Vorzeit de 1823).

peto había tenido á la Iglesia. Sus huesos, encerrados en una urna, fueron colocados en un sepulcro de piedra y dispuestos de forma que pudieran en la sucesivo exponerse á la vista de los fieles. Multitud de peregrinos los visitaron: el amor del pueblo y la gratitud de los monjes le valieron el sobrenombre de Luis *el Santo*, con el cual le conoce tambien la historia, y que justificaban muchas milagrosas curaciones operadas por su invocacion en aquel sepulcro ¹. Resultó de aquí, que por espacio de cerca de tres siglos fue objeto de un culto popular, que sin embargo no llegó á recibir la sancion de la autoridad eclesiástica. Empero en 1525 los paisanos, amotinados de resultas de las doctrinas de los reformistas protestantes, saquearon la abadía de Reynhartsbrunn, profanaron todos los sepulcros y en particular el del duque Luis, cuyos huesos, sacados de la urna, les sirvieron de diversion tirándose los unos á

¹ En la vida manuscrita de este Príncipe por su capellan Bertoldo, que está en la biblioteca de Gotha, hay una larga lista de milagros que la tradicion le atribuía, siendo los últimos de fecha del siglo XV. Tambien contiene himnos y oraciones escritas en honor suyo.

otros á la cabeza. Hoy el viajero católico puede todavía contemplar la piedra rota de su sepulcro pegada á una iglesia que ya no es católica. Al contemplar este postrer monumento de tan noble memoria, no es posible negar un recuerdo de emocion y admiracion á un personaje que si no ha sido contado por la Iglesia entre los Santos, fue á lo menos el digno esposo de una Santa.

CAPÍTULO XXII.

Que los caballeros de Turingia obligaron al duque Enrique á arrepentirse de su traicion, y á hacer justicia á la amada santa Isabel.

Aperi os tuum mulo, et causis omnium filiorum qui pertranseunt: aperi os tuum, decerne quod iustum est, et iudica inopem et pauperem.

(Prov. xxxi, 8, 9).

Concluidas todas las ceremonias de los funerales, llamó el señor de Varila á los caballeros cruzados, que rodeaban á Isabel, á fin de recordarles el compromiso que respecto de ella tenian contraido con el

Obispo de Bamberg. Retirándose á un lado todos, dijo el caballero Rodolfo: «Ahora lo que importa es cumplir lo que tenemos jurado al Principe y á nuestra soberana Isabel, que tantos trabajos ha sufrido ya; pues de otro modo, temo yo que nos cueste el fuego eterno del infierno.» Todos comprendieron este lenguaje; porque en aquellos tiempos los guerreros mas esforzados y valientes no tenian á mengua conducirse en el cumplimiento de sus deberes de esta vida mortal por el pensamiento de la otra vida. Determinaron, pues, de comun acuerdo dirigir sobre la marcha al duque Enrique y su hermano una amonestacion vigorosa y enérgica, encargando especialmente una mision tan dificil á cuatro caballeros, cuyos nombres, dice el historiador, merecen conservarse con una gloria imperecedera. Era el primero el gran copero, señor de Varila, encargado de llevar la palabra á nombre de los demás, ya como el mas elocuente, ya como el mas intimamente relacionado con la Duquesa por sus antecedentes; á éste seguian Ludolfo de Berstetten, Hartwig de Herba y Gualtero de Varila, pariente de Rodolfo¹. Prece-

¹ Mr. Stædtler cree que este Gualtero era el

otros á la cabeza. Hoy el viajero católico puede todavía contemplar la piedra rota de su sepulcro pegada á una iglesia que ya no es católica. Al contemplar este postrer monumento de tan noble memoria, no es posible negar un recuerdo de emocion y admiracion á un personaje que si no ha sido contado por la Iglesia entre los Santos, fue á lo menos el digno esposo de una Santa.

CAPÍTULO XXII.

Que los caballeros de Turingia obligaron al duque Enrique á arrepentirse de su traicion, y á hacer justicia á la amada santa Isabel.

Aperi os tuum mulo, et causis omnium filiorum qui pertranseunt: aperi os tuum, decerne quod iustum est, et iudica inopem et pauperem.

(Prov. xxxi, 8, 9).

Concluidas todas las ceremonias de los funerales, llamó el señor de Varila á los caballeros cruzados, que rodeaban á Isabel, á fin de recordarles el compromiso que respecto de ella tenian contraido con el

Obispo de Bamberg. Retirándose á un lado todos, dijo el caballero Rodolfo: «Abo-
«ra lo que importa es cumplir lo que tene-
«mos jurado al Principe y á nuestra sobe-
«rana Isabel, que tantos trabajos ha sufri-
«do ya; pues de otro modo, temo yo que
«nos cueste el fuego eterno del infierno.»
Todos comprendieron este lenguaje; por-
que en aquellos tiempos los guerreros mas
esforzados y valientes no tenian á mengua
conducirse en el cumplimiento de sus de-
beres de esta vida mortal por el pensamien-
to de la otra vida. Determinaron, pues, de
comun acuerdo dirigir sobre la marcha al
duque Enrique y su hermano una amones-
tacion vigorosa y enérgica, encargando es-
pecialmente una mision tan dificil á cuatro
caballeros, cuyos nombres, dice el histo-
riador, merecen conservarse con una glo-
ria imperecedera. Era el primero el gran
copero, señor de Varila, encargado de lle-
var la palabra á nombre de los demás, ya
como el mas elocuente, ya como el mas in-
timamente relacionado con la Duquesa por
sus antecedentes; á éste seguian Ludolfo
de Berstetten, Hartwig de Herba y Gualte-
ro de Varila, pariente de Rodolfo¹. Prece-

¹ Mr. Stædtler cree que este Gualtero era el

didos de estos cuatro se presentaron los caballeros á los jóvenes Príncipes, á quienes encontraron acompañados de su madre, y se colocaron al rededor de ellos. Y el señor de Varila, encarándose con el duque Enrique, le dirigió las palabras siguientes, cuidadosa y muy justamente conservadas por los cronistas del país ¹:

«Señor: estos mis amigos y vasallos
«vuestros me dieron la comision de habla-
«ros en nombre suyo. En Franconia y aquí
«en Turingia hemos sabido de vos cosas

mismo padre de Rodolfo, y el que habia ida á Hungría á buscar á Isabel. Deja sentado que ambos caballeros pertenecian á la familia Schenk de Vargel.

¹ No se vaya á creer que esta arenga es una de tantas composiciones imaginarias con que los escritores de la antigüedad, y á imitacion de ellos los del renacimiento, adornaban sus relatos. Se la encuentra casi textualmente idéntica en tres narraciones de todo punto diversas entre sí: la de Teodorico de Turingia, la de Rothe, la crónica de Turingia y la de la *Vita Rhythmica*. La version mas extensa, y tambien mas notable, como parte de una historia general del país, y no solo de una crónica de la Santa, es la de Rothe. Esta es la que aqui reproduzco completándola por medio de las otras; y la que igualmente adoptó Mr. de Raumer en su excelente historia de los Hohenstaufen, t. III, pág. 581, donde proclama su autenticidad de una manera victoriosa,

«tan vituperables en órden á vuestra con-
«ducta, que nos llenaron de consternacion
«y vergüenza, al ver que en nuestra tier-
«ra y en casa de nuestros soberanos haya
«quien sea capaz de tal impiedad, de tama-
«ña infidelidad, y de olvidarse á tal punto
«de su propia honra. ¿Qué es lo que osá-
«teis hacer, joven Príncipe, y quién pudo
«daros tal consejo? ¡Cómo! ¿tuvisteis cora-
«zon para arrojar afrentosamente de vues-
«tros castillos y ciudades, como si fuese
«una mujer perdida, á la esposa de vuestro
«hermano, á la pobre y desolada viuda, á
«la hija de un rey ilustre, en vez de hon-
«rarla y protegerla segun era vuestro de-
«ber? En mengua de vuestra propia fama
«la arrojásteis en brazos de la miseria, y la
«dejásteis vagar como una mendiga. Mien-
«tras que vuestro hermano va á dar su
«sangre y la vida por amor de Dios, echás-
«teis léjos de vos á sus huerfanitos, en lu-
«gar de defenderlos y alimentarlos con el
«afecto y fidelidad de un tutor, y aun suis-
«teis causa de que los arrancaran del lado
«de su madre por no verlos muertos de
«hambre con ella! ¿Entendeis así la piedad
«fraternal? ¿os enseñó á portaros así aquel
«vuestro hermano y virtuoso Príncipe, que

«se hubiera guardado muy bien de hacer
«otro tal con el mas miserable de sus súbditos? No: ni un toscó campesino hiciera
«cosa tal con sus iguales; y vos, Príncipe,
«fuisteis capaz de tamaña traicion con vuestro hermano, mientras él iba á morir por el
«amor de Dios! ¿Qué caso quereis que hagamos de aquí para adelante de vuestra fidelidad y vuestra honra? No ignorais que,
«como caballero, sois obligado al amparo
«de las viudas y huérfanos; y sin embargo
«ultrajais vos mismo á la viuda y huérfanos de vuestro propio hermano! Os digo,
«Príncipe, y os lo digo bien alto, que esto
«clama venganza á Dios.»

La duquesa Sofia rompió á llorar oyendo los fundados cargos dirigidos á su hijo. Este, confuso y avergonzado, bajó la cabeza sin contestar palabra. El gran Coperó continuó su arenga: «¿Qué podiais temer, señor, de parte de una pobre mujer, enferma, desamparada, desesperada, sola, sin amigos ni aliados en el país? ¿qué mal pudiera veniros de ella, aun cuando quedara por dueña de todos vuestros castillos? ¿qué se dirá de nosotros en los demás países? ¡Oh vergüenza! confunde pensar en ello. Tened entendido que ofen-

«disteis á Dios, que deshonrásteis la Turingia, que manchásteis vuestra honra propia y la de vuestra noble casa; y temo
«en verdad que venga sobre esta tierra la ira de Dios, si no le aplacais con penitencias y os dais prisa en reconciliaros con
«esa piadosa señora, y restituir á vuestros sobrinos todo cuanto les habeis usurpado¹.»

Atónitos estaban los circunstantes oyendo las libres razones del caballero; mas Dios quiso que sirvieran para abrir brecha en un corazón inaccesible por tanto tiempo á las inspiraciones de la justicia y de la piedad. El Príncipe, mudo hasta entonces, rompió en llanto tan amargo y abundante que por algun tiempo le embargó la palabra; y despues dijo: «Me arrepiento de veras de todo cuanto hice; ya no mas escu-

¹ De propósito copio aquí esta arenga íntegra para demostrar cuál era la libertad de la nobleza cristiana en estos siglos que los historiadores de la monarquía absoluta y de la democracia llaman *la barbarie feudal*. Ciertó que estaban muy atrasados: no tuvieron la dicha de alcanzar la hermosa época monárquica en que el mariscal de Villerói enseñaba á Luis XV, niño entonces, el pueblo reunido bajo los balcones de palacio, y le decia: *Señor, todo esto es vuestro*.

«charé á los que me aconsejaron de esta suerte: volvedme vuestra amistad y confianza; yo ejecutaré gustoso todo cuanto de mí exija mi hermana Isabel; y para ello disponed libremente de mi vida y de mis bienes.» El señor de Varila le respondió: «Está bien: ese es el único modo de libraros de la ira de Dios.» Sin embargo Enrique no pudo contenerse de añadir en voz baja: «Aunque tuviera por suyas mi hermana Isabel todas las tierras de la Alemania, nada de ello le quedaria; por que habia de darlas todas por amor de Dios.» Al punto partió Varila con sus compañeros á dar cuenta á Isabel del éxito feliz de su diligencia, y de como su cuñado Enrique deseaba reconciliarse con ella y hacerle justicia á toda costa. Cuando se tocó el punto de las condiciones que habían de imponerse á Enrique, exclamó la Duquesa: «Para nada quiero yo sus castillos ni sus ciudades, ni sus tierras, ni cosa alguna que pueda distraerme ni embarazarme en mis propósitos; mas recibiré gran merced, si mi hermano quiere darme, sobre lo que se me debe de mi dote, lo que yo he menester para los gastos que pienso hacer por sufragios para el alma de mi difunto

«esposo, y por la mia tambien ¹.» Entonces fueron los caballeros á buscar á Enrique, el cual, acompañado de su hermano Conrado y de la duquesa Sofia, se presentó á Isabel; y viéndola, pidióle que se dignara perdonarle todo el mal que le habia causado, del cual le pesaba muy mucho y se proponia desagraviarla á ella con toda largueza y lealtad. Isabel no le dió mas respuesta que arrojarle en sus brazos y derramar lágrimas, en lo que la acompañaron ambos hermanos y la Duquesa madre, sin que tampoco pudieran contener las suyas aquellos valientes caballeros á la vista de espectáculo tan tierno, recordándoles al dulce y gracioso Príncipe, lazo comun de toda aquella familia, y perdido irrevocablemente para ellos.

En los tratos quedaron igualmente asegurados los derechos de los hijos de Isabel, singularmente los del primogénito Hermann, heredero legitimo de los ducados de

¹ *Castra, civitates et oppida, quibus implicari et distrahi oportet, nolo. Verum pro his, quae mihi iure debentur, respectu dotis, peto exhiberi de gratia gratis mei, quibus uti, habere et expendere ad volum liberè mihi liceat pro salute dilecti mei defuncti et propria. (Theod.).*

Turingia y Hesse, cuya regencia quedaba de derecho, durante la minoría del joven Landgrave, al mayor de sus tios el landgrave Enrique. Arreglado todo, se separaron los caballeros cruzados para volverse á sus castillos; Isabel con sus hijos y la Duquesa madre partió para Wartbourg, de donde tan indignamente habia sido arrojada ¹.

No fueron solos el Obispo de Bamberg y los cruzados turingios á tomar la mano en la causa de la joven y santa viuda. Contribuyó tambien con todos sus esfuerzos á restablecerla en sus derechos uno de los príncipes mas famosos y valientes de la Alemania meridional, Conrado de Busstang, abad del célebre monasterio de San Galo. Según los anales de esta abadía soberana, el Príncipe abad salió á la defensa de Isabel en virtud de un pacto celebrado entre ambos, de que él la ayudaria en las cosas de la tierra, á condicion de que ella habia de ser su abogada para con Dios.

¹ Era á principios de 1229 ó á fines de 1228.

CAPÍTULO XXIII.

Que la amada santa Isabel renunció á la vida del siglo; y de como habiéndose retirado á Marbourg, tomó allí el hábito del glorioso san Francisco.

Unam petii à Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ: ut videam voluptatem Domini... Quoniam abscondit me in tabernaculo suo.

(Psalm. xxvi, 4, 5).

Pro Francisci chordula,
Mantello, tunicula,
Purpuram deposuit.

(Prosa antigua de santa Isabel, *Misal franciscano*).

Leal fue Enrique en cumplir su palabra: mientras tuvo á Isabel á su lado, trató de hacerle olvidar, á fuerza de cariñosos miramientos y obsequios, las injurias y disgustos que en otro tiempo le habia ocasionado. Después de cuidar de que todos le guardaran los respetos debidos á su clase con los honores correspondientes, la dejó en plena libertad de entregarse, como lo hizo en efecto con el antiguo y acostum-

Turingia y Hesse, cuya regencia quedaba de derecho, durante la minoría del joven Landgrave, al mayor de sus tios el landgrave Enrique. Arreglado todo, se separaron los caballeros cruzados para volverse á sus castillos; Isabel con sus hijos y la Duquesa madre partió para Wartbourg, de donde tan indignamente habia sido arrojada ¹.

No fueron solos el Obispo de Bamberg y los cruzados turingios á tomar la mano en la causa de la joven y santa viuda. Contribuyó tambien con todos sus esfuerzos á restablecerla en sus derechos uno de los príncipes mas famosos y valientes de la Alemania meridional, Conrado de Busstang, abad del célebre monasterio de San Galo. Según los anales de esta abadía soberana, el Príncipe abad salió á la defensa de Isabel en virtud de un pacto celebrado entre ambos, de que él la ayudaria en las cosas de la tierra, á condicion de que ella habia de ser su abogada para con Dios.

¹ Era á principios de 1229 ó á fines de 1228.

CAPÍTULO XXIII.

Que la amada santa Isabel renunció á la vida del siglo; y de como habiéndose retirado á Marbourg, tomó allí el hábito del glorioso san Francisco.

Unam petii à Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ: ut videam voluptatem Domini... Quoniam abscondit me in tabernaculo suo.

(Psalm. xxvi, 4, 5).

Pro Francisci chordula,
Mantello, tunicula,
Purpuram deposuit.

(Prosa antigua de santa Isabel, *Misal franciscano*).

Leal fue Enrique en cumplir su palabra: mientras tuvo á Isabel á su lado, trató de hacerle olvidar, á fuerza de cariñosos miramientos y obsequios, las injurias y disgustos que en otro tiempo le habia ocasionado. Después de cuidar de que todos le guardaran los respetos debidos á su clase con los honores correspondientes, la dejó en plena libertad de entregarse, como lo hizo en efecto con el antiguo y acostum-

brado ardor, á todas sus devociones y obras piadosas. Por esta época se fundó, á lo que parece, el hospicio de Santa María Magdalena, proyectado ya en vida del difunto Duque, y que no pudo ella realizar hasta el regreso á sus Estados ¹. El tiempo que la oracion y contemplacion le dejaban libre, lo dedicaba como en otro tiempo á ejercitarse en el amor de los pobres; y como por razon de su viudez estaba dispensada de presentarse en las fiestas y ceremonias públicas, tampoco se dejaba ver en las reuniones y regocijos de la corte, que tantas veces son, como decia ella, y se celebran á costa del afan y ásperas penalidades de los infelices. Al fausto de la opulencia del siglo preferia la humillacion del pobre pueblo de Dios, tratando de asemejarse á él en todo lo posible por la práctica de la pobreza voluntaria. Chocaba demasiado con la vida de la corte, y era para las almas mundanas leccion barto severa tal manera de vivir, para que no se encendiese de nuevo contra Isabel el encono y animosidad cortesana, y la antipatía de aquellos indignos caballeros que ya habian acibarado su in-

¹ Este hospicio estaba situado en la plaza del *Briel* en Gotha.

fancia, y atormentádola en los primeros tiempos de su viudez. Para vengarse del desden con que ella miraba las riquezas y placeres, verdaderos dioses de todas aquellas gentes, afectaban y hacian alarde de mirarla con desprecio; absteniáanse de visitarla ó dirigirle la palabra; ó bien aprovechaban la ocasion de tropezar con ella para insultarla, llamándola en voz alta *tonta* y *loca*. Tan sabrosos eran para su humildad todos estos ultrajes, y de tal modo llevaba pintada en el semblante la calma y resignacion de su espíritu, que sus enemigos variaron de rumbo, echándole en cara lo pronto que olvidara la muerte del Duque, y el hacer ostentacion de una alegría impropia é inconveniente. ¡Pobres gentes! dice un autor de aquel tiempo; ignoraban que Isabel poseia aquel gozo que no conocen los impiós! Parece que hasta la misma duquesa Sofia se dejó arrastrar por la corriente de tales calumnias, y llegó á manifestarse sorprendida é indignada; mas Isabel no se alteró por ello, pues el Señor, que era el todo para ella, leia en el fondo de su corazon.

Pero su humildad era apreciada por las almas piadosas y prudentes que la conocian y admiraban; y al mismo tiempo recibió

por otro lado en esta época el estímulo mas dulce para una alma cristiana, y la protección mas poderosa para una mujer desconocida. De lo alto de la Santa Sede, refugio seguro entonces de los débiles y perseguidos, bajó á consolarla una palabra de padre y de amigo. Aquel mismo cardenal Ugolino, que ya vimos servir de medianero entre nuestra Princesa y Francisco de Asis, papa ahora con el nombre de Gregorio IX, enterado de las desgracias é incontrastable constancia de Isabel en los caminos del Señor, le escribió muchas cartas henchidas de apostólicos consuelos, exhortándola, con el ejemplo de los Santos y las promesas de la vida eterna, á perseverar en la continencia y la paciencia; animándola á poner en él toda su confianza, pues no la abandonaría el Padre de los fieles mientras viviera, antes la habia de mirar siempre como á hija suya, y tomaba desde luego bajo su especial protección y amparo su persona y sus bienes ¹. Al propio tiempo le remitía

¹ Verum in tribulationibus suis post Deum consolatorem habuit Dominum papam, Gregorium nomen, qui paterne ac benigne scriptis atque epistolis suis eam confortabat. (*Dict. IV Ancill.*). Se non deserturum eam, quoad viveret, sed ut filiam, cum

el privilegio para iglesia y cementerio en su hospital de la Magdalena en Gotha ¹; y concluía este padre amoroso y vigilante encargando al maestre Conrado, que continuaba siendo vicario apostólico en Alemania, y acababa de entrar nuevamente en Turingia, tomara de su cuenta, mas especialmente aun que hasta entonces, la dirección espiritual de la duquesa Isabel, y juntamente el defenderla contra todos los que intentaran perseguirla.

Sea porque su valor cobrara nuevos bríos con estas exhortaciones del Padre comun de los fieles, ó bien simplemente guiada por la maravillosa influencia de la gracia en su corazón, ello fue que se sintió acometida de un invencible pensamiento y deseo ardiente de abrazar una vida mas perfecta y mas allegada á Dios. Para su ardimiento no era aun bastante el desprendimiento en que ya vivía de las pompas y goces propios de su clase elevada; todavía por muchos puntos se hallaba en contacto con el mundo, y el

omnibus quae possideret, suae defensionem vindicatam habiturum. (*Wadding, Ann. Minor. Theod.*).

¹ La bula se halla en Sagittarius. (*Hist. Gothan.*, pág. 234).

mundo la ofendia y le hacia mal. Tras luegas meditaciones sobre los diferentes géneros de vida que pudieran convenirle para hacerse agradable á Dios; despues de vacilar entre las diferentes reglas monásticas, conocidas en aquel tiempo, y la vida de reclusa, triunfó en su corazon el recuerdo y el ejemplo del glorioso Serafin de Asis, de quien ya era hija como penitente de la Tercera Orden; sintiéndose animada del mismo valor, y del mismo amor á Dios y á la pobreza, que su maestro, se determinó á abrazar su Regla en toda la rigidez primitiva, y á mendigar como él y sus discipulos de puerta en puerta el pan de cada dia, despues de haberse despojado de todos los bienes de fortuna. Comunicó este pensamiento con el maestro Conrado, y le pidió humildemente que lo aprobase; pero el prudente director lo rechazó con indignacion, y acompañó la repulsa con una severa reprimenda, persuadido de que el sexo y la debilidad de su penitente eran incompatibles con semejante género de vida. Siguió en su porfia Isabel; pero viéndole inaccesible á sus ruegos y tambien á las muchas lágrimas que vertia, se separó de él, diciendo: «Pues bien: aguardad y

«veréis; yo haré de modo que no podais «estorbármelo.»

Viendo que por entonces no lograba blandar á Conrado, acudió á otros medios para satisfacer el ardiente celo que la devoraba. El regente Enrique, sea como fue-re lo que en sus adentros sentia acerca de las costumbres é ideas de su cuñada, guardaba con ella en su porte exterior el respeto y afectuosa consideracion que le habia prometido ante las cenizas de su hermano; teniendo mucha cuenta de tributarle en todas ocasiones unos honores, que siempre esquivaba Isabel por humildad con alguna ingeniosa traza. Contando con tan buenas disposiciones, y cuando ya hacia un año que vivia en el seno de su familia, suplicó Isabel al duque Enrique fuera servido señalarle una residencia, en que sin trabas de ninguna clase pudiera entregarse totalmente á Dios y á sí misma, y ocuparse metódicamente en obras piadosas y caritativas. Tomado el parecer de su madre y hermano, Enrique le hizo cesion al efecto y con plena propiedad de la ciudad de Marbourg en Hesse, entendiéndose la donacion con todas las dependencias y rentas anejas, á título de viudedad. Ella, penetrada de

gratitud, dió tiernamente las gracias á su hermano y su suegra, protestando que hacian ambos en su obsequio mucho mas de lo que ella merecia, y muchísimo mas sin comparacion de lo que habia menester para sus necesidades; pero el Landgrave le prometió por añadidura quinientos marcos de plata, que le serian entregados para los gastos de instalacion. Parece que estos arreglos no fueron del gusto del maestre Conrado, puesto que escribió al Papa, que la Duquesa le habia seguido á su patria contra la voluntad de él sobre el particular¹; pero oposicion absoluta no la hubo; y así fue que ella se aprovechó de la próxima partida de Conrado para dejar la Turingia, é ir á fijarse con su padre espiritual en aquella ciudad, que en adelante ostentaria una fama tan dulce como pura, debida al nombre de Isabel.

Luego que llegó á Marbourg, y, con el parecer y aprobacion de Conrado, nombró oficiales y jueces que habian de gobernar la ciudad en nombre de ella, la poblacion

¹ *Me licet invitum secuta est Marbuch. (Ep. Conr. ad Pap.).* — Sin embargo, segun las declaraciones de las cuatro doncellas, Isabel fué á Marbourg por orden de Conrado.

hizo tales demostraciones de honores y de alegrías para obsequiar á su jóven Soberana, que ésta, alarmada y mortificada sumamente en su humildad, se retiró al punto á un pueblecillo llamado Wehrda, situado á una legua de la ciudad, orillas del Lahn, rio que pasa por Marbourg¹. Para vivienda eligió á la ventura una cabaña abandonada y ruinosa, á fin de no servir de carga á ninguno de los pobres habitantes del pueblo, pues ya se habia despertado en ella toda su tierna solicitud hácia los nuevos vasallos. Tan escaso era el abrigo que aquel miserable albergue la proporcionaba, que tuvo que acurrucarse bajo la bóveda de una escalera ó chimenea, habiendo primero tapado con ramas de árboles las grietas y hendiduras por donde entraba el viento á molestarla. Allí preparaba tambien, como mejor podia, y dando gracias á

¹ Este pueblo existe todavía, y tambien el recuerdo de Isabel en la memoria de su vecindario protestante. Todavía hoy enseñan á los viajeros una casa construida en el sitio que ocupó la cabaña habitada por ella, y que en 1834 estaba ocupada por un paisano llamado Schutz, y tenía al rededor un jardin de rosas. Este pueblecito presenta uno de los puntos de vista mas lindos de la deliciosa campiña de Marbourg.

Dios, sus pocas comidas; y aunque tan mal resguardada contra la intemperie, y mortificada sobre todo por el humo del fogon que le hacia gran daño á los ojos, sufría alegre todas estas penalidades pensando siempre en Dios ¹. Entre tanto se estaba construyendo en Marbourg, por orden suya, una casita de madera y arcilla á estilo de la cabaña de un pobre, á fin de que entendiera la gente que ella no habia venido á establecerse en la capital como rica princesa, sino á servir al Señor en toda humildad como simple y paciente viuda. Acabado que fue este palacio de la abyeccion cristiana, recibió bajo su techo á la Soberana acompañada de sus hijos y de sus fieles doncellas.

En medio de todo, Isabel ansiaba siempre un rompimiento mas decisivo y completo con el mundo; queria unirse con Dios por medio de un vínculo mas íntimo y manifiesto á la vez. Como su director espiri-

¹ Sub gradu cujusdam caminatae... Umbraculum ad solis obiectum de frondosis lignis casae appodialis faciens... Cibos quales habere poterat, ibidem parabat cum sua familiola... In omnibus gratias agens... solis ardorem ventorumque turbinosum insultum fomique molestiam, oculis eius gravissimam, etc. (*Dict. IV Ancill.*).

tual insistia en no otorgarle el permiso de abrazar en toda su amplitud la Regla franciscana, y mendigar el pan como las Clarissas, hizo ella cuanto pudo para aproximarse, segun sus medios, á aquel género de vida, por creerlo el tipo de la perfeccion evangélica. Vimos en otra parte, como ya en vida de su marido se habia incorporado Isabel en la Tercera Orden de san Francisco. Resolvió desde entonces dar á esta afiliacion un carácter irrevocable y solemne; y aunque todavía esta rama de la familia Franciscana no era considerada como una Orden regular y propiamente monástica, quiso ella hacer profesion pública como las religiosas en clausura, y renovar solemnemente los votos de castidad, obediencia y pobreza absoluta, ya tantas veces hechos en lo íntimo de su corazon ¹. De esta ma-

¹ Helyot, *Hist. de las Órdenes religiosas*. De modo que Isabel fue la primera religiosa de la Tercera Orden de san Francisco que pronunciara votos solemnes. Por lo demás esta Orden no llegó á tomar carácter monástico hasta que mas adelante adoptó generalmente los tres votos y la clausura. Hay poca unanimidad acerca de la fecha de esta transformacion: el citado Helyot la discute, cap. 30 del t. VII. Pero las religiosas de la Orden Tercera siempre tuvieron por patrona especial á santa Isa-

nera podia, segun sus fuerzas, asociarse á esa total abnegacion de los bienes de la tierra, que por tantos siglos ha atraido á la Orden Seráfica la decidida proteccion del cielo, y la tierna admiracion del orbe cristiano. Conrado aprobó este proyecto, con la limitacion de que el voto de pobreza no debia privarla, segun ella queria, de la libre disposicion de los bienes procedentes de su dote, ó de las tierras que Enrique le habia cedido; sino que antes bien debia por sí misma consagrar poco á poco y gradualmente todos estos bienes al alivio de los pobres y al pago de ciertas deudas que su difunto marido habia dejado.

Mas la renuncia de espíritu debia no solo comprender todas estas cosas, sino extenderse tambien á todos los demás bienes y bel, y muchas de sus congregaciones le tomaron el nombre, especialmente en Francia antes de la revolucion; y tambien hoy en Alemania y Bohemia las que se dedican al cuidado de los enfermos. Las monjas hospitalarias, llamadas en Francia *hermanas grises*, eran todas de la Tercera Orden de san Franciseo. Todavía existe hoy en Lyon un monasterio de Hijas de santa Isabel, que ha logrado escapar de todas las borrascas de los tiempos, y en el cual hay una multitud de fervorosas religiosas dedicadas á la vida oculta é ignorada, de que tan gran modelo les dejó su patrona y abogada.

afecciones del mundo, sin exceptuar las mas legítimas. No ignoraba Isabel, que para alcanzar este triunfo, no solamente sobre el mundo, sino tambien sobre sí misma, no le bastaba su propio querer, ni el ejemplo de su protector san Francisco ú otras almas santas que habian andado antes que ella por este camino; bien sabia que ante todo habia menester la gracia de lo alto, y por eso la pidió á Dios con inusitado fervor por espacio de muchos días antes de tomar el hábito. Tres cosas pedia sin cesar al Señor, segun decia á su amiga Isentrudis: primeramente el desprecio completo de todas las cosas temporales; despues, el valor de sobreponerse con indiferencia á las injurias y calumnias de los hombres; y por último, y sobre todo, la disminucion del excesivo amor que tenia á sus hijos. Despues de mucho tiempo de orar con esta intencion, viéronla un dia sus compañeras llegarse á ellas resplandeciente de alegría sobrehumana, y que decia llena de alborozo: «Oyó mi oracion el Señor: ya no son á mis ojos sino barro todas esas riquezas y bienes mundanos, que en otro tiempo amaba yo. En cuanto á las calumnias de los hombres, las mentiras de los malva-

«dos, y el desprecio con que me miran, ya
«no siento nada, antes bien me felicito y
«hasta me enorgullezco de ello. En cuanto
«á mis hijos tan queridos, esos pedazos de
«mi corazón, que tanto amaba yo y con tal
«ternura estrechaba contra mi pecho, es-
«tos hijos tan queridos, digo, ya no exis-
«ten para mí; Dios me es testigo de que
«los miro cual si no fuesen míos. Á él se
«los he ofrecido y confiado; haga de ellos
«el Señor lo que fuere servido. Nada amo
«ya, nada; ninguna criatura tiene ya cabi-
«da en mi corazón: no amo mas que á mi
«Criador ¹.»

Inflamada con tan heroico amor, Isabel se creyó bien dispuesta para pronunciar los votos, y vestir el hábito consagrado por san Francisco y santa Clara sus modelos. «Si «hubiera yo á mano, decia, un hábito mas «raido y pobre aun que el de Clara, lo ha- «bia de tomar para consolarme de no entrar «en su Orden de una manera completa;

¹ Ipsos etiam uteri mei dilectissimos parvulos, quos tenerrimo amplexu affectabam, iam velut alienos intueor, Deo teste; ipsi eos obtuli et commisi, ipse de eis ordinet, et impleat suae beneplacitum voluntatis... Nullam creaturam sed solum omnium diligo Creatorem. (*Theod.*).

«mas yo no sé que lo haya.» Para esta cere- monia designó la capilla de que habia hecho donacion á los frailes Menores, y el dia de Viernes Santo ¹, dia en que Jesús, despo- jado de todo por amor nuestro, fue clava- do desnudo en una cruz; cuyo despojo y entera desnudez recuerdan en este dia los altares desnudos para simbolizar aquel sa- crificio supremo; y que por lo mismo le es- cogió Isabel á su vez para despojarse de to- do y romper los últimos lazos que la suje- taban á la tierra, á fin de lanzarse mas li- gera en pos del esposo de su alma por el camino de la pobreza y de la caridad. Así pues, en este santo dia, en presencia de sus hijos, de sus amigas y de muchos religio- sos de san Francisco, Isabel, poniendo sus manos sobre la desnuda lápida del altar, hizo con juramento solemne renuncia de su propia voluntad, de sus padres, hijos, alia- dos, y de todas las pompas y alegrías del mundo. Mientras Conrado celebraba la mi- sa, el hermano Burekhard, guardian de los Menores en la provincia de Hesse, que la miraba como hija y hermana espiritual, le cortó el cabello, le vistió el humilde sayal

¹ Probablemente el año 1230, ó segun otros el 1229.

gris, y le ciñó el cordel, distintivo de la Orden franciscana; y este traje conservó la Santa con la añadidura de llevar los piés descalzos hasta su muerte ¹. Y desde este momento, como para dejar del todo borradas las huellas de su pasada grandeza, Isabel hizo grabar en su sello la figura de un Franciscano descalzo en vez de las armas que habia usado hasta entonces, propias de su familia y la de su esposo. Su dama de honor Guta, fiel é inseparable compañera de Isabel desde la infancia, quiso abrazar el mismo género de vida que su amada señora, y vistió tambien al mismo tiempo que ella el hábito de la Tercera Orden, renovando solemnemente el voto de castidad formado algunos años antes en vida del duque Luis. Esta dulce comunidad de vida y de intencion procuraba siquiera un con-

¹ *Cod. Heidelberg.* Añade este historiador contemporáneo, que el rey de Hungría Estéban, sobrino de santa Isabel, como se hallara visitando un convento de Strigonia y viera en la iglesia un cuadro que representaba á la Santa con zapatos y sin cordel en la cintura, mandó al punto que la pintura fuese enmendada, borrando el calzado y añadiendo la cuerda. Mas adelante veremos la grande influencia que el ejemplo de Isabel tuvo para con muchos príncipes y princesas de su familia.

suelo á Isabel, la cual, á haber caido en la cuenta, quizás tambien se lo hubiera rehusado; pero que de todas maneras iba pronto á verse privada de él. Llegó el caso de hacer el sacrificio de apartar de la vista á sus hijos, cuyo natural y apasionado amor le causaba tanta pena. El primogénito Hermann, heredero de los Estados de su padre, que ya tenia unos seis ó siete años de edad, fue llevado al castillo de Creuzburgo para vivir allí con buena guarda mientras llegaba el caso de tomar las riendas del gobierno, que entre tanto empuñaba su tío. Quizás fue señalada tambien la misma residencia á la hija mayor, Sofía, ya desposada con el jóven Duque de Brabante: la segunda volvió á la abadía de Kitzingen, donde debia tomar el velo y pasar el resto de sus dias; y Gertrudis, la mas jóven de las tres, y que apenas contaba dos años de edad, nacida despues de la muerte del Duque, fué enviada al convento de religiosas Premonstratenses de Altenberg inmediato á Wetzlar. General extrañeza causó que llevaran á esta princesita á un convento tan pobre como éste, y que acababa de fundarse; y no dejaron de advertirlo y aun reprehenderlo á la madre: mas ella contestó,

que así lo tenía convenido ella y su marido al tiempo de despedirse para la cruzada, y cuando aun no había nacido la niña: «El cielo es, decía, quien nos inspiró la elección de ese monasterio; pues quiere que mi hija contribuya al progreso espiritual y temporal de esa santa casa¹.»

Ya está cumplido el sacrificio, y consumado el divorcio con la vida por uno de esos esfuerzos que van aun mas allá de las prescripciones del deber cristiano. Nada le

¹ Crónica manuscrita de Altenberg, propia del príncipe de Solms en Braunfels, citada por Justi. La profecía de la Santa se cumplió á la letra; pues Gertrudis, despues de haber sido en la juventud espejo de todas las virtudes monásticas, fue elegida abadesa á la edad de veinte y un años, y gobernó la comunidad por espacio de cincuenta con una prudencia y tino tal, que levantó el monasterio á su mas alto grado de esplendor y prosperidad. Murió en 1297.—La abadía de Altenberg, situada sobre una altura que domina la orilla septentrional del Lahn á una legua de la antigua ciudad imperial de Wetzlar, secularizada en la época de la gran confiscacion de 1803, sirve hoy de residencia al príncipe de Solms-Braunfels. Sus vastas crujiás con una grande iglesia se conservan intactas; deben ser obra de fines del siglo XVII, y las rodea un hermoso parque de soberbio arbolado. El sepulcro de la abadesa Gertrudis existe todavía en la iglesia y en muy buen estado.

queda ya que renunciar; todo murió para ella en el mundo; y á los veinte y dos años de su vida puede decir como el Apóstol. *Vivo; mas ya no soy yo quien vive; Jesucristo es quien vive en mí.*

En este punto es donde el mundo y el príncipe de este mundo, que siempre la habían tomado por blanco de su odio, la esperaban tambien para redoblar los ataques y ultrajes contra ella. Grandes y sábios de aquel tiempo, todos á una voz insultaron á la esposa de Cristo, y se hicieron lenguas para proclamar su locura; y no se equivocaban en verdad, porque Isabel había comprendido y abrazado en toda su extension la locura de la cruz.

Este lenguaje de la corte de Turingia habrá sido tambien el de muchos lectores de la vida de la Santa para consigo mismos y muchas veces; los cuales, sin negar el gusto que recibieran leyendo algunos pormenores tan poéticos y deliciosos de los primeros años de nuestra Heroína, al llegar á esta crisis decisiva de su vida no habrán podido menos de sentirse ofendidos y disgustados. ¡Cómo! habrán dicho; tan jóven todavía; ligada con tantos deberes; dueña de una felicidad legitima y lícita, ir á es-

coger tan singular y extraordinaria existencia! ¡imponerse tan supérfluas penalidades! ¡desentenderse del cuidado de sus hijos y de todas las obligaciones de la vida! y otros tales razonamientos tan fútiles como éstos, y de que tan larga provision suele tener la sabiduría mundana, capaz únicamente de calumniar todo aquello que se sobrepone á su debilidad y egoismo.

¡Cristianos! no serán estos nuestros pensamientos cuando veamos el triunfo de nuestra Heroína. No porque conozcamos la debilidad de nuestras fuerzas para imitarla y seguirla, hemos de incurrir en la ceguera de no admirarla: inclinémonos con tierno respeto ante esos secretos del amor divino, ante esa obediencia absoluta á las solemnes palabras del Salvador: *El que viene á Mi, y no aborrece á su padre, su madre, su mujer, sus hijos, sus hermanos y hermanas, y aun su propia alma, no puede ser mi discípulo.* (Luc. xiv, 26).

A imitación de Cristo, Isabel venció al mundo; que el mundo, pues, la insulte y desprecie, nada tiene de extraño. En esta guerra, que al alma rescatada con la sangre de un Dios declara el mundo ya desde la cuna, Isabel ha combatido noblemente, re-

cogiendo sin temor con su tierna mano el guante que el mundo le arroja; empeñando la lucha, no léjos de él y al abrigo de sus golpes, sino en medio de sus ataques, de sus asechanzas é innumerables lazos. Niña todavía, tan jóven que aun era la edad excusa de muchas faltas, ya ha sabido confundir la falsa vergüenza, las preocupaciones y todas las farsas del mundo; ha protestado contra sus pretendidos derechos sobre ella, ha desobedecido sus leyes, desafiado sus calumnias, pisoteado sus desprecios. Siempre y en todas partes le ha vencido: en el brillo de las riquezas y pompas cortesanas, como en la amargura del hambre y la miseria; en las afecciones mas dulces y legítimas del corazón, como en sus pruebas mas duras y terribles; en el abandono, la soledad, la muerte. Lazos conyugales, seno maternal, reputacion, este supremo bien de la vida, á nada de esto perdonó en si misma. Si ahora se retira léjos de su enemigo, es porque ya terminó el combate vencéndole. Niña bajó al campo de batalla, y de él no se retira hasta dejar aplastado é inmolado al enemigo. Ahora que holló bajo sus piés la serpiente confundida, séale lícito deponer las armas, y

esperar el día del eterno triunfo reclinada en el seno de los misteriosos goces de la pobreza y obediencia.

CAPÍTULO XXIV.

De la gran pobreza en que vivió la amada santa Isabel; y como se redobló su humildad, y también su misericordia para con los hombres.

Manum suam misit ad fortia, et digiti eius apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem.

(Prov. xxxi, 19, 20).

Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.

(Matth. xxv, 40).

Elegi abiectus esse.

(Psalm. lxxxiii, 2).

Sola ya con Dios Isabel ¹, quiso hacer tan real y completa, como le fuera posible, la pobreza voluntaria que habia abrazado, y que en su modo de vivir todo estuviera en armonía con la casita de tablas y tierra

¹ Paupercula Elisabeth sola Deo soli derelicta. (Theod.).

que eligiera para vivienda. Todas las rentas de aquellos bienes, cuya propiedad nominal conservaba por expreso mandato de Conrado, las dedicó sin exceptuar cosa alguna al socorro y alivio de los pobres; y no habiendo podido reducir á su confesor á que le permitiera mendigar el pan de puerta en puerta, quiso á lo menos ganarlo con el trabajo de sus manos. Como no sabia otra labor que hilar, y aun esto habia de ser lana, pues lino no podia, hacia que le mandasen del monasterio de Altenberg la lana en rama, que ella devolvía hilada á las monjas; y éstas le pagaban su trabajo en dinero, no siempre á la verdad con la equidad conveniente, mientras que Isabel por su parte cumplía con exactitud muy escrupulosa. Estando un día hilando una porcion de lana á cuenta del dinero que las monjas le habian adelantado, y no pudiendo concluir la tarea por haberla llamado Conrado para ir con él desde Marbourg á Eisenach, devolvió al convento un poco de lana que le faltaba por hilar y un dinero de Colonia encima, temerosa de que le acusaran de haber ganado mas de lo justo por su trabajo; al cual por otra parte se entregaba con tal ardor, que aun cuando

esperar el día del eterno triunfo reclinada en el seno de los misteriosos goces de la pobreza y obediencia.

CAPÍTULO XXIV.

De la gran pobreza en que vivió la amada santa Isabel; y como se redobló su humildad, y también su misericordia para con los hombres.

Manum suam misit ad fortia, et digiti eius apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem.

(Prov. xxxi, 19, 20).

Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.

(Matth. xxv, 40).

Elegi abiectus esse.

(Psalm. lxxxiii, 2).

Sola ya con Dios Isabel ¹, quiso hacer tan real y completa, como le fuera posible, la pobreza voluntaria que habia abrazado, y que en su modo de vivir todo estuviera en armonía con la casita de tablas y tierra

¹ Paupercula Elisabeth sola Deo soli derelicta. (Theod.).

que eligiera para vivienda. Todas las rentas de aquellos bienes, cuya propiedad nominal conservaba por expreso mandato de Conrado, las dedicó sin exceptuar cosa alguna al socorro y alivio de los pobres; y no habiendo podido reducir á su confesor á que le permitiera mendigar el pan de puerta en puerta, quiso á lo menos ganarlo con el trabajo de sus manos. Como no sabia otra labor que hilar, y aun esto habia de ser lana, pues lino no podia, hacia que le mandasen del monasterio de Altenberg la lana en rama, que ella devolvía hilada á las monjas; y éstas le pagaban su trabajo en dinero, no siempre á la verdad con la equidad conveniente, mientras que Isabel por su parte cumplía con exactitud muy escrupulosa. Estando un día hilando una porcion de lana á cuenta del dinero que las monjas le habian adelantado, y no pudiendo concluir la tarea por haberla llamado Conrado para ir con él desde Marbourg á Eisenach, devolvió al convento un poco de lana que le faltaba por hilar y un dinero de Colonia encima, temerosa de que le acusaran de haber ganado mas de lo justo por su trabajo; al cual por otra parte se entregaba con tal ardor, que aun cuando

su debilidad y frecuentes achaques la obligaban á meterse en cama, ni aun allí cesaba de hilar. Sus compañeras le arrancaban de las manos la rueca á fin de que tuviera cuenta con la salud; mas entonces, para no estarse del todo ociosa, limpiaba y preparaba la lana para la próxima vez. Del exiguo producto de estas labores siempre apartaba algo para la Iglesia; y con el resto atendía á su pobre alimento, grosero é insípido cuanto no cabe ponderar; pues cuando por acaso recibía de regalo algun bocado sabroso y delicado, se apresuraba á llevarlo á los pobres sin tocar en él ni una migaja. Sin embargo, tomando muy en cuenta los consejos de la prudencia sobre este punto, cuidaba de consultar con el médico los límites necesarios de la abstinencia, para no exponerse á contraer, exagerándola, enfermedades que la imposibilitaran para servir bien á Dios y la hicieran responsable de temeraria y grave indiscreción; además de que, sus padecimientos físicos la aquejaban muy á menudo. Era su ordinario alimento legumbres comunes cocidas con agua pura y sin sal, preparadas por ella misma de cualquier modo; y mientras estas faenas de su escaso menester la

ocupaban, no por eso cesaba de levantar el alma y aun los ojos del cuerpo hácia Dios, orando y meditando; sucediendo muchas veces el que, cuando se quedaba sola junto al fogon donde se cocía su modesta comida, ó cuando se arrimaba á él para calentarse, de tal modo estaba absorta en la contemplación, que las chispas saltaban á sus ropas, y éstas ardian sin que ella se apercibiera de ello, no obstante ser el humo de la tela quemada tan denso que sofocaba á las compañeras cuando, al entrar allí, la encontraban en aquel estado.

Corría parejas el vestido con el alimento en lo pobre y miserable; pues consistía en una basquiña de paño burdo sin teñir, de la clase que usaban solamente los campesinos y los pobres, toda hecha jirones, en especial las mangas, y remendada con pedazos de distintos colores, ceñida á la cintura con una cuerda muy gruesa: de la misma tela era el manto; y como le estuviese algo corto, le añadió un pegadizo de una tela de color diferente. Para todos estos remiendos de quemaduras y desgarrones allegaba cuantos trapos topaba por doquiera y de cualquier color que fuesen; y los remiendos los hacía ella misma aunque

sabia muy poco de coser ¹. Ningun empacho tenia en presentarse en la calle ataviada tan ridiculamente; y esto, al paso que confirmaba mas y mas en su opinion á las gentes que la tenian y trataban de loca, hacia que las almas piadosas vieran en ella una segunda santa Clara. Ni aun estas vestiduras tan groseras y miserables quedaban al abrigo de los arrebatos de la caridad, pues muchas veces las daba Isabel á los pobres, quedándose ella apenas con lo necesario para cubrirse; tanto que en los grandes frios de invierno se veia obligada á pasar el dia junto al fuego ó metida en cama entre dos colchones, aunque sin taparse con ellos; y entonces decia: «De esta postura estaré yo en el ataúd.» Y este nuevo padecimiento se convertia para ella en una nueva alegría.

En nada perjudicaban todas estas tribulaciones á la amenidad de su carácter, ni á la afabilidad y bondad extrema con que

¹ Panniculos viles et abiectos cuiusque coloris et undecumque collectos... Propriis manibus, ut poterat, iacturam incendii laris coquinae restaurabat, etc. (*Theod.*). — Confirmado con el testimonio de Fr. Gerardo, provincial de Franciscanos, que vió á la Santa muchas veces, y declaró sobre todos estos particulares. (*Wadding.*).

siempre se habia distinguido. Ya desde la niñez habia preferido á toda otra compañía el trato y comunicacion con los pobres y los humildes; y ahora en su piadoso retiro, no solamente á las que habian querido ser sus compañeras en el nuevo orden de vida, sino á las mismas criadas que Conrado le señalara, trataba con dulce y tierna cordialidad; no permitiendo á ninguna, por humilde que fuera su calidad, el darle tratamiento, ni llamarla de otra manera que por el simple nombre de pila, *Isabel* á secas, y tuteándola como á igual ó inferior. Ponia gran diligencia en servir á sus compañeras y criadas en vez de dejarse servir por ellas; y aquella hija de reyes tenia especial gusto en lavar y fregar la vajilla y utensilios de cocina, acudiendo á la traza de alejar á las criadas con pretexto de algun recado fuera de casa, para poder relevarlas y hacer en vez de ellas esta humildísima labor, servil á los ojos de los hombres, pero ennoblecida á los de Dios por el espíritu de humildad sublime con que era practicada. Al volver las criadas, cumplido el encargo, hallaban sus humildes labores ya hechas por mano de la noble Princesa, la cual no contenta con esto y con ayudarlas á gui-

sar, las hacia sentarse con ella á la mesa, y muchas veces tambien comer en su propio plato. Una de ellas, por nombre Irmengarda, testigo de todos estos pormenores ante los jueces eclesiásticos del proceso de canonizacion, confundida de tanta humildad por parte de una princesa, poco ha tan poderosa, le dijo cierto dia: «En verdad, señora, que «allegais grandes méritos con lo que haceis «con todas nosotras; pero temed que nos «llenemos de orgullo obligándonos vos á «comer y sentarnos á vuestro lado.— ¡Oh! «pues de ese modo, repuso la Duquesa, «ahora mismo voy á sentarte en mi regazo.» Y diciendo y haciendo, la tomó en sus brazos y la colocó sobre sus rodillas.

Su paciencia y caridad eran á toda prueba: nada era capaz de irritarla ni arrancarla una señal de descontento. En sus frecuentes y largas pláticas con las compañeras rebosaba una dulzura celestial y cordial alegría, que era de gran provecho espiritual para las que la escuchaban; mas no podia sufrir que en su presencia hubiera propósitos vanos y ligeros, ni coléricos é impacientes, pues al punto interrumpia el discurso, diciendo: «Y bien! ¿dónde está ahora el Señor?» y á la que habia incur-

rido en la falta la reprendia con una autoridad dulce y graciosa.

En medio de esta vida, tan dura y humillante al parecer, pero tan gloriosa á los ojos de Dios y tan fecunda en goces inefables para quien se habia entregado á él toda entera, Isabel no podia echar en olvido que, despues del cuidado de la propia salvacion, el primero y único negocio de la vida terrestre era el alivio y consuelo de sus hermanos afligidos y pobres. La que con todo habia roto y todo lo habia sacrificado por hallar con mas seguridad á Jesus en el cielo, mal podia despreciar á sus miembros pacientes desparramados sobre la tierra: no contenta con haber abandonado á los pobres el goce exclusivo de su patrimonio sin reservar para sí ni aun lo mas preciso de la vida, lo cual obligó á Conrado á poner un freno á tamaña prodigalidad, queria ahora tambien, como en sus tiernos años, asociarse en todo á los males de los desdichados, curándoles con sus propias manos las llagas del cuerpo así como las del alma. Su primer pensamiento, no bien se instaló en Marbourg, fue el de establecer un hospital, consagrándolo á la memoria de san Francisco de Asis, segun se lo

insinuara el papa Gregorio IX. Este Pontífice, que acababa de canonizar al hombre seráfico, creyó que con motivo de la traslación del cuerpo del Santo, estaba en el caso de enviar á su régia é intrépida imitadora un presente mas precioso todavía que aquel pobre manto por ella recibido en otro tiempo con tales muestras de gratitud y reconocimiento: esta vez consistia el regalo en algunas gotas de sangre de la que brotó del costado del Santo cuando la impresion de las divinas llagas. Isabel recibió el presente con el mismo espíritu que animaba á aquel que se lo dirigia, esto es, cual nueva prenda de su alianza y afecto hácia el hombre singular que no tuvo igual hasta entonces en imitar al Salvador del mundo; y creyó que de ninguna manera mas adecuada podia honrar aquella reliquia santa, que colocándola en el asilo de las miserias humanas, en cuyo obsequio y alivio iba ella á consagrarse para todo el resto de su vida. Acabado el hospital y colocado en él el mayor número posible de pobres, era visitado diariamente por nuestra Santa acompañada de sus dos fieles amigos y hermanas de hábito, Guta é Isentru-dis: allí pasaba Isabel largas horas cuidan-

do los enfermos, curándoles las llagas, administrándoles las medicinas, consolándoles sobre todo con afectuosas exhortaciones, adaptadas á la clase de mal de cada uno y á su particular estado espiritual. En estos ejercicios de misericordia, no tanto parecia obedecer al caritativo instinto de su alma y á la imperiosa inclinacion de aliviar los males ajenos, cuanto emplearlos y servirse de ellos á modo de supremo instrumento para inmolar aquella carne, ya tantas veces por ella vencida, y transformarlos en mortificaciones y austeridades de un género nuevo y temible; siendo difícil conocer si en aquel corazón predominaba el amor del prójimo, ó mas bien el odio á aquel cuerpo de pecado, única cosa que la separaba aun de su divino Salvador. Era, pues, además de consoladora, criada de los pobres enfermos; no hallando en este servicio cosa que se le resistiera por dura, vil y repugnante que fuese, porque en cada uno de aquellos seres veía una imagen viva del Esposo celestial de su alma. Aquellos enfermos que mayor disgusto, repugnancia y ascó causaban á los demás, eran al punto objeto de su solicitud y ternura; los que de sus régias y delicadas manos re-

cibian los servicios mas difíciles de prestar por lo repugnantes; los que ella acariciaba con dulce familiaridad, besándoles las úlceras y llagas henchidas de hediondez. No habia ejemplo de semejante triunfo sobre todas las antipatías de los sentidos, ni de tan maravillosa union entre el ardor y la perseverancia en la práctica del mas humilde espíritu de sacrificio por amor del prójimo. Asombro y estupor causaba el espectáculo desemejante vida, espontáneamente escogida por una hija de rey, jóven de veinte y dos años, que dejaba atrás los ejemplos registrados en las historias mismas de los Santos: mas el Espíritu de lo alto habia infundido en ella con toda su energia la santa violencia á que está prometido el cielo¹.

Poco á propósito eran estas prácticas para granjearle el aplauso y simpatías de to-

¹ Circa horridos et foetidos et omnibus abominatos miseros inaudita à saeculis et stupenda ferebatur Sancti Spiritus vehementia, et incredibili et miranda commanendi, contractandi, procurandi-que studiosissima diligentia... Nulla scriptura loquitur sanctorum quemquam tanta sedulitate tanta-que familiaritate sordidissimorum infirmorum immunditias obsequiosis manibus contractasse, etc. (Theod.).

do el mundo ó del comun de las gentes; y aun entre las personas piadosas hubo muchas que las calificaron de exageradas, mas sin que todas estas opiniones humanas la hicieran retroceder un punto en sus propósitos, acostumbrada como estaba á vencerse en todo á sí misma. De camino para la iglesia, encontró cierto día á un pobre mendigo; lo llevó consigo á casa, y quiso lavarle los piés y las manos: pero sintió esta vez tal repugnancia y disgusto, que no pudo menos de estremecerse; hasta que luego, para vencerse, dijo para sí: «¡Ab, picaro estómago mio! no te gusta «esto, siendo una bebida tan santa!» Y á continuacion bebió del agua de aquel lavatorio, y añadió: «Señor mio, que clavado en la cruz bebisteis por mí hiel y vinnagre, no soy yo digna de tal bebida: «dadme vuestra gracia para ser mejor de «lo que soy.»

Los leprosos, objeto general de horror por lo fácil de contagiarse con su asquerosa dolencia, eran por esta razon misma los predilectos de Isabel, y los que ella cuidaba con mayor esmero, lavándolos con sus propias manos, y haciendo pedazos, cuando otra cosa no habia, cortinas y telas pre-

ciosas para enjugarlos y abrigoarlos cuando salian del baño; disponiéndoles las camas y acostándolos en ellas, tapándolos muy bien para que descansaran: «¡Cuán felices «somos, decia en una ocasion á sus compañeras, en poder lavar y vestir de esta manera á Nuestro Señor!» Y una de ellas contestó: «Podrá ser que á vos os vaya «bien con esta clase de gentes; pero dudo «que á los demás les suceda lo mismo.» Conrado tambien calificó de imprudentes y contrarios á la prudencia de la caridad cristiana tales arrebatos de celo; y así fue que le prohibió expresamente el tocar y besar las llagas de los leprosos y demás enfermos, por el peligro que corría de contraer aquellos terribles males; precaucion que no prdujo el efecto apetecido, pues Isabel cayó gravemente enferma en fuerza del sentimiento que le causó el verse contrariada en sus deseos, por motivo de esta prohibicion de su confesor.

Toda esta compasion, todos estos beneficios, no se limitaban precisamente á los males del cuerpo; la ardorosa discípula de Cristo nunca perdía de vista la salud de las almas y los remedios espirituales; para lo cual acompañaba aquellos tiernos cuidados

con repetidas y piadosas exhortaciones; cuidaba de que se administrara el Bautismo lo mas pronto posible á los niños de los pobres; que los enfermos pidieran y recibiesen los Sacramentos, no solo en la última hora, sino luego de entrados en el hospital. No siempre sus palabras, realizadas con el poderío del ejemplo, dejaban de encontrar resistencia en unas almas exasperadas por la desgracia ó caídas en la tibieza por el desuso de los remedios y socorros de la Iglesia; pero en estos casos sabia unir á su habitual dulzura una firme energía y fuerza de carácter. Un dia, entre muchos, se presentó un ciego, pidiendo ser admitido en el hospital por hallarse enfermo. Justamente á la sazón se hallaba Isabel á la puerta del establecimiento, hablando con el maestro Conrado, y consintió muy alegre en admitir al ciego, con la condicion de que habia de principiár la curacion por los males del alma, mediante la confesion. Irritado el ciego por el mal que sufría y la exhortacion que le hacian, para él tan fuera de punto, rompió en votos y blasfemias, y habló del Sacramento en términos irreverentes, tratando la confesion de práctica supersticiosa. Indignada la San-

ta volvió á la carga con tal vehemencia, que el ciego, súbitamente contrito cayó de rodillas é hizo en aquel mismo instante su confesion con Conrado.

Las paredes de aquel hospital, residencia favorita de la Santa, no tenían sin embargo aprisionada su caridad y reducida á aquel solo recinto; extendiase tambien ésta á las cabañas de todos los pobres de Marbourg, á quienes Isabel, seguida de sus doncellas, visitaba de continuo, llevándoles carne, pan, harina y otras cosas que repartía con su propia mano á aquellos desgraciados, informándose con un interés lleno de ternura acerca de todo lo perteneciente á aquellos miseros albergues, camas y vestidos, para remediar todo lo que hacía falta y ella podía proveer; invirtiendo en estos socorros el producto de todas las alhajas, anillos, velos de seda, y demás adornos mundanos que le habian quedado, y habia hecho vender secretamente. Tambien en estas visitas se entregaba la Santa á aquel ardoroso afan de tributar á los pobres enfermos los servicios mas íntimos y aun adelantarse á sus deseos; como sucedió cuando en un dia de invierno se le antojó á uno de ellos comer pescado; pues no

bien lo entendió Isabel, cuando echó á correr á una fuente cercana, é hizo á su divino Proveedor esta plegaria: «Señor mio «Jesucristo, dignaos hacer de modo que «halle yo aquí un pescado para vuestra pobre enferma.» Y sacando de la fuente un poco de agua, halló en ella un pescado grande, que al punto llevó corriendo á la paciente.

— Cuando en estas benéficas excursiones encontraba algunos pobres especialmente dignos de compasion, ya por su miseria, debilidad ó grandes padecimientos, ya por su devocion ó cristiana paciencia, no contenta con traerlos al hospital, solía traerlos tambien á su casa, dedicarse enteramente á servirlos, y los hacia comer á su lado y en su propia mesa. Á algunas reprensiones de Conrado sobre este punto, respondió la Santa: «No, amado maestro «mio, no; dejadles conmigo: pensad en mi «vida de otro tiempo pasada en medio de «la vanidad del mundo; es preciso curar «el mal con su contrario; y para ello es «fuerza que yo viva ahora con los humildes y miserables. En esta compañía gano «yo numerosas gracias: dejadme gozar de «ella.»

Entre estos pobres albergados en su propia casa, acogió á cierto jovencillo huérfano de padre y madre, paralítico de nacimiento, y además enfermo de un flujo continuo de sangre. Esta infeliz criatura, abandonada y oprimida por tan terribles miserias, halló en su protectora mas que una madre, teniéndola noches enteras á la cabecera de su cama, recibiendo de sus manos los servicios mas repugnantes, y de su boca palabras del mas dulce y tierno consuelo. Cuando por fin murió, entró á ocupar el puesto vacante una jóven atacada y desfigurada por la lepra de tan espantosa manera, que nadie en el hospital se atrevia á acercarse á ella, ni aun á mirarla de lejos, tal era el horror que á todos inspiraba: mas Isabel, al contrario, tan pronto como la vió, se acercó á ella con veneracion piadosa, cual si el Señor en persona se la hubiera presentado bajo aquel velo de dolores; y puesta de rodillas delante de la leprosa, sin hacer caso de la resistencia que ésta oponia á la Princesa, le quitó el calzado, lavó y curó las úlceras, le aplicó todos los medicamentos prescritos, le cortó las uñas de los piés y manos; y tan esmerados y tiernos cuidados prodigó á

aquel ser desventurado, que muy pronto la vieron aliviada y mejorada de su asquerosa dolencia. Trasladada á la casa de Isabel, ésta le hacia la cama, pasaba largas horas á su lado, y procuraba distraerla de su abatimiento jugueteando con ella, y dirigiéndole palabras de dulzura y de consuelo. En cuanto supo Conrado todas estas cosas, hizo sacar de allí la enferma, por temor de que contagiase á la caritativa Princesa; y aun llegó á imponer á ésta, por su exceso de celo, una penitencia tan severa, que mas tarde manifestó al Papa su arrepentimiento por haber procedido con tal dureza.

Mas Isabel, cuyo infatigable ardor por nada se dominaba, trajo á casa, en vez de la leprosa, á un jóven atacado de cierta enfermedad tan repugnante cási como la lepra; y cuidó de él y le trató con una destreza y experiencia, que solamente la caridad, ciencia suprema, podia haberle inspirado; y le tuvo consigo hasta que al fin falleció.

Pero siempre continuaban los leprosos siendo el objeto de su predileccion, y en cierto modo, de su envidia; porque de todas las miserias humanas esta era la que

mejor podia inspirar un cristiano desapego de la vida á los atacados por ella. Fr. Gerardo, provincial de los Franciscanos de Alemania, el confidente mas íntimo de sus pensamientos, exceptuando á Conrado, vino cierto dia á visitarla; y como hubieran platicado muy á su sabor acerca de la santa pobreza, hacía el fin de la conversacion exclamó la Santa: «¡Ah, Padre mio, no «hay cosa de que yo mas me holgara y de «lo mas íntimo de mi alma, que de verme «tratada ni mas ni menos que como una le- «prosa ordinaria! Quisiera que me coloca- «ran, como se practica con estas infelices, «en una chocita de paja y heno, con un «trapo colgado á la puerta para advertir «á los transeuntes, y un cepo para reco- «ger las limosnas que quisieran dejar para «mí¹.» Dicho lo cual, perdió el conocimiento y cayó en una especie de éxtasis, durante el cual el religioso, que la sostenia entre sus brazos, la oyó que cantaba himnos sagrados; hasta que de allí á poco volvió en su acuerdo.

¹ En chozas de esta clase era donde, segun vamos á ver, encerraban en medio de ciertas ceremonias religiosas á aquellos leprosos que eran declarados incurables.

Séame ahora permitido, á fin de dar una explicacion de este prodigioso dicho de nuestra Santa, el insertar aquí por modo de digresion algunas particularidades relativas al modo con que en los siglos católicos eran mirados la lepra y los leprosos¹. En estos tiempos de fe universal, la Religion podia luchar de frente con todos los males de la sociedad, en la cual reinaba como soberana absoluta; y por tanto, á esta suprema miseria habia opuesto todos los lenitivos que la fe y la piedad saben engendrar en las almas cristianas. No siéndole posible anonadar los deplorables resultados materiales de este terrible mal, supo á lo menos destruir la reprobacion moral que podia recaer sobre las víctimas infelices, revistiendo á éstas de una especie de consagracion piadosa, y constituyéndolas como en representantes y pontífices de aquel peso de humanos dolores que Jesucristo vino á sufrir, y todos los hijos de la Iglesia deben aligerar en sus hermanos,

¹ Las he tomado en su mayor parte de la excelente obra de Mr. Clemente Brentano, titulada: *Hermanas de la Caridad*; libro que encierra multitud de preciosas noticias sobre la caridad católica en todas épocas.

como que es una de sus primeras y mas estrechas obligaciones. Tenia, pues, la lepra en estos tiempos cierto carácter sagrado á los ojos de la Iglesia y de los fieles: se la miraba como un don de Dios ¹, como una distincion especial, como una marca, digámoslo así, de la atencion divina. Segun refieren los anales de Normandía, cierto caballero de nobilísima alcurnia, uno de los valientes del tiempo de Guillermo el Conquistador, habiéndose hecho monje despues de haber sido guerrero, pidió á Dios humildemente la gracia especial de contraer una lepra incurable, que le sirviera para purgar sus pecados; que el caballero se llamaba Raoul Fitz-Giroie, y que su oracion fue oida por Dios. Tan pronto como la mano de este Dios siempre justo y misericordioso habia tocado á un cristiano, hiréndole de aquella misteriosa manera inaccesible á la ciencia humana, todos miraban aquel mal con cierta veneracion y respeto.

¹ Es la expresion de que se sirven los actos públicos relativos á los leprosos hasta mediados del siglo XVI. En 1511 maese Enrique, organista de Coblenza, pide al consejo de la ciudad una plaza en el hospicio para un hijo suyo, á quien *Dios omnipotente ha hecho el presente de la lepra*. Brentano trae otros ejemplos.

La soledad, la reflexion, el retiro y el trato con Dios solo, se consideraban como una necesidad para el leproso; mas en este aislamiento le seguian el amor y las oraciones de sus hermanos. La Iglesia habia sabido atraer una solicitud tiernísima hácia estos infortunados vástagos de su seno ¹, conciliándola con las medidas exigidas por la salud pública para evitar la propagacion del contagio. Acaso no hay en toda su liturgia otra cosa mas tierna y solemne á la vez, que el ceremonial llamado *separatio leprosororum*, empleado para el acto de separar, cuando no habia hospital especial de leprosos, á los que contraian esta plaga, apartándolos de las viviendas de las demás gentes. Primero se celebraba en presencia del paciente una misa de difuntos; luego se bendecian todos los utensilios que habian de servirle en su retiro, y dándole una limosna cada uno de los presentes, el clero, con cruz procesional delante, lo conducia, se-

¹ El cartulario de la abadia de la Couture en Muns, trae una bula del papa Clemente III dirigida directamente en 1189 á sus amados hijos los leprosos de Sablé, *dilectis filiis leprosis de Sabolio*, concediéndoles un cementerio en Solesmes, á pesar de la oposicion del abad de la Couture, de cuya jurisdiccion era el priorato de Solesmes.

guido de los fieles, á una choza aislada que debía ser su habitacion en lo sucesivo: sobre el techo de la cabaña arrojaba el presbitero una palada de tierra bendita cogida en el cementerio, diciendo: *Sis mortuus mundo vivens iterum Deo!* «Muere al mundo y renace para Dios.» Á continuacion el sacerdote les dirigia una plática consoladora sobre las alegrías del paraíso que habian de ser el premio de su paciencia en la tierra, y sobre la comunión espiritual en que permanecian con la Iglesia, cuyas oraciones les serían dedicadas en aquella soledad de un modo mas especial que hasta entonces: en seguida plantaban una cruz de madera delante de la puerta de la choza, y colgaban de ella un cepo para recibir las limosnas de los pasajeros; hecho lo cual, se terminaba la ceremonia. Únicamente durante la Pascua podían los leprosos salir de sus escondrijos, en memoria de la resurrección de Cristo, y entrar por unos días en las ciudades y pueblos á fin de participar de la universal alegría de la cristiandad. Cuando el leproso moría en este aislamiento, se decía en sus funerales la misa de *Confesor no pontífice*.

Comprendiendo el pueblo fiel este pensa-

miento, y entrando en las miras de su madre la Iglesia, habia inventado para los leprosos los nombres mas dulces y llenos de consuelo, llamándoles *gentes buenas, amados pobres de Dios, enfermos de Dios*. Al ver á estos desventurados seres, recordaban plácidamente los cristianos que el mismo Jesucristo era designado por el Espíritu Santo en las Escrituras como leproso: *Et nos putavimus eum quasi leprosum*; que se hallaba hospedado en casa de un leproso cuando la Magdalena vino á ungirle los pies con el bálsamo oloroso; que habia escogido por simbolo del alma bienaventurada al leproso Lázaro; y que muchas veces se habia aparecido á sus Santos bajo la forma de leproso ¹. Como por otra parte las peregrinaciones á Tierra Santa habian contribuido á propagar mas y mas en Europa esta enfermedad, resultaba que la calidad santa de semejante origen realzaba el carácter sagrado que ya le atribuía la opinion general. En Jerusalem se habia fundado la Orden de caballeros de San Lázaro exclusiva-

¹ Véanse las hermosas leyendas de san Julian, del papa san Leon IX, y sobre todo la de Martyrius referida por san Gregorio el Grande en sus *Homilias*.

mente dedicada al cuidado de los leprosos, y tenia á un leproso por gran maestro¹; y con el propio objeto se habia organizado otra Orden de señoras en el hospicio de San Juan el Limosnero en la misma ciudad. Cuando celebraba el santo sacrificio el obispo Hugo de Licoln, monje cartujo natural del Franco Condado, admitia á los leprosos al ósculo de la paz; y en una ocasion, como su canciller le trajera á la memoria que san Martin curaba á los leprosos abrazándose con ellos, le contestó en estos términos: «Si; el beso de Martin curaba la carne de los leprosos; en cuanto á mí, el beso de los leprosos sirve para curarme el alma².» Entre los reyes y grandes de la tierra no fue Isabel la única que honrase á Cristo en la persona de estos sucesores de Lázaro; otros ilustres y poderosos príncipes miraron tambien este deber como una de las prerogativas de su corona. Roberto, rey de Francia, visitaba de continuo sus hos-

¹ San Luis trasladó esta Orden á Francia, y mas adelante la incorporó á la del Monte Carmelo; en Saboya fue refundida en la de San Mauricio.

² *Osculum Martini sanavit carnem leprosi; sed osculum leprosi sanat animam meam. (Cron. Nicolai Trivetti, pág. 179).*

pitales; san Luis los trataba como amigos y hermanos, los visitaba en las cuatro Temporas, y les besaba las llagas¹; Enrique III de Inglaterra hacia tambien lo mismo. Habiendo ido la condesa Sibila de Flandes con su marido Teodorico á Jerusalem en el año 1156, mientras el Conde se batia con los infieles, ella pasaba el tiempo en el hospicio de San Juan el Limosnero cuidando á los leprosos. Lavádoles un dia las úlceras, sintió, como santa Isabel, un nauseabundo disgusto producido por lo repugnante de aquella ocupacion; y á fin de vencerla y castigar su delicadeza, bebióse un buen

¹ Sabida es su conversacion con Joinville, cuando preguntó á éste si querria mas ser leproso que haber cometido un pecado mortal. Joinville respondió, que, no uno, sino treinta quisiera cometer, antes que verse en tal caso. Luego que quedaron solos, el santo Rey le reprendió por esta respuesta en estos términos: «Has hablado como un mentecato en eso que dijiste; pues has de saber que no hay lepra tan casquerosa y horrible como estar un hombre en pecado mortal, por cuanto hace al alma parecida al diablo, cosa la mas espantable y fea de cuantas cabe imaginar. Te suplico, cuan encarecidamente puedo, que por amor de Dios y de mí inclines de todas veras tu corazon á preferir toda clase de enfermedades y lacérias del cuerpo á la desdicha de tener tu alma en pecado mortal.» (Joinville).

trago de aquel lavatorio, diciéndose: «Es preciso, corazón mío, que aprendas á servir á Dios en sus pobres; este es tu deber, y has de cumplir mal de tu grado, y aunque hubieras de reventar por ello.» Cuando el Conde salió de Palestina, le pidió permiso de quedarse allí para pasar el resto de sus días cuidando los leprosos; y como la ayudase con sus ruegos en esta demanda su hermano Balduino III, rey de Jerusalem, el Conde resistió tenazmente á los ruegos de ambos, y no consintió, por fin, en separarse de Sibila, hasta que en recompensa de este sacrificio recibió del Rey su cuñado una preciosísima reliquia, que era una gota de sangre de Nuestro Señor, de la que recogió José de Arimathea al bajarle de la Cruz. Volvióse, pues, el Conde para su patria, solo y llevando consigo el sacro tesoro, que hizo depositar en su ciudad de Brujas: los piadosos flamencos supieron con veneración grande como su Conde había vendido su esposa á Cristo y á los pobres, y como les traía el precio de esta venta, que era la sangre de su Dios ¹.

¹ En Brujas cerca de las casas consistoriales se ve hoy todavía la hermosa capilla llamada de la

Los Santos de la edad media son los que mas se han distinguido por su adhesión y afecto á los leprosos. Santa Catalina de Sena sufrió un ataque de lepra á las manos con motivo de cuidar á una leprosa á la cual quiso amortajar y enterrar por sí misma: pero habiendo perseverado, á pesar de esto, en su tarea caritativa, vió que las manos se le tornaban limpias, blancas y tersas como las de un parvulillo recién nacido, y que de los puntos mas afectados por la lepra salía una dulce y suave luz. San Francisco de Asis y su noble compañera santa Clara; santa Odila de Alsacia; santa Judith de Polonia; san Edmundo de Cantobery, y mas adelante san Francisco Javier y santa Juana de Chantal, se deleitaban en tributar á los leprosos los servicios mas humildes. Muchas veces lograron estos Santos con sus oraciones la curación instantánea de los enfermos ¹.

Santa Sangre, construida para servir de santuario á esta reliquia.

¹ Una antiquísima tradición profundamente simbólica, fundada además en las santas Escrituras, hacía mirar la lepra como la imagen mas completa y adecuada del pecado, y por consiguiente imposible de curar sino por medio de la sangre inocente, como el pecado original tuvo que ser borrado y redimido

Isabel tenia ya su puesto en medio de tan gloriosa y noble compañía, por efecto de los admirables y arrebatados vuelos de su caridad hácia aquel Dios, á quien siempre veia en la persona de los pobres. Empero mientras llegaba el gustar con ellos de las imperecederas alegrías del cielo, nada encontraba sobre la tierra capaz de calmar la ardorosa compasion de su pecho, ni de curar el desfallecimiento y angustia de aquella alma enferma y devorada por los sufrimientos de sus hermanos.

no menos que por la sangre inocente del Hombre-Dios. Se encuentra esta tradicion en una multitud de leyendas y poesías de la edad media; y ella es la que sirve de base á uno de los poemas mas famosos de la época de santa Isabel, *El pobre Enrique*, por Hartmann von der Aue.

CAPÍTULO XXV.

Que la amada santa Isabel no quiso volver al reino de su padre, para entrar mas segura en el reino de los cielos.

Regnum mundi et omnem ornatum
saeculi contempsit propter amorem
Domini mei Iesu Christi, quem vi-
di, quem amavi, in quem credidi,
quem dilexi.

(*Breviar. rom. Commun. Sanctar.
fem.*).

In nidulo meo moriar.

(*Job, XXIX, 18.*)

Entre tanto, y por conducto de los peregrinos que iban á Aquisgran y otros santuarios sobre el Rhin, llegaron á oídos del Rey de Hungría, del rico y poderoso padre de esta pobre enfermera, las nuevas del estado de pobreza y abandono á que su hija se veia reducida. Al oír de boca de los piadosos romeros cuánto les habia chocado el saber que su Princesa vivia sin honores, sin corte, y en desnudez completa, el Rey quedó consternado y conmovido hasta derrear lágrimas; se quejó á sus consejeros de la injuria que se cometia con su hija, y

Isabel tenia ya su puesto en medio de tan gloriosa y noble compañía, por efecto de los admirables y arrebatados vuelos de su caridad hácia aquel Dios, á quien siempre veia en la persona de los pobres. Empero mientras llegaba el gustar con ellos de las imperecederas alegrías del cielo, nada encontraba sobre la tierra capaz de calmar la ardorosa compasion de su pecho, ni de curar el desfallecimiento y angustia de aquella alma enferma y devorada por los sufrimientos de sus hermanos.

no menos que por la sangre inocente del Hombre-Dios. Se encuentra esta tradicion en una multitud de leyendas y poesías de la edad media; y ella es la que sirve de base á uno de los poemas mas famosos de la época de santa Isabel, *El pobre Enrique*, por Hartmann von der Aue.

CAPÍTULO XXV.

Que la amada santa Isabel no quiso volver al reino de su padre, para entrar mas segura en el reino de los cielos.

Regnum mundi et omnem ornatum
saeculi contempsit propter amorem
Domini mei Iesu Christi, quem vi-
di, quem amavi, in quem credidi,
quem dilexi.

(*Breviar. rom. Commun. Sanctar.
fem.*).

In nidulo meo moriar.

(*Job, XXIX, 18.*)

Entre tanto, y por conducto de los peregrinos que iban á Aquisgran y otros santuarios sobre el Rhin, llegaron á oídos del Rey de Hungría, del rico y poderoso padre de esta pobre enfermera, las nuevas del estado de pobreza y abandono á que su hija se veia reducida. Al oír de boca de los piadosos romeros cuánto les habia chocado el saber que su Princesa vivia sin honores, sin corte, y en desnudez completa, el Rey quedó consternado y conmovido hasta deramar lágrimas; se quejó á sus consejeros de la injuria que se cometia con su hija, y

determinó enviar un embajador que la trajera á su lado. Esta mision fue confiada al conde Banfi ¹, el cual se puso en camino para Turingia con numeroso séquito. Primeramente se presentó en Wartbourg, y avistándose con el landgrave Enrique, pidióle cuenta de la extraña posicion á que, segun lenguas, se hallaba reducida la Duquesa. El jóven Príncipe respondió: «Mi «hermana está loca rematada, como es público y notorio, y como podeis verlo por «vos mismo.» Dijole en seguida como ella habia querido retirarse á Marbourg, y como allí hacia mil extravagancias sin tratarse mas que con pordioseros y leprosos, con otras particularidades del mismo jaez; añadiendo que aquel estado de pobreza, en que vivia su cuñada era cosa no mas que de la voluntad y antojo de ella, pues él le habia por su parte garantido y asegurado la posicion de cuanto pudiera apetecer segun su rango y calidad. Grandemente admirado el Embajador con esta relacion, tomó el camino de Marbourg, donde, en cuan-

¹ Llaman á este Conde los autores contemporáneos *Pamias* ó *Panias*; pero me ha parecido mejor adoptar la correccion propuesta por el sábio hungaro de nuestros dias el Conde Mailath.

to hubo llegado, preguntó al hostelero en cuyo meson se apeara, si por suerte sabia él quién fuese una señora llamada Isabel que viniera de Hungría á aquellas tierras; y qué concepto debia formarse de lo que acerca de ella decian las gentes sobre la vida pobre que hacia, y el haber abandonado á sus hijos, con otras cosas á este tenor: y si creia él que en todo esto habia cosa que en su descrédito y deshonor pudiera redundar. Á cuyas razones contestó el huésped con estas: «Puedo deciros que «es una señora piadosísima y llena de virtudes; rica, cuanto desear se puede, puesto que esta ciudad y su canton, no pequeño á fe, son suyos con pleno y absoluto señorío; demás de esto seria tambien hoy, «con solo haber venido en ello, esposa de «alguno de los príncipes que solicitaron su «mano. Mas su humildad es tan grande y «portentosa que vive miserable y pobre «cual si nada tuviera; y tampoco quiere «habitar en ninguna de las casas de la ciudad sino cerca del hospital construido por «ella; tal es el desprecio con que mira todas las cosas del mundo. Mucha es la merced que Dios nos hizo á los de por acá enviándonos tan piadosa señora; pues cuan-

«tos tienen la dicha de tratarla, sacan gran provecho para sus almas. En las obras de caridad no se da un punto de descanso: es castísima, dulcísima en el trato, y misericordiosa en sumo grado; pero sobre todo esto, humilde cuanto no puede ponderar lengua humana.» Oídas estas razones, el Conde se dirigió á la posada de Isabel acompañado por el huésped, el cual entró primero, diciendo: «Señora, aquí os traigo unos amigos que vienen en busca vuestra, á lo que yo entiendo, y desean hablaros.» Cuando el Embajador entró allá y encaróse con la hija de su Rey armada de su rueca é hilando, quedó tan sobrecogido de admiracion que se hizo cruces y no pudo contener las lágrimas; luego dijo: «¿Vióse nunca á una hija de un rey hilando lana?» Repuesto un poco del primer pasmo, sentóse junto á la Princesa y comenzó á decirle como el Rey su padre le enviaba á buscarla para conducirla á Hungría, su país natal, donde la tratarian con el honor debido, mirándola siempre el Rey como á hija amadísima suya. Isabel no hizo caso alguno de todas estas ofertas é instancias: «¿Por quién me tomáis, caballero? ¿dije ella; sabed que yo no soy sino

«una pobre pecadora que nunca cumplió la ley de Dios segun se debe cumplir.—Mas ¿quién os ha reducido al estado en que os encuentro? preguntó el Conde.—Nadie, replicó la Santa, como no sea el Hijo infinitamente rico de mi Padre celestial, cuyo ejemplo me enseña á despreciar las riquezas, y á amar la pobreza mas que todos los reinos del mundo.» Entonces ella le refirió toda su vida desde que quedara viuda, y le comunicó los pensamientos que tenia para el resto de sus días; concluyendo con asegurarle que de nadie tenia queja por cosa alguna y que era perfectamente dichosa. El Conde no queria ceder: «Venid, noble Reina, decia, venid conmigo al palacio de vuestro padre amado, venid á tomar posesion de su reino y de vuestra herencia.—Espero, repuso la Santa, que ya estoy en posesion de la herencia de mi Padre, esto es, de la misericordia eterna de nuestro Señor Jesucristo.» Conjuróla de nuevo el Embajador que no hiciera á su padre la injuria de traer aquella despreciable vida, y que cesara de afligirle tratándose de manera tan impropia é indigna de su elevado nacimiento. «Diréis á mi padre y señor, contestó Isabel, que yo en

«medio de tan pobre y abyecta existencia
«soy mas feliz que pudiera serlo en medio
«de las régias pompas; que en vez de ali-
«girse por causa mia, trate mas bien de re-
«gocijarse de tener una hija al servicio del
«gran Rey de cielos y tierra. Una sola cosa
«le pido en el mundo, y es, que ore y man-
«de orar por mí á Dios; que yo así lo ha-
«go por él, y lo haré mientras viva.»

Cansado de luchar inútilmente, párti-
de allí el Conde lleno de intenso dolor. Y
la hija de los Reyes de Hungría volvió á to-
mar su rueca, y á engolfarse en la dicha de
poder realizar de antemano las sublimes
palabras que la Iglesia consagra al culto de
las que, como ella, renunciaron á todo por
amor á Jesucristo: *Desprecié por amor de
mi amado Jesús el reino del mundo, y toda la
pompa del siglo; á Jesús he visto, á él solo he
amado, en él he creído, y le antepuse á todas
las cosas.*

CAPÍTULO XXVI.

*De como la amada santa Isabel repartió toda
su dote á los pobres.*

SI dederit homo omnem subs-
tantiam domus eius pro dilectio-
ne, quasi nihil despiciet eam.

(Cant. VIII, 7).

Calore charitatis
Calefacti pauperes
Iuxta prunas nuditatis
Laetantur immemores.

(Antífona de santa Isabel, en
el Breviario antiguo de los
Dominicos).

Por muy persuadido que el landgrave
Enrique estuviera de la locura de su cuña-
da, no por eso se creyó dispensado de cum-
plirle las promesas que le habia hecho: tal
vez tambien contribuiria á mantenerle firme
en ellas el temor al Papa, constituido
en protector de Isabel, y por otra parte la
influencia de Conrado, no menos grande
con él de lo que habia sido para con el di-
funto Duque su hermano. Fueron, pues,
puntualmente enviados á Isabel los qui-
nientos marcos de plata, que para gastos

«medio de tan pobre y abyecta existencia
«soy mas feliz que pudiera serlo en medio
«de las régias pompas; que en vez de ali-
«girse por causa mia, trate mas bien de re-
«gocijarse de tener una hija al servicio del
«gran Rey de cielos y tierra. Una sola cosa
«le pido en el mundo, y es, que ore y man-
«de orar por mí á Dios; que yo así lo ha-
«go por él, y lo haré mientras viva.»

Cansado de luchar inútilmente, pártió
de allí el Conde lleno de intenso dolor. Y
la hija de los Reyes de Hungría volvió á to-
mar su rueca, y á engolfarse en la dicha de
poder realizar de antemano las sublimes
palabras que la Iglesia consagra al culto de
las que, como ella, renunciaron á todo por
amor á Jesucristo: *Desprecié por amor de
mi amado Jesús el reino del mundo, y toda la
pompa del siglo; á Jesús he visto, á él solo he
amado, en él he creído, y le antepuse á todas
las cosas.*

CAPÍTULO XXVI.

*De como la amada santa Isabel repartió toda
su dote á los pobres.*

SI dederit homo omnem subs-
tantiam domus eius pro dilectio-
ne, quasi nihil despiciet eam.

(Cant. VIII, 7).

Calore charitatis
Calefacti pauperes
Iuxta prunas nuditatis
Laetantur immemores.

(Antífona de santa Isabel, en
el Breviario antiguo de los
Dominicos).

Por muy persuadido que el landgrave
Enrique estuviera de la locura de su cuña-
da, no por eso se creyó dispensado de cum-
plirle las promesas que le habia hecho: tal
vez tambien contribuiria á mantenerle firme
en ellas el temor al Papa, constituido
en protector de Isabel, y por otra parte la
influencia de Conrado, no menos grande
con él de lo que habia sido para con el di-
funto Duque su hermano. Fueron, pues,
puntualmente enviados á Isabel los qui-
nientos marcos de plata, que para gastos

de instalacion en su nueva vivienda le habian sido ofrecidos por el Landgrave al despedirse de Wartbourg la Santa. Oportunísima ocasion halló Isabel en este aumento de riqueza para llevar á cabo un proyecto que ya há tiempo tenia concebido, y era el de desembarazarse de una vez de todos sus bienes, cuya propiedad, pero no el goce, se habia reservado segun vimos. Redujo, pues, á metálico todos los bienes dotales que su cuñado hubo de restituírle al regreso de los cruzados, y la venta produjo dos mil marcos, suma muy respetable para aquellos tiempos. La Santa se habia propuesto, segun insinúa uno de sus piadosos historiadores, dar á estas riquezas una movilidad análoga á la breve duracion de esta mortal vida, y que pudiera por tanto conducirla con mayor seguridad á la inmóvil felicidad de la vida eterna ¹. Las joyas y aderezos que aun conservaba de los que habia traído de Hungría, y que consistian en vasos de oro y plata, telas bordadas en

¹ Omnia quae habuit vendidit, pro rebus suae dotis immobilibus res petens et acceptans mobiles, mobilem per mortem se cognoscens de mobilibus sibi satagens aeterna et immobilia promovere. (*Theod.*)

oro, y alhajas guarnecidas de pedrería de muchísimo valor ¹, fueron igualmente reducidos á dinero, y el producto de la venta de todos estos objetos, reunido al que habia rendido la de los bienes raíces, fue íntegro distribuido por su propia mano á los pobres, haciéndolo con profusion y largueza tal, que le atrajo las injurias é insultos de muchas personas que no necesitaban de aquellas limosnas, y la trataban de disipadora, desmanotada, y sobre todo de loca. Sin alterarse en lo mas mínimo por tales discursos, proseguia impávida en la tarea de comprar á precio barato la salud eterna de su alma, en cuya comparacion tenia por muy poca cosa el sacrificio de estas perecederas riquezas ². Cuando Enrique le remitió los quinientos marcos de plata de que hablamos mas arriba, formó la Santa el propósito de repartirlos sin demo-

¹ Si qua ei residua fuerant ornamenta quae in sua translatione de domo patris sui regis Hungariae attulerat, aurea et argentea vasa plurima, sericos pannos auro intextos, pretiosos et multos, et corporis ornatum ex auro copioso et gemmis nobilissimis regaliter fabrefactum. (*Dict. IV Ancill.*)

² Divitiis in omnibus eleemosynarum opibus expensis emit regnum aeternae salutis. (*Thes. nov. de Sanct. serm.*)

ra á los pobres, de una vez y en un mismo día. Al efecto, y queriendo que su caridad tuviera una extension proporcionada á lo elevado de la suma que intentaba distribuir, mandó pregonar en todos los puntos comprendidos en el rádio de veinte y cinco leguas al rededor de Marbourg, que en el día fijado acudieran todos los pobres á reunirse en una llanura situada cerca de Wehrda, aquel pueblo donde ella habia pasado los primeros tiempos de su pobreza voluntaria. En el día señalado acudieron á este sitio millares de mendigos, ciegos, estropeados, enfermos y pobres de uno y otro sexo ¹, sin contar el inmenso concurso de gentes ansiosas de presenciar aquel tan maravilloso espectáculo. Á fin de mantener el órden en medio de semejante multitud, y tambien para guardar estricta justicia en la distribucion de las limosnas entre los pobres, á menudo impacientes y alborotados, la Duquesa habia dispuesto suficiente número de oficiales y dependientes robustos, con órden de tener á raya á

¹ Pauperum, debiliū, caecorum et aliorum egentium infinitè utriusque sexus undique multitudo... (*Theod.*, VII, 2). Acudieron doce mil pobres, segun el Mss. de los Bolandistas.

todo el mundo, á fin de que nadie pudiera abandonar su puesto y recibir mas de una vez la limosna en perjuicio de los otros pobres; so pena de que sobre la marcha seria cortado el cabello á cualquiera que infringiese esta consigna. Infringió esta órden una jovencilla, llamada Hildegonda, notable por su hermosa cabellera, y que fue sorprendida por los vigilantes en el acto de dejar el puesto que ocupaba en su fila para pasar á otro, á fin de estar á la vista de una hermana suya que se hallaba enferma; y al momento le fue cortada la cabellera que, al estilo de las jóvenes de Marbourg, llevaba flotando sobre las espaldas ¹. Prorumpió la jóven en amargo llanto al verse tratada de aquel modo, y empezó á dar gritos protestando que era inocente. Habiéndola llevado á presencia de la Duquesa, ésta felicitó á la desconsolada doncella de que aquel rapamiento le estorbaria por mucho tiempo el tomar parte en los bailes y regocijos profanos; y luego, guiada por el instinto profundo de las almas santas, pasó á preguntarle, si alguna vez se le habia ocurrido la idea de abrazar

¹ Uso que se conservó hasta el siglo XVII. (*P. Kochem.*).

una vida mejor. «Ya há tiempo que fuera «yo monja, respondió la jóven, á no estorbármelo el sentimiento que me causaba «el haber de sacrificar mis hermosos cabellos¹.» Llena de gozo Isabel al oír esto, exclamó: «Pues siendo así, tengo yo mas «alegría de este suceso, que si á mi hijo le «hubieran elegido emperador de roma- «nos².» Entonces la Princesa llevó consigo á Hildegonda, la cual tomando por aviso del cielo el casual acaecimiento de aquel día, se consagró al servicio de Dios y de los pobres en el hospicio de la Duquesa.

Entre tanto, y por medio de personas fieles y seguras encargadas de la operacion por Isabel, se llevó á cabo el reparto de las anunciadas limosnas entre toda aquella multitud. La Santa en persona presidia el acto, y andaba de una en otra fila sirvien-

¹ Dudum Domino in habitu religionis famulatum exhibuissem, si non me tantum caesariei meae claritas pulcherrima delectasset. — Esta jóven hubiérase perdido, añade el historiador, por los cabellos, como le sucedió á Absalon.

² Plus igitur gaudeo de tuorum praecisione capillorum, quam de filii mei gavisura forem in Romanorum imperatorem provectione. (*Theod.*). Según el *Passional*, lo que la Santa dijo fue esto: «Mas «que si mi hijo fuera papa, y mi hija emperatriz.»

do á los pobres, puesta una toalla al rededor de la cintura, á imitacion del Salvador cuando lavó los piés á los Apóstoles. Era cosa de ver como andaba de una parte á otra por entre aquella reunion inmensa de gente, llena de gozo y saboreando aquella felicidad de que ella era el principio y el autor; ostentando en el rostro tranquilo y sereno la alegría de que su corazon estaba colmado; dirigiendo á todos palabras afectuosas y dulces, y en especial á los indigentes extranjeros, á quienes veia por vez primera; mezclando la compasion con el gozo, la celestial sencillez con la caridad sin limites; prodigando á cada paso nuevos consuelos para nuevas é inesperadas miserias. Hallábase, por fin, tras tanto suspirarlo, esta hija de reyes en medio de una corte, la única capaz de darle contento y gusto; reina verdadera en aquel día por su heróica misericordia, situada en medio de su ejército de pobres, aparecia cual potente soberana sobre el trono¹; y á despe-

¹ Stabat medio regina gloriosa et inclyta, vultu placido, corde iucundo, miserans in hilaritate, tribuens in simplicitate. Ibat succincta inter miseros consolatrix miserorum. Gaudebat in exercitu pauperum filia principis. Gratulabatur in advenis et pupillis... (*Theod.*)

cho del miserable y humilde traje que vestía, á los ojos de aquellos infelices por ella consolados aparecía deslumbrante como un sol y cubierta de vestiduras mas blancas que pura y albísima nieve.

Alzóse majestuosa y limpia la luna á boca de noche á alumbrar aquel cuadro sin ejemplo. Concluida la distribucion de los quinientos marcos de plata, los pobres con fuerzas para ello se pusieron en marcha para regresar á sus hogares; pero muchísimos que no podían hacerlo desde luego por enfermos ó débiles, se prepararon á pasar la noche en los rincones del hospital y casas inmediatas. Al verlos Isabel, siempre dominada por su inagotable caridad, dijo á las compañeras: «¡Mirad estos infelices! «se quedan porque son los mas débiles: démosles todavía alguna otra cosilla ¹.» Y mandó que diesen á cada uno seis dineros de Colonia, oponiéndose á que los niños recibiesen menos que los mayores: hizo también traer pan en abundancia, se les repartió igualmente, y despues dijo: «Quiero que para éstos sea la fiesta completa: «que les hagan fuego para calentarse.»

¹ Declaracion de un testigo ocular, Isabel de nombre. (*Dict. IV ancill. 2026*).

Ejecutóse esta orden encendiendo grandes hogueras próximas á los sitios donde yacían los pobres, á quienes además mandó lavar los piés y perfumarlos. Viéndose aquellos pobrecitos tan bien tratados, principiaron á desahogarse en gritos de alegría, y luego en bulliciosos cantares. Oyólos Isabel desde su habitacion, y conmovida hasta el fondo de las entrañas, exclamó arrebatada de gozo: «Bien os decia yo: es menester hacer á nuestros semejantes todo «el bien que se pueda.» Y luego salió para donde cantaban á tomar parte en aquella alegría y regocijo.

¡Alma tierna y santa, cuán bien conociste ese secreto encantador, el secreto de la felicidad ajena! ¡tan severa é inexorable contigo misma, fuiste iniciada en toda la plenitud de este misterio henchido de dulzura y suavidad! ¡Renunciaste por completo y excluiste de tu propia vida la felicidad terrestre; pero supiste buscarla afanosa y conquistarla con generosidad perseverante para los pobres tus hermanos! ¡Ah, qué felicidad la nuestra al pensar que ahora en el cielo, donde disfrutas el premio de tu caridad fervorosa, todavía arde tu corazón con la misma piadosa solicitud

que le devoraba aquí en la tierra! ¡cuán dulce es el saber, como sabemos, que las pobres almas que te invocan en sus miserias y trabajos de esta infeliz vida, no serán abandonadas por esa inagotable piedad, ahora mas enérgica y ardiente en medio de las dichas de la inmortalidad!

CAPÍTULO XXVII.

Como la amada santa Isabel aprendia con el maestro Conrado á quebrantar en todo su voluntad.

Melior est obedientia quam victimae.

(I Reg. xv, 22).

¡Ay de los que se desdennan de humillarse de voluntad con los pequeños: porque la puerta humilde y angosta del reino celestial no les permitirá entrar!

(Imitacion, lib. III, cap. 58).

Al parecer, nada faltaba ya á Isabel para colocarse en el término de aquel camino, tan valerosamente emprendido y continuado por ella; camino del amor exclusivo de Dios y de sus hermanos en Dios, y del desprecio absoluto del mundo y de to-

dos los bienes mundanos. Y sin embargo, en este maravilloso camino de la perfeccion cristiana todavía quedaban temibles obstáculos que vencer, muchas y las mas dificiles victorias que alcanzar. Poco era haber vencido al mundo y cuantas cosas del mundo podian afectar su corazon: restaba alcanzar completa victoria sobre sí misma en el reducto mas inexpugnable de la debilidad humana, que es la voluntad. Por muy pura, ávida del cielo y totalmente desprendida de las cosas terrenas que esta voluntad se hallase, era preciso todavía que en nada ni por nada se elevara por sus propias fuerzas; sino que se doblara dócil y flexible á cada soplo de la voluntad divina cual espiga cargada de granos, hasta que llegara el momento de ser cortada para la eternidad por mano del Segador divino.

Maese Conrado de Marbourg, á quien el Papa habia especialmente encomendado la direccion de aquella preciosa alma, y que sabia apreciar, y poner en su punto, de cuanto era esta alma capaz tocante al amor divino, resolvió conducirla al término supremo de la perfeccion evangélica por una via que, en verdad sea dicho, ha de pare-

que le devoraba aquí en la tierra! ¡cuán dulce es el saber, como sabemos, que las pobres almas que te invocan en sus miserias y trabajos de esta infeliz vida, no serán abandonadas por esa inagotable piedad, ahora mas enérgica y ardiente en medio de las dichas de la inmortalidad!

CAPÍTULO XXVII.

Como la amada santa Isabel aprendia con el maestro Conrado á quebrantar en todo su voluntad.

Melior est obedientia quam victimae.

(I Reg. xv, 22).

¡Ay de los que se desdennan de humillarse de voluntad con los pequeños: porque la puerta humilde y angosta del reino celestial no les permitirá entrar!

(Imitacion, lib. III, cap. 58).

Al parecer, nada faltaba ya á Isabel para colocarse en el término de aquel camino, tan valerosamente emprendido y continuado por ella; camino del amor exclusivo de Dios y de sus hermanos en Dios, y del desprecio absoluto del mundo y de to-

dos los bienes mundanos. Y sin embargo, en este maravilloso camino de la perfeccion cristiana todavía quedaban temibles obstáculos que vencer, muchas y las mas dificiles victorias que alcanzar. Poco era haber vencido al mundo y cuantas cosas del mundo podian afectar su corazon: restaba alcanzar completa victoria sobre sí misma en el reducto mas inexpugnable de la debilidad humana, que es la voluntad. Por muy pura, ávida del cielo y totalmente desprendida de las cosas terrenas que esta voluntad se hallase, era preciso todavía que en nada ni por nada se elevara por sus propias fuerzas; sino que se doblara dócil y flexible á cada soplo de la voluntad divina cual espiga cargada de granos, hasta que llegara el momento de ser cortada para la eternidad por mano del Segador divino.

Maese Conrado de Marbourg, á quien el Papa habia especialmente encomendado la direccion de aquella preciosa alma, y que sabia apreciar, y poner en su punto, de cuanto era esta alma capaz tocante al amor divino, resolvió conducirla al término supremo de la perfeccion evangélica por una via que, en verdad sea dicho, ha de pare-

cer extraña y repugnante á los cristianos de nuestros días; pero que en aquella época de cándida simplicidad, de abandono absoluto, en la intencion al menos, á todo cuanto podía conducir al alma hácia Dios y encadenarla con él, no solamente no causaba admiracion y quejas, sino que parecia la cosa mas natural del mundo en fuerza de las ideas reinantes. No es esto intentar la justificacion y aplauso de todo cuanto vamos á referir sobre el modo de conducirse Conrado con su ilustre penitente; el ardor impetuoso de su celo, que al fin acabó por perderle ¹, pudo muchas veces llevarle mas allá de los límites de la moderacion cristiana. Pero, sobre que esta conducta de Conrado tiene en su apoyo multitud de ejemplos en todas las épocas cristianas y en la Regla de diferentes Órdenes de santidad renombrada, antes que exponernos á juzgar con temeridad á un hombre de esta clase, preferimos concretarnos simplemente

¹ Fue muerto en 1233 por unos caballeros á quienes habia injustamente castigado por herejes. El papa Gregorio IX no absolvió á los asesinos sino con condicion de una penitencia severisima. Tritemio afirma que miraban en Alemania á este hombre como un perseguidor y enemigo público. (*Chron. Mirsang.*)

te á hacer constar la sumision siempre tan entera de esta noble Princesa, cuya ambicion se cifraba en doblar la cerviz en todas las cosas al yugo del amor divino, y seguir las huellas de Aquel que por nosotros los hombres se hizo obediente hasta la muerte.

Resuelto maese Conrado á domar y anoadar en el alma de Isabel el único principio de complacencia humana que en ella le fuera dado descubrir, comenzó por atacar la voluntad de su penitente en lo que tenía de mas arraigado y legítimo, cual era el ejercicio de las obras de caridad, poniendo un freno, cruelísimo para la Duquesa, á aquella generosidad de que acabamos de ver tan brillantes pruebas; y al efecto le tasó las limosnas, prohibiéndole dar á cada pobre de una vez arriba de un dinero. No pudo resignarse Isabel con esta restriccion tan dura sin probarse antes á eludirla por medio de tortuosidades, en que el mandato no apareciese desobedecido por completo. Primeramente hizo acuñar dineros ó monedas menudas de plata del tamaño de las de cobre, pero cuyo valor era un *chelin* del país ¹; esta nueva moneda la repartia á

¹ Tal es á lo menos una muy general tradicion del país apoyada en el nombre que por muchos sí-

manera de limosna ordinaria. En seguida, como los pobres, habituados á mayores larguezas, se quejaron de la inusitada parsimonia de sus dones, les decia ella: «Me han prohibido daros de una vez mas de un dinero, pero no el dárosle cuantas veces «volvais á pedirle de nuevo.» Fácil es discurrir si los pobres se descuidarian en hacer uso de tal expediente, y así es que, recibida la primera limosna, daban una ó dos vueltas al hospital, y se presentaban segunda vez por otro dinero; el cual recibido tambien, continuaba el paseo y el tornar á presentarse por limosna, que no les era nunca negada. Muy poca gracia hicieron á Conrado estas ingeniosas trazas de la caridad para eludir sus mandatos: antes bien, en cuanto llegaron á sus oidos y se aseguró del caso, se enfurecio contra la Duquesa y le dió de bofetadas; ultraje que la Santa aceptó con alegría, pues ya hacia tiempo que ansiaba ardentemente asociarse á las afrentas que el Salvador del mundo recibiera antes de morir por ella.

glos ha llevado cierta moneda de plata llamada *Elisabethen pfennige*, *Elisabethen heller*, que todavía se ve en diferentes colecciones numismáticas. (*Liebknecht.*)

Conrado le prohibió entonces absolutamente dar dinero á los pobres bajo ninguna forma, ni en cantidad alguna pequeña ó grande; únicamente le permitió dar limosna de pan. Como á pesar de todo encontrara modos de ser pródiga con los pobres, recibió del confesor un nuevo mandato para no dar panes enteros á ningun pobre, sino solamente rebanadas; y no contento todavía con esto, concluyó por prohibirle absolutamente dar limosna de ninguna especie, dejando reducida su caridad á ejercitarse en el cuidado de los enfermos y débiles, y aun esto con la limitacion, según vimos, de abstenerse de toda relacion con los leprosos, por ser los predilectos de ella; de tal modo, que si alguna vez la compasion la hacia olvidar de estas rigurosas prescripciones y quebrantarlas, el confesor la castigaba severamente.

Fácil es figurarse el dolor de Isabel al verse así privada de una libertad que durante toda la vida le habia sido tan preciosa y tan necesaria; al verse detenida por esta terrible barrera levantada entre su afectuosa compasion y las miserias de los desgraciados. Empero no dejó de conocer la naturaleza y carácter del nuevo deber

que ocupaba el lugar de todos los demás deberes; bien comprendió que en pos de la total abnegacion de sí misma, á que por voto estaba obligada, debía venir tambien la total abnegacion de cuanto pudiera proporcionarle el menor consuelo humano; y en verdad que la limosna se los proporcionaba dulcísimos é inefables. Supo, pues, sacrificarse y someterse sin exhalar una queja, alcanzando en breve altísimos grados en esta ciencia suprema, que para el cristiano es la ciencia de la victoria ¹.

Nada encontraba fatigoso ni duro en tratándose de ajustar su voluntad á la del hombre que, para ella, representaba la voluntad de Dios en órden á su persona, segun se habia habituado á mirarle. No habia distancias ni obstáculos capaces de detenerla en cualquier hora y punto que aquel hombre la llamase para hacerla venir á su lado; y eso que él estaba muy léjos de gastar los miramientos que parecia propio guardar con el sexo, rango y juventud de la ilustre penitente; antes bien en cierto modo tenia formado empeño de ha-

¹ Fuit in omnibus obedientiae peritissima. (*Dict. IV Ancill.*). Vir obediens loquetur victoriam. (*Prov. XXI, 28*).

cerle dura y espinosa la carrera de la salvacion, á fin de que pudiera presentarse un día ante el Juez soberano mas llena y colmada de merecimientos. «Esto hacia con «ella el santo hombre, dice un escritor «francés, para mortificar su voluntad, y «que procurase ella enderezar todo su amor «á Dios, y echar en olvido completo su pasada grandeza. Y en todas cosas era ella «pronta á la obediencia, y firme en el sufrir; de suerte que poseyó su alma en la «paciencia, y ennoblecí su victoria con la «obediencia.» Era, como se ve, esta obediencia tan pronta como completa, así en las cosas de poca monta, como en los preceptos mas graves. Hallándose cierto día de camino para una ermita situada en las cercanías de Marbourg, recibió órden de Conrado para regresar sin demora; y ella lo hizo así, diciendo al mensajero con sonrisa: «Debemos imitar la prudencia del caracol que en tiempo de lluvia se mete «dentro de su cáscara: obedezcamos y «vamos por el mismo camino que trajimos ¹.» Confesaba ingénuamente Isabel

¹ Nos simus similes testudini quae tempore pluviae se retrahit in domum suam: sic nos obediamus, retrahamus nos à via qua ire coeperamus. (*Declaracion de Irmengarda.*—Rutebeuf. pág. 39).

el temor que su director le inspiraba, no como tal, sino como lugarteniente de Dios para con ella, y así decia á las compañeras: «Si tanto temor tengo á un simple mortal, ¡cuánto mas debe temerse á Dios, señor y juez de todos los mortales!» Por lo demás, este temor era enteramente espiritual; pues si ella habia abdicado su voluntad en manos de Conrado, principalmente lo hizo por verle pobre y desnudo de toda grandeza humana, segun queria serlo tambien ella misma: «Escogi, decia, la vida de las hermanas pobres, por ser la mas abyecta de todas; á serme conocida otra que lo fuese mas, esa hubiera preferido. Pude hacer voto de obediencia á un obispo ó á un abad rico; preferí á maese Conrado, porque es hombre que nada tiene ni posee, está reducido á la mendicidad y privado, como yo, de todo recurso humano¹.» Continuaba maese Conrado en hacer uso sin misericordia del discrecional poder que ejercia sobre su

¹ Vita sororum despectissima est, et si esset vita despectior, illam elegissem. Fecissem quidem uni episcoporum aut abbatum qui possessiones habent obedientiam, sed cogitabam melius facere mag. Conrado qui non habet, sed omnino mendicans, ut pe-

penitente. Hallándose en el convento de Altenberg, residencia de Gertrudis, hija de la Santa, le vino al pensamiento hacer entrar tambien allí á la madre, y al efecto la mandó á buscar á Marbourg para tratar juntos del caso. Vino allá la Santa, y las monjas pidieron á Conrado el permiso para que entrara en el claustro á fin de verla mas á su sabor. Conrado, para probarla, y despues de haberla advertido de la excomunion en que incurrian, sin distincion de sexo, las personas que penetraban en la clausura, dijo: «¡Que entre si quiere!» Isabel entendiendo esto como una autorizacion, entró en el recinto vedado del claustro. Conrado la hizo salir al punto; y poniéndole delante el libro donde ella habia escrito de su puño y letra el juramento de obedecerle en todo, mandó á un monje que traia consigo, que por via de penitencia aplicase á la Duquesa y á su doncella Irmen-garda cierto número de golpes con un lar-

nitus in hac vita nullam habere consolationem. (Ibid.). Hay que tener presente que esta pobreza absoluta de Conrado era enteramente voluntaria: no pertenecía á ninguna Orden mendicante, y además tenia á su disposicion todos los beneficios eclesiasticos de la Turingia.

go y fuerte palo que por allí había ¹; mientras la ejecución de este castigo Conrado cantaba el *Miserere*. Sufrió la Duquesa sin quejarse y con sobrenatural conformidad castigo tan humillante y duro por tan liviano delito; y como algún tiempo después hiciera conversacion de esto con Irmengarda, quien por causa suya, si bien involuntaria, había participado de aquel duro vapuleo, le dijo: «Hay que llevar con paciencia tales castigos; pues en esto nos sucede lo que á las cañas que crecen en las orillas de los rios; cuando el rio sale de madre la caña se inclina y se dobla, y del agua pasa por encima de ella sin quebrarla; antes bien, vueltas las aguas á su cauce, la caña se alza de nuevo enhiesta y lozana, y gozando de nueva vida. Del propio modo nosotras ganamos en ser á veces humilladas y doblegadas contra la tierra, para luego enderezarnos con alegría

¹ Ut bene verberaret eas cum quadam virga grossa satis longa. (*Ibid.*). Refiere Irmengarda al mismo tiempo, como tres semanas después de esto aun tenía las señales de los palos, y que á santa Isabel debieron dudarle aun mas tiempo, por haber sido azotada con mas fuerza. (*Declaracion de Irmengarda*).

«y confianza ¹.» Otra vez, segun una tradicion menos acreditada ², Conrado predicó sobre la Pasion con objeto de que Isabel pudiera ganar, asistiendo al sermón, la indulgencia concedida á los que oyeran la palabra de Dios de boca del Comisario apostólico. Distraida con el cuidado de dos enfermos recién llegados, la Duquesa no acudió al sermón; y concluido éste, envió Conrado á llamarla, y le preguntó dónde había estado mientras tanto, y por qué no viniera á oírle predicar; y sin aguardar respuesta, arremetió con ella y le dió muchos y fuertes golpes, diciendo: «Esto es para que aprendais otra vez á venir mas puntual cuando yo os llame.» Á estos golpes

¹ Oportet talia sustinere libenter, quia sicut de nobis ut de gramine quod crescit in flumine: fluvio inundante gramen inclinatur et deprimitur, et sine laesione ipsius aqua inundans pertransit. Inundatione cessante gramen erigitur, et crescit in vigore suo incunde et delectabiliter. Sic nos quandoque oportet inclinari, humiliari, et postmodum incunde et delectabiliter erigi. (*Ibid.*).

² Este rasgo que voy á referir no lo traen las declaraciones de las cuatro doncellas ni las demás historias contemporáneas, sino la leyenda del *Passional*. Acaso será una version exagerada de los hechos precedentes; pero no he creído deber omitirla, sea como quiera.

correspondió la Duquesa con una angelical sonrisa, y aun trató de justificarse y excusar su falta; pero Conrado volvió á sacudirla de nuevo hasta que le sacó sangre. Levantando ella entonces los ojos al cielo y manteniéndolos así fijos un buen rato, exclamó: «¡Bendito seais, Dios mio, que me habeis escogido para estas cosas!» Habiendo acudido sus doncellas á consolarla, y preguntándole por aquella sangre que tenía sus vestidos, y cómo habia podido sufrir golpes tan grandes y duros, la Santa respondió con la sonrisa en los labios: «El haberlo soportado con paciencia me valió el que Dios me haya permitido ver á Cristo en medio de sus Ángeles; pues «los golpes de Conrado me arrebataron hasta el tercer cielo. — En tal caso, siento «en el alma, y me dolerá mientras viva, el «no haberla enviado hasta el noveno,» dijo Conrado cuando le refirieron esta respuesta de la Santa.

Digámoslo otra vez: en vano se querrá formar juicio acerca de tales escenas con las ideas de nuestro tiempo. No en todas las épocas de la Iglesia son unos mismos los hábitos de la vida ascética, ni las costumbres cristianas: pero ni los unos ni las

otras podrán en ninguna ser objeto del desden ó desprecio de las almas piadosas y sencillas, pues en todas han proporcionado victorias inmortales, y la conquista de una gloria santa y pura á la caridad, á la humildad y á la abnegacion propia.

Mientras el supremo Juez pesaba en su eterna balanza esta severidad de su ministro y esta invencible paciencia de su humilde esposa, tuvieron hombres profanos la osadia sacrilega de buscar en estas relaciones de la Santa y su confesor un alimento á la malignidad y maledicencia, preparando así á Isabel un nuevo sacrificio que añadir á los que ya podia ofrecer á su celestial Esposo. Tras de haberla desacreditado como pródiga y loca, haciendo correr por todas partes la voz de que habia perdido completamente el juicio, trataron tambien de deshonrarla con infames sospechas é insolentes propósitos acerca de la naturaleza de sus relaciones con maese Conrado. En alta voz decian que este sacerdote habia seducido á la jóven viuda del duque Luis, y que el haberla él transportado á su país, era con objeto de gozar de ella con sus riquezas y dote. Podia dar una sombra de pretexto á tales calumnias

la juventud de la Duquesa, que al retirarse á Marbourg tenia no mas que veinte y dos años de edad. No por loinjuriosas y pérdidas dejaron de parecer serias al protector de Isabel, Rodolfo de Varila, y tanto que se determinó á tomar la mano en el negocio. El leal y prudente caballero se presentó en Marbourg; y puesto en presencia de la Santa, acercándose á ella con gran reverencia, le dijo: «Permitidme, señora, que os hable sin rodeos y salvando vuestro respeto.» Isabel respondió humilde que era dueño de explicarse con libertad. «Entonces, pues, dijo Rodolfo, os suplico, amada señora, que mireis por vuestra honra y buena fama, por cuanto vuestra familiaridad con maese Conrado ha hecho nacer entre el estúpido vulgo opiniones perversas y dichos inconvenientes á vuestro honor.» Isabel, puestos los ojos en el cielo, pero sin turbarse lo mas mínimo, respondió: «Sea en todas cosas bendito nuestro dulce y santísimo Jesús mi único amigo que se digna aceptar de mis manos esta mezquina ofrenda que le hago: por amor á él, y por hacerme su sierva, he renegado de la nobleza de mi cuna, abandonado mis riquezas y posesiones, y mar-

«chitado mi juventud y hermosura; por él «renuncié mi padre, mi país, mis hijos y «todos los consuelos de la vida; por él me «hice mendiga. Un pequeño bien me reservé, que era mi honor y reputacion de «mujer. Por lo que veo, tambien este quiere que se le ofrezca; y yo lo hago de muy «buen grado, puesto que se digna aceptar, «á manera de especial sacrificio, el de mi «buena fama y el hacerme grata á sus ojos «por la ignominia. ¡Consiento en no vivir «ya sino como una mujer sin honra! Pero «¡oh amado Salvador mio, á mis pobres é «inocentes hijos preservadlos, Señor, de la «vergüenza que por causa mia pudiera re- «caer sobre ellos!»

Queriendo, sin embargo, tranquilizar al afecto y antiguo amigo, añadió: «En obse-

¹ Suspiciens in coelum devote cum serenitate respondit: «Benedictus per omnia Dominus Deus noster Iesus Christus, qui hoc munusculum à mercede dignatus est. Ego nobilitatem generis mei abnegans pro amore eius, ancillam me sibi tribui; mundi divitias contemnens pauperulam me feci. Juvenile decus parvipendens deformavi, solum hoc muliebris honestatis ornamentum servare contendebam. Verum hoc in sacrificio suo, ut audio, à me dignatus est acceptare tanquam aliquid speciale volens me sibi placitum per infamiam et bonam famam. (Theod.).

«quio vuestro, señor Coperó, y para que la «mas ligera sospecha no abrigueis acerca «de mí, os voy á enseñar mis espaldas; ve- «réis cuál están de acardenaladas y moli- «das.» Y poniendo á la vista del caballero las recientes señales de los golpes que recibiera, añadió: «Este es el amor que me «tiene ese santo sacerdote; ó mejor de es- «ta manera me anima á amar á Dios.» Con- junto admirable, dice su historiador, de humildad, paciencia y prudencia piadosa, que, mientras da gracias al Señor por la no merecida afrenta, sabe apartar todo escándalo del corazón del prójimo.

No limitaba Conrado el ejercicio de esta omnimoda autoridad sobre la Santa á semejantes exteriores y corporales durezas y severidades; antes su principal empeño era el de quebrantarla y mortificarla en los afectos del corazón, arrancando de él hasta las mas menudas raíces de toda afección y preocupación humana, á fin de que únicamente tuviese allí cabida por entero el solo amor y pensamiento de Dios. No quedaba á Isabel de todos los gozes de la pasada opulencia sino el dulce y arraigado hábito de vivir en compañía de las amigas de su juventud, partícipes de las grandezas de

su vida de soberana, como damas suyas de honor que habian sido; que posteriormente á la expulsion de Wartbourg habian tambien comido con ella el pan de la miseria; y que ahora, por último, compañeras inseparables y leales, estaban asociadas á todas las privaciones voluntarias de su vida religiosa, á todas sus obras de piedad, á sus penitencias y prácticas devotas. Quizás sin echarlo de ver ella misma, las relaciones de íntima y afectuosa simpatía con estas fieles amigas habian contribuido á mitigar muchas amarguras, y á aligerar con frecuencia el yugo de tantas mortificaciones y pruebas; quizás aquel jóven corazón, devorado siempre de amor, segun vimos, y como inundado de una caridad siempre dispuesta á rebosar y difundirse por todos los hombres, se habia entregado sin reserva á esta suave y piadosa consolación. De las relaciones dadas por estas sus compañeras acerca de Isabel¹, se infiere

¹ Contenidas en las declaraciones que dieron como testigas ante los comisarios pontificios encargados del proceso canónico para el examen de la santidad de Isabel. Esta es la fuente mas auténtica y fecunda á donde he acudido, á imitación de Teodorico y demás historiadores de la Santa.

que no cabe imaginar cosa mas cabal y afectuosa que la intimidad entre ellas y la Princesa. Este dulce y postrer lazo debía tambien ser roto por el inexorable Conrado, el cual recelaba que la frecuencia de estos coloquios entre las damas y su penitente concluyeran por hacer brotar en el pecho de esta última algun recuerdo ó peligroso sentimiento respecto del esplendor y fausto de su anterior vida de princesa. Ya, una tras otra, habia separado del lado de la Duquesa á todas las personas de la casa ducal que permanecieron con ella, y no pudo menos Isabel de manifestar el dolor mas vivo al verlas partir y dejar su compañía ¹. Luego llegó el turno á las dos amigas. La primera fué Isentrudis, la mas amada de Isabel y la mas enterada y al corriente de todos sus intimos pensamientos, pues siempre la Princesa le habia comunicado los secretos de su alma, tanto mientras vivió en medio del mundo como despues de haberse retirado de él. «Hubo sin embargo, dice esta fiel amiga en sus declara-

¹ Omnem familiam pristinam in qua delectari vel solatiari consueverat paulatim ac sigillatim ab ipsa repulit, quos singulos cum dolore gemituque dimisit. (*Theod.*).

«raciones, de resignarse á quedar sin mí, «sin aquella Isentrudis á quien amaba sobre todas las demás doncellas suyas, y cuya separacion la dejó sumida en terrible «angustia y amarguísimas lágrimas ¹.» Llegó tambien su vez á Guta, compañera de Isabel desde que ésta contaba no mas que cinco años de edad; que desde entonces habia estado siempre con ella; que era amada de la Princesa con la ternura mas viva, pero que fue tambien arrancada de su lado en medio de las lágrimas y sollozos de la pobre Isabel ². «En este paso, dice un piadoso historiador á quien cito con «complacencia, parecióle que el corazon «se le partia en dos pedazos; y esta dócil «sierva de Dios guardó hasta la muerte el «dolor de semejante escena. Lo cual entenderá fácilmente todo corazon sensible; «pues al fin no hay sobre la tierra dolor «mas acerbo que el arrancarse uno de otro «dos corazones que se aman. ¡Oh amada

¹ Et tandem me Ysentrudem ei praedilectam ab ipsa expulit, quae cum multo cordis gravamine et infinitis lacrymis me dimisit. (*Dict. IV Ancill.*).

² Postremo Gutam... quam specialissime dilexit... cum multis fletibus ac suspiriis derelinquit. (*Theod.*).

«santa Isabel! ¡acuérdate del dolor de esta separacion; y por la angustia que entonces sentiste en tus carisimas amigas, alcánzame la gracia de conocer cuán grave yerro cometí separándome tantas veces de mi Dios por el pecado!»

Sola ya la víctima con el Dios á quien habia sido inmolada¹, ni siquiera le quedó el consuelo de la soledad completa. En reemplazo de las dos amadas compañeras que le habia quitado, dióle Conrado otras dos mujeres, de bien distinta indole por cierto. La una, mujer del pueblo, Isabel tambien de nombre, tipo de aspereza y grosería, y, por añadidura, de fealdad tan espantable, que con ella solian amedrentar á los niños para contenerlos en sus travessuras. Era la segunda una viuda, vieja, sorda, de genial avinagrado é intratable, que pasaba el día y la noche entregada á continuos arrebatos de su condicion irascible y regañona. Por amor de Jesucristo se conformó Isabel con este duro cambio de trato y compañía; y en medio de su docilidad perfecta, siempre desconfiada de sí misma, procuraba adelantar en el camino de la hu-

¹ Remansit autem paupercula Elisabeth sola Deo soli derelicta... (Theod.).

mildad aguantando á la grosera villana; y en el de la paciencia, ejercitándola con lo mucho que le daba que hacer la sulfúrica vieja con sus eternas inyectivas é insopor- table mal humor. Ambas á dos parecian escogidas de propósito para poner á prueba á cada paso la paciencia de la Santa, ya abrumándola con malos tratamientos, ya dejándola por precision obligada á ocuparse en las tareas mas incómodas, como el fregado y barrido de la casa, en vez de oponerse á que se ejercitara en tales cosas por espíritu de penitencia; y cuando, al cuidar de la cocina, absorta en la contemplacion y olvidada de los pucheros y cacerolas, dejaba chamuscarse los guisos, aquellas mujeres la reprendian agriamente y le echaban en cara el no saber ni siquiera aderezar una sopa; ni mas ni menos que si fuera cocinera suya, ó ella en su vida aprendiera tal oficio, segun observa el biógrafo arriba citado.

Estas mismas mujeres acechaban todas las ocasiones de acusarla á Conrado de que daba limosna á los pobres, sin que las moviera á misericordia el saber cuán duros castigos le imponia su director por la transgresion del precepto de no darla, al cual

costaba tanto trabajo á la Santa el someterse. Mas ninguna de todas estas cosas era capaz de hacerla faltar ni por un instante, ni aun por un involuntario movimiento, á la inviolable sumision que tenia jurada al hombre encargado, así ella le miraba, de conducirla pronto y seguramente á la patria eterna; y su docilidad era tan escrupulosa y nímia, que, sin pedirle antes permiso, no se atrevia á ofrecer un pequeño obsequio, ni á saludar tampoco, á sus antiguas amigas y compañeras cuando venian á visitarla.

Esta alma, por un lado tan tierna y tan dura por otro contra su sensible natural, tenia aun que pasar por otra prueba; pero debia salir airosa en la lucha, y convertirla en un nuevo triunfo. Ya vimos cómo se efectuó la separacion de sus queridos hijos, hacía los que sentia un cariño cuya violencia solamente podia ser dominada por el amor divino. Mas segun se ve, esta separacion no habia sido ni completa ni absoluta; pues tal vez para acallar los gritos del corazon de aquella jóven y tiernísima madre, si es que no guardaron á su lado una de las hijas, ó tal vez al hijo, como pudiera inferirse de algunas expresiones de

sus biógrafos¹, á lo menos traíanla con frecuencia á uno ú otro de estos amados niños, á fin de que viéndolos, llenándolos de caricias, é imprimiendo repetidas veces sus labios en aquellas cándidas frentes y mejillas, pudiera desahogar su legítima y natural ternura de madre. No tardó sin embargo en conocer que en su corazon no cabian dos amores; que no le era posible dividirlo entre Dios y una criatura, fuera esta la que fuese. Vió que estas caricias y estos besos, prodigados al fruto de sus entrañas con exceso y demasia, le impedian entregarse á la oracion con la asiduidad acostumbrada; temió amar demasiado á alguna cosa que no fuera Dios; y en consecuencia, bien por instigacion de Conrado, bien de su propio movimiento, hizo que para siempre le quitasen de delante aquel postrer vestigio de felicidad mundana².

¹ Segun la declaracion de Irmengarda, era *puerum eius anni et dimidii habens*: mas habiéndole nacido el varon en 1223, éste tenia ya cuatro años cuando Isabel quedó viuda. Theod. (VII, 7) dice: *Parvulum uteri sui infantulum*, lo cual puede aplicarse á una de las hijas. Wadding que consultó otras fuentes dice, al contrario, que era el primogénito: *Filium natu maiorem*.

² *Iussit omnino elongari è se, ne nimis diligeret*.

Era imposible pasaran desapercibidas tantas sobrenaturales victorias de aquella divina gracia, á quien Isabel reconocia por su única y absoluta soberana. No contentos con que en el cielo recibieran su inefable galardón, los hombres tambien se preparaban á rendir homenaje á esta Heroína de la fe y de la caridad, y recompensar á aquellos hijos abandonados por amor de Dios, haciéndoles partícipes de la veneración que un siglo fiel no podia negar á los vástagos de una Santa. Pasados eran pocos años, cuando en plena corte celebrada en Saumur por el rey de Francia Luis IX se presentó un jóven príncipe alemán de edad de diez y ocho años; el cual en compañía de los Condes de San-Pol y de Boloña servia á la mesa de la reina, de toda una reina de Francia, que en todo tiempo fue para los caballeros de la edad media el tipo de la nobleza y belleza femenina; y esta reina era entonces Blanca de Castilla. Ahora bien, es de saber que la conversacion de aquella noble compañía, y el objeto preferente de su atención, era el ver allí al hijo de santa Isabel de Turingia, y

geret eum, et ne per eum impediretur in servitio Dei. (*Irmengarda*).

el mirar como la reina Blanca le abrazaba repetidas veces con devoción grande, y buscaba en aquella juvenil frente las huellas de los santos ósculos que en ella imprimiera en otro tiempo la madre de aquel apuesto y afortunado jóven ¹. De esta manera la madre de un Santo rendia homenaje al hijo de una Santa; por medio de estos ósculos, tan llenos de piedad y ternura, se encuentran en la historia y la memoria de los hombres, como incesantemente se habian encontrado en la presencia de Dios, las dos almas tan fervorosas, puras y tiernas de san Luis de Francia y de santa Isabel de Hungría.

¹ Joinville.

CAPÍTULO XXVIII.

Que el Señor hizo brillar su poder y misericordia por intercesion de la amada santa Isabel; y de la maravillosa virtud de las oraciones de la Santa.

Fecit mihi magna qui potens est.
(Luc. 1, 49).

Voluntatem timentium se faciet,
et deprecationem eorum exaudiet.
(Psalm. CXLIV, 19).

Acercábase para Isabel el momento de hallar en el seno de Dios la recompensa de las pruebas de su breve carrera; mas antes de llamarla á sí para darle la gloria, plugo al Omnipotente rodearla, ya en vida, de una corona de celestial majestad; de investirla á los ojos de los hombres, que la habían perseguido y calumniado, de un poder emanado del suyo; y que las manos de aquella mujer, tan heroica en el domar la carne y la naturaleza caída, recibieran la fuerza sobrenatural de vencer y extirpar en sus hermanos las miserias de toda especie que el pecado trae consigo.

Continuará, pues, como hasta aquí con-

solando á los desgraciados y ayudándoles á llevar el peso de sus desventuras; pero no será solamente compadeciéndolos, mostrándoles afectuosa simpatía, usando con ellos de generosidad inagotable, fatigándose y sacrificándose en su obsequio: sino que además de tomar parte en las miserias y endulzarlas, aquella divina caridad suya, vencedora de todas las cosas y único anhelo y aliento de su vida, recibirá con frecuencia de lo alto bastante extension, poder y fuerza para que una palabra suya, una oracion salida de su boca, disipe y extinga estas miserias y dolores. En adelante, cuando la veamos salir de su humilde vivienda, movida por la devocion ó la caridad, no será solamente para hacer brillar su propia piedad, sino tambien muchas veces la poderosa misericordia que el Señor se complace en delegar en manos de sus escogidos; y los nuevos beneficios que de esta suerte sembrará en su camino, conservados en la memoria del pueblo cristiano con interesantes y preciosos pormenores, serán para nosotros el último y mas esplendente testimonio de su santidad y heroicas virtudes.

No se pasaba dia sin que hiciera Isabel

CAPÍTULO XXVIII.

Que el Señor hizo brillar su poder y misericordia por intercesion de la amada santa Isabel; y de la maravillosa virtud de las oraciones de la Santa.

Fecit mihi magna qui potens est.
(Luc. 1, 49).

Voluntatem timentium se faciet,
et deprecationem eorum exaudiet.
(Psalm. CXLIV, 19).

Acercábase para Isabel el momento de hallar en el seno de Dios la recompensa de las pruebas de su breve carrera; mas antes de llamarla á sí para darle la gloria, plugo al Omnipotente rodearla, ya en vida, de una corona de celestial majestad; de investirla á los ojos de los hombres, que la habían perseguido y calumniado, de un poder emanado del suyo; y que las manos de aquella mujer, tan heróica en el domar la carne y la naturaleza caída, recibieran la fuerza sobrenatural de vencer y extirpar en sus hermanos las miserias de toda especie que el pecado trae consigo.

Continuará, pues, como hasta aquí con-

solando á los desgraciados y ayudándoles á llevar el peso de sus desventuras; pero no será solamente compadeciéndolos, mostrándoles afectuosa simpatía, usando con ellos de generosidad inagotable, fatigándose y sacrificándose en su obsequio: sino que además de tomar parte en las miserias y endulzarlas, aquella divina caridad suya, vencedora de todas las cosas y único anhelo y aliento de su vida, recibirá con frecuencia de lo alto bastante extension, poder y fuerza para que una palabra suya, una oracion salida de su boca, disipe y extinga estas miserias y dolores. En adelante, cuando la veamos salir de su humilde vivienda, movida por la devocion ó la caridad, no será solamente para hacer brillar su propia piedad, sino tambien muchas veces la poderosa misericordia que el Señor se complace en delegar en manos de sus escogidos; y los nuevos beneficios que de esta suerte sembrará en su camino, conservados en la memoria del pueblo cristiano con interesantes y preciosos pormenores, serán para nosotros el último y mas esplendente testimonio de su santidad y heróicas virtudes.

No se pasaba dia sin que hiciera Isabel

dos visitas á los enfermos de su hospital, llevándoles los viveres y socorros para ellos destinados. Acaeció que una mañana se encontró á la entrada del establecimiento un jóven estropeado y contrahecho, tendido sin movimiento en el suelo; el cual era un sordo-mudo á quien una cruel enfermedad tenía tan agarrotados y desabrochados los miembros, que no le permitía andar sino arrastrándose á gatas como un animal. La madre de este infeliz, movida por la vergüenza que le inspiraba su estado, le habia traído á aquel sitio y dejádole allí con la esperanza de que la buena Duquesa tendría compasion de él. Así fue; pues en cuanto le vió, púsose á mirarle con ansiedad, y penetrada de dolor, inclinándose hácia él, le dijo: «Díme, querido niño, ¿dónde están tus padres? ¿quién te trajo acá?» Y como no diese el muchacho muestras de entender lo que le decian, volvió ella con dulcísimo acento á preguntarle, acariciándole al mismo tiempo: «Pero ¿qué es lo que te duele? ¿por qué no hablas?» El jóven entonces miró á Isabel, pero no contestó tampoco; y como Isabel ignoraba que era mudo, atribuyó el silencio á posesion diabólica, y con esta idea, aumentándosele

la compasion, volvió á decir en voz muy alta: «En nombre de Nuestro Señor te mando á tí y al que en tí está que me respondas y digas de dónde vienes.» Al punto el jóven se levantó, vivificados y sanos los miembros, y encontrándose de improviso con el uso de la palabra, dijo á la Santa: «Mi madre me trajo acá.» Y luego declaró como hasta entonces nunca habia tenido oído ni habla; sino que era de nacimiento sordo y mudo, estropeado y tullido, como se hallaba hace un instante. «Pero ved aquí, añadió moviendo y extendiendo de una á otra parte los miembros, ved aquí que Dios me acaba de dar en este mismo punto movimiento, palabra y oído; estoy diciendo palabras que nunca aprendí ni oí á nadie.» En seguida empezó, llorando, á dar gracias á Dios, y decia: «Yo no conocia á Dios; estos mis sentidos estaban muertos; yo no sabia qué cosa era ser hombre. Ahora es cuando conozco que no soy como las bestias, pues sé hablar de Dios. ¡Bendita sea esa pregunta de vuestra boca, que me alcanzó de Dios la gracia de no morir como viví hasta ahora!» Por estas palabras, en que tan felizmente se pintaban las primeras emociones de una

alma dotada de improviso, por virtud de una palabra poderosa, del sentimiento de Dios y de sí misma, vió claro Isabel que el Señor acababa de hacer un milagro por intermedio de ella; mas turbóla tanto y tan espantada la dejó este temible misterio, que, cayendo de hinojos, lloró abundantes lágrimas, acompañando en su llanto al joven curado por intercesion suya. Despues de dar juntos gracias á Dios por aquel favor singular, dijo la Santa al jóven: «Vuelve ahora presto á casa de tus padres, y no digas lo que te ha sucedido, ni mucho menos hagas mención de mí con nadie sobre esta ocurrencia; dirás únicamente que el Señor te ha sanado, y ten cuidado dia y noche de no cometer pecado mortal, pues en otro caso bien pudiera sucederte el recaer en tu enfermedad. Acuérdate siempre de lo que hasta aquí sufriste, y ruega por mí á Dios como yo rogaré por tí:» y dicho esto se huyó de aquel sitio como para sustraerse de aquella imprevista gloria; pero llegando allá en el momento la madre del jóven, y viéndole de pié y hablando, exclamó estupefacta: «¿Quién te ha dado el uso de la palabra?» Y él respondió: «Una amable señora vestida de color gris

me mandó en nombre de Jesús, que hablase, y al punto hablé y pude responderle.» Corrió entonces la mujer en direccion del camino que tomara Isabel, y viéndola á lo léjos que huía, la conoció muy bien y publicó el milagro por todas partes.

Así fue que á despecho de la modestia y humildad de la Santa, se extendió rápidamente la fama del poder que Dios le habia dado, y llovieron en rededor suyo las súplicas de los infortunados y dolientes; y aunque su invencible compasion la obligaba á acoger todas las demandas de los infelices que acudian á ella por remedio, no fueron parte en lo mas mínimo tan pasmosas gracias del Omnipotente, repartidas por manos de ella, para separarla un ápice de la profunda y fervorosa humildad, origen de su valimiento para con Dios. Un dia acudió á ella cierto enfermo, pidiéndole que le curase en nombre del amado apóstol san Juan, de quien era la Santa, como sabemos, muy especial devota. Oró la Santa por aquel hombre, que al punto quedó sano y se arrojó á sus piés para darle gracias; mas ella, quitándole la accion, se arrodilló á su lado y se puso á darlas á Dios muy fervorosas de que se hubiera dignado

oir las súplicas del amado apóstol Juan; «y «sin embargo, dice el escritor de quien to- «mo este suceso, no tenían menos parte en «la curacion las tuyas que las de san Juan.»

Otra vez sucedió que un estropeado de piés y manos empezó á decirle á voces: «¡Oh brillante y clarísimo sol de las mu- «jeres! mira que yo soy de Reynharts- «brunn, do yace sepultado tu esposo; por «amor de su alma te ruego que me socor- «ras y cures mis males.» Al oír nombrar á su marido, conmovida por el recuerdo del santo y dulce amor, se paró y se puso á mirar al que así la invocaba con ojos de ternura tan intensa é infinita, que bastó la virtud de esta mirada para dejar curado al punto mismo al infeliz enfermo; y ella dió en seguida infinitas gracias á Dios por este nuevo prodigio.

Poco tiempo despues de esto, yendo de camino para el monasterio de Altenberg, oyó que de léjos la llamaba un hombre y deciale: «Doce años há que estoy poseido «de un espíritu malo: déjame que toque la «orla de tu vestido y seré sano y libre.» Volvióse ella sin demora y fué á hincarse de rodillas junto al paciente en medio del camino, y abrazándose con él y bendicién-

dole en nombre de Jesús, el endemoniado quedó inmediatamente sano.

En fin, hallábase otro dia en la iglesia de su hospital hácia la hora del mediodía, que por ser la de comer tenia las gentes alejadas de aquel sitio, y á ella la dejaba con mas libertad para entregarse á la devocion y ejercicios piadosos ¹. Observó Isabel que andaba por allí un pobre ciego solo y á tientas al rededor de la iglesia; y aunque él tenia los ojos abiertos como todos, sus pupilas estaban muertas y huecas. Fuese para él la Santa, y le preguntó qué hacia solo en aquel sitio y por qué andaba así de un lado para otro de la iglesia. El ciego respondió: «Quería yo llegarme á esa «amada señora que consuela á los pobres, «á fin de pedirle alguna limosna por amor «de Dios; pero antes vine á esta iglesia á «hacer oracion, y como tengo la desgracia «de no poder contemplarla con los ojos «porque soy ciego, estaba dando la vuelta «á ella para ver cuánto tiene de ancho y «de largo. — ¿Te alegrarias de ver esta iglesia? «preguntó la compasiva Isabel. — Sí Dios

¹ Sabido es que aun hoy en toda Italia, Bélgica y parte de Alemania las iglesias están cerradas desde mediodía hasta las tres.

«do quisiera, repuso el ciego, holgárame «mucho de verla; pero al nacer me quedé «ciego y no sé siquiera cómo es la luz del «sol; soy el prisionero de Dios.» Luego comenzó á hablar de sus trabajos: «Bien quisiera yo, dijo, trabajar como los demás, «pues soy un hombre inútil para todos y «para mí mismo: las breves horas son eternidades para mí. Cuando me hallo en compañía de los que tienen los ojos sanos, no «puedo menos de sentir el aguijon de la «envidia: si estoy solo, no hago sino llorar «mi desventura, por cuanto no siempre «puedo ocuparme en rezar, y aun cuando «rezo, también me veo perseguido por mis «negros pensamientos.— Para tu bien, respondió la Santa, te ha enviado Dios este «trabajo; si no le tuvieras, acaso cometerias excesos y mas pecados que ahora.— «¡Oh no! repuso el ciego; yo me guardara «bien de pecar; por vivir, me aplicaria á «los trabajos mas ásperos y duros, y no me «asaltaran entonces las tristes imaginaciones de ahora.» Moviada Isabel á compasión, dijo entonces: «Vamos á rogar juntos á Dios que te restituya la vista.» Comprendió de repente el ciego que su interlocutora era la santa Duquesa Isabel; y

postrándose con el rostro pegado al suelo delante de ella, decia: «¡Noble y piadosa «señora! ¡tened misericordia de mí!» Mas ella le mandó otra vez que orase á Dios con mucha confianza, y puesta tambien de rodillas algo apartada, se recogió en fervorosa oracion. Al punto recobró la vista el ciego, naciéndole en aquellas deformes cavidades unos ojos de celeste hermosura: atónito miró en derredor de sí, y dirigiéndose á la Santa, dijo: «¡Señora, sea Dios «bendito! su gracia me ha favorecido; veo «muy bien y muy claro: vuestras palabras «se han cumplido.» Mas la piadosa Princesa, prudente cual madre solícita en medio de su caridad, dijo al regocijado ciego: «Mira ahora cómo sirves á Dios que te dió «la luz, y procura no pecar; trabaja, se «honrado, humilde y leal en todas las «cosas.»

La oracion de esta sierva humilde de Dios tan eficaz contra los males del cuerpo, no debía serlo menos en lo tocante á asegurar la salvacion de las almas. ®

Gertrudis de Leinbach, esposa de un gran señor de la comarca, vino un dia á visitar á Isabel y trajo consigo, acompañándola, á su hijo Bertoldo, adolescente de unos doce

á catorce años, quien al parecer se ocupaba mucho en el esmero y elegancia de sus ricos y suntuosos trajes. Isabel, despues que hubo departido largo rato con la madre, se volvió hácia aquel jóven diciendo: «Querido, me parece que te vistes de una manera sobrado mundanal y suntuosa; lo cual quiere decir que tienes demasiado amor al mundo. ¿No fuera mejor emplear ese cuidado en servir á tu Criador? En ello ganaran mucho el alma y el cuerpo á la vez. Dime, querido, ¿crees que tu Señor y mio andaba vestido así cuando vino en toda humildad á dar su sangre por nosotros?» El jóven respondió: «¡Oh señora! ¡rogad á Dios por mí para que me conceda la gracia de servirle!—¿Quieres de veras que ruegue por tí? dijo la Santa. —Ciertamente que sí, repuso el jóven.—Entonces, es preciso te dispongas á recibir la gracia que deseas, y yo oraré por tí muy gustosa. Vamos juntos á la iglesia, «y oremos allí los dos¹.» Bajó entonces á la iglesia, y juntamente con su madre se

¹ O domina mea, supplico vobis ut oretis pro me, ut Dominus det mihi gratiam suam serviendi ei. At illa: Vellesne, ait, quod ego orarem pro te? etc. (Theod.).

postró á orar delante del altar á poca distancia del sitio donde tambien Isabel estaba postrada y orando. Seguian todos tres en su oracion, cuando al poco rato exclamó el jóven en voz alta: «¡Oh amada señora, cesad en vuestra oracion!» Mas Isabel no hizo caso, y continuó orando con mas fervor que nunca, y Bertoldo volvió á gritar mas récio: «¡Cesad, señora, cesad, no oreis mas; ved que no puedo ya resistir; mi cuerpo está ardiendo!» Así era la verdad; porque todo el cuerpo del jóven se hallaba penetrado de un intensísimo calor, y parecia que de él salia humo como de una hoguera; y como á los gritos acudieran la madre del mancebo y dos doncellas de Isabel, notaron que el jóven tenia los vestidos empapados en abundante sudor, y la piel tan encendida y abrasada que apenas podian acercar á ella la mano¹. Isabel entre tanto continuaba orando, hasta que el jóven ya desesperado, le dijo: «En nombre de Dios, señora, os pido que ceséis de orar; mirad que me abraso interiormente, y el corazon va á hacérseme pedazos.»

¹ Sudabat et fumabat... Invenerunt eum totum incaluisse, vestesque nimio sudore madidas... Vix calorem manibus poterant tolerare. (Theod.).

Entonces suspendió Isabel la oracion, y Bertoldo principió á enfriarse por grados; mas ya no se extinguió en aquel corazon el fuego del amor divino que por efecto de la ardiente caridad de Isabel habia sentido el jóven, quien inmediatamente despues tomó el hábito en un convento de Franciscanos¹.

A consecuencia de estos ruidosos ejemplares no pudo Isabel excusarse de encomendar á Dios una multitud de almas enfermas que acudian á ella en busca de remedio para su dolencia; piadosa y humilde acogia todas estas demandas, y á muchos de los que la tomaban por intercesora les sucedió, como á Bertoldo, renunciar al mundo y tomar el hábito en algun monasterio. La dulce y benéfica influencia de la Santa no se encerraba en los límites de esta vida mortal; su eficacia, salvando esta barrera, alcanzaba tambien el alivio de las almas todavia no del todo purificadas de

¹ Todos los autores fijan la fecha de este suceso en el año inmediatamente anterior á la muerte de la Santa. Discite, dice á propósito Teodorico, quo caritatis ardore fervebat, quae calore suo fluxum secularis concupiscentiae siccat, et ad amorem aeternitatis inflammat.

sus culpas. Vió una noche en sueños á su madre Gertrudis, cobardemente asesinada muchos años antes, venir á ella en ademan suplicante, y que le decia: «Hija mia carísima, muy amada de Dios, vengo á pedirte ruegues por mí, pues todavia no he expiado las negligencias de mi vida. Por los dolores que me costó el darte á luz, apiádate de mis actuales tormentos; pide al Señor que quiera abreviarlos, y que se digne mirar no á mis pecados, sino la afrentosa muerte que me dieron, estando yo inocente; tú lo puedes si quieres, pues á sus ojos estás llena de gracia.» Isabel se despertó anegada en lágrimas; y levantándose del lecho, se puso inmediatamente en oracion fervorosa por el descanso eterno del alma de su madre: acostóse de nuevo y se durmió. Su madre volvió á aparecersele, y le dijo estas palabras: «Bendita la hora y el dia en que saliste de mis entrañas! por tus oraciones salgo del purgatorio, y mañana entraré en la gloria eterna. Pero no ceses de orar por aquellos á quienes amas; porque el Señor consolará á cuantos te invoquen en sus trabajos.» Abrió Isabel los ojos preñados de lágrimas de alegría causada por aquella vi-

sion consoladora; y luego, rendida de cansancio, se durmió tan profundamente que no oyó tocar á Maitines en el convento de Franciscanos, á donde solia acudir todos los días á aquella hora, ni se despertó hasta la de Prima. De este pecado de pereza se confesó sin demora, y pidió al director que le impusiera una penitencia ¹.

No menos poderosa y eficaz que para la misericordia, era la voz de Isabel en ocasiones para la justicia del cielo. En una de sus excursiones Isabel, tan justamente apellidada *la nutriz de los pobres* ², se encontró con una mujer que estaba de parto, y la hizo trasladar á su hospital y cuidarla con todo el esmero posible. Quiso además ser madrina de la criatura que nació, y á la cual puso el dulce nombre de Isabel. Por espacio de un mes visitó diariamente á la parida, bendiciéndola y proporcionándole toda clase de socorros, hasta que ya restablecida del todo, dió á la infeliz para el viaje algunos víveres y doce dineros de Co-

¹ Según algunos autores, esta vision la tuvo Isabel recién muerta su madre, y cuando ella no tenía aun mas que siete años. He adoptado la version mas acreditada.

² Nutrix pauperum Elisabeth... (*Theod.*).

lonia, un manto y el calzado mismo que á la sazón traía puesto en sus propios piés; y para abrigar al infante arrancó los forros del manto de una de sus criadas ¹. Empero aquella madre desnaturalizada, en vez de enternecerse con generosidad tan prolongada, únicamente pensó en especular con ella; y habiéndose despedido de noche de la Duquesa, partió muy de mañana con su marido y dejó abandonada la criatura que diera á luz. Al entrar en la iglesia antes de Maitines Isabel, que no apartaba de sus pobres un minuto siquiera el pensamiento, dijo á una de sus criadas: «Todavía me queda en la bolsa un poco de dinero que «ha de venir bien á esa pobre madre y al «niño; anda á llevársele.» A poco volvió la mensajera con la noticia de que la mujer habia marchado sin el hijo: «Pues al «punto trae acá la criatura, dijo la buena «Isabel, á fin de que no quede abandonada.» Sin embargo, aquel corazón tan lleno de piedad no fue sordo á la voz de la

¹ Calceos quos de sanctis pedibus exuit, et pella, lardum et farinam et duodecim, nummos coloniensium, et puerum manicis, quas de pellicio famulae tolli jusserat, involutum. (*Ibid.*).—Vid. etiam *Ann. Hainaut.*

justicia: Isabel hizo llamar al juez y le dió orden de que enviara ministros y soldados en busca de la madre por diferentes caminos. Así se hizo, pero la fugitiva no pareció; y entonces la Duquesa se puso en oración, y una de sus criadas, toda medrosa de que aquella historia llegase á oídos de Conrado, le rogó que pidiera mucho á Dios se descubriera el paradero de la ingrata madre; á lo cual contestó ella: «Yo nunca pido á Dios sino que se haga su adorable voluntad.» De allí á poco vieron llegar á la mujer y al marido que se arrojaron á los piés de la Duquesa pidiéndole perdon de su pecado; y al mismo tiempo declararon que, al huir, notaron que una fuerza invisible les estorbaba andar y les obligó á volverse atrás; cosa que á todos pareció un milagro obtenido por la oración de la Duquesa. Á la culpable madre la despojaron de cuanto le habían dado antes, á fin de repartirlo entre otros pobres mas dignos; pero Isabel, dominada de nuevo por la compasión, hizo que le diesen otro calzado y pieles para que se abrigara.

En medio de tan admirables pruebas de lo que Isabel podía con Dios, había ocasiones en que la humildad, á fuerza de pro-

funda, parecia rayar en desconfianza de la misericordia divina. Había ocasiones en que por un momento caía en aquel desaliento y oscuridad interior, en que incurren aun las almas mas adelantadas en el camino del cielo, abrumadas por la condición mísera de la vida mortal; y en estos casos, aquel corazón, siempre ardiendo de amor, osaba dudar si hallaría en Dios un amor equivalente al que ella tenía absolutamente concentrado en él. Viniendo cierto dia á visitarla su antiguo confesor, el P. Rodinger de Wurtzburg, salieron juntos á pasearse por las orillas del Lahn seguidos de tres doncellas; y como el carácter de este religioso, mas suave y benigno que el de Conrado, inspirara también mayor confianza á la Santa, ésta, abriéndole su corazón, le dijo: «Hay una cosa que sobre todas me atormenta, reverendo Padre; y es el verme asediada por algunas dudas en orden al amor de mi Criador hacia mí; no que él no sea infinitamente bueno y siempre pródigo de su amor, sino por causa de mis grandes y numerosos desmerecimientos, que entiendo me rechazan lejos de él á pesar de tener mi corazón enteramente abrasado en amor

«suyo ¹. — No hay para que abrigar tales «temores, contestó el religioso, puesto que «es tan grande la bondad divina, que no «cabe en manera alguna ni por ningun tér- «mino la duda de si Dios nos ama infinita- «mente mas que nosotros á él ². — ¿Cómo, «pues, replicó Isabel, consiente que la tris- «teza y languidez me aparten de él á tiem- «pos, yo que quisiera hallarme siempre y «en todo lugar unida al Señor?» Respon- «dióle el religioso que todo esto era indicio, no de una alma abandonada sino de una alma preferida, y que por tales caminos se aumentaba seguramente el amor de Dios; y extendiendo la mano hácia un hermoso árbol que ostentaba su gallardía en la opuesta orilla del rio, dijo á la Santa, ser mas fácil el que aquel árbol viniera por sí solo á plantarse en la orilla de acá por donde ellos paseaban juntos, que el que Dios

¹ Nihil adeo me torquet, religiose pater, quam quod aliquantulum diffidam de Creatoris mei erga me benevolentia, non quod eum summe bonum et sui amoris profusive ignorem, sed quod mea demerita multa esse comperiam, propter quae repellar, quantumvis ego illius amore exardescam. (Wadding, *Ann. Minor.*)

² Ut omnino certum sit, eum plus satis redamare amantem. (*Ibid.*)

fuese aventajado en amor por alguna de sus criaturas ¹. No bien el religioso hubo dicho esto, cuando con asombro de los circunstantes el árbol designado atravesó majestuosamente el rio y se quedó plantado en la opuesta orilla ². Conoció Isabel por este maravilloso signo del amor divino, cuán poderosa y eterna era la verdad de Aquel que habia dicho á sus discípulos: *Si tuiéreis se tanto como un grano de mostaza, diréis á aquel árbol: arráncate de ahí y vé á plantarte en medio del mar, y el árbol os obedecerá* ³. Y entonces, puesta Isabel á los piés de Rodinger, se confesó con él de este pecado de desconfianza, y pidió perdon de él.

Para dar á su oracion una fuerza tan invencible, cual hemos visto en tales maravillas, Isabel no hallaba mejor medio que el continuo ejercicio de esta oracion misma; y así es que sin ser parte á estorbárselo la

¹ Non derelictae sed dilectae haecesse indicia... Prius arborem proceram, ad oppositam ripam plantatam, ad eam in qua coambulabant, transituram, quam Deus in amore reciproco cederet creaturae. (*Ibid.*)

² Non omnino dixit cum... tota arboris moles transplantata fuit ad deambulationis locum. (*Ibid.*)

³ Luc. xvii, 6.

multitud de obras de misericordia, bastantes de por sí para ocuparla todo el dia, sabia hallar horas enteras para emplearlas en esta suprema facultad de la contemplacion y la oracion; realizando así el feliz y raro maridaje de la vida activa y contemplativa. Despues de atender, á imitacion de Marta, con afanosa solicitud á las necesidades de Jesucristo en la persona de sus pobres, venia, como María, á sentarse á los piés del Salvador para abismarse en la consideracion de sus gracias y beneficios. «Juro ante Dios, escribia al Papa su severo confesor, que raras veces he visto mujer de mas alta contemplacion.» Horas enteras pasaba muchas veces en oracion con los ojos, las manos y el corazon dirigidos hácia el cielo; pasando tambien frecuentemente una parte de la noche en la iglesia, á pesar de que el confesor se lo tenia prohibido para que no se privara del necesario descanso: y, como no siempre en el templo hallaba la necesaria libertad y aislamiento, le gustaba salir á hacer oracion en medio del campo bajo la bóveda azul del firmamento, en medio de esa naturaleza cuyos mas menudos accidentes le traian á la memoria la grandeza y clemencia del

Criador. Segun la tradicion, siempre que sobrevenia lluvia estando ella orando al aire libre, el agua no la tocaba ni la mojabá poco ni mucho ¹. En estas piadosas correrías, era el sitio que mas le gustaba para orar la inmediacion de una bonita fuente, situada en un bosquecillo al pié de una escarpada montaña, poco distante del pueblo de Schrœck, á dos leguas de Marbourg. Siendo el camino quebrado y peligroso, mandó la Santa construir una calzada solada y una capillita junto al manantial. Este campestre y solitario sitio fue luego bautizado con el nombre de *Fuente de Isabel*, que todavia hoy conserva ². Por malo que

¹ La tradicion refiere igual milagro de san Pedro de Alcántara.

² Es uno de los sitios mas lindos de esta bella comarca. El pueblo de Schrœck es todavia católico, y hasta el año 1802 perteneció al arzobispado de Mayenza. Aun existe tambien la fuente; pero en lugar de la capillita hay ahora una especie de templo clasico de orden dórico y jónico, construido en 1396 por un landgrave protestante, con una inscripcion muy larga y de lo mas ridículo en estilo clasico, la cual comienza así:

Si, viator, quis sim, quidve portem quaeris,
Fons sum divae Elisabeth...
Ad me venit saepius
Deoque, naturae et mihi grata, etc.

estuviera el tiempo, habia Isabel de ir á este amado retiro: por el camino tambien oraba andando; mas para todo él tenia suficiente con un *Padre nuestro*: ¡tan llena de reflexion y contemplativa era su manera de rezarle ¹!

Exactísima en asistir con ejemplar compostura á todos los oficios divinos, tenia en grande y afectuosa veneracion á los Santos de Dios, y escuchaba con piadoso interés la relacion de sus vidas, observaba escrupulosamente sus festividades, y daba á sus reliquias tierno culto; á cada paso hacia, para honrarlas, encender luces y quemar incienso delante de ellas. Despues del evangelista san Juan, la Magdalena era la que mas cautivaba su devoto afecto. Y, por supuesto, la Virgen santísima era el objeto preferente de su veneracion fervorosa; cuatro imágenes de esta Reina del cielo llevaba siempre consigo y las conservó hasta morir, legándolas entonces á su hija mayor, Sofia ². No por esto daba Isabel exa-

¹ Justi, pág. 263. Este escritor añade que los paisanos de Marbourg citaban este rasgo como ejemplo á los muchachos que farfullaban al rezar sus oraciones.

² Wadding, *Ann.* II, 224. Just. Lips., *Diva Virgo*

gerada importancia á tales signos exteriores de devocion, sabiendo distinguir perfectamente el valor puramente material de los objetos del sentido íntimo que la fe les atribuye. Así es que, hallándose cierto dia de visita en un monasterio, como los religiosos agrupados, en número de veinte y cuatro, al rededor de ella, se empeñaran de un modo particular en que fijase su atencion en los ricos dorados y esculturas que adornaban la iglesia de aquel su convento, les contestó ella: «Á la verdad que «el dinero que en todo esto habeis invertido fuera mejor empleado en vestiros y alimentaros antes que gastarlo en adornar «estas paredes; pues todas estas escultu-

Hallensis. Sofia, despues duquesa de Brabante, llevó consigo á Bélgica estas cuatro imágenes: una de ellas fue colocada en Vilvorde y se hizo famosa por sus milagros bajo el título de *Nuestra Señora del Consuelo*; la segunda en Gravesande; la tercera en las Carmelitas de Haarlem; y la cuarta en la hermosa iglesia gótica de Halle, cerca de Bruselas, donde todavia hoy se la venera y es visitada de muchos peregrinos. Justo Lipsio, uno de los mas ilustres sabios del siglo XVI, no se desdenó de consagrar una obra especial á la historia de esta imagen, bajo el título de: *Diva Virgo Hallensis*, y la pluma con que escribió este libro la legó á la imagen tambien, luego de concluido.

«ras, en el corazon es donde debeis llevar-
«las ¹.» Consigo misma no era menos seve-
ra sobre este punto; y como en una oca-
sion viera alabar grandemente la hermo-
sura de una imágen, para que entrara en
deseos de comprarla, «Para nada, dijo ella,
«necesito yo de esta imágen, pues la llevo
«grabada en el corazon ².» En iguales senti-
mientos abundaba el alma de uno de los
mas ilustres contemporáneos de la Santa,
aunque de un carácter muy diverso del
suyo; hablo de Simon, conde de Monforte,
de quien contaba san Luis á Joinville, como
habiendo venido á decirle «que corriera á
«ver el milagro que estaba sucediendo de
«haberse convertido el cuerpo de nuestro
«Señor en carne y sangre en las manos de
«cierto sacerdote, lo cual tenia á todos
«pasmados de admiracion,» él les respon-
dió: «Id vosotros, que lo dudais, á verlo;

¹ Ecce melius posuissetis hanc expensam in
vestibus vestris et victualibus quam in parietibus,
quoniam hanc sculpturam imaginum in corde ves-
tro gerere deberetis. (*Dict. IV Ancill.*).— Esta res-
puesta de nuestra Santa ha tenido el triste honor
de ser citada por Lutero con elogio en sus *Tis-
chreden.*

² Non habeo opus tali imagine, quia eam in cor-
de meo porto. (*Ibid.*).

«pues en cuanto á mi, lo creo y no lo dudo
«en manera alguna... Y por esta mi se es-
«pero tener en el cielo una corona supe-
«rior á la de los Ángeles, los cuales, vién-
«dole cara á cara, no pueden menos de
«creerlo.»

Profundamente grabada en el alma de
Isabel la imágen de Dios, y presente, sin
cesar un punto, en su enamorado corazon,
no eran para ella necesarios los ordinarios
auxilios que con mano generosa proporcio-
na la Iglesia á las almas vulgares; pues co-
mo de continuo se levantaba en alas de la
contemplacion hasta la presencia de Dios
y de sus misterios mas augustos, perdia de
vista las imperfectas figuras que de los ob-
jetos de su fe podia ofrecerle la imagina-
cion humana. Conforme se le iba acercan-
do el término de su breve carrera, sus ora-
ciones se convertian en éxtasis y raptos, y
mas prolongadas y duraderas eran en ella
estas maravillosas suspensiones de la vida,
como para prepararla, por medio de una
transicion suave, el acceso á la vida eter-
na. Hacia lo último, eran ya cotidianos y
sostenidos por muchas horas estos deli-
quios; durante los cuales, apartada de los
dolores é insipidez de las cosas mundanas,

gustaba de antemano las delicias y goces del cielo ¹. Inmenso fue el número de revelaciones, visiones y sobrenaturales coloquios que en tales ocasiones tuvo; y aunque comunmente formaba empeño en que nadie tuviera noticia la mas pequeña de estos inmortales favores, no le era posible ocultarlos de todo punto á las compañeras de su retiro: mil veces traslucieron éstas el secreto al través del gozo y reconocimiento reflejados en el rostro de la Santa; y todos los contemporáneos tuvieron siempre por una cosa incontestable y evidente la existencia de estas milagrosas comunicaciones. Los habituales intermediarios entre el cielo y esta alma escogida ², eran los Angeles del Señor, quienes además de ilustrarla con advertencias y celestiales ins-

¹ Rapiebatur enim in excessum et extasin mentis, sed non erat in eius raptu rara hora et brevis mora, verum multa frequentia et persistentia diuturna: siquidem per aliquot horas perduravit. (*Theod.*)

² Angelicas visitationes, visiones et allocutiones, multas revelationes tam diebus quam noctibus habere meruit. (*Ibid.*).—Los manuscritos de los Bolandistas en Bruselas contienen el discurso de un Ángel á la Santa en forma de homilía, que por lo demás es poco notable.

trucciones, acudian á consolarla en todas sus pruebas, y aun en los ligeros accidentes de la vida temporal. En una ocasion, por ejemplo, como Isabel hubiera albergado en su casa á una pobre enferma y cuidádola grandemente con cariñosa ternura, aquella infeliz, ya restablecida, tuvo la ingratitud de marcharse muy de madrugada y llevarse consigo los vestidos de la Santa su bienhechora, dejando á ésta reducida al extremo de no poder salir de la cama, porque nada le habia dejado aquella mujer con que cubrirse. En vez de impacientarla ó hacerla prorumpir en quejas tan desagradable incidente, la Santa se contentó con decir: «Amado Jesús mio, yo os doy «gracias de verme de esta guisa semejante «á Vos que vinisteis al mundo desnudo y «despojado de todo, y del propio modo fuís- «teis clavado en la cruz.» Y segun ya habia sucedido otra vez, cuando dió todos sus vestidos á los pobres, vió aparecérselo un Ángel que le puso en las manos un hermosísimo traje, diciendo: «No te traigo corona como en otro tiempo, pues muy en «breve quiere Dios mismo coronarte en su «gloria ¹.» Y tambien muchas veces se le

¹ La leyenda añade que la Santa remitió al pun-

aparecía cara á cara el único dueño de su vida, Jesús en persona, acompañado de multitud de Santos, y la fortificaba con visiones consolándola con dulcísimas palabras ¹.

Segun dicho del grave Conrado, brillaba con soberana claridad el rostro de la Santa cuando salía ésta de tan celestiales raptos, reflejándose en él el resplandor divino que durante la oración la habia inundado; y sus bellos ojos lanzaban miradas brillantes como el sol ², y cuya deslumbrante claridad no podían resistir las personas que estaban en pecado mortal. Cuando estos raptos se prolongaban por algunas horas, era tal la fuerza y vigor que le infundían, que por un espacio muy largo de tiempo no necesitaba tomar ni el mas

to este vestido al monasterio de Aldenberg para cambiarlo por unos harapos con que se vistió muy alegre y contenta.

¹ Ipsum quoque Dominum Iesum facie ad faciem... vidit, se benignissime alloquendo consolantem et apparendo confortantem. (*Theod.*).

² Frequentius viderunt faciem eius mirabiliter fulgentem et quasi solis radios ex oculis eius procedentes. (*Ep. Conr. Marb. ad Papam*). Splendida quippe fiebat facies eius, dum respiceret in eam Dominus. (*Theod.*).

ligero alimento, bastándola para subsistir corporalmente el alimento espiritual que recibiera ¹. El resto del dia su vida estaba absorbida en Aquel en quien se habia transformado por el amor; y para expresar el estado en que quedaba de resultas de estas comunicaciones celestiales, no hallaba palabras mas adecuadas que las del texto sagrado: *Mi alma se ha derretido cuando habló mi Amado.*

De esta manera debia acreditarse el instinto profético que desde chiquitita la habia inclinado á escoger por patron, amigo y modelo al bienaventurado Evangelista que habia recibido *el privilegio del amor*, y que, recostado sobre el pecho del Salvador, penetró allí todos los secretos del cielo ².

Toda su vida, pues, todo su ser estaban penetrados de un gozo divino: ni la tribulacion, ni las pruebas eran parte á turbar

¹ Diutissime permansit quod nullo cibo corporali, sed modicissimo pascebatur. Reficiebatur namque intus invisibili mentis cibo. (*Theod.*)

² Hic est beatissimus evangelista... qui privilegio amoris meruit honorari. Iste est Ioannes qui supra pectus Domini recubuit, beatus apostolus, cui revelata sunt secreta coelestia. (*Breviario romano*).

aquella paz y dulzura, ni menos á inquietarla é irritarla, pues antes bien las contrariedades tenian la propiedad de tornarla mas alegre y contenta que nunca. Los que la trataban de muy cerca jamás alcanzaron á vislumbrar en aquel semblante la expresion del mas pequeño disgusto, sin embargo de que lloraba con frecuencia, pues el don de santas lágrimas, que recibiera desde niña, se aumentaba cada vez mas en ella conforme iba acercándose al sepulero. Cuanto mas feliz se sentia, tanto mas lloraba; pero corrian sus lágrimas como de un tranquilo y oculto manantial, sin jamás arrugarle el rostro ni alterar en nada la pura belleza y placidez de su fisonomía¹; antes bien añadían un nuevo encanto, y eran como la expansion suprema de un corazon incapaz ya de expresar sus afectos con palabras². El Esposo celestial recogía gota á gota estas lágrimas de sobrenatural alegría que ella dejaba caer en el

¹ Quandoque ipsa maxime iucunda fuit, maxime flevit, quod dictu mirabile videtur, simul gaudere et flere, et nunquam cum fiebat faciem in rugas, id est deformitatem vertebat, sed lacrymae quasi de fonte, vultu eius serenissimo et iucundissimo existente, fluebant. (*Ibid.*)

² Rutebeuf.

cáliz de su vida, así como las que en otro tiempo le arrancaran de los ojos el amor humano ó las injustas tropelías de los hombres; unas y otras eran las perlas de la eterna corona que la estaba preparada en los cielos¹.

¹ Teodorico resume toda esta parte de la vida de la Santa en los términos siguientes: Refulgebat in ea conversatio amabilis, actio humilis, habitus contemptibilis, affectio sancta, cogitatio sincera, mundum eor, conscientia bona, intellectus purus et simplex, fides non ficta, spes invicta, caritas perfecta, vita immaculata, contemplatio continuata.—Añade que pudiera todavía añadir una infinidad de pormenores acerca de la Santa, pero que no lo hace por temor de parecer prolijo en demasía.

CAPÍTULO XXIX.

De como la amada santa Isabel fue á la edad de veinte y cuatro años convidada á las bodas eternas.

Iam hiems transit, imber abiit
et recessit: surge, amica mea, speciosa mea, et veni. Veni, sponsa mea, et coronaberis.

(Cant. 11, 11, 14).

Escasamente dos años habian transcurrido desde que Isabel, vistiendo el hábito franciscano, se habia revestido tambien de la fuerza necesaria para despreciar las alegrías de la vida y caminar derecha al cielo por caminos sembrados de tantas espinas, cuando el Señor se dió por satisfecho de la duracion de aquellas pruebas, y tuvo por felizmente rematada y coronada la dura empresa acometida por la Santa. « Ordenó, «pues, que tuviera el reino de los Angeles, «la que despreciara los reinos del mundo¹. » Como el divino Esposo del Cántico inspirado, vino á anunciar á su amada que el

¹ Ann. Hainaut.

invierno con todas sus tempestades era ya pasado, é iba á amanecer para ella la aurora de la eterna primavera. Tocaba á su fin el año 1231, año en que la Orden Seráfica vió subir al cielo á su glorioso hijo san Antonio de Padua, honor de Portugal y de Italia¹; y en el mismo debia tambien hacer otro nuevo sacrificio, y ver cortar su flor mas hermosa por la mano del Omnipotente, celoso en aumentar el ejército de sus santos². Tendida estaba Isabel cierta noche, cuyas horas repartia entre la oracion y el sueño, cuando se le apareció Cristo en medio de una luz deliciosa, y le dijo con voz dulcisima: « Ven, esposa mia Isabel, tier- «na amiga mia, ven al tabernáculo que pa- «ra tí tengo aparejado desde toda la eterni- «dad; yo mismo he de introducirte en él³. » Alborozada con estas nuevas de su inmediata y cercana libertad de la cárcel de esta vida, empezó Isabel, en cuanto hubo despertado, á hacer sus preparativos para este feliz viaje, disponiendo todo lo perteneciente á su entierro, y visitando por la vez postrera á sus pobres y enfermos á

¹ Murió en 13 de Junio de 1231.

² Vita Rhyt.

³ Juan Lefèvre.

CAPÍTULO XXIX.

De como la amada santa Isabel fue á la edad de veinte y cuatro años convidada á las bodas eternas.

Iam hiems transit, imber abiit
et recessit: surge, amica mea, speciosa mea, et veni. Veni, sponsa mea, et coronaberis.

(Cant. 11, 11, 14).

Escasamente dos años habian transcurrido desde que Isabel, vistiendo el hábito franciscano, se habia revestido tambien de la fuerza necesaria para despreciar las alegrías de la vida y caminar derecha al cielo por caminos sembrados de tantas espinas, cuando el Señor se dió por satisfecho de la duracion de aquellas pruebas, y tuvo por felizmente rematada y coronada la dura empresa acometida por la Santa. « Ordenó, «pues, que tuviera el reino de los Angeles, «la que despreciara los reinos del mundo¹. » Como el divino Esposo del Cántico inspirado, vino á anunciar á su amada que el

¹ Ann. Hainaut.

invierno con todas sus tempestades era ya pasado, é iba á amanecer para ella la aurora de la eterna primavera. Tocaba á su fin el año 1231, año en que la Orden Seráfica vió subir al cielo á su glorioso hijo san Antonio de Padua, honor de Portugal y de Italia¹; y en el mismo debia tambien hacer otro nuevo sacrificio, y ver cortar su flor mas hermosa por la mano del Omnipotente, celoso en aumentar el ejército de sus santos². Tendida estaba Isabel cierta noche, cuyas horas repartia entre la oracion y el sueño, cuando se le apareció Cristo en medio de una luz deliciosa, y le dijo con voz dulcisima: « Ven, esposa mia Isabel, «terna amiga mia, ven al tabernáculo que para tí tengo aparejado desde toda la eternidad; yo mismo he de introducirte en él³. » Alborozada con estas nuevas de su inmediata y cercana libertad de la cárcel de esta vida, empezó Isabel, en cuanto hubo despertado, á hacer sus preparativos para este feliz viaje, disponiendo todo lo perteneciente á su entierro, y visitando por la vez postrera á sus pobres y enfermos á

¹ Murió en 13 de Junio de 1231.

² Vita Rhyt.

³ Juan Lefèvre.

quienes bendijo con inmensa alegría, repartiendo entre ellos y entre sus criadas todo cuanto le quedaba aun por distribuir¹. Como á la sazón se hallase maese Conrado padeciendo una grave enfermedad con violentísimos dolores, hizo llamar á su dócil penitente; y ella, fiel hasta lo último á su misión de consoladora y amiga de los enfermos, corrió al punto á verle, fue recibida por él con muestras de grande afecto, y se lamentó mucho de verle en aquel estado². «¿Qué va á ser de vos, le dijo Conrado, señora é hija querida, cuando yo muera? ¿cómo gobernaréis vuestra vida? ¿quién os ha de amparar contra los malos, y quién os dirigirá por los caminos de Dios?» A lo cual respondió la Santa: «Inútiles preguntas, padre mio; antes que vos voy á morir yo, y no habré menester de otro protector ni guía³.»

A los cuatro dias despues de esta conversacion sintió Isabel los primeros síntomas del mal que debia poner término á la prolongada muerte de su existencia terrena,

¹ *Vita Rhyt.*

² *Ibid.*

³ *Theod.;* Rothe, *Vita Rhyt.*

⁴ *Conrad. epist. ad Pap.*

y conducirla á la vida verdadera y eterna¹. Obligada á guardar cama, languideció por espacio de doce ó quince dias devorada por una ardiente calentura, pero sin alterar su buen humor y alegría, ni interrumpir sus oraciones². Al cabo de este tiempo, hallándose al parecer dormida, con el rostro vuelto hácia la pared de su cuarto, una de sus criadas, llamada tambien Isabel, que se hallaba sentada junto á la cama, oyó como una dulce y exquisita melodía producida por la garganta de la paciente³. Momentos despues la Duquesa, cambiando de postura, se volvió hácia su compañera, y dijo: «¿Dónde estás, querida? — Vedme aquí, respondió la mujer, y añadió: ¡Cuán deliciosamente habeis cantado, señora! — ¡Pues qué! ¿has oido alguna cosa? — Si, señora. — Sepas que era un lindo pajarito que vino á posarse entre mi y la pared; su cantar era tan dulce y suave que me llenó de alegría el corazón y el alma, no pudiendo contenerme de cantar tambien con él: me ha dicho que moriré de aquí á tres dias⁴.»

¹ *Theod. Ann. Hainaut.*

² *Ibid.*

³ *P. Apoll.*

⁴ *Theod.* Segun una relacion contemporánea, inserta por Martene y Durand en su *Amplissima*

Era sin duda, dice un antiguo historiador, su Ángel de la guarda, que bajo esta forma de avecilla venia á anunciarla las eternas alegrías ¹.

Desde este punto, no teniendo ya sino muy poco tiempo para disponerse á la postrera lucha, no quiso recibir á ninguna persona seglar, incluso las grandes señoras que solian entrar á visitarla ², y, bendiciéndolas por última vez, despidió tambien á todas las demás personas que de continuo venian á verla; no queriendo que hubiera ya á su lado, además de las criadas, sino algunas religiosas de su especial cariño, el confesor, y aquel pobrecillo que en otro tiempo vino á ocupar el puesto del leproso despedido por Conrado ³; y preguntada, por qué hacia salir así á toda la gente, respondió: «Quiero quedar sola con Dios, «y meditar en el terrible día de mi juicio, «y en mi omnipotente juzgador.» Y luego se puso á orar con muchas lágrimas é invocar la misericordia del Señor ⁴.

collectio, su hija oyó tambien estos cantos; única noticia que hay de que alguno de los hijos presenciara los últimos instantes de la Duquesa.

¹ *Cod. Florent.*

² *Theod.*

³ *Ep. Conr. Mar.*

⁴ *Theod. Vila Rhyt.*

El domingo (18 de noviembre de 1231). víspera de la octava de san Martín, se confesó con Conrado, ya bastante restablecido para poder venir á asistirle. Isabel, dice un manuscrito de la época, tomó su corazón en las manos y en él leyó cuanto podía leer; mas nada encontró de que acusarse, nada que mil veces no estuviera ya lavado con las aguas de contrición sincerísima ¹. Acabada la confesión, preguntóla Conrado cuál era su última voluntad en orden á los muebles y bienes que tenia. «Me admira, respondió la enferma, que me «pregunteis eso; pues bien sabeis vos que «cuando hice voto de obediencia, renuncié á todas mis propiedades, así como á «mi voluntad, mis hijos y todos los gustos «de la tierra: nada guardé sino lo que vos «me ordenásteis guardar para pago de deudas y para dar limosnas; á habérmelo vos «permitido, mi intención era vivir en una «celdilla, atendida á la ración diaria que se «da á los demás pobres ². Ya ha tiempo «que todo cuanto al parecer es mio, en «realidad pertenece á los pobres; repartid- «eles, pues, á ellos lo que queda, excepto es-

¹ *Cod. Argen.; Theod. Ep. Conrad. Mar.*

² *Mart. pág. 1254.*

«te viejo y gastado traje que tengo, porque «deseo me entierren con él. Testamento no «hago; no tengo mas heredero que Jesu- «cristo ¹.» Mas como una de las compañe- ras le suplicara que le dejase algun recuer- do suyo, la Santa le hizo donacion del po- bre manto de su padre san Francisco, el cual le habia sido remitido por el Papa. «Légote mi manto, dijo la Santa á la peti- «cionaria; no te dé cuidado verle tan roto, «remendado y miserable; así y todo, es la «joya de mas precio que jamás poseí. Te «digo en verdad que cuantas veces hube «de pedir á mi amadisimo Jesús alguna «gracia especial, y me puse en oracion cu- «briéndome con este manto, otras tantas se «dignó el Señor oirme con infinita clemen- «cia ².» Despues encargó que la enterraran en la misma iglesia del hospital fundado por ella y dedicado á san Francisco; limi- tándose á esto todas sus prevenciones rela- tivas al funeral de aqui abajo, pues la tenia toda absorta la anticipacion de su entrada en el cielo: tras una larga conferencia con Conrado y haber oido misa, fueron á traerle los últimos Sacramentos que esperaba con

¹ Theod. VIII, 3.

² Cod. Lov. apud Wadding, p. 159; Cod. Heid. p. 32.

piadosa impaciencia. La sincera ternura, la pureza de corazon, el ardiente deseo, la celestial alegría con que recibió el dulcísimo manjar ¿quién es capaz de saberlo y de juzgarlo? únicamente Aquel que se dignaba servirle de guia y de viático en el supremo trance; bien que harto revelaba á los asistentes la angelical expresion del semblante lo que la gracia estaba obrando durante aquellos momentos en aquella alma escogida ¹. Habiendo comulgado despues de recibida la Extramañcion, segun el estilo de aquel tiempo, quedó inmóvil y callada el resto del dia hasta la hora de Vísperas, absorta en la contemplacion y como embriagada por aquella sangre de vida con que, por última vez en la tierra, acababa de saciarse. De pronto se abrió su boca para dar paso á un torrente de fervo- rosas palabras llenas de piedad: «Su len- «gua, dice el Padre Apolinario, poco há tan «mesurada en hablar, esparció sus luces «con profusion, mas con tal prudencia y «eficacia que, no obstante ser su razona- «miento tan largo cual nunca la hubieran «oido, ninguna de las palabras pronuncia- «das en aquella ocasion era para perdida.

¹ Theod. l. c.

«Notaron los oyentes que se le ofrecia á la «memoria con oportunitisima puntualidad «todo cuanto en vida oyera de boca de los «predicadores, ó habia leído en los libros «ó aprendido en sus raptos, para inculcarlo «á sus hijas antes de rendir el último sus- «piro ¹.» Al ir á remontarse al cielo aque- «lla alma, brotó en ella desconocido raudal de elocuencia; y buscando aquel espíritu, presto á huir de la cárcel corpórea, un pasaje de la Escritura á propósito para encantar la memoria de una alma amante como la suya, eligió el que tal vez mas le cuadraba, el evangelio de la resurreccion de Lázaro; cuyo texto recitó por extenso la moribunda, espaciándose con prodigiosa abundancia sobre la visita que Jesús hizo á las dos hermanas Marta y María cuando se dignó tomar parte en su dolor, acompañarlas al sepulcro, y darles muestras vivas de su compasion tierna y sincera mezclando sus divinas lágrimas con las de aquellas desconsoladas mujeres ². Y deteniendo en este punto su discurso, comenzó á decir cosas profundas, con gran pasmo de los circunstantes, acerca de estas lágrimas de

¹ P. Appolin., pag. 477; Theod.

² Theod.; Wadding, II, 271.

Cristo y de las que él mismo derramó contemplando á Jerusalem, y tambien mientras estuvo clavado en la cruz; haciéndolo con tan vivas, penetrantes é inflamadas expresiones, que, sin ser dueños los corazones de resistir la emocion en ellos producida, los ojos de cuantos la escuchaban rompieron en un torrente de lágrimas ¹. Como lo echara de ver la Santa, les dirigió en tono de advertencia cariñosa las palabras que dijo el Salvador á las mujeres de Jerusalem que le veian caminar al Calvario: «Hijas de «Jerusalem, no lloreis por mí; llorad por «vosotras mismas.» Ni aun en tan terribles momentos aquel corazon simpático y compasivo podia echar en olvido á los que habia amado; volaba ya al cielo, y todavía encontraba palabras de afectuoso consuelo para dirigirlas á sus amadas doncellas y compañeras: «¡Amigas mías! ¡oh queridas «de mi alma ²!» Y despues de todo esto, calló inclinando la cabeza y quedándose en un absoluto recogimiento ³.

Pasado algun rato, y aunque no se la veía mover los labios, volvió á repetirse

¹ Mart. pag. 1233; Wadding.; Theod. *Covr. Mar.*

² *Dict. IV Ancill.*

³ *Vita Rhyt.*

aquella misma melodía que ya antes se oyera exhalar de su garganta. Preguntada sobre esto, respondió: «¿No oísteis á los que cantaban conmigo? los acompañó lo mejor que puedo ¹.» «Ninguna alma fiel podrá dudar, dice su historiador, de que Isabel mezclaba ya su dulce voz con los cánticos de triunfo y deliciosas armonías del celestial ejército que aguardaba el instante de verla incorporada en sus filas: estaba ya cantando la gloria del Señor con los Ángeles ².» Desde la caída de la tarde hasta el canto del gallo continuó la Santa en un estado de gozo expansivo, de exaltación piadosa unida á la devoción mas ardiente. En el momento decisivo de la victoria, celebraba con justa razón los combates definitivamente terminados: segura ya de su gloria y de su corona, hablaba así hácia media noche con sus amigas: «¿Qué harémos si llegara á aparecerse por aquí nuestro enemigo el diablo?» y de allí á poco añadió con voz alta y clara: «Huye, huye, maligno, reniego de tí!» Pasados algunos instantes, volvió á decir: «Al fin se marcha; hablemos ahora de Dios

¹ Dict. IV Ancill.; Wadding, 172.

² Theod.

«y de su Hijo; tened paciencia, que esto ya acaba ¹.» Como á la media noche púsose su rostro tan resplandeciente que apenas se la podía mirar; y al primer canto del gallo, se la oyó que decía: «Esta es la hora en que la Virgen dió á luz al Señor y le presentó á los asistentes. Hablemos de Dios y del Niño Jesús, porque ya es media noche. En esta hora nació Jesús y fue reclinado en el pesebre, y crió una nueva estrella nunca hasta entonces vista; en esta hora vino á rescatar al mundo; también á mí me rescatará: en esta hora resucitó los muertos y libró las almas aprisionadas; también redimirá la mia de este mundo miserable ².» Por instantes crecía su alegría y su felicidad: «Estoy débil, decía, pero nada me duele, como si no me hallara enferma... á todos os encomiendo á Dios.» Todavía habló mucho, inflamada por el Espíritu Santo; pero sus palabras, que respiraban amor divino el

¹ Alta et libera voce... fuge, fuge. (Declarac. de Isabel. *Passion.*, f. 82). El código florentino dice que el diablo habia venido, según su costumbre en la muerte de los Santos, *si forte aliquod ius haberet*, pero que no teniendo ninguno sobre Isabel, tuvo que huir vergonzosamente.

² Theod. *Vita Rhyt.*

mas tierno, no han llegado hasta nosotros. Al fin exclamó: «¡Oh María; socórreme!... «llega el momento en que Dios llama á sus «amigos á sus bodas!... el esposo viene en «busca de la esposa!... y luego en voz baja: «¡Silencio!... ¡silencio!» Y dicho esto, inclinó la cabeza como en un dulce sueño, y entregó triunfante el postrer suspiro². Su alma voló al cielo en medio de los Angeles y Santos que habian salido á su encuentro. Por todo el ámbito de aquella humilde habitacion, que solo contenia ya sus mortales despojos, se difundió un aroma delicioso; y por los aires se oia el cántico de voces celestiales que celebraban con inefable armonia las sublimes palabras de la Iglesia, compendio de aquella vida: *Regnum mundi contempsi, propter amorem Domini mei Iesu Christi, quem vidi, quem amavi, in quem credidi, quem dilexi.*

Esto sucedia en la noche del 19 de noviembre del año 1231; la Santa tenia apenas cumplidos veinte y cuatro años³.

¹ *Passional*, f. 32; *Ann. de Hainaut*.

² *Submissa voce omnibus qui circa ipsam erant silentium indixit, et ita quasi suavissime obdormiens exspiravit. (Martene, pág. 1253). Tandem iubilando requievit... (Theod.)*

³ El manuscrito del príncipe de Solms, titulado:

CAPÍTULO XXX.

De como la amada santa Isabel fue sepultada en la capilla de su hospital, y de como las avecillas del cielo celebraron sus exequias.

Ecce quod concupivi, iam video: quod speravi, iam teneo: ipsi sum iuncta in coelis quem in terris posita, tota devotione dilexi.

(*Breviar. romano*: antifona de santa Inés).

Diferente de todas las glorias humanas, la de los escogidos de Dios no comienza en la tierra, lo propio que en el cielo, sino desde su muerte; como si la paternal sollicitud del Señor hubiera querido poner siempre su humildad bajo la proteccion del olvido á las injurias de este mundo, hasta que ya no queda de ellos sino la envoltu-

Antiquitates monasterii Aldenbergensis, refiere que la pequeña Gertrudis, niña entonces de cuatro años, que se hallaba en el monasterio de Aldenberg, dijo en este mismo dia á sus compañeras: «Oigo tocar «á muerto en Marbourg; en este instante habrá fallecido mi amada madre!»

mas tierno, no han llegado hasta nosotros. Al fin exclamó: «¡Oh María; socórreme!... «llega el momento en que Dios llama á sus «amigos á sus bodas!... el esposo viene en «busca de la esposa!... y luego en voz baja: «¡Silencio!... ¡silencio!» Y dicho esto, inclinó la cabeza como en un dulce sueño, y entregó triunfante el postrer suspiro². Su alma voló al cielo en medio de los Angeles y Santos que habian salido á su encuentro. Por todo el ámbito de aquella humilde habitacion, que solo contenia ya sus mortales despojos, se difundió un aroma delicioso; y por los aires se oia el cántico de voces celestiales que celebraban con inefable armonia las sublimes palabras de la Iglesia, compendio de aquella vida: *Regnum mundi contempsit, propter amorem Domini mei Iesu Christi, quem vidi, quem amavi, in quem credidi, quem dilexi.*

Esto sucedia en la noche del 19 de noviembre del año 1231; la Santa tenia apenas cumplidos veinte y cuatro años³.

¹ *Passional*, f. 32; *Ann. de Hainaut*.

² *Submissa voce omnibus qui circa ipsam erant silentium indixit, et ita quasi suavissime obdormiens exspiravit. (Martene, pág. 1253). Tandem iubilando requievit... (Theod.)*

³ El manuscrito del príncipe de Solms, titulado:

CAPÍTULO XXX.

De como la amada santa Isabel fue sepultada en la capilla de su hospital, y de como las avecillas del cielo celebraron sus exequias.

Ecce quod concupivi, iam video: quod speravi, iam teneo: ipsi sum iuncta in coelis quem in terris posita, tota devotione dilexi.

(*Breviar. romano*: antífona de santa Inés).

Diferente de todas las glorias humanas, la de los escogidos de Dios no comienza en la tierra, lo propio que en el cielo, sino desde su muerte; como si la paternal sollicitud del Señor hubiera querido poner siempre su humildad bajo la proteccion del olvido á las injurias de este mundo, hasta que ya no queda de ellos sino la envoltu-

Antiquitates monasterii Aldenbergensis, refiere que la pequeña Gertrudis, niña entonces de cuatro años, que se hallaba en el monasterio de Aldenberg, dijo en este mismo dia á sus compañeras: «Oigo tocar «á muerto en Marbourg; en este instante habrá fallecido mi amada madre!»

ra mortal, expuesta á sus dañosos homenajes. Por eso, no bien el alma de nuestra Isabel voló á buscar el rico descanso del cielo, cuando su cuerpo inanimado fue objeto de la veneracion que, cuando viva, le habian negado demasiadas veces; y aquella pobre viuda tan tenazmente perseguida, despreciada, calumniada, la veremos ahora ocupando el pensamiento de los fieles y teniendo conmovidos todos los espíritus, desde el Jefe supremo de la Iglesia hasta los más humildes peregrinos de la piadosa Germania. No bien exhaló el postrer suspiro la Santa, fue amortajada por sus doncellas, con la ayuda de algunas otras mujeres devotas, con muestras de gran respeto hácia todo cuanto quedaba de aquella extraordinaria criatura, cuyos últimos momentos tan bien habian correspondido á las multiplicadas victorias de su anterior vida. Envuelto el cuerpo, según los deseos de la Santa, en aquella ropa despedazada y vieja que era todo su adorno en vida, fue trasladado en hombros de los frailes Franciscanos, acompañados del clero y pueblo en medio de fúnebres cánticos y universal lamento, á la humilde capilla de aquel hospital de san Francisco, que

debía ser el primer teatro de su gloria después de haberlo sido de sus heroicas luchas por el amor de Dios y de los pobres. Esta era aquella misma capilla en que la Santa solía entregarse á la oracion y demás ejercicios devotos¹.

Esparcido rápidamente el rumor de su muerte, acudieron presurosos todos los sacerdotes y religiosos de las cercanías, especialmente los Cistercienses, y una inmensa multitud de fieles, tanto ricos como pobres, ansiosos todos de tributar el postrer homenaje á la que, todavía tan jóven, acababa de recoger el fruto de sus trabajos. Animados por ese popular instinto, tantas veces presagio cierto de la fama verdadera, los más ardientes pensaron desde luego en adquirir alguna reliquia de la futura Santa. Lanzándose sobre el féretro, los unos arrancaban pedazos del hábito, otros cortaban los cabellos y uñas de la Santa; y algunas mujeres llegaron hasta cortarles los extremos de las orejas; arrebatos que presentian los honores con que la Iglesia honraria de allí á poco aquellos preciosos restos². Entre tanto era general el dolor

¹ Justí, pág. 189 y 220.

² *Diét. IV Ancill.*, 2032.

causado por aquella muerte; de todos los ojos corrian arroyos de lágrimas; por doquiera sonaba el lamentar y gemidos de los pobres y de los enfermos, privados por siempre de los tiernos cuidados de su bienhechora, cuyos despojos contemplaban con triste afán por la vez postrera: todos la lloraban á una, cual si cada uno acabara de perder á su propia madre ¹. Mas la angustia y desolacion de cuantos en ella perdian ó el modelo de la vida ó el apoyo de su fe, ¿quién podrá describirlas, y sobre todo, el violento dolor y afliccion de aquellos buenos Franciscanos, para quienes era, hermana por el hábito y la comun Regla, madre en la constancia y eficacia en protegerlos? «Cuando pienso, dice uno de ellos, «escribiendo la vida de su celestial amiga, «cuando pienso en esta tribulacion, mas «estoy para llorar que para escribir ².»

Exigió y obtuvo el pueblo, para saciar su devocion y afecto, que aquellos queridos restos continuaran expuestos al público en la iglesia por espacio de cuatro dias enteros, rodeados de multitud de fieles que entonaban piadosos cánticos, y no se har-

¹ *Dict. IV Ancill.*, 2032; *Theod. VIII*, 5.

² *Cod. Heidelb.*, pág. 32.

taban de contemplar el descubierto rostro de la difunta Santa; el cual, nuevamente dotado despues de la muerte de toda la frescura y brillo de la juvenil belleza, y ostentando en las mejillas la púrpura de la vida y la juventud, era para aquella concurrencia el espectáculo mas dulce y seductor ¹. La muerte habia dejado aquellas carnes frescas y flexibles al tacto, no tiesas, y cual si la vida circulara por ellas. «Antes de morir, dice un historiador, tenia «el semblante como suelen tenerlo aquellas personas que pasan la vida entre dolores y amarguras; mas despues de muerta, apareció tan terso, vivo, majestuoso y «bello, que causaba asombro con tal mudanza, como si la muerte, destructora de «todo, hubiera venido á reparar en ella, no «los estragos de la vejez y del tiempo, sino «los de la mortificacion y austeridades; y «cual si la gracia, vida hasta entonces del «alma, tomara ahora de su cuenta el vivificar aquel cuerpo. Creyérase ver allí al «través de las tenebrosas sombras de la «muerte relámpagos de la inmortal hermosura, ó ráfagas de gloria anticipadas en «aquella carne, cuerpo glorioso que habia

¹ *Theod. Passional*, f. 52.

«de ser el día de la resurreccion general ¹.»

La piadosa encantadora tradicion de que la hermosura fisica fuera restaurada y aumentada en el cuerpo de la difunta Isabel, ha sido fielmente seguida por el incógnito artista á cuya mano se deben los principales rasgos de la vida de la Santa esparcidos por los retablos de Marbourg, y que la representó expuesta en su féretro muy mas hermosa que en los otros diversos pasajes.

No era solo el sentido de la vista el recreado en tan dolorosos momentos por el cuerpo delicado y sacro de la jóven difunta, pues que tambien se exhalaba de él un perfume delicioso y suave, símbolo dulce de las divinas virtudes, de que habia sido depósito y cubierta cuando vivo ². Con esta ocasion ofrecianse á la memoria de las almas piadosas aquellas palabras del Sábio, cuando dice que la memoria del justo es como un admirable perfume ³. «Con este maravilloso olor, dice el autor citado, se consolaban mucho de aquella pérdida los pobres y el pueblo todo, templándoles el abatimiento y deteniendo el curso de las

¹ El P. Arcángel, pág. 478.

² Theod.

³ Eccli. XLIX, 1.

«lágrimas y sentimiento; como que tal prodigio era una prenda segura de que la muerte de la Santa no habia de ser parte á estorbarla el seguir siendo, aun mas que en vida, la caritativa madre del pobre, seguro amparo de los afligidos; los cuales todos, invocándola en los trabajos, recibirian fuerza y virtud del sagrado perfume de las oraciones de Isabel, subiendo incesante hasta el trono del Eterno ¹.»

Al cuarto día del fallecimiento se celebró el funeral con solemnidad grande. Aquel puro y rico bálsamo fue concentrado en ataúd reducido; la rica y resplandeciente joya, escondida bajo humilde losa en la misma capilla del hospital ² en presencia de los abades y religiosos de muchos monasterios vecinos y de un inmenso concurso mantenido en orden, merced á los prudentes esfuerzos del clero ³. Violento y estrepitoso fue el dolor de aquella imponente reunion de cristianos; y á la verdad que

¹ El P. Arcángel, pág. 479-80.

² Tenia esta capilla treinta piés de ancho y largo. Segun una tradicion constante, en ella estuvo sepultada la Santa hasta que se le construyó su grande iglesia.

³ Theod. VIII, 6.

no cabia mas decisivo y cabal homenaje enaquel momento á la Santa difunta. Aquel inagotable llanto y lastimeros ayes iban al propio tiempo unidos á la expresion de sentimientos mas fecundos y mas dignos del objeto; pues todos los fieles á una dirigian al cielo acentos de fervorosa devocion y gratitud piadosa, por haberse Dios dignado darles tan glorioso modelo y avisos tan admirables ¹.

Empero guardaba el Señor para su amiga homenaje mas dulce y tierno. Mientras en la noche anterior se cantaba el oficio de Difuntos, la Abadesa de Wechere ², que viniera á tomar parte en la fúnebre ceremonia, oyó por afuera una armonia que la admiró sobremanera; salió con otras muchas personas á ver el origen de aquel extraño suceso, y vieron todos que sobre el tejado de la iglesia habia, no obstante ser invierno, una multitud inmensa de pájaros de especie desconocida, los cuales cantaban con tal suavidad y varios tonos, que cuantos lo oian quedaron atónitos y pasmados. Aquellas avecillas estaban ocupadas, al

¹ Theod. VIII, 6.

² Acaso será Wetter, abadía de la diócesis de Mayenza.

parecer, en celebrar á su manera los gloriosos funerales; y segun algunos, eran Ángeles que Dios enviara para acompañar al cielo el alma de Isabel, y volvian ahora á la tierra á honrar su cuerpo con cánticos de celestial gozo. «Estos pajaritos, dice san Buenaventura, han dado testimonio de su pureza, hablándole en su lengua al tiempo de sepultarla, y cantando con esta prodigiosa dulzura, cuando ya estaba debajo de tierra. El que para reprimir la locura de un profeta quiso hablar por boca de una asnilla, bien pudo hablar tambien por la de estos pájaros para proclamar la inocencia de una Santa ¹.»

¹ Serm. in Brev. franciscano.

CAPÍTULO XXXI.

De los hermosos milagros conseguidos de Dios por la intercesion de la amada santa Isabel; y de como su cuñado, el duque Conrado, trató de hacerla canonizar.

In vita sua fecit monstra, et in morte mirabilia operatus est.

(Eccli. XLVIII, 15).

No tardó el Señor en hacer patente el portentoso poder con que en lo sucesivo queria dotar á aquella, cuya vida mortal toda entera habia sido un acto continuado de humildad. Como prenda de victoria y triunfo, apresuróse á conferir el derecho de disponer de las riquezas del cielo á aquella enamorada sierva suya que en la tierra todo lo pospuso á la abyeccion y á la miseria.

Al segundo dia despues de los funerales vino un monje del Cister á postrarse junto á su sepultura en demanda de socorro. Ya habia mas de cuarenta años que este pobre religioso estaba enfermo de un dolor interno ocasionado por una secreta llaga del corazon, contra la cual habian sido infruc-

tuosos todos los remedios humanos; mas en cuanto hubo implorado con entera fe á la celosa consoladora de todos los sufrimientos, se sintió de repente sano y libre del yugo bajo el cual gemia; y de ello dió testimonio bajo juramento ante el maestro Conrado y el párroco de Marbourg ¹. Tal fue la primera milagrosa cura operada por su intercesion; y á la verdad que no sin un dulce interés puede pensarse en esto de que una alma tan enamorada y tierna, tan atormentada en vida por las emociones del corazon, eligiera por primer objeto de sus piedades en el cielo una de esas crueles pruebas interiores que las humanas medicinas no saben ni curar ni planir siquiera.

Vino tambien poco despues al mismo sepulcro cierto prelado de ilustre alcurnia é investido de una alta dignidad eclesiástica: aunque la historia calla su nombre, dice que le deshonoraba entregándose á todos los excesos de un libertinaje, tanto mas odioso cuanto que recaia en una persona de sagrado carácter ². Arrastrado por el remordimiento y la vergüenza, habia acudido muchas veces el infeliz al tribunal de

¹ *Conr. ad Papam*, pág. 113.

² *Conr. Ep. ad Papam*, loc. cit.

CAPÍTULO XXXI.

De los hermosos milagros conseguidos de Dios por la intercesion de la amada santa Isabel; y de como su cuñado, el duque Conrado, trató de hacerla canonizar.

In vita sua fecit monstra, et in morte mirabilia operatus est.

(Eccli. XLVIII, 15).

No tardó el Señor en hacer patente el portentoso poder con que en lo sucesivo queria dotar á aquella, cuya vida mortal toda entera habia sido un acto continuado de humildad. Como prenda de victoria y triunfo, apresuróse á conferir el derecho de disponer de las riquezas del cielo á aquella enamorada sierva suya que en la tierra todo lo pospuso á la abyeccion y á la miseria.

Al segundo dia despues de los funerales vino un monje del Cister á postrarse junto á su sepultura en demanda de socorro. Ya habia mas de cuarenta años que este pobre religioso estaba enfermo de un dolor interno ocasionado por una secreta llaga del corazon, contra la cual habian sido infruc-

tuosos todos los remedios humanos; mas en cuanto hubo implorado con entera fe á la celosa consoladora de todos los sufrimientos, se sintió de repente sano y libre del yugo bajo el cual gemia; y de ello dió testimonio bajo juramento ante el maestro Conrado y el párroco de Marbourg ¹. Tal fue la primera milagrosa cura operada por su intercesion; y á la verdad que no sin un dulce interés puede pensarse en esto de que una alma tan enamorada y tierna, tan atormentada en vida por las emociones del corazon, eligiera por primer objeto de sus piedades en el cielo una de esas crueles pruebas interiores que las humanas medicinas no saben ni curar ni planir siquiera.

Vino tambien poco despues al mismo sepulcro cierto prelado de ilustre alcurnia é investido de una alta dignidad eclesiástica: aunque la historia calla su nombre, dice que le deshonoraba entregándose á todos los excesos de un libertinaje, tanto mas odioso cuanto que recaia en una persona de sagrado carácter ². Arrastrado por el remordimiento y la vergüenza, habia acudido muchas veces el infeliz al tribunal de

¹ *Conr. ad Papam*, pág. 113.

² *Conr. Ep. ad Papam*, loc. cit.

la penitencia, pero sin fruto; pues al primer empuje del apetito lascivo sucumbia de nuevo, siendo las recaídas cada vez mas escandalosas y deplorables. Continuaba no obstante en luchar contra su débil condicion; y manchado y todo como estaba, vino en busca de fuerzas y especial socorro á la sepultura de la casta y sencilla Isabel. Allí se puso en oracion é invocó el poder é intercesion de la Santa, vertiendo abundantes lágrimas; y absorto en un fervor sincero y contrición profunda, permaneció largas horas como clavado en el suelo ¹. No cesó de orar y gemir hasta que se convenció de que su plegaria habia llegado á los oídos de Dios, y de que el Señor acogia las súplicas de su muy amada Isabel en favor de aquella víctima desgraciada del pecado ²: sintióse efectivamente penetrado de una fuerza espiritual y superior á todos los estímulos del vicio; y tanto que, segun declaró al maestro Conrado, hasta tal punto quedó embotado en él el aguijón de la carne, que en lo sucesivo ya no experimentó sino ligeras tentaciones, de que fácilmente triunfaba.

¹ *Conr. Ep. ad Papam*, loc. cit.

² *Ibid.*

Otras muchas almas afligidas y oprimidas por el pecado lograban sacudir su terrible y funesto yugo, acogiéndose al sagraado de aquella bendita sepultura donde yacia la jóven mujer que tan noblemente habia sabido quebrantarlo; y entre los que así acudian y lograban ser sanos, se hace especial mencion de sujetos dominados por el orgullo, la avaricia, el odio y la cólera; y cierto que, para sacudir el ignominioso yugo de tan bajas pasiones, no podian seguir un guia mas fiel y seguro que aquella que siempre se habia humillado hasta ponerse la última de todos, la que toda su hacienda y afanes habia dedicado á los pobres, y pasara toda la vida amando y perdonando á todos.

Además de los males del alma, se extendia tambien la eficacia de su compasion á los males físicos y enfermedades que con tal solicitud y valor habia aliviado y curado en vida; y que si ya ahora no podian ser objeto de los afectuosos cuidados y tierno afan con que ella entonces los miraba, ganaban lo que por este lado perdian, hallando en ella ahora celestial médico por el nuevo y mas cumplido poder con que el Señor la habia investido. Nos queda la re-

lacion de un suceso, cuyo tierno interés demuestra cuán rápidamente fue llamada, no bien muerta, á ejercitar el benéfico poder de que disponia, y como su alma glorificada permanecia fiel á aquella dulce familiaridad con que amenizaba y embellecia su trato y relaciones con los humildes y los pobres mientras vivió en el mundo. En el monasterio de Reinhartsbrunn, donde reposaban las cenizas de su esposo Luis junto á sus nobles abuelos, habia un hermano converso que era molinero del convento; hombre de fervorosa piedad en muy alto grado, y tan penitente y austero que, para mejor domar la carne, llevaba á raíz de ella una coraza de hierro. Con ocasion de las frecuentes visitas que para orar sobre la tumba del esposo hacia al monasterio la Duquesa, fijó su atencion en el pobre monje, y le cobró un especial afecto; tanto que, hallándole al paso un dia, cuando se dirigia hácia el amado sepulcro, se puso á platicar con él en términos sumamente tiernos y bondadosos, concluyendo por proponerle y exigir de él, que se formara entre ambos una comunidad de afectos y fraternidad espirituales; en fe de lo cual le alargó la mano para estrechar en ella la del

humilde monje, enteramente aturdido y confuso de verse favorecido con semejante muestra de bondad por parte de tan ilustre señora ¹. Algun tiempo despues de esto, mientras estaba ocupado en reparar las herramientas de su oficio, una de las aspas del molino le cogió al descuido y le rompió completamente un brazo. Causóle el accidente dolores terribles, pero los sufría resignado, aguardando pluguiera al Señor aliviarle de ellos ². En la noche del 19 de noviembre, y en el mismo punto en que su santa y noble hermana entregaba á Dios su espiritu predestinado, el hermano molinero pasaba las horas velando en la iglesia y rogando á Dios en medio de los grandes gemidos que le arrancaba el dolor de su brazo roto ³. De improviso vió aparecersele la Santa con régias vestiduras y rodeada de una luz prodigiosa, y que con su acostumbrada dulzura le decia: «¿Qué es de tí, mi buen hermano Volkmar, y cómo te encuentras ⁴?» Á pesar del espanto y

¹ *Corn. Ep. ad Papam.*

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

⁴ *Qualiter, inquit, agis, et quomodo vales, frater mi Volkmar? (Ibid.).*

deslumbramiento producido por la claridad que despedía la Santa, el monje la conoció, y dijo: «Pero, Señora, ¿cómo vos, «que acostumbrais andar tan mal vestida, «venís hoy con esas ropas tan hermosas y «relucientes? — ¡Ah! contestó ella, consistiendo en que he mudado de condición.» Y entonces tomóle de nuevo la mano derecha, la misma que en otro tiempo le tomara en señal de fraternidad y que después había sido rota por el molino, y apenas tocada, el brazo quedó enteramente sano. El contacto de la parte herida produjo en Volkmar una sensación dolorosa; y entonces fue cuando, como si saliera de un sueño, notó que se hallaba repentinamente curado del brazo y la mano: hincándose al punto de rodillas, dió gracias á Dios y á aquella hermana que, tan luego de entrada en el cielo, se había dignado pensar en él y acudir al remedio de su dolencia.

Mayores prodigios se vieron aun junto al sepulcro de la Santa desde los primeros días después de las exequias. Multitud de infelices atacados de penosas enfermedades, sordos, cojos, ciegos, insensatos, leprosos, paralíticos, de los que muchos tal vez vinieron creyéndola viva todavía, se

volvian á sus casas curados de sus males, después de haber orado en la capilla donde estaba enterrada. En las historias contemporáneas se conservan los pormenores auténticos de estas curaciones¹: no citaré sino una, tal como fue relatada bajo juramento ante los jueces apostólicos; por ella se formará idea de todas las otras. Un hombre de Marbourg, llamado Enrique, de edad de cuarenta años, tenía la vista tan débil hacia algun tiempo, que confundiendo con el camino los campos de trigo, se entraba por ellos y daba gran risa á sus compañeros, que se burlaban del chasco². Al fin cegó del todo, y tuvo que tomar lazarillo. Viéndose así, hizo que le condujeran á la sepultura de la que ya llamaban todos *bienaventurada Isabel*³, y puesto allí, ofreció dos cirios para lograr su curación. Preguntado por los jueces, en qué térmi-

¹ Puede verse sobre todo la relación de la muerte de Isabel, inserta en Martène, *Collectio amplissima*, t. I, pág. 1255-56, donde están enumeradas las milagrosas curaciones operadas luego después de su muerte, con la fecha del día de cada una. Se nota que muchos de los sanos lo fueron del mal de rabia.

² *Ep. Contr.*

³ *Ibid.*

nos habia orado, dijo de este modo: «Amada señora santa Isabel, curad mis ojos, y «yo seré siempre vuestro fiel siervo; y «mientras viva, daré cada año dos dineros «para vuestro hospital ¹.» Y al punto recobró la vista tan clara y perspicaz como nunca la tuviera: esto acontecia á los quince días despues de muerta la Santa.

Á medida que se difundia por las inmediaciones de Marbourg la fama de sus prodigios, crecia por puntos la multitud de toda clase de infelices que venian á buscar el remedio de sus males: la misericordia divina no dejaba burlada la fe del pueblo cristiano, y todos los días otorgaba gracias multiplicadas y evidentes á las oraciones de cuantos la invocaban por la intercesion de Isabel. No solamente de las vecinas diócesis de Mayenza y Tréveris se veian acudir en tropel los enfermos y afligidos, sino tambien, á cada paso, de las provincias remotas de Colonia, Brema y Magdeburgo. Los que se retiraban, consolados ó curados, tropezaban con los que acudian buscando remedio y consuelo; y éstos á su vez regresaban bien pronto cantando y anunciando, á cuantos encontraban por el ca-

¹ Ep. Conr.

mino, las grandes misericordias del Señor. «Yo mismo, dice el monje Cesario, me encontré allí por este tiempo; y nunca en «mi vida recuerdo haber visto reunida tanta gente como entonces habia en Marbourg y sus cercanias; apenas era posible «abrirse paso para entrar en la iglesia ó salir de ella ¹.»

Maese Conrado, considerando los ruidosos resultados de una vida, cuya responsabilidad recaia sobre él en cierta manera, así como tambien con justo título una parte de su gloria, no titubeó en poner en conocimiento del papa Gregorio IX las maravillas con que el poder de Dios se dignaba honrar el sepulcro de la gloriosa difunta, y la veneracion siempre creciente del pueblo; proponiéndole en consecuencia el que se dignase proclamar y declarar solemnemente sus derechos á la invocacion de los fieles. El ilustre Pontífice, que en medio de sus ochenta y cuatro años conservaba el corazon ardoroso y entusiasta de un jóven en punto á solicitud y amor por la honra de Dios y de la Iglesia; que ya habia tenido la dicha de canonizar á san Francisco de Asis, y en aquel mismo año habia ins-

¹ Caesar. Heisterbach, ap. Mss. Bolland.

crito al lado de éste en el cielo á su mas ilustre discípulo san Antonio de Padua, contestó á la proposicion de Conrado con afectuoso apresuramiento, pero acompañado de apostólica prudencia. «Por tu carta, «le dijo, he visto, no sin lágrimas de dulce «alegría, como el celestial Obrero, cuyo poder no tiene limites algunos, ha bendecido á su sierva Isabel de ilustre memoria, «carísima hija nuestra en Jesucristo, cuando viva, y duquesa de Turingia; como de «frágil y deleznable que era por naturaleza, la hizo por los dones de su gracia robusta, constante y firme en el culto de su «divino nombre; y como despues de haberla admitido en el número de los Santos, «manifiesta á los hombres con gloriosas señales la bienaventuranza que le ha otorgado en el cielo.» No obstante, conociendo el Pontífice que *no todo cuanto reluce es oro*, y deseoso de apartar de los espíritus suspicaces todo recelo y sombra de duda, ordenó que el Arzobispo de Mayenza, el abad de Erbach y maese Conrado reunieran testimonios públicos y solemnes sobre todo cuanto en la vida de la Duquesa hubiera podido ser agradable á Dios y á los hombres, así como tambien en orden á los mi-

lagros que siguieron á su muerte; y que despues de reunidos formalmente estos testimonios, y autorizados con sus respectivos sellos, fuera todo remitido á Roma por medio de mensajeros de confianza. Al propio tiempo les prescribió el método y órden que habian de seguir en el exámen de los testigos; y esto con tal esmero y minuciosidad, que dan bien á entender la solitud y prudente reserva con que procedia en tan delicada materia ¹.

Entre tanto el arzobispo Sigifredo de Mayenza, en cuya jurisdiccion radicaban la ciudad de Marbourg y el sepulcro de Isabel, asombrado tambien de las maravillas que la bondad divina hacia resplandecer en medio de su rebaño, cediendo á las instancias de Conrado y á los impulsos de una revelacion que tuviera en sueños ², se dirigió á Marbourg, y allí consagró solemnemente, el dia de san Lorenzo (10 de agosto de 1232), dos altares construidos por los fieles en honor de Isabel en la iglesia misma en que habia sido enterrada ³. Presentaba la ceremonia inmensa multitud de

¹ Ex Wadding, t. II, pág. 606.

² Ep. Conr. Marb., pág. 108.

³ Theod. V, II, 7.

gente, reunida allí con este objeto y el de oír el sermón que Conrado debía pronunciar en loor de su ilustre penitente ¹. Éste, mientras predicaba, pensó que aquella era la ocasión más favorable para satisfacer los deseos del Soberano Pontífice; y poniendo al punto por obra su pensamiento ², intimó á todos aquellos de sus oyentes que por la invocación de la Duquesa hubieran alcanzado del cielo alguna curación ó favor parecido, se presentaran á la hora de Prima del día siguiente acompañados de sus testigos ante el Arzobispo de Mayenza y demás prelados que habían acudido á la consagración de los altares. Á la hora prefijada acudieron al llamamiento multitud de personas proclamando en grito ser cierto que habían recibido gracias y mercedes por intercesión de Isabel. Urgiéndole al Arzobispo la partida por negocios de grande interés, se contentó por lo pronto con hacer constar por escrito los hechos de más bulto y mejor acreditados: ni él ni los otros prelados pudieron autorizar las piezas con sus respectivos sellos por no haberlos tra-

¹ *Conr. Marb.*, pag. 109.

² *Ibid.*

do consigo ¹. El maestro Conrado copió á la letra todas estas declaraciones, recogió por sí mismo otras muchas, siempre bajo juramento; y luego de haberlas leído todas al Arzobispo de Mayenza y al abad de Erbach, que ningún reparo hallaron que poner á ellas ², las remitió juntas al Papa, acompañando un resumen de la vida de Isabel formado según sus propios recuerdos. Este precioso monumento nos ha sido conservado; y constituye la fuente más antigua que debe consultar un historiador de la Santa.

Esta primera enumeración de los milagros de la Santa, transmitida por el maestro Conrado, contiene la narración detallada de treinta y siete curaciones súbitas y sobrenaturales, redactada al tenor de las órdenes del Pontífice con pormenores los más precisos en punto á lugares, fechas y personas, no menos que de las fórmulas deprecativas de que los favorecidos se sirvieran para implorar el favor de la Santa. Estas relaciones están en general, á lo menos así lo siento, llenas de interés tiernísimo. El lenguaje que ponen en boca de los

¹ *Conr. Marb.*, pag. 108.

² Prólogo de la *Carta de Conrado al Papa*.

infortunados que imploraban el auxilio de la Santa respira la ternura y familiaridad nacidas del recuerdo de aquella su incomparable dulzura y humildad en vida: «Amada santa Isabel, dice uno, cura mi pierna, y yo seré siempre celoso servidor tuyo...» ó bien: «Santa señora y duquesa Isabel, á ti encomiendo mi pobre hija¹.» «Ó bienaventurada Isabel, exclama una madre al amortajar el cadáver del hijo que acaba de morir, ¿por qué he perdido así este hijo mio? Ven en mi ayuda, y tórnale á la vida.» Á los pocos momentos el pulso del niño empieza á latir; el hijo resucita, pugna largo rato por hablar, y hacia media noche exclama por fin: «¿Dónde de estoy, amada mía?» El afortunado niño aun no acababa de reconocer á su madre².

Otra infeliz mujer, cuya hija padecía hacia cinco años enfermedades á cual mas terrible, y entre otras unos enormes tumores en las espaldas y el pecho, hizo que la llevasen al sepulcro de Isabel, junto al cual se mantuvo con ella durante dos dias orando sin cesar. Al cabo de este tiempo, viendo que sus ruegos no eran oídos, pro-

¹ Ap. Conr. Marb., pag. 137, 144.

² Ibid.

rumpió en quejas contra la Santa, diciendo á voces: «Puesto que no me oyes, yo «persuadiré á todos de que no vengan á tu «sepulcro¹.» Y luego se marchó de Marbourg vivamente irritada; mas, como á milla y media de allí, tuvo que hacer alto junto á una fuente en el pueblo de Rosdorf por motivo de los gritos y el dolor de la enferma; ésta se quedó dormida por algunos momentos, y al despertar dijo que habia visto venir hacia ella una hermosa señora de rostro resplandeciente, que pasándole suavemente sus blancas y delicadas manos por las partes doloridas del cuerpo, le dijo: «Levántate y anda.» Y añadió la jóven: «¡Oh madre mia! ya no siento «ningun dolor ahora en todo mi cuerpo!» Entonces madre é hija volvieron de nuevo al sepulcro á dar gracias á la Santa, y allí dejaron, para memoria del prodigio, las angarillas en que habia sido conducida la paciente.

Un jóven que, además de una parálisis en las piernas, padecía agudísimo dolor en la espina dorsal, se hizo llevar en una carreta al sepulcro de la Duquesa, donde luego se vió libre del dolor á la espalda; y co-

¹ Ap. Conr. Marb., pag. 137, 144.

mo le llevaran de nuevo á su casa, dijo: «Ya no vuelvo, santa mia Isabel, á tu sepultura, á menos que tu misericordia me alcance el que pueda venir acá por mi pié sin auxilio ajeno; mas volveré gustoso y contento si me alcanzais tal favor.» Y de allí á poco, el día de Todos los Santos, se sintió de repente ágil y sano, y pudo cumplir la promesa que habia hecho.

No sin sentimiento corto aquí el hilo de estas narraciones, precioso testimonio de la fe y las costumbres de la época, y cuya coleccion no pudo quedar terminada hasta principios de 1233, ni remitida á Roma tan pronto como se creyera, sin que sea sabida la causa de esta dilacion; pero sí que, cuando se verificó el envío, era ya muerto Conrado, víctima de su celo por la fe. Hacia ya tiempo que este hombre singular, con su arrojo en acusar y perseguir á todos los príncipes y potentados, sospechosos á su juicio en las cosas de la fe, se habia atraído enemistades y rencores sangrientos, exasperados cada vez mas por efecto de la excesiva severidad, y quizás tambien la injusticia, de algunos de sus fallos. El día 30 de julio de 1233, al regresar de Mayenza á Marbourg, en las cercanías del

pueblo de Kappel fue asaltado por unos cuantos señores y vasallos del Conde de Soya, al cual acababa él de acusar como hereje, y murió á manos de ellos, así como tambien su compañero de viaje y discípulo Fr. Gerardo; pues aunque á éste le querian perdonar los asesinatos, él no lo consintió, y tan fuertemente se asió de Conrado mientras le mataban, que no hubo traza de evitar el que unos mismos golpes privasen á ambos de la vida ¹. Los dos cadáveres, con los de otros doce, entre sacerdotes y seglares, muertos á manos de los herejes, fueron conducidos á Marbourg en medio de la general consternacion: el de Conrado fue inhumado en la misma capilla de la santa Duquesa, su hija en Jesucristo, y á corta distancia de su lápida funeraria ².

La muerte de este insigne varon, tan so-

¹ Caesar Heisterb. ap. Mss. Bolland.

² Trith. in Chron. Hirsaug. Brower. Antiquit. Trevirens. apud Justi, pag. 153. — Los asesinatos de Conrado fueron por de pronto absueltos en el concilio de Mayenza; mas el papa Gregorio IX, por su bula fechada en Perusa, en las calendas de agosto de 1235, reprende severamente este proceder del Concilio; y en otra bula de la misma fecha confirma la absolucion mediante una severisima penitencia.

lícito en trabajar por la gloria póstuma de Isabel como lo fuera en otro tiempo por su salvacion eterna, entorpeció grandemente el curso de la canonizacion tan esperada y deseada por multitud de fieles. Los documentos por él reunidos se abandonaron ó perdieron, entibiándose un tanto el celo por este negocio de popular interés ¹.

Empero no tardó el Señor en suscitar otro ardiente defensor de la gloria de su humilde sierva, y precisamente en quien menos parecia deber esperarse. Uno de aquellos dos hermanos del duque Luis y cuñados de Isabel, y cuyo indigno porte con ella hemos ya visto en esta historia, gobernaba á la sazón los ducados durante la minoría del jóven Hermann, hijo de Luis; este era Enrique: el otro, Conrado, vivia entregado al desenfreno y violencias de todas las pasiones desarregladas de un jóven. En 1232, con motivo de una penitencia que el Arzobispo de Mayenza habia impuesto al abad de Reinhartsbrunn, natural protegido de la casa de Turingia, el landgrave Conrado concibió tal ira contra el Prelado, que en pleno capítulo, celebrado á la sazón en Erfurt, se arrojó sobre él,

¹ Wadding, II, pág. 364.

le derribó en tierra, y allí le cosiera á puñaladas á no estorbarlo los criados. Y cual si tamaño atentado no le hubiera dejado satisfecho, entróse por las tierras de la sede de Mayenza, puso cerco, entre otras ciudades, á Fritzlar, y tomándola por asalto, mandó pegar fuego á todos los edificios sin perdonar iglesias ni conventos, y asimismo á muchos de los habitantes; queriendo con tales estragos vengarse de las zumbas y burlas groseras con que le habian mortificado durante el cerco las mujeres de aquella ciudad ¹.

Tras estas fechorías se retiró á su castillo de Tenneberg inmediato á Gotha, donde tenia el Señor dispuesto tocarle el corazón dentro de poco. Presentósele cierto día una mujercilla de mala vida en el estado mas miserable, pidiendo una limosna. Como el Landgrave le reprendiese muy ásperamente sus desórdenes, la infeliz contestó que la miseria era no mas la que á tal vida y estado la habia traído; y con tal motivo hizo una pintura tan desgarradora de aquella miseria, que el Duque se afectó hasta llegar á prometerle que en lo sucesi-

¹ Dillich's Hesse Chronica. — Rothe, pág. 1729. — Ad Ursin. 1289.

vo acudiría él á proveerla de todo lo necesario, con tal empero de que diera palabra de reformar su conducta criminal y viciosa. La emoci3n de la entrevista no permitió al Duque descansar de noche, trayéndole con viveza al pensamiento, en medio de mortales inquietudes, cuánto mas culpable era él que no aquella desdichada mujer á quien habia insultado; pues al cabo ella fue empujada al vicio por la pobreza, mientras que él, poderoso y rico, abusaba tan indignamente de los favores de Dios. Al día siguiente levantóse muy de mañana y comunicó estos pensamientos con muchos de sus compañeros de armas y tropelías, quedándose asombrado y suspenso cuando les oyó decir que tambien ellos habian pasado la noche agitados por idénticas reflexiones é inquietudes: todos estuvieron acordes en mirar lo raro del suceso como un aviso del cielo, y determinaron mudar sin dilacion de vida, y hacer penitencia de sus pecados; para lo cual emprendieron primero una romería á piés descalzos al vecino pueblo de Gladenbach, y desde allí á Roma á obtener del Papa en persona la absolucion de sus culpas¹.

¹ Sagittarius.

Llegados que fueron á la ciudad eterna, el Duque dió el ejemplo de la mas sincera penitencia y piedad fervorosa, recibiendo diariamente á su mesa veinte y cuatro pobres, á quienes servía él mismo por sus propias manos. Dióle el Papa la absolucion, y le impuso como reparacion de sus escándalos la condicion de reconciliarse con el Arzobispo de Mayenza y demás á quienes habia hecho daño; construir y dotar un monasterio en lugar de los que habia incendiado; retractarse públicamente en medio de las ruinas de Fritslar; y por último entrarse él mismo en una Orden religiosa y tomar el hábito de monje. Mientras que de esta suerte se reconciliaba con Dios, vinole tambien al pensamiento la memoria de su humilde y santa cuñada, de aquella Isabel á quien tanto habia maltratado y perseguido: resuelto á expiar estos yerros, trabajando ahora lo que pudiese en propagar su gloria, aprovechó las entrevistas que tuvo con el Sumo Pontífice para hablarle minuciosamente de la gran santidad de su difunta hermana, y pedirle con vivas instancias que se dignara canonizarla¹.

¹ Rothe, pág. 1732.

En cuanto volvió á Alemania (1234), se apresuró á cumplir todas las condiciones de la absolucion. Primeramente partióse para Fritzlar donde los que se habian libertado del degüello vivian refugiados entre las ruinas del principal monasterio: el Duque se prosternó con el rostro pegado al suelo en presencia de aquellas víctimas de sus tropelías, y les rogó humildemente que por amor de Dios vinieran en perdonarle todo el mal que les habia causado ¹. En seguida hizo una procesion, andándola á piés descalzos y con unas disciplinas en la mano; y arrodillado ante el portal de la iglesia, las alargaba á los circunstantes invitándoles á tomarlas y azotarle con ellas. Solamente una vieja fue la que, aceptando el envite, empuñó las disciplinas y le sacudió con ellas muchos golpes, que fueron sobrellevados con ejemplar paciencia ². Despues de estas cosas ordenó el arrepentido Príncipe la reedificacion del monasterio, estableció en él canónigos, y concedió al propio tiempo importantes privilegios á la ciudad de Fritzlar; partiéndose en seguida para Eisenach, donde, de acuerdo

¹ Rothe, pág. 1732.

² Historia de la Orden Teutónica, t. I, Pág. 310.

con su hermano Enrique, fundó un convento de Dominicos bajo la advocacion de san Juan, pero á la especial intencion de su difunta cuñada Isabel, y como expiacion de haberse hecho cómplice en los inícuos tratamientos que ésta hubo de sufrir en la misma ciudad de Eisenach cuando la arrojaron de Wartbourg ¹.

Desde este momento se dedicó á procurar por los intereses de la gloria de su difunta cuñada con el mismo celo que animara á Conrado en otro tiempo. Esta gracia de comprender sus faltas y llorarlas, despreciando *el mundo en su flor*, como decian entonces, sin duda la habian alcanzado al Duque las oraciones de su cuñada juntamente con las de su hermano ². Decidido á tomar el hábito de la Orden Teutónica, lo verificó cruzándose en la iglesia misma del hospital de San Francisco, fundado por Isabel en Marbourg: logró de su hermano que confirmara la donacion del hospital y bienes á él anejos hecha por Isabel en favor de estos frailes; y aumentándola él por su parte con las posesiones que le pertenecian en Hesse y Turingia, obtu-

¹ Historia de la Orden Teutónica, t. I, pág. 310.

² Serm. Caes. Heist. ap. Mss. Bolland.

vo tambien la sancion pontificia de la donacion, y que el hospital erigido en cabeza de distrito de la Orden gozase de jurisdiccion exenta con otros varios derechos y prerrogativas; todo ello en honra de la duquesa Isabel alli sepultada, y á fin, decian las letras suplicatorias al Papa, de que este cuerpo sagrado, ya célebre por la veneracion de los fieles, gozase del privilegio de la libertad¹.

Entre tanto no cesaba de insistir principalmente con el Papa á fin de obtener la solemne declaracion de la santidad de su cuñada, y de las numerosas gracias que Dios otorgaba diariamente por intercesion de la misma. Rindióse, por fin, el Pontífice; y queriendo, dice un contemporáneo, que la pia sencillez de la Iglesia militante no quedase burlada, caso de no estar bien probados los hechos, ni que la triunfante

¹ No me fue posible fijar con precision la fecha de esta donacion en vida de Isabel; pero su existencia está reconocida por todos los actos pontificios referentes á la fundacion. Únicamente en punto á su legalidad suscitó cuestiones el duque Enrique, fundado en que, al hacer la donacion, había entendido ceder á Isabel, no la propiedad, sino solo el usufructo de los dominios situados en Marbourg. (Véase á Justi, pág. 191-199).

fuese menoscabada en su gloria, si á la fama correspondia la santidad¹, por breve fechado en 12 de abril de 1234 encargó al Obispo de Hildesheim y á los abades Hermann de Georgenthal y Raimundo de Herford que procediesen á un nuevo exámen de los milagros atribuidos á Isabel. Disponia el mismo breve, que los comisarios remitiesen al Papa el resultado de las diligencias cometidas años atrás y practicadas con el propio objeto por el Arzobispo de Mayenza y el maestro Conrado; y que, en caso de no ser habidas las piezas, recogiesen ellos de nuevo y redujeran á escrito las declaraciones de los mismos testigos y de otros cualesquiera, y las remitiesen al Papa en el término de cinco meses contados desde el dia del recibo de las letras apostólicas. Obedientes al mandato del Soberano Pontífice, el Obispo y sus compañeros hicieron que el breve fuese publicado en todas las diócesis circunvecinas, señalando dia para que en él se hallasen en Marbourg todos cuantos fieles tuvieran conocimiento de cualquiera curacion obtenida por las oraciones de la Santa, á fin de dar sus de-

¹ Preámbulo de la declaracion de las cuatro doncellas, pág. 2007.

claraciones autorizadas con el atestado de los respectivos prelados y curas párrocos. En el día designado los comisarios apostólicos se presentaron en persona en Marbourg, donde hallaron reunidos muchos miles de testigos que de todas partes de Europa habían acudido allí ¹; y acompañados de muchos abades cistercienses y premonstratenses, priores y religiosos menores y dominicos, canónigos regulares y freires de la Orden Teutónica, con otros muchos varones prudentes y doctos, oyeron las declaraciones que ante tribunal tan imponente y respetable rindieron, previo juramento, los testigos; cuyos dichos fueron escrupulosamente pesados y examinados por legistas y profesores de derecho ².

No se encuentran los nombres de los testigos presentados en esta ocasión ³; excepto los de las cuatro doncellas de Isabel: Guta, agregada á su servicio desde que la Duquesa tenía solos cinco años; Isentrudis,

¹ *Dict. IV. Ancill.*, pag. 2008.

² *Ibid.*

³ Rutebeuf, poeta francés casi contemporáneo de la Santa y autor de su vida, nos dice que no nombra los testigos, porque todos tenían nombres alemanes.

su confidenta y mejor amiga; Isabel é Irmengarda, que vivieron con ella durante su residencia en Marbourg. Entonces fue cuando todas cuatro refirieron cuanto sabían acerca de la vida de su señora; y su inapreciable relato, que se conserva íntegro, me ha suministrado la mayor parte de los rasgos íntimos é interesantes de esta historia. Las declaraciones de los más de los testigos versaban sobre milagros obtenidos por la intercesión de la Santa; siendo de notar entre la multitud de ellos, la resurrección de muchos muertos ⁴. Ciento veinte y nueve declaraciones fueron reputadas dignas de ser recogidas, transcritas y autorizadas con los sellos del Obispo de Hildesheim y de los demás abades y prelados, para remitirlas á Roma. El abad Bernardo de Buch, Salomon Magnus, este de la Orden de Dominicos, y fray Conrado de la Orden Teutónica, ex-landgrave y cuñado de la Santa, fueron designados para lle-

⁴ Varian los historiadores en cuanto al número de estas resurrecciones milagrosas: Teodorico y el prólogo de las cuatro doncellas ponen diez y seis. El papa Benedicto XIV cita especialmente este ruinoso favor concedido á Isabel. (*De servor. Dei beatif.* lib. IV, p. I, cap. 21, núm. 5).

var al Papa el resultado del exámen ordenado por él mismo, así como el del que ya tres años antes había hecho el maestro Conrado. Los comisionados eran también portadores de las cartas en que un gran número de abades, obispos, príncipes, princesas y nobles señores rogaban humildemente al Padre comun de los fieles se dignara asegurar en la tierra la veneracion de aquella que estaba ya recibiendo las felicitaciones de los Ángeles; y que no consintiera en ver oscurecida por las nubes del desprecio, ni ahogada so el celemin de la herejía, aquella celestial llama de caridad encendida por la mano de Dios para servir de ejemplo al mundo¹.

¹ Prolog. *Diét. IV Ancill.*, 2009.

CAPÍTULO XXXII.

De como la amada santa Isabel fue canonizada por el papa Gregorio; y de la grande alegría y veneracion de los fieles de Alemania cuando sus reliquias fueron exaltadas en Marbourg.

Annuntiaverunt coeli iustitiam eius,
et viderunt omnes populi gloriam eius.
(*Psalm. xcvi*, 6).

Mihi autem nimis honorificati sunt
amici tui, Deus. (*Psalm. cxxxviii*, 16).

En la primavera de 1235, como el Papa se hallase en Perusa, ciudad donde siete años había canonizado á san Francisco de Asis, vinieron á él el penitente Conrado y sus compañeros á suplicarle que inscribiese en el cielo, junto al seráfico Padre, á la jóven y humilde mujer que en Alemania había sido la primogénita y mas ardiente discípula del Santo. Mucho ruido hizo entre el clero y el pueblo la llegada de los enviados, cuyas cartas abrió el Pontífice en presencia de los cardenales y principales prelados de la corte romana, así como de muchísimos sacerdotes que habían acudi-

var al Papa el resultado del exámen ordenado por él mismo, así como el del que ya tres años antes había hecho el maestro Conrado. Los comisionados eran también portadores de las cartas en que un gran número de abades, obispos, príncipes, princesas y nobles señores rogaban humildemente al Padre común de los fieles se dignara asegurar en la tierra la veneración de aquella que estaba ya recibiendo las felicitaciones de los Ángeles; y que no consintiera en ver oscurecida por las nubes del desprecio, ni ahogada so el celemin de la herejía, aquella celestial llama de caridad encendida por la mano de Dios para servir de ejemplo al mundo¹.

¹ Prolog. *Diét. IV Ancill.*, 2009.

CAPÍTULO XXXII.

De como la amada santa Isabel fue canonizada por el papa Gregorio; y de la grande alegría y veneracion de los fieles de Alemania cuando sus reliquias fueron exaltadas en Marbourg.

Annuntiaverunt coeli iustitiam eius,
et viderunt omnes populi gloriam eius.
(*Psalm. xcvi*, 6).

Mihi autem nimis honorificati sunt
amici tui, Deus. (*Psalm. cxxxviii*, 16).

En la primavera de 1235, como el Papa se hallase en Perusa, ciudad donde siete años había canonizado á san Francisco de Asis, vinieron á él el penitente Conrado y sus compañeros á suplicarle que inscribiese en el cielo, junto al seráfico Padre, á la jóven y humilde mujer que en Alemania había sido la primogénita y mas ardiente discípula del Santo. Mucho ruido hizo entre el clero y el pueblo la llegada de los enviados, cuyas cartas abrió el Pontífice en presencia de los cardenales y principales prelados de la corte romana, así como de muchísimos sacerdotes que habían acudi-

do á oír su lectura. Grandemente maravillados quedaron todos, oyendo de boca del Papa todos aquellos pormenores acerca de la vida de Isabel y de los milagros que se la atribuían; humildad tan grande y tan grande amor á los pobres y á la pobreza, junto con tantas maravillas operadas por la gracia de lo alto, á todos conmovieron y arrancaron abundantes lágrimas. Esto no obstante, quiso el Papa que en el exámen de estos milagros se procediera con la severidad mas grande: dispuso que en el negocio se observaran todas las formalidades requeridas para disipar la mas ligera sombra de duda; y con aquella madurez propia de su carácter, tales fueron el esmero, los cuidados y exactitud con que se discutió y ventiló el proceso, que éste ha merecido el ser citado como modelo de su clase, á cinco siglos de distancia y por uno de los mas ilustres sucesores de Gregorio IX, Benedicto XIV¹. Tan exquisitas precauciones dieron por resultado poner mas en evidencia y hacer mas clara y resplandeciente la verdad de los hechos; la severidad del exámen, tanto en órden á los hechos como á las personas, puso el complemento á la

¹ *De servor. Dei beatif.* lib. I, c. 20, núm. 10.

certidumbre; y para adoptar el lenguaje que usan las historias contemporáneas, dirémos, que el arado de la autoridad apostólica abriendo sulcos en este inexplorado campo presentó á la luz del día un tesoro inmenso de santidad: vióse muy claro que las redes del Señor habian retirado á esta amada Isabel del medio de las olas y tempestades de la tribulacion terrestre y colocádola en la orilla del eterno reposo¹.

El proceso legalmente autorizado acerca de la vida y santidad de Isabel fue leído en un consistorio presidido por el Soberano Pontífice, con asistencia de los patriarcas de Antioquía y Jerusalem y un gran número de cardenales: todos de comun acuerdo declararon que no debía retardarse por mas tiempo el inscribir auténticamente en el catálogo de los Santos sobre la tierra este glorioso nombre ya inscrito en el libro de la vida, segun el Señor se habia dignado probarlo magníficamente².

La lectura se repitió despues en presencia del pueblo cuya piedad conmovió tan profundamente que, arrebatados de admi-

¹ *Prolog. Dict. IV Ancill.*

² *Ibid.*

racion, clamaron á una voz todos: «Canonizacion, Santísimo Padre, canonizacion, «y sin demora ¹.» El Papa accedió sin trabajo á tan instante unanimidad; y á fin de dar mayor realce y brillo á la ceremonia, decidió que tuviese lugar en el dia de Pentecostes (26 de mayo de 1235).

El duque Conrado, sintiendo redoblarse su celo al compás de los dichosos resultados, tomó á su cargo todos los preparativos necesarios para la imponente solemnidad.

Llegado el dia de la gran fiesta, el Papa, acompañado de los patriarcas, cardenales y preladados, y seguido de millares de fieles, fué en procesion al convento de Dominicos de Perusa al son de trompetas y otros instrumentos que anunciaban la solemne marcha ²: la concurrencia toda llevaba cirios

¹ El P. Apolinario, pág. 514; el P. Arcángel, pág. 508.—Theod. VIII.

² Prolog. *Dict. IV Ancill.*—En esta descripción de las ceremonias de la canonizacion me sirven de guía, primeramente el extracto del cardenal de Ostia, *de Reliq. et venerat. SS.*, inserto en el tratado de Benedicto XIV, *De servor. Dei beatif.* lib. I, c. 36, § 5 y 9: luego el fragmento titulado *ex ordine Romano saeculi XIV*, inserto por Mabillon en su *Musaeum italicum*, t. II, pág. 422 et seq. Estos son, à mi juicio, los monumentos mas antiguos acerca

encendidos costeados por cuenta del Landgrave. Luego que la comitiva llegó á la iglesia, y terminadas las ceremonias preparatorias, el cardenal diácono asistente del Papa leyó en voz alta al concurso una relacion de la vida y milagros de Isabel en medio de las aclamaciones, lágrimas de santa alegría y piadoso entusiasmo que corrian á torrentes por las mejillas de todos aquellos fervorosos cristianos, llenos de felicidad y arrebatado con tener en el cielo tan tierna y poderosa amiga. A continuacion exhortó el Papa á los circunstantes á que orasen con él, para que Dios no permitiera el ser engañado en este asunto ¹. Puesta de hinojos la concurrencia á orar con la intencion sobredicha, el Papa entonó el *Veni, Creator Spiritus*, cuyo himno fue cantado entero por todo el concurso; y al acabarse, el cardenal diácono de la diestra dijo *Flectamus genua*; á cuya voz el Papa y todo el pueblo permanecieron un rato

de la forma usada en la canonizacion de los Santos. Angelo Rocca, obispo de Tagaste y prefecto de la sacristia apostólica, dice en su comentario de *Canonizatione Sanctorum* que Gregorio IX es el primero que fijó las reglas de la canonizacion.

¹ Mabillon, loc. cit.

orando de rodillas: cuando el cardenal diácono que estaba á la izquierda del Papa entonó el *Levate*, el Papa tomó asiento en su trono, y, puesta la mitra en la cabeza, declaró santa á Isabel en los términos que siguen ¹:

«En honor de Dios omnipotente, Padre, «Hijo y Espíritu Santo; por la exaltacion «de la santa fe católica y aumento de la «religion cristiana; por virtud de la auto- «ridad de este mismo omnipotente Dios, la «de los bienaventurados apóstoles Pedro y «Pablo, y la nuestra; y con el consejo de «nuestros hermanos, declaramos y defini- «mos que Isabel, de feliz memoria, que era «cuando vivia en este mundo duquesa de «Turingia, es Santa y debe ser inscrita en «el catálogo de los Santos; Nos la inscribi- «mos en él, y ordenamos al propio tiempo «que la Iglesia universal celebre su fiesta «y oficio con solemnidad y devocion en el «19 de noviembre de cada año, que es el «de su muerte y feliz tránsito ². Y además, «en virtud de la propia autoridad, conce- «demos á todos los fieles que, verdadera-

¹ Theod. VIII, 10.

² Traduccion textual de la fórmula que trae Mabillon en el fragmento arriba citado.

«mente arrepentidos y confesados, visitaren «en dicho dia su sepulcro, una indulgen- «cia de un año y cuarenta dias ¹.»

Los alegres ecos del órgano y las campanas acogieron estas últimas palabras del Pontifice, quien, depuesta la mitra, entonó luego el *Te Deum* ², cantado por los asistentes con un entusiasmo y armonía capaces de conmover los cielos ³. Un cardenal diácono dijo en voz alta el *Ora pro nobis, sancta Elisabeth, alleluia*; y el Papa ⁴ recitó la colecta ú oracion en honor de la nueva Santa, compuesta por él mismo ⁵. En fin, el cardenal diácono dijo el *Confiteor*, insertando el nombre de Isabel á continuacion del de los Apóstoles; y el Papa dió la bendicion y absolucion de costumbre, haciendo asimismo mencion de ella al llegar al pasaje donde la fórmula conmemora los méritos y oraciones de los Santos ⁶. A con-

¹ Bened. XIV, *De serv. Dei beatif.*, lib. I, c. 36, § 3. — Es de notar que esta indulgencia tiene cuarenta dias mas que la concedida por el mismo Papa á los sepulcros de san Francisco y santo Domingo.

² Rocca, pág. 116.

³ *Dict. IV Ancill.* 2010.

⁴ Mabillon, loc. cit.

⁵ *Dict. IV Ancill.*, ibid.

⁶ Mabillon, ibid.

tinuacion se celebró la misa solemne; y en el Ofertorio tres de los cardenales jueces hicieron, uno tras otro, las ofrendas misteriosas de los cirios, pan y vino, y además un par de tortolillas, simbolo de la vida contemplativa y solitaria; dos palomas, como simbolo de la vida activa, pero fiel y pura; y por último, una jaula con pajaritos que, abierta la puerta de su prision, volaron hácia el cielo, en significacion del vuelo de las almas santas hácia Dios ¹.

En este mismo convento de Dominicos de Perusa, donde tuvieron lugar las ceremonias descritas, se levantó muy luego un altar en honor de la nueva Santa, que fue dotado por el Sumo Pontífice con una indulgencia de treinta dias para cuantos vienesen á orar en él ². De manera que este fue el primer lugar del mundo donde el culto de la amada santa Isabel se celebró oficialmente; y en lo sucesivo los religiosos

¹ Rocca, *De canoniz.*, cita á san Idefonso y muchos otros autores para la explicacion de estos simbolos. Por lo demás, aunque no me atrevo á afirmar que este uso haya tenido ya aplicacion en la canonizacion de santa Isabel, he creído con esta salvedad poder citarle para completar el cuadro de estas ceremonias de la Iglesia.

² Theod. VIII.

de este convento han honrado siempre con solemnidad grandísima el dia de la festividad, cantando el oficio de la Santa con las mismas melodías que el de su Padre santo Domingo ¹.

Para festejar todavía mas tan fausto dia, el buen duque Conrado convidó á comer á su mesa á trescientos religiosos, y envió provisiones de pan, vino, pescados y lactinios á diferentes conventos de las cercanías, ermitas, casas de reclusas y en especial á las pobres Clarisas ², á quienes la nueva Santa parece debía servir de especial patrona en el cielo, despues de haber sido su rival sobre la tierra. Mandó además repartir á muchos millares de pobres, y sin distincion á cuantos le pedían limosna, abundantes socorros de carne, pan, vino y dinero; y esto, no en su nombre, sino en el de la Orden Teutónica, y especialmente en honor de aquella que para con los pobres todos habia sido tan pródiga y generosa; pues, en verdad, para rendir homenaje á su memoria no habia medio mejor ni mas propio para mover su solícita ternura. ¡Cuán dulce emocion siente el alma al figurarse

¹ Theod. VIII.

² *Dict. IV Ancill.*, 2010.

el júbilo de todos aquellos pobres mendigos, que de este modo tan consolador y benéfico venian en conocimiento de la fama de la compasiva y régia extranjera! Tan complacido quedó el Papa con esta generosidad de Conrado, que le convidó á comer á su mesa, distincion sumamente grande, y le puso junto á sí, mandando que diesen cumplido y magnifico tratamiento á todo el séquito que traia consigo. Y al despedirse Conrado para dar la vuelta para su tierra de Alemania, el Pontífice le otorgó cuantas gracias solicitaba á nombre de varios postulantes, y ya de largo tiempo pendientes de despacho; y concluyó dándole su bendicion y abrazándole derramando muchas lágrimas ¹.

En 1.º de junio del mismo año 1235 el Papa publicó la bula de canonizacion, que al punto fue enviada á los príncipes y obispos de toda la Iglesia. Es del tenor siguiente ²:

¹ Theod. loc. cit.

² Esta traduccion, algo corregida, es la misma que da el P. Apolinario en su *Historia*, pág. 319.

GREGORIO OBISPO,

SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS.

A todos los arzobispos, obispos, abades, priores, arcedianos, presbíteros, deanes y otros prelados de la Iglesia á quienes estas letras son dirigidas, salud.

«La infinita majestad del Hijo de Dios, «Jesucristo, dulce Salvador y Redentor de «nuestras almas, considerando desde las «inmensas alturas de los cielos la nobleza «y excelencia de nuestra condicion alterada «y corrompida por el pecado de nuestro «primer padre, y luego por un vasto «curso de miserias, crímenes y vicios; «mó «vido á compasion hácia su amada criatura, resolvió hacerle sentir los rasgos de su «omnipotente misericordia, libertar al hombre «sentado en las sombras de la muerte, «y á los pobres desterrados llamarlos á la «patria de la bienaventurada libertad, ««niendo por muy razonable, en su infinita «y divina sabiduría, ser cosa propia del «decoro de un obrero, que principió una «obra, el llevarla á su perfeccionamiento;

«y si por desgracia hubiera esta obra des-
«merecido de su lustre y esplendor primi-
«tivos, el repararla devolviéndola su prime-
«ra forma; de suerte que á él solo, con
«exclusion de otro cualquiera, competia el
«rescatar y restaurar á su criatura decaída
«de su antigua dignidad.

«Con este designio se entra en el estre-
«cho seno de la santísima Virgen (si estre-
«cho puede llamarse lo que dentro de sí
«albergó al que es infinito), y desde su
«celestial trono pasa á ocultarse en el pa-
«lacio virginal de su santísima Madre, se
«cubre con las debilidades de nuestra na-
«turaleza, se hace visible de invisible que
«era, y por el adorable misterio de su En-
«carnacion abate y sojuzga al príncipe de
«las tinieblas, triunfa de su malicia por la
«gloriosa redencion de su naturaleza hu-
«mana, trazando á sus fieles, por medio
«de sus divinas instrucciones, camino cier-
«to para asegurarse la vuelta á la patria.

«La bienaventurada y bendita Isabel,
«hija de reyes, y por alianza duquesa de
«Turingia, considerando con madurez y
«comprendiendo con sabiduría esta econo-
«mia admirable de nuestra salvacion, se
«propuso valerosamente seguir las huellas

«sagradas del Salvador y trabajar con todas
«sus fuerzas en la práctica de la virtud; y
«con el fin de hacerse digna de ser inun-
«dada por la claridad eterna, desde el
«oriente al ocaso de su vida no cesó un
«punto en deleitarse en los incendios del
«amor celeste, empleando fervorosa todas
«las facultades de su corazon en amar con
«soberano y único amor á Jesucristo nues-
«tro Salvador, el cual, siendo verdadero
«Dios y verdadero Hijo eterno de Dios, se
«hizo Hijo del Hombre é Hijo de la santísi-
«ma Virgen, Reina de los Angeles y de los
«hombres: purísimo y ferventísimo amor
«que la hizo digna de saborear abundanti-
«simamente las dulzuras del cielo, y poseer
«los favores divinos que en las bodas de
«este adorable Cordero se comunican.

«Luego, alumbrada con estas mismas cla-
«ridades, y mostrándose hija verdadera del
«Evangelio; mirando en la persona de los
«prójimos á este divino Jesús, único obje-
«to de sus afectos, le amó con caridad tan
«admirable, que sus delicias eran el verse
«rodeada de pobres, vivir y conversar con
«ellos, buscando con preferencia á los que
«por su extremada miseria y asquerosas
«llagas causaban mas horror, y eran para

«inspirar espanto con su vecindad y abun-
«yentar los corazones mas fuertes del mun-
«do: con tal caridad les repartia sus bie-
«nes, que para que ellos abundasen en las
«cosas necesarias, ella se reducía á la es-
«trechez é indigencia. Todavía era niña, y
«tan tierna que aun necesitaba de aya,
«cuando ya era la buena madre, tutora y
«protectora de los pobres, y en su corazon
«rebosaba la ternura hácia los trabajos y
«miserias de aquellos.

«Sabido que el Juez universal ha de te-
«ner sobre todo en cuenta, al pronunciar
«la postrer sentencia, los servicios que se
«le hacen, y que las puertas del cielo se
«abren con la llave de la virtud de la po-
«breza, concibió hácia esta virtud estima-
«cion tan alta, y se propuso ser tan asidua
«en conciliarse el afecto y favor de aque-
«llos á quienes desprecian, y apenas á fuer-
«za de trabajo soportan por lo comun las
«personas de su condicion y jerarquía, que
«no contenta con darles abundante limos-
«na de sus riquezas, agotar para ellas sus
«graneros, arcas y bolsillo, privándose por
«añadidura de las viandas delicadas prepa-
«radas para su boca; maceraba sin piedad
«su delicado cuerpo con ayunos y la fatiga

«del hambre en obsequio de ellas; guar-
«daba continua parsimonia y abstinencia
«para ahorrar para ellas, y austeridad sin
«treguas para proporcionarles comodidad
«y bienandanza: virtud tanto mas loable y
«meritoria, cuanto que nacia espontánea-
«mente de su caridad y de la abundancia
«de su devocion propia, sin ser á ello por
«nadie excitada, ni tampoco constreñida.

«¿Qué mas habré de deciros? Esta no-
«ble Princesa, renunciando todos los de-
«rechos que la naturaleza y la cuna la da-
«ban, y concentrando todos sus deseos en
«la única voluntad de agradar y servir á
«Dios, ya en vida de su marido, con per-
«miso de éste y sin perjuicio de las prero-
«gativas del esposo, prometió y guardó fi-
«delisima obediencia á su confesor. Mas en
«cuanto el noble esposo le fue arrebatado
«por la muerte, reputando todavía harto
«imperfecta la santa vida que hasta enton-
«ces habia tenido, tomó el santo hábito re-
«ligioso y vivió el resto de sus dias en re-
«ligion perfectisima, honrando con su es-
«tado y continuos ejercicios de piedad los
«sagrados y adorables misterios de la muer-
«te y pasion dolorosa de nuestro Salvador.
«¡Oh bienaventurada mujer! ¡oh admira-

«ble señora! ¡oh dulce Isabel! ¡oh cuán
«bien te cuadraba y convenia este hermo-
«so nombre que significa saciedad y har-
«tura de Dios; puesto que has sustentado
«con tanta caridad las entrañas de los po-
«bres famélicos, imágenes y lugartenien-
«tes de Dios, como que son los miembros
«carísimos de su Hijo divino! ¡Cuán bien
«se hubo contigo el Señor en alimentarte
«con pan de Ángeles, á tí que tan miseri-
«cordiosa diste el tuyo á los ángeles y men-
«sajeros terrestres del Rey de los cielos!
«¡Oh nobilísima y bendita viuda, en vir-
«tudes mas fecunda que en hijos lo fuiste
«mientras tu honrado consorcio; que bus-
«cando en la virtud lo que la naturaleza
«parece negar á las mujeres, llegaste á ser
«guerrera esclarecida contra los enemigos
«de nuestra salvacion: con el escudo de la
«fe los venciste, como dice el Apóstol, y con
«la coraza de la justicia, la espada del es-
«piritu y el fervor, el casco de salud y la
«lanza de perseverancia.

«De esta suerte se hizo amable á los ojos
«del divino Esposo, ligada de continuo con
«la Reina de las Vírgenes con el cordial
«afecto con que le servia, y por la alianza
«de perfectísima conformidad, rebajando,

«á ejemplo suyo, la alteza de su persona
«hasta los ejercicios propios de humildísi-
«ma criada: con tales obras fue viva imá-
«gen de su patrona Isabel, cuyo nombre
«llevaba, y del venerable Zacarias, mar-
«chando con sencillez y pureza por los ca-
«minos de la ley de Dios, conservando
«afectuosa la divina gracia en lo interior
«del alma, produciéndola y manifestándola
«en lo exterior por medio de santas ac-
«ciones y continuas obras buenas, y fo-
«mentándola y nutriéndola por el incesan-
«te aumento de las virtudes; y así mere-
«ció que al fin de su mortal carrera la reci-
«biera amoroso Aquel que debe ser nuestra
«única esperanza, y se reserva, cual sin-
«gular título, el poder y el cargo de exal-
«tar á los inocentes y humildes; el mismo
«que, librándola de los lazos de la muerte,
«la asentó sobre el trono resplandeciente
«de la luz inaccesible. Empero, mientras
«que en el seno de la hermosura y rique-
«zas del eterno imperio, triunfante en com-
«pañía de los Santos y de los Ángeles, go-
«za su espíritu de la presencia de Dios y
«resplandece luminoso en el abismo de la
«suprema gloria; su caridad la ha obliga-
«do como á salir de este trono para alum-

«brar á los que vivimos en las tinieblas de
«la tierra , y consolarnos con un gran nú-
«mero de milagros , cuya virtud arraiga
«fuertemente á los fieles católicos en la fe
«y les hace crecer en ella , no menos que
«en la esperanza y la caridad ; y á los in-
«fieles ilumina é instruye del verdadero ca-
«mino de la salud , obligando tambien á los
«obstinados herejes á quedar confundidos
«cubierto el rostro de indecible vergüenza.

«Porque, sin ser dueños de oponer resis-
«tencia alguna, los enemigos de la Iglesia
«ven clarísimamente que por los méritos
«de aquella que durante la prision de esta
«mortal vida amó siempre la pobreza, fue
«dulce y compasiva, lloró con abundancia
«no tanto sus propios pecados, como, por
«grandísima caridad, los ajenos; tuvo ham-
«bre de justicia, llevó una vida de indeci-
«ble pureza é inocencia , y conservó el al-
«ma limpia y el corazon sosegado y paci-
«fico en medio de las continuas persecu-
«ciones y oprobios con que fue atacada y
«combatida; ven, digo, que por la invoca-
«cion de esta fiel esposa de Jesucristo los
«muertos vuelven por virtud divina á la
«vida, la luz á los ciegos, el oido á los sor-
«dos , á los mudos la palabra , y el movi-

«miento á los paralíticos. Y así los míseros
«herejes, llenos de rabia y envidia, á des-
«pecho de su furor y del veneno con que
«intentaban infectar á toda la Alemania,
«tienen que presenciar el glorioso y triun-
«fante vuelo de esa Religion , para ellos
«tan aborrecida de muerte , en esa misma
«region donde se ostenta vencedora de sus
«impiedades y malicia.

«Atestiguadas ante Nos estas maravillas
«por medio de pruebas que no admiten con-
«tradicion alguna; de acuerdo con el pa-
«recer de nuestros hermanos los venera-
«bles patriarcas, arzobispos, obispos y de-
«más prelados hallados en nuestra corte, y
«segun el deber de nuestro cargo que nos
«obliga á velar dignamente por todo cuan-
«to se endereza y contribuye al aumento
«de la gloria de Nuestro Señor, la hemos
«colocado en el catálogo de los Santos; in-
«timándoos estrechamente el que hagais
«celebrar solemnemente su fiesta en el dia
«diez y nueve de noviembre, dia en que
«rompió las ataduras de la muerte para
«correr á la fuente del supremo soberano
«deleite; á fin de que por su piadosa in-
«tercesion podamos conseguir lo que ella
«alcanzó ya de Cristo, y cuyo goce la glo-

«rifica eternamente. Además, usando del
«poder que nos ha sido conferido de lo alto
«para hacer gustar á la universalidad de los
«fieles de estas delicias de la invisible cor-
«te; y á fin de exaltar el nombre del Altí-
«simo, haciendo que honren, concurriendo
«á ella, la sepultura de su esposa; lleno de
«confianza en la misericordia del Todo-
«poderoso, por la autoridad de sus bien-
«aventurados apóstoles san Pedro y san Pa-
«blo, remitimos misericordiosamente un
«año y cuarenta dias de penitencia á todos
«aquellos y aquellas que, verdaderamente
«contritos y confesos, vengan á orar en ella
«en día de su festividad y durante toda la
«octava.

«Dada en Perusa á primeros de junio del
«año noveno de nuestro pontificado.»

Apenas fue publicada esta bula, cuando el Papa sintió, á lo que parece, la necesidad de expresar sus sentimientos de amor y admiración hacia la nueva Santa de una manera mas íntima y especial todavía: buscando á quién dirigirse para desahogar el corazón henchido de emoción tan grande, pensó en escribir á una soberana muy amada de él á causa de su piedad y de su adhesión á la Santa Sede; era Bea-

triz, hija de Felipe, rey de romanos, y esposa de Fernando III, rey de Castilla y de Leon, que mas tarde fue canonizado. Ya en 7 de junio la dirigió una extensa epístola en que elogiaba sobremanera las virtudes de la nueva Santa, realzando los encomios con numerosas aplicaciones de la sagrada Escritura ¹. «En estos dias, decia, «nos ha sido presentado, segun expresion «de Jesús, hijo de Sirach, un vaso admira- «ble, obra del Altísimo ², destinado á «servir de horno de caridad por el ardor «de sus buenas obras. Este vaso de elec- «cion y consagrado al Señor no es otro que «santa Isabel, nombre que se interpreta «hartura ó saciedad de Dios, por cuanto tan- «tas veces ella hartó á Dios en la persona «de sus pobres y de sus enfermos. Ella ali- «mentó al Señor con tres panes que tomó «prestados de su antiguo amigo en la no- «che de la tribulacion ³; el pan de la ver- «dad, el pan de la caridad y el pan del va- «lor... Esta Isabel, tan enamorada de la «felicidad eterna, ha presentado en la me- «sa del Señor de cielos y tierra tres man-

¹ Wadding, pág. 393.

² Eccli. XLIII, 2.

³ Luc. XI, 5, 6.

«jares preciosos; la repulsion de cuanto
«este Señor prohíbe; la obediencia á todo
«quanto ordena; el cumplimiento de todo
«quanto aconseja. Sí, de ella es de quien
«está escrito: *Vaso admirable, obra del Al-*
«*ttisimo*. Vaso admirable por la virtud de su
«humildad, el desprecio del cuerpo, la ter-
«nura de su compasion, y que será la ad-
«miracion de todos los siglos!... ¡Oh vaso
«de eleccion, vaso de misericordia! tú ofre-
«ciste á los tiranos y grandes de este mun-
«do el vino de la verdadera compuncion!
«Uno de ellos, tu hermano Conrado el ex-
«landgrave, todavia jóven, amado del mun-
«do y de los hombres, mirale cuál le has
«embriagado con esa sacra bebida, hasta
«el punto de hacerle hollar todas las dig-
«nidades, desechar todas las cosas sin ex-
«ceptuar la túnica, y huir desnudo de en-
«tre las manos de los impíos que crucifi-
«can al Señor, para refugiarse en el asilo
«de la cruz con la cual ha sellado su cora-
«zon! Mira tambien á esa tu hermana, la
«virgen Inés ¹, hija del rey de Bohemia,
«embriagada con la misma bebida, huir de
«las magnificencias imperiales que le ofre-

¹ Véase la introduccion y el cap. XXXIII de esta Historia.

«cen, cual si fueran venenosos reptiles, y
«empuñando la triunfante bandera de la
«cruz, lanzarse al encuentro de su esposo
«acompañada de un coro de vírgenes sa-
«gradadas!... ¡Obra del Altísimo! obra nue-
«va del Señor sobre la tierra, como que la
«santa Isabel ha hecho de su corazon una
«envoltura para Nuestro Señor Jesucristo;
«como que, por su amor, ella le ha concebi-
«do, le ha dado á luz y le ha alimentado...
«El diablo, nuestro enemigo, tiene alzadas
«dos murallas para ocultar á nuestros ojos
«el resplandor de la luz eterna; á saber, la
«ignorancia en el entendimiento, y la con-
«cupiscencia en nuestra carne... Empero
«santa Isabel, refugiada en el asilo de su
«humildad, ha derribado esta muralla de
«ignorancia y disipado estas nubes del or-
«gullo, hasta abrir paso á la inaccesible
«luz y gozar de ella: arrancó de raíz la vid
«de la concupiscencia, y enfrenó todos sus
«afectos hasta encontrar el amor verdade-
«ro... Por eso la Virgen madre de Dios la
«ha introducido en el lecho del celestial
«Esposo; por eso es bendita entre las mu-
«jeres, y está ceñida de corona de inefable
«gloria; y al paso que su presencia rego-
«cija á la Iglesia triunfante, la militante se

«glorifica con el brillo de sus milagros...
«Carísima hija en Jesucristo, he querido
«presentar á tu vista el ejemplo de santa
«Isabel como la perla mas preciosa, y esto
«por dos razones; la primera, para que mi-
«rándote á menudo en este espejo, veas
«si hay en los repliegues de tu conciencia
«alguna cosa que pueda ofender á la Ma-
«jestad divina; la segunda, para que nada
«te falte de cuanto exige el adorno y ade-
«rezo de una esposa celestial, y puedas de
«esta suerte, cuando seas llamada á la pre-
«sencia del divino Asuero, hallarte ador-
«nada de todas las virtudes y revestida de
«buenas obras.

«En Perusa á siete dias del mes de junio
«del año noveno de nuestro pontificado.»

De allí á poco la bula de canonizacion
llegó á Alemania y fue recibida con entu-
siasmo. Á lo que parece fue primeramente
publicada en Erfurt, donde con tal motivo
hubo tres dias consecutivos de festejos y
regocijo con inmensas distribuciones de so-
corros y donativos á los pobres¹. El arzo-

¹ Hasta 1783 duró en Erfurt la costumbre de re-
partir limosnas á los pobres en la catedral el dia
de la fiesta de santa Isabel. (*Galletti*, t. II, pági-
na 275). Lo propio sucedía en Marbourg, segun el

bispo Sigifredo de Mayenza fijó luego el
dia de la exaltacion y la traslacion del cuer-
po de la Santa, difiriéndolo hasta la prima-
vera siguiente con objeto de que los obis-
pos y los fieles de Alemania tuviesen tiem-
po bastante para acudir á Marbourg y asis-
tir á la solemnidad. El dia designado para
ella, 1.º de mayo de 1236¹, la pequeña
ciudad de Marbourg y sus cercanías se
vieron inundadas por una inmensa multi-
tud de fieles de todas clases y condiciones,
en número de un millon dociientos mil
ciudadanos, si ha de darse crédito á las
historias de aquel tiempo, que hacen su-
bir á esta cifra el concurso de gentes reu-
nidas por el fervor y la fe al rededor de la
tumba de Isabel². Todas las naciones y
lenguas parecian alli representadas³; de

sábio Creuzer en su *Compendio de las antigüedades
romanas*, citado por Stædler.

¹ Esta fecha es la que ponen Cesario do Heister-
bach, el Cronicon Hildesheimense, y Rommel, *Hist.*
de Hesse, pág. 290. Mas el Breviario franciscano la
fijó en 18 de abril; y Cesario dice que en su tiempo
no se celebraba este aniversario sino en 2 de mayo,
pues la vispera estaba dedicada á la festividad de
los apóstoles san Felipe y Santiago (el Menor).

² Trithemius, *Chr. Hirsaug.* ann. 1231.

³ Theod. VIII, 13.

la Francia, la Bohemia, de la lejana Hungría¹, patria de la Santa, habían acudido peregrinos en número tan grande, que ellos mismos eran los primeros en asombrarse, diciendo que en muchos siglos no se hubiera visto tal reunion de gente, ni tan grande como esta que venia á honrar á la amada santa Isabel. Por supuesto que allí se hallaba tambien junta toda la familia de Turingia: la duquesa Sofia, suegra de la Santa, sus dos cuñados Enrique y Conrado, felices en aprovechar tan grande ocasion de expiar los yerros y agravios contra ella, y por ella con tanta nobleza perdonados; sus cuatro hijos, y con ellos multitud de príncipes, señores, presbíteros y prelados. Entre estos últimos, además del arzobispo Sigifredo de Mayenza, presidente de la ceremonia, eran de notar los Arzobispos de Colonia, Tréveris y Brema; los Obispos de Hamburgo, Halberstadt, Merseburgo, Bamberg, Worms, Spira, Paderborn é Hildesheim². En fin, el emperador Federico mismo, á la sazón en el apogeo de su poder y de su gloria, reconciliado con el Papa, recién casado con la famosa hermosura de la

¹ Caesar. ap. Mss. Bolland.

² Theod. loc. cit; *Vita Rhyt*; Rothe; Wadding.

época, Isabel de Inglaterra; el Emperador, digo, dando de mano á todos los negocios y empresas militares, arrastrado del general atractivo que á tantos vasallos suyos llevaba á ver la ceremonia de Marbourg, vino tambien en persona á rendir público homenaje á la santa mujer que no le habia querido para esposo por entregarse toda á Dios nuestro Señor³.

Noticiosos los caballeros teutónicos de la llegada del Emperador, creyeron que en presencia de él no seria posible exhumar el cuerpo de la Santa, y determinaron adelantarse el día prefijado para ello³; de suerte que tres días antes del convenido, el prior Ulrico con otros siete freires fué de noche á la iglesia, y cerradas con mucha diligencia todas las puertas, abrieron la sepultura de Isabel. Levantada la losa, salió del hueco un delicioso perfume exhalado de aquellos benditos restos³; cosa que miraron los presentes como prenda segura de la misericordia divina, tanto mas cuanto que sabian que la Santa habia sido enter-

¹ Caesar Heisterb. *Serm. in exalt. B. Elis.* Mss. Bolland.

² Ibid.

³ Ibid.

rada sin aromas ni olores de ninguna especie. El santo cuerpo, despues de cerca de cinco años de enterrado, fue hallado entero sin apariencia alguna de corrupcion, y con las manos juntas sobre el pecho en forma de Cruz¹. Decíanse unos á otros los asistentes que no era de maravillar el que no despudiese, muerto, olor alguno de corrupcion aquel delicado y precioso cuerpo, puesto que, cuando vivo, no fueron parte á estorbarle el volar al socorro de los pobres ni la infeccion ni las llagas podridas y asquerosas. Entre tanto le sacaron de su féretro, y envolviéndole cuidadosos en rico paño de púrpura, le colocaron en una caja de plomo y le metieron de nuevo en la hoya pero sin cerrarla, de suerte que le sacaran fácilmente de allí el dia de la ceremonia.

Al rayar este, que fue el 1.º de mayo, la multitud se reunió al rededor de la iglesia, tan apiñada que el Emperador tuvo grandísimo trabajo en abrirse paso hasta lo interior del templo². Era de ver este gran Principe penetrado de humildad y devocion, descalzo, vestido con una ropa de

¹ Caesar Heisterb. *Serm. in exalt. B. Elis.* Mss. Bolland.

² Ibid.

color gris en memoria de la Santa á quien venia á honrar; contrastando tan humildes arreos con la corona imperial que llevaba puesta y el lucido acompañamiento de príncipes y electores del Imperio tambien con sus coronas, los obispos y abades con sus mitras¹. Toda esta brillante procesion se dirigió al sepulcro de santa Isabel. En este momento, como dice un cronista, le fue pagado en honores y gloria el precio de sus humillaciones y de toda su abnegacion en la tierra². El Emperador quiso ser el primero en bajar al sepulcro y levantar la losa que lo cubria³; de nuevo volvió á percibirse por la inmensa concurrencia el delicioso perfume que sorprendiera antes á los caballeros, segun dijimos; y el prodigio aumentó el fervor y la devocion de cuantos lo presenciaban. Quisieron los obispos alzar del hoyo con sus propias manos el sagrado cuerpo; el Emperador puso tambien con ellos manos á la obra, y besó con fervor el féretro al tomarle en hombros juntamente con los prelados, para llevarle, despues de sellado, en solemne procesion,

¹ Raumer, t. III, pág. 620; Rothe, pág. 1728.

² Ibid.

³ Caesarius, loc. cit.; Raumer, loc. cit.

acompañada de voces é instrumentos, al sitio preparado para exponerle á la veneracion del pueblo¹.

Ardor impaciente devoraba entre tanto los corazones de aquellos millares de fieles apiñados al rededor del templo, ansiosos de ver las santas reliquias, contemplarlas, tocarlas, besarlas á todo su gusto²: «¡Oh tierra feliz! decian; tierra santificada por tal depósito, de tal tesoro custodia! ¡oh felices tiempos en los que tal tesoro ha sido revelado y descubierto!» Por fin, cuando la procesion llegó en medio del pueblo, y se vió el precioso cuerpo llevado en hombros del Emperador, de los príncipes y prelados, y se notó el suavísimo perfume que de él salia, el entusiasmo no tuvo ya límites: «¡Oh sacro cuerpecito, exclamaban, que tanto pesas para con Dios y tal virtud tienes para curar á los hombres³! ¿quién no es cautivado por tu fragante aroma? ¿quién no corre en pos de la nueva santidad y maravillosa hermosura de tan santa mujer? terror de los herejes, espanto de los pérfidos judíos, la fe de Isa-

¹ Alberic. ap. Apolin.

² Theod. VIII, 12.

³ O sanctissimi gleba corpuseculi!... (Ibid.).

«bel los ha confundido á todos. Hé aquí la que llamaban loca, cómo su locura dejó tamañita toda la sabiduria del mundo; cómo honran los Ángeles su sepulcro, y todos los pueblos le visitan, y los grandes señores y el mismo romano Emperador se postran ante ella! ¡Misericordia amorosa de la Majestad divina! La que en vida despreció la gloria mundana y se apartó del trato de los grandes, vedla ahora magnificada y honrada por la soberana majestad del Papa y el Emperador! la que escogió siempre para sí el lugar mas humilde, se sentaba en el suelo y dormia en el polvo, hé aquí que las manos de los reyes la exaltan y conducen en triunfo!... Justa recompensa de la pobreza á que se redujo, y del despojarse de cuanto tenia, para comprar la inapreciable perla de la eternidad!»

Expuesto el cuerpo santo á la veneracion pública, se celebró con solemnidad el oficio en honor de la Santa, con misa propia que celebró el Arzobispo de Mayenza. Al Ofertorio, el Emperador se llegó á la urna, y colocando una corona de oro sobre la cabeza de la amada Isabel¹, dijo así: «Pues-

¹ Esta corona estaba valuada segun todos los

«to que no me fue dado coronarla en vida
«como emperatriz mia, quiero á lo menos
«coronarla hoy como reina inmortal en el
«reino de Dios¹.» Además de la corona,
deposító sobre la urna la copa de oro en
que acostumbraba beber en los grandes
convites, y la cual sirvió despues para en-
gastar el cráneo de la Santa². Y luego lle-
vó de la mano á la ofrenda al hijo de la
Santa, el jóven duque Hermann; haciendo
la Emperatriz lo mismo con las princesitas
Sofía y Gertrudis. La anciana duquesa So-
fia y sus dos hijos Enrique y Conrado se
acercaron tambien á venerar los restos glo-
riosos de la que tan mal conocieron y tra-
taron en otro tiempo; y orando largo rato
junto á ellos, ofrecieron ricos presentes
en honor suyo. Los nobles y el pueblo que-
rian á un tiempo llegarse al altar y depo-
sitar sus ofrendas al pié de la urna: y los
cristianos de diversos países, allí reunidos,

historiadores en 4300 florines. El *Passional* añade
que era la misma corona del Emperador. Segun
Cesario los religiosos habian de antemano cortado
con un cuchillo los cabellos y carne que habia aun
adheridos á la sacra cabeza: *Ne illius visio aliquid
horroris intuentibus incuteret.*

¹ *Cod. Heidelb.*, f. 34.

² *Chron. Senon.*, lib. IV, c. 31, ap. Spicileg.

quisieron celebrar el oficio á su modo y
cada uno con los cánticos de su respectiva
patria; lo cual hizo que la ceremonia dura-
se muchísimo tiempo¹. Las ofrendas fueron
abundantes y ricas cuanto no es creible;
pero aun así no alcanzaban al parecer á de-
jar satisfecha el ansia con que aquellas al-
mas piadosas pugnaban por adornar y em-
bellecer aquel florido lecho de milagros en
que dormia la amada Isabel. Las mujeres se
arrancaban las sortijas, los adornos del cue-
llo y del pecho y todas las demás joyas del
tocado; otros ofrecian ya cálices, misales,
ornamentos y alhajas para la hermosa y
grande iglesia que pedian se alzase al mo-
mento en honor suyo, á fin de que residie-
ra en un lugar correspondiente á su santi-
dad y honra, y su alma se hallara tanto
mas dispuesta á interceder con Dios en pro
de los que la invocaran en los trabajos².

De pronto una nueva maravilla vino á
dar creces á la pública veneracion y nue-
vo testimonio de la solicitud divina para
con la gloria de su sierva³. Al destapar en

¹ P. Archang., 516; P. Apollin. pag. 335.—
Vita Rhyt. § 43.

² *Vita Rhyt.* loc. cit.

³ Theod. VIII, 15.

la mañana del siguiente día la caja en que reposaba el cuerpo asegurada con los sellos episcopales, la hallaron llena de un aceite sumamente sutil, delicado y de un aroma superior al de los mas preciosos nardos. Manaba gota á gota de los huesos de la Santa este aceite cual celestial bienhechor rocío¹; y á medida que era restañado ó recogido, tornaba á aparecer de nuevo en imperceptibles moléculas á manera de traspiracion vaporosa².

Al ver tan estupendo milagro, clero y fieles sintieron un nuevo acceso de devoto reconocimiento hácia el divino Autor de tales maravillas, y de entusiasmo hácia el objeto de ellas; y con esa penetracion que infunde en las almas la fe, no tardaron en alcanzar la inteligencia del sentido místico y simbólico del fenómeno. «¡Oh milagro admirable y hermoso! ¡oh milagro digno, decían, de la Santa, y tan conforme con nuestros votos y oraciones³! Huesos mortificados y quebrantados por ejercicios de austera penitencia exhalan ahora dulce perfume, cual si se rompiera el vaso de

¹ Theod. VIII, 13.

² Ibid.

³ Ibid.

«alabastro que encerraba el bálsamo de la «Magdalena. Destila el cuerpo el aceite «santo y dulce de las obras de misericordia «practicadas en vida; y sobrepuja la misericordia á todos los juicios de Dios, como «el aceite sobrenada en todos los licores «con que se mezcla¹. Ved como mana en «mas abundancia de los piés, que tantas «veces la encaminaron á la choza de los «pobres², y á donde quiera que hubiese «miserias que aliviar. Esta amada Isabel, «bella y fecunda oliva florida y perfumada «por la virtud, recibió, como el aceite, el «tripe don de alumbrar, alimentar y curar. «¡Cuántos enfermos de cuerpo ó de alma «curó esta soberana medicina con sus ejemplos de santidad y caridad! ¡cuántos millares de pobres alimentó y sació este nutritivo alimento! ¡con cuántos prodigios «no ha iluminado esta luz á toda la Iglesia! «Pues con mucha razon este licor suave, «este aromático aceite, viene á proclamar «la santidad de quien brilló tan pura, curó «tan dulce y compasiva, nutrió tan gene-

¹ Cod. Flor., 161.

² Caesar. Heist. loc. cit.

«rosa, y toda su vida exhaló tan exquisito
«y fragante aroma¹.»

Con esmero piadoso fue recogido por el pueblo este milagroso aceite, y con él se obtuvieron muchas curaciones de enfermedades graves y peligrosas heridas.

Tantos celestiales favores consagrados por el supremo sufragio de la Iglesia, y los honores por ella con tal solemnidad decretados á la nueva Santa, no podían menos de aumentar el número y el fervor de los fieles que en su sepulcro buscaban alimento á la piedad y remedio á los males: desde muy luego se difundió su gloria por to-

¹ Canisius, loc. cit. — Aun los menos familiarizados con los escritos legendarios y ascéticos de la edad media, no ignorarán el profundo simbólico sentido que en todos ellos se atribuye al aceite. En san Bernardo, *Serm. XV super Cantica*, y en san Gregorio, c. v *in Reg.*, hay pasajes admirables sobre el asunto. También contiene un buen resumen de este punto de vista el final de la leyenda de santa Waldpurga por el obispo Felipe de Eichstadt en el *Thesaurus* de Canisio, t. IV, pág. 230. Además de santa Isabel, se citan también su tía santa Hedwigis, santa Waldpurga, santa Catalina, san Demetrio mártir, y sobre todo san Nicolás de Mira, entre los Santos cuyos huesos han recibido el privilegio de destilar un aceite saludable.

do el mundo cristiano, y atrajo á Marbourg multitud de peregrinos tan grande como la que acudia de todos los puntos de Europa al sepulcro de Santiago en Compostela¹.

En alas de la tierna confianza emprendían este largo y penoso viaje muchísimos fieles, á quienes favorecía el Señor con numerosos milagros². Entre los que con todos sus pormenores nos han conservado las leyendas y crónicas, escogeré dos para referirlos aquí, por tener á mi juicio un especial carácter de conmoviente ternura, y porque ambos demuestran hasta qué punto la fe en nuestra Santa, y el amor que ella inspiraba, se propagaba con rapidez y echaba raíces aun en las comarcas mas remotas.

Por lo demás era muy natural el que, especialmente en Hungría, por ser su patria, se estableciera y afanzara el culto de Isabel; como también el que subieran allí de punto las muestras de alborozo y admiración excitadas por el relato de su vida, y la nueva de ser ya canonizada y venerada en

¹ Wadding, pág. 389.

² Tráelos Wadding en gran parte, t. II, página 389, y también el *Passional*, f. 63-65.

los altares. Erase, pues, por este tiempo en la ciudad de Hungría, Estrigonia, un honrado y piadoso matrimonio, cuya única hija, todavía muy niña, acababa de espirar. Abrumados los míseros padres por tan dolorosa pérdida, rendidos del llanto y de los gemidos, se retiraron á descansar; pero no sin que una gran parte de la noche la pasaran platicando acerca de su terrible infortunio¹. Entre tanto, como la madre al fin se hubiera quedado algo dormida, tuvo una vision que le inspiró la idea de llevar al punto el cadáver de su hija al sepulcro de santa Isabel. Al despertar se sintió llena de una gran confianza en el Señor, y dijo al marido: «No enterremos todavía á la niña; tengamos fe y llevémosla á santa Isabel, hoy tan milagrosa por el Señor, á fin de que por su intercesion la veamos resucitada.» El marido se dejó persuadir: y por la mañana, cuando todos aguardaban ver llevar la niña á enterrar, el padre y la madre en medio del general asombro la metieron en un cesto y se pusieron en camino para el santuario de Isabel, sin que les detuviera de llevar á cabo el extraño proyecto el oír como las gentes

¹ Theod. VIII, 16.

murmuraban y se burlaban de él altamente¹. Treinta dias hicieron de camino con gran tristeza, fatiga y trabajo de toda especie; pero al cabo de este tiempo, apiadado el Señor de su gran fe y de su dolor, por los méritos de la amada Isabel restituyó la inocente alma al inanimado cuerpo, y la niña se presentó llena de vida á los atónitos ojos de aquellos padres, que fuera de sí en fuerza de la alegría, no por eso dejaron de continuar su viaje y llevar la hija á Marbourg al sepulcro de nuestra Santa. Despues de haber dado allí gracias á su milagrosa medianera, se volvieron para Hungría á gozar de la prodigiosa inesperada dicha que debian al cielo. Mas adelante la niña resucitada acompañó á Alemania á una hija del Rey de Hungría que fue dada en casamiento al Duque de Baviera; y habiendo venido á Ratisbona con la Princesa su señora, tomó el hábito de monja en un convento de Dominicas, del que fue despues priora, y en el cual vivia todavía cuando Teodorico escribió su historia.

Por este tiempo habia tambien en Inglaterra una noble señora que despues de veinte años de matrimonio se quedó viuda,

¹ Theod. VIII, 16; Herm. Frizlar.

y con el gran pesar de no haber tenido nunca sucesion. Para consuelo de su viudez y soledad se vistió una ropa de color gris, se cortó el cabello y adoptó doce pobres que le sirvieran de hijos¹; y á este fin les tenia alojados en su casa, les daba de comer, les vestia, les lavaba y servia con sus propias manos. Donde quiera que veia á un pobre, se llegaba á él y le daba limosna por amor de Dios y de santa Isabel, pues habia oido hablar de ella y la amaba sobre todas las cosas del mundo, y la estimaba sobre todos los demás Santos de Dios; de forma que el pensamiento de su querida Santa no se apartaba un punto de su corazon, ni dejaba de meditar de dia y de noche en su santa y bienaventurada vida².

Dispuso Dios que esta noble y piadosa señora muriera; y su confesor dijo á los que la lloraban, que era preciso conducirla al sepulcro de santa Isabel, pues sabia él que en vida habia hecho la difunta voto de ir allá y visitarlo. Seguieron este consejo los interesados, y cruzando el mar y una vasta extension de territorio, llegaron

¹ *Passional*, f. 63.

² *Ibid.*

á Marbourg con el cadáver á las siete semanas de viaje. Despues que invocaron con gran fervor á la Santa, vieron que el cuerpo de la piadosa señora se reanimó de improviso, y volvió á la vida, diciendo así: «¡Cuán feliz soy! ¡he reposado en el seno de santa Isabel!» Quisieron entonces sus amigos llevarla de nuevo á Inglaterra, mas no pudieron recabar de ella el que abandonase aquellos sitios santificados por su celestial amiga; y en ellos vivió muy santamente todavía quince años, pero en un profundo silencio, pues únicamente hablaba con su confesor. Y como cierto dia le preguntase éste la causa de tan absoluto y constante silencio, le respondió ella: «Tuve, mientras reposé sobre el seno de Isabel, tal arrobamiento de alegría, y fue «mi dicha tan cumplida y acabada que no «me es dado pensar en otra cosa sino en «recobrar esta felicidad para toda la eternidad!»

Entre tanto por todo el ámbito de la cristiandad se propagaba el culto de Isabel; y mientras los peregrinos visitaban á millares su sepulcro, erigianse á lo léjos de allí muchas iglesias en honor suyo y bajo su advocacion; por doquiera, pero sin-

gularmente en Tréveris, Estrasburgo, Cas-
sel, Winchester, Praga, la Bélgica toda,
los conventos, hospitales y demás asilos
del sufrimiento físico y moral la tomaban
por su protectora y abogada para con Dios.
El Abad de San Galo, acordándose de la
promesa que durante su destierro le hicie-
ra la Santa de ser siempre su intercesora
para con el Señor, no dudó le guardaría
su palabra en el cielo aun más fielmente
que en la tierra; y en uno de los patios in-
teriores del monasterio erigió en honor su-
yo una capilla y altar. En Hungría, patria
de la Santa, edificó la ciudad de Kaschan
una magnífica iglesia en honra de Isabel;
y como muchos alemanes de Turingia emi-
graran por este tiempo á la citada ciudad,
la devoción á la santa Duquesa les servía
de lazo entre la antigua y nueva patria.
Estéban V, sobrino de Isabel, contribuyó
con celo á la construcción de este edificio
que llegó á ser el monumento más bello de
arquitectura ojival en todo el reino, y que
por Matías Corvino, el más ilustre de los
sucesores de aquel Monarca, fue enriqueci-
do en el siglo XV con un admirable taber-
náculo.

En medio de tan dulces y tiernos home-

najes, derramando en cambio beneficios á
manos llenas, permaneció por espacio de
tres siglos bajo las bóvedas de su suntuosa
iglesia y la custodia de los caballeros teu-
tónicos, siempre cruzados por la fe, el cuer-
po de nuestra amada santa Isabel, excep-
to el corazón, su parte más noble; pues el
obispo de Cambrai, Godofredo, pidió y ob-
tuvo esta preciosa reliquia, la hizo trans-
portar con toda pompa á su ciudad episco-
pal y colocarla en uno de los altares de la ca-
tedral ¹. La historia y la tradición guardan
silencio acerca de los motivos que los fie-
les de Hesse pudieron tener para consentir

¹ Nota de los Mss. de los Bolandistas de Bruse-
las, extractada de la *Historia de Cambrai y del
Cambresis* por J. Lecarpentier, Leyde, 1669, t. I,
pág. 379. — Este autor, fundado en la crónica ma-
nuscrita de Paulo Gelicq, escritor de principios del
siglo XVI, fija la época de la traslación del cora-
zón de la Santa en 1232. Habla también de seis be-
neficios fundados en la catedral de Cambrai, por
santa Isabel, ó más bien en honor de ella, por el
obispo Guy de Laon en 1238. Los informes toma-
dos sobre este particular en Cambrai mismo por
Mr. Stædler no han dado resultado alguno. Duran-
te el Terror fue destruida la gran catedral. Mas,
como añade él muy bien, el nombre de la Santa,
dado á una de las calles de la ciudad, demuestra
que era objeto allí de la popular veneración.

en despojarse de tan precioso tesoro en favor de una diócesis tan apartada de su territorio. Acaso haya sido misteriosa disposición de la Providencia el que este tan puro y tierno corazón fuera á Cambray á ponerse en contacto con otro corazón, el corazón de Fenelon, tan digno del de Isabel por su humildad, su caridad y amor fervoroso de Dios.

El día de la festividad de la Santa, conforme á lo prescrito por el Soberano Pontífice, fue celebrado en toda la Iglesia; y por lo que hace á algunas diócesis, con religiosidad y pompa de todo punto especiales y esmeradas; entre ellas la de Hildesheim era muy de notar por la solemnidad con que festejaba tan hermoso aniversario, y la armonía de sus cánticos en honor de la Santa que resonaban bajo las bóvedas de la hermosa catedral construida en honor de la virgen María, en derredor del gigantesco rosal de Luis el Bueno ¹. Inocencio IV, apenas tomó posesión del trono pontifical, concedió un año y cuarenta días de indulgencia á cuantos visitaran la iglesia y sepulcro de santa Isabel en Marbourg en los

¹ Leibnitz, *Script. ver. Brunswicens.*, t. I, página 759.

tres últimos días de Semana Santa ¹. Sixto IV concedió cincuenta años y cincuenta cuarentenas de perdón á cuantos fieles contritos y confesos visitaran las iglesias del Orden de san Francisco en honor de santa Isabel, el día de su festividad ². Todavía hoy en dicho día se pueden ganar cien años de indulgencia en una de las siete basílicas de la ciudad eterna, Santa Cruz de Jerusalen, y en la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles; con mas, indulgencia plenaria en la de la Orden Tercera, llamada de San Cosme y Damian *ad Forum*.

Por último, tampoco podían faltar para nuestra Santa las ricas inspiraciones de la liturgia, verdadera poesía cristiana. Prosas, himnos, antifonas en gran número fueron compuestas en honor suyo, y recibidas en el uso general: las Órdenes religiosas, y en especial las de Franciscanos, Dominicos, Cistercienses y Premonstratenses, le consagraron cada una un oficio particular ³.

¹ Wadding, t. III, pág. 428.

² Bula *Sacri Praedicatorum* de 1479.

³ En el Breviario romano fue introducida por Clemente X esta festividad con el rito de doble menor. (Vid. D. Gueranger, *Instít. litur.* t. II, pág. 133).

Estas efusiones de la fe y la gratitud de aquellas generaciones contemporáneas de la gloria de la Santa abundan en aquel particular encanto de sencillez, gracia, piedad y ternura que distingue las antiguas liturgias, hoy tan cruelmente dadas al olvido: de esta manera quedaba recorrido, cerrado y perfecto, en obsequio de esa nuestra Isabel tan humilde y tan llena de desprecio hácia sí misma, todo el círculo de los brillantes honores, inefable galardón, gloria inapreciable y sin par que la Iglesia ha creado y reserva para los Santos.

Si; lo digo resueltamente: ¡Santos y Santas de Dios! ¿qué gloria hay que con la vuestra pueda compararse, ni qué recuerdo humano, querido, conservado, consagrado como el vuestro? en el corazón de los pueblos cristianos ¿qué popularidad que iguale á la vuestra? ¡Aun cuando solo á esa humana gloria, cuyo desprecio es vuestro título mas bello, hubiérais aspirado, nunca, buscándola con ardiente esfuerzo, la alcanzarais tan cabal y cumplida, cual la adquiristeis hollándola con vuestros piés! Húndense en el olvido, ó no mas que en fugaces intervalos brillan en la memoria de los hombres los conquistadores y

legisladores, los grandes sábios y los hombres de genio; y para la inmensa mayoría, todos ellos pasan desapercibidos é ignorados. Vosotros, al contrario, hijos benditos de la tierra que llenais de gloria, y del cielo que poblais, sois de todos los cristianos conocidos y amados; pues todo cristiano tiene uno de vosotros, cuando menos por amigo, por abogado, por confidente de sus mas dulces pensamientos, depositario de sus tímidas esperanzas, protector en la dicha, consolador en la desgracia! Asociados á la eterna duracion de la Iglesia, sois como ella impasibles y en vuestra gloria inquebrantables. Una vez á lo menos en cada año sale el sol bajo la invocacion vuestra; y en todos los puntos de la tierra millares de cristianos se felicitan y saludan no mas que por llevar el nombre que vosotros llevásteis: y este nombre sagrado se celebra, se proclama y se canta en todos los santuarios de la fe por millares de voces inocentes y puras, voces de vírgenes sin mancha, de heroínas de la caridad, de levitas y sacerdotes, de toda la jerarquía, en fin, sacerdotal desde el Pontífice Supremo hasta el religioso en su celda, que unidos responden, así como eco el mas dulce

de la tierra, á los angélicos conciertos en los cielos. Digamos otra vez: Santos y Santas de Dios, ¿qué gloria hay que con la vuestra compararse pueda?

CAPÍTULO XXXIII.

De lo que, muerta la amada santa Isabel, avino á sus hijos y parientes; y de muchos grandes Santos que de su raza salieron.

O quam pulchra est casta generatio cum claritate! immortalis est enim memoria illius; quoniam et apud Deum nota est, et apud homines... in perpetuum coronata triumphat, incoquinatorum certaminum prae-mium vincens.

(Sap. IV, 1, 2.)

No llevarán á mal mis lectores el que dedique el presente capítulo á dar algunos breves pormenores acerca de la suerte de los hijos de Isabel, así como de los principales personajes que han figurado en la historia de su preciosa vida.

Siguiendo el órden con que fueron sucesivamente desapareciendo del mundo, encontramos primero al padre de nuestra Santa, el rey Andrés. La noticia de la muerte de su hija le hundió en profunda tristeza,

causada principalmente por la idea de no haber sabido apreciar y honrar, cual se merecía, la virtud de aquella hija, dejándola, como la dejó, tan fácilmente en brazos de la miseria y el abatimiento. Tuvo, sin embargo, el consuelo de ver su santidad reconocida por la Iglesia y proclamada en el mundo cristiano; pero á poco de la cano-nizacion de Isabel, tambien él partió de este mundo ¹.

La suegra de Isabel, Sofia, murió tambien en 1238, dos años despues de haber asistido á la solemne traslacion de aquella insigne mujer cuyo mérito y bello destino desconoció por tanto tiempo: dejó dispuestos la enterrasen en el convento de Santa Catalina de Eisenach, fundado por su esposo el duque Hermann.

Su cuñado Conrado, el mas fervoroso admirador y campeón suyo tambien, no sobrevivió largo tiempo á la ruidosa satisfaccion con que enmendó los yerros y agravios hácia ella. Elegido por su piedad, su valor y singular modestia gran maestre de la Órden Teutónica, en la que le vimos entrar por espíritu de penitencia, consagró

¹ Bonfinii, *Res. Ungarie.*, Dec. II, lib. VII, página 286; Wadding, t. II.

de la tierra, á los angélicos conciertos en los cielos. Digamos otra vez: Santos y Santas de Dios, ¿qué gloria hay que con la vuestra compararse pueda?

CAPÍTULO XXXIII.

De lo que, muerta la amada santa Isabel, avino á sus hijos y parientes; y de muchos grandes Santos que de su raza salieron.

O quam pulchra est casta generatio cum claritate! immortalis est enim memoria illius; quoniam et apud Deum nota est, et apud homines... in perpetuum coronata triumphat, incoinquinatorum certaminum prae-mium vincens.

(Sap. IV, 1, 2.)

No llevarán á mal mis lectores el que dedique el presente capítulo á dar algunos breves pormenores acerca de la suerte de los hijos de Isabel, así como de los principales personajes que han figurado en la historia de su preciosa vida.

Siguiendo el órden con que fueron sucesivamente desapareciendo del mundo, encontramos primero al padre de nuestra Santa, el rey Andrés. La noticia de la muerte de su hija le hundió en profunda tristeza,

causada principalmente por la idea de no haber sabido apreciar y honrar, cual se merecía, la virtud de aquella hija, dejándola, como la dejó, tan fácilmente en brazos de la miseria y el abatimiento. Tuvo, sin embargo, el consuelo de ver su santidad reconocida por la Iglesia y proclamada en el mundo cristiano; pero á poco de la cano-nizacion de Isabel, tambien él partió de este mundo ¹.

La suegra de Isabel, Sofia, murió tambien en 1238, dos años despues de haber asistido á la solemne traslacion de aquella insigne mujer cuyo mérito y bello destino desconoció por tanto tiempo: dejó dispuestos la enterrasen en el convento de Santa Catalina de Eisenach, fundado por su esposo el duque Hermann.

Su cuñado Conrado, el mas fervoroso admirador y campeón suyo tambien, no sobrevivió largo tiempo á la ruidosa satisfaccion con que enmendó los yerros y agravios hácia ella. Elegido por su piedad, su valor y singular modestia gran maestre de la Órden Teutónica, en la que le vimos entrar por espíritu de penitencia, consagró

¹ Bonfinii, *Res. Ungarie.*, Dec. II, lib. VII, página 286; Wadding, t. II.

una gran parte de su poder y riquezas á la construccion de la basilica que lleva el nombre de Isabel en Marbourg, y de la cual le cupo la gloria de ser el fundador. Tal vez por activar y vigilar mas de cerca los vastos trabajos de esta obra, ó quizás por el afecto á aquellos sitios santificados por su cuñada, eligió la ciudad de Marbourg para centro y residencia de la Orden de que era jefe, é hizo levantar el palacio llamado de la *Encomienda*, cuyos restos se ven todavía. Su dilatada residencia en Hesse no le estorbó ponerse al frente del nuevo incremento y desarrollo que la Orden Teutónica iba tomando en Prusia, á donde llamado por el Duque de Masovia, acudió en defensa de los cristianos contra los paganos. Allí combatió con valor y talento; extendió las nuevas posesiones de la Orden, y recibió del Papa la investidura de esta provincia, teatro donde mas adelante alcanzó la Orden su mayor brillo. No quiso que le cogiera la muerte sin volver á Roma, donde, apenas llegado, cayó gravemente enfermo¹; y adquirió durante la en-

¹ No están acordes los historiadores acerca de la fecha de su muerte: segun unos acaeció en 1240, y segun otros en 1243.

fermedad tal grado de pureza, no solo inferior, sino sensible, que no le era posible soportar, sin sentir dolores agudísimos, la presencia de una persona manchada con pecado mortal¹; de modo que cuantos le servian, se vieron precisados á vivir con gran pureza de conciencia. Era su confesor el Abad de Hagen², de la Orden del Cister. Hallándose éste cierto dia á la cabecera de su cama, vió al Príncipe arrojado en éxtasis; y cuando notó que volvía de él, le preguntó qué era lo que habia visto. «Me hallaba, contestó Conrado, en presencia del eterno Juez, y examinaban con rigor mi suerte futura. Quiso, por fin, la justicia que yo padeciese cinco años de purgatorio. Mi cuñada Isabel se acercó al trono de Dios, y me alcanzó la remision de esta pena. Sabed, pues, que moriré de esta enfermedad, y que gozaré de la eterna gloria.» Murió efectivamente, despues de dejar dispuesto que su cuerpo fuese

¹ Theod. VIII, 6.

² Ibid. En las listas del Orden del Cister no se halla abadía alguna de este nombre; quizás Teodorico habrá querido designar á Heyn ó Haina fundada en 1140 á cinco leguas de Marbourg, segun Jongelinus, *Notitia abbatiarum ord. Cister.*

trasladado á Marbourg para ser colocado cerca del de Isabel en la iglesia que él habia comenzado para ella. Todavía hoy se ve su sepulcro, y sobre él la estatua del Duque piadosamente dormido en el Señor, y en la mano la disciplina que en las ruinas de Fritzlar presentó al pueblo para que le diesen golpes con ella ¹.

Este Conrado supo reparar sus yerros contra Dios é Isabel; pero no fue tan buen ejemplo imitado por su hermano Enrique Raspon, cuya vida se halla dolorosamente mezclada con la de los hijos de nuestra Santa, de que vamos á hablar ahora. Todos cuantos monumentos hacen mencion de ellos nos les presentan penetrados de reconocimiento hácia Dios que se habia dignado darles una Santa por madre, y justamente honrándose ante los hombres por distincion tan singular y gloriosa: así es que en sus cartas, lo mismo que en los escritos de oficio, siempre antes de los títulos de príncipes y nobles, ponian el de *hijo, ó hija de santa Isabel* ². Las dos niñas mas jóvenes, la segunda Sofia y Gertrudis,

¹ Véase el cap. XXXI.

² *Nos Sophia, filia beatae Elisabeth, landgravia Thuringiae, etc.* Carta de 1298. Gudenus, *Cod. di-*

acabaron tranquilamente sus dias en los asilos que la madre habia elegido para ellas, en medio de las vírgenes del Señor, la una en Kitzingen, y la otra en Aldenberg, cerca de Wetzlar. Ambas llegaron á ser abadesas de sus respectivos monasterios. Gertrudis fue elegida en 1249 y gobernó la Comunidad por espacio de cuarenta y nueve años; imitó á su santa madre en la piedad y caridad con los pobres, hasta el punto de que se le atribuyeron milagros, y siempre se la ha apellidado *Beata*. Murió en 15 de agosto de 1297 á los setenta años de edad; y á instancias del emperador Luis de Baviera el papa Clemente VI concedió indulgencias á los que celebraran su fiesta ¹. Todavía se conserva su sepulcro en Aldenberg, con otros muchos preciosos monumentos de su santa madre reunidos allí por ella con pio y cariñoso cuidado ². Los otros dos hijos de Isa-

plom. I, pag. 343. Su nieto Enrique tambien se firmaba *nepos S. Elisabeth*.

¹ La bula la traen los *Act. Sanct. August.* t. IV, pág. 142, *De beata Gertrude*.

² Tales son una casulla hecha de la tela de un vestido de la Santa, que era de terciopelo carmesí; una copa de plata dorada que le servia para dar de

bel, Hermann y Sofia la mayor, tuvieron bien diverso destino, y les cupo ser, como su madre, víctimas de la injusticia de los hombres.

Hermann, cumplidos en 1239 los diez y seis años de edad, entró en posesion de los Estados de su padre, gobernados hasta entonces por el duque Enrique. De allí á poco hizo á Francia, con objeto de visitar al rey san Luis, aquel viaje durante el cual la corte reunida en Saumur le tributó universal homenaje por ser hijo de quien era, segun vimos ya mas arriba; esmerándose la reina Blanca en las muestras que le dió de afectuosa ternura. Este jóven Príncipe se unió en matrimonio con Elena, hija del duque de Brunswick Oton; y cuando todo le anunciaba un porvenir feliz y brillante, murió en Creuzbourg, donde habia nacido, á los diez y ocho años de edad. Las gentes atribuyeron la precoz muerte del Príncipe á un veneno que por instigacion de su indigno tio Enrique le habia sido adminis-

ber a los pobres de su hospital; su anillo de novia (sobre el cual ha publicado Justi un trabajo notable) y otros varios objetos: parte de ellos fueron trasladados á la residencia del príncipe de Solms en el castillo de Braunfels. (*Justi*).

trado por una mujer llamada Berta de Seebach. Al espirar, manifestó el infortunado jóven el deseo de que le diesen sepultura en Marbourg al lado de su santa madre; mas Enrique, que al punto volvió á tomar las riendas del gobierno, no quiso ni aun dejarle este consuelo; y temeroso de que la madre le volviese á la vida, como con otros muertos lo habia hecho¹, dispuso que aquellos restos mortales fueran conducidos al monasterio de Reinhartsbrunn donde todavía puede verse la losa de su sepulcro inmediato al de su padre.

Enrique Raspon, ya dueño único y legítimo heredero de las vastas posesiones de la casa de Turingia, no tardó en ponerse á la cabeza de la oposicion que los ataques del emperador Federico II contra la independencia de la alta nobleza y los derechos de la Iglesia provocaban de cada dia con mas fuerza en Alemania. Fulminada por el papa Inocencio IV en el concilio de Lyon sentencia de destronamiento contra Federico, naturalmente se encontró el Duque de Turingia entre los llamados á reemplazarle. Lícito es creer, á pesar de sus protestas de incapacidad, que la corona impe-

¹ Rothe, pág. 1733; *Vita Rhyt.* § 44.

rial era el blanco de su ambicion suprema: ello es que el Papa le exhortó á trabajar con todas sus fuerzas en pro de la causa de la cristiandad, y al efecto le envió considerables subsidios; en vista de lo cual consintió en ser elegido rey de romanos en la Dieta de Francfort en 1246, y fue consagrado el año siguiente. Con bastante buen éxito emprendió la guerra contra Federico y su hijo Conrado; pero de la nueva dignidad gozó corto tiempo, pues en 1248 fue arrebatado por la muerte y no dejó sucesion, á pesar de haber sido tres veces casado. En esta extincion de su raza vió el pueblo el justo castigo de su perfidia contra Isabel, no menos que del crimen de que se le tenia por autor contra su sobrino¹. Esto no obstante, es de notar que el Príncipe habia dejado dispuesto el que su corazon fuera depositado en el convento de Dominicos fundado por él en Eisenach, como expiacion de las maldades que contra su cuñada cometiera.

Á consecuencia de esta prematura muerte quedó la Turingia entregada á todos los horrores de una larga guerra de sucesion. Extinguida en la persona del rey Enrique

¹ Rothe, 1729, *Vita Rhyt.*

la linea masculina de los antiguos Duques de Turingia, fueron sus vastos Estados devueltos á la linea femenina; y en consecuencia, se presentó á tomar posesion de los Estados de su padre, por sí y á nombre de su hijo Enrique llamado el *Niño*, á la sazón de edad de tres años, la mayor de las hijas de Isabel y del duque Luis, Sofia, casada segun ya vimos con el duque de Brabante, Enrique II el Magnánimo, célebre entre otros títulos por su afecto y devocion á la Orden del Cister. Sin dificultad fue la Princesa reconocida en Hesse, donde con gran sabiduría y entereza gobernó durante la minoría del Príncipe heredero. Mas por lo que hace á la Turingia, la Princesa halló un temible competidor en su primo hermano Enrique, llamado el *Ilustre*, margrave de Misnia, hijo de Guta, que era hermana del duque Luis y del rey Enrique. Al amparo de las discordias que estallaron en Turingia luego de muerto Enrique, y del general desconcierto que en todo el Imperio reinaba, logró hacerse dueño de una parte muy considerable de la Turingia, y especialmente del castillo de Wartbourg. No habiendo ya como en otros tiempos, desde el aniquilamiento de la casa de

Suabia, un emperador á quien todos respetaran y acudieran para terminar sus diferencias, en el santo Imperio romano, Sofia acudió á que la amparase un príncipe bizarro y amigo suyo, que era el duque de Brunswick Alberto, cuya hija fue desposada con el jóven Enrique de Brabante; mas en despecho del esfuerzo de este aliado y del valor con que la misma Sofia se presentaba á tomar parte en los trances de la guerra, el margrave Enrique logró asegurarse en el dominio de lo que tenia usurpado. Omitiendo los pormenores de esta lucha harto cruel, me limitaré á referir algunos significativos rasgos del carácter de Sofia; rasgos que demuestran cómo el pueblo, fiel á la memoria de la amada Santa, se complacía en embellecer su memoria con todo el prestigio de la poesia y la tradicion.

Se cuenta, por ejemplo, que en la primera conferencia que Sofia tuvo con el Margrave, éste se manifestó bastante dispuesto á oír á su prima; mas durante la conversacion, el señor de Schlottheim, mariscal del Margrave, tomándole aparte le dijo: «Señor, ¿qué es lo que vais á hacer? «Si fuera posible que tuiérais un pié en

«el cielo y otro en Wartbourg, debiérais «retirar el del cielo para mejor sujetar á «Wartbourg.» El Margrave se dejó persuadir y fué á decir á la Duquesa: «Amada «prima, yo necesito pensar este asunto y tomar parecer de mis vasallos.» Sofia al oírlo rompió en amargo llanto, y quitándose el guante de la mano derecha lo arrojó al aire diciendo: «¡Oh enemigo de toda justicia! á tí digo, Satanás, y te arrojó mi «guante para que lo arrebatas con todos «los pérfidos consejeros.» El guante desapareció por los ayres, y al poco tiempo el consejero murió de mala muerte¹.

En otra conferencia celebrada mas adelante (1254), perdidas ya por Sofia las esperanzas de convencer á su rival con razones, ni reducirle por la fuerza, creyó que podía confiar á lo menos en su religion; y al efecto, sacando una costilla que traia de su santa madre, exigió del Langrave que sobre aquella sacra reliquia de la mujer que tanto honrara la Turingia, jurase estar persuadido y cierto de la justicia y razon de sus derechos en aquella contienda. Burlada quedó la noble y tierna confianza

¹ Grimm, Deutsche Sagen, ex Rothe.

de la hija en la influencia de la memoria de la madre y la conciencia del adversario, pues Enrique juró con la mayor frescura, y otros veinte caballeros apoyaron tambien este juramento.

Cual si quisieran expiar su ingratitud de otro tiempo para con santa Isabel, estaban ahora enérgicamente declarados y decididos los habitantes de Eisenach en favor de Sofia su hija, llegando su arrojo hasta poner sitio al castillo guarnecido por las tropas del Margrave, y construyendo al efecto dos fuertes con el designio de bloquearlo mejor. Pero Enrique sorprendió de noche la ciudad, y apoderándose de ella por traicion, hizo matar á los principales vecinos partidarios de la hija y nieto de Isabel; y para espanto de los que dejaba con vida, mandó que el mas decidido de estos partidarios fuese amarrado á una máquina de guerra y lanzado por ella á la ciudad de Eisenach desde lo alto del castillo. El intrépido ciudadano mientras caía por los aires iba gritando todavía: «Mal que os pesa, la Turingia pertenece al de Brabant.» Y hasta tres veces, dice la tradicion, sufrió el mismo suplicio, y repitiendo siempre: «La Turingia pertenece al de Brabant.»

«te;» y que no murió hasta que cayó la vez tercera ¹.

Poco despues de esto habiéndose presentado la duquesa Sofia delante de Eisenach, llegóse á la puerta de San Jorge, la cual halló cerrada. Intimó á los de adentro que la abrieran; y como no le respondiesen, tomó una hacha, y dando con ella un fuerte golpe contra las sólidas tablas de encina de la puerta, hizo una profunda incision que doscientos años despues aun se veia en ella ².

Por último, el duque Alberto, completamente batido en 1263 y prisionero en poder del hijo del Margrave, tuvo que acceder á un arreglo definitivo. Por él debia renunciar Sofia á todas sus pretensiones sobre la Turingia, que entraba en la plena propiedad y dominio de la casa de Misnia; y en cambio la soberania de Hesse quedaba garantida á su hijo Enrique el Niño y á sus descendientes; subsistiendo hasta hoy esta division de las dos provincias, de modo que las actuales casas de Hesse y Sajonia descienden de los dos príncipes rivales cuyos derechos quedaron fijados por

¹ Grimm, Deutsche Sagen. ex Rothe.

² Ad Ursin.

este tratado. Sofía no murió hasta cumplidos los sesenta años en 1284, despues de una vida enteramente consagrada á la prosperidad de su país y de su familia. Sus cenizas reposan en Marbourg, y en el mismo sepulcro que las del hijo, dentro de la iglesia consagrada á su santa madre. Sobre la tapa del sepulcro está la estatua de Sofía, acostada, cruzadas las manos en actitud de orar, á la usanza de los tiempos católicos, y junto á sí la imagen de aquel hijo, todavía niño, objeto constante de su maternal solicitud y cuidados: los ósculos de los peregrinos han desgastado el rostro de aquella estatua á fuerza de transmitirle parte del amor á la madre, que les traía á aquel templo desde apartados países.

Enrique I, llamado el Niño, hijo de Sofía y nieto de Isabel, primer soberano de Hesse como Estado independiente, reinó hasta 1308 con mucha gloria y rodeado del afecto de sus vasallos, á quienes protegía eficazmente contra las rapiñas é invasiones. Murió de sesenta y cinco años, á pesar de que, segun acabo de decir, se le representa como pequeño niño en el sepulcro que le es comun con su madre. Este

Principe es el tronco de las diferentes ramas de la casa de Hesse, unidas en alianza con la mayor parte de las familias soberanas de Europa, comunicándoles así el glorioso privilegio de tener por abuela á la ilustre santa Isabel ¹.

Tras de estos pormenores acerca de los descendientes de la Santa, permítaseme decir dos palabras acerca de los santos personajes de la familia de donde procedía, y sobre los cuales no pudo menos de influir poderosamente su ejemplo. De la linea ma-

¹ Véase la dedicatoria del P. Apolinar á la reina María Teresa, esposa de Luis XIV. Casi todas las familias que hoy reinan en Alemania y en Europa, descienen por consiguiente de santa Isabel, como tambien muchas de las casas de la antigua nobleza inmediata del Santo Imperio. Al final de mi *Coleccion de monumentos de la historia de santa Isabel*, se hallarán los cuadros genealógicos sacados de las fuentes mas auténticas que establecen esta filiación para las casas siguientes: Anhalt; Baden; Baviera; Borbones de Francia, de Orleans, de España, de Luca y Sicilia; Dinamarca; Furstenberg; Hanover; Hesse en todas sus ramas; Holstein-Beck; Lorena-Austria; Merode; Mecklemburgo; Módena; Nassau-Orange; Prusia; Cerdeña; Sajonia Real; Weimar y Altenburg; Schwartzbourg-Rudolstadt; Solms; Stolberg; La Tour y Taxis; La Tremouille.

terna¹, le sobrevivió su tía santa Heduwigis, duquesa de Polonia y Silesia; y si ya vimos que la fama de la piedad de esta Princesa tal eficacia tuvo para con Isabel niña², no repugna creer que á su vez Heduwigis redobló su fervor y austeridades al oír las maravillas que de la vida de su jóven sobrina referían todos, y de todo punto al saber que se hallaba solemnemente proclamada su feliz inmortalidad en el cielo y en la tierra. Tan rara y precoz santidad no podía menos de poner espuelas al deseo de seguir las huellas de quien, mas jóven que ella, le había sin embargo tomado la delantera para el puerto de salud á donde ambas debían arribar con tanta gloria. Cuando Isabel murió, enviaron á la Duquesa un velo del uso de nuestra Santa, reliquia preciosa que miró ella con veneracion la mas grande, llevándola consigo hasta el postrer suspiro; y cierto que nadie mejor que ella podía hacer uso de este simbólico adorno. Unida en matrimonio á los doce años de

¹ La casa de Meran había ya producido muchos santos personajes, entre otros á san Oton, obispo de Bamberg y apóstol de la Pomerania; á santa Mechtilde su hermana, abadesa de Diessen, etc.

² Véase el cap. I de esta Historia.

edad con el duque Enrique el Barbudo, era aun sumamente jóven cuando ya tenia seis hijos; dando esta circunstancia soberano realce al voto que ambos cónyuges hicieron de vivir de allí para adelante como hermanos y nada mas. Heduwigis recabó de su marido que fundara una grandiosa abadía para monjas del Cister en el sitio mismo en que el Duque cayera en una laguna, de la cual le sacó un Ángel alargándole una rama de árbol; y al monasterio se le llamó *Trebnitz* que en polaco significa *nada*; pues habiendo el Duque preguntado á las nuevas religiosas, ¿qué cosas eran las que habían menester? ellas respondieron que no necesitaban de nada (*trzeba nic*). Heduwigis hizo que eligieran abadesa de esta casa á su hija Gertrudis; y ella misma no tardó en retirarse tambien allá, y con permiso del esposo tomó el hábito de religiosa, mas sin pronunciar el voto de obediencia y pobreza á fin de no verse privada de los medios y facultad de hacer limosnas. Pasó el resto de sus dias rivalizando con su santa sobrina en humildad y mortificaciones tan extraordinarias y de austeridad tan inaudita, atendido lo débil y extenuado de aquel cuerpo, que no sabe uno

que admirar mas al leer su relato; si la indomable fuerza de su voluntad, ó lo maravilloso de los auxilios que el Señor concede á la naturaleza caída, pero ansiosa de volar y remontarse hácia él. Siempre y en todas cosas buscaba para sí el último lugar; pues íntimamente penetrada del espíritu que salvó á la cananea del Evangelio inspirándole el deseo de pedir á Jesús las migajas de pan que caian de la mesa de los hijos de Dios, Heduwigis no tomaba muchas veces otro alimento que las migajas caidas de la mesa de los monjes y religiosas, á quienes se complacia en servir como humilde criada. Empero la caridad por lo inmenso y la compasión por lo inagotable eran las virtudes en que rivalizaba con la amada santa Isabel. «Tan tierno corazón tenía, dice un piadoso biógrafo, que á nadie podía ver llorar sin derramar ella también lágrimas abundantes, ni había para aquella alma descanso, si á los otros veía en amargura y desconsuelo... Siempre á su mesa había pobres comiendo, y ella les servía de rodillas... Frecuentemente, y no habiendo nadie que de ello se apercibiera, besaba la tierra que pisaban los pobres, honrando en ellos á Jesucristo, el cual, siendo rey de gloria,

«se hizo pobre por nosotros. Tal era la pasión y ternura con que amaba á los pobres y á la pobreza, que les compraba los «mendrugos de pan recibidos de limosna «de mano de los monjes, y luego se los comía, y al comerlos los besaba cual si fueran pan de Ángeles y cosa consagrada y «santa. En honra de nuestro Redentor Jesús y de sus doce Apóstoles tenía escogidos trece pobres de los mas infelices y «llagados, y los llevaba consigo á todas partes, haciéndolos alojar cómodamente y comer en presencia suya, sirviéndoles la «comida con sus propias manos. Y cuando «ella se ponía á comer les enviaba los mejores bocados, y su gran caridad no le permitía olvidarlos en ninguna ocasión, pues «aun cuando no mas que una pera le presentasen delante, no la encontraría buen «gusto si los pobres no la probaban primero que ella.¹»

Á los vasallos y siervos nunca permitía apremiarlos para el pago de rentas y pechos; y sin cesar asistía á la vista de las causas de los pobres, sucediendo que si veía á los jueces inclinados á la severidad,

¹ Ribadeneira, *Flos Sanctor.*

hacia que la sentencia fuese pronunciada por el capellan que la acompañaba.

Su esposo, en cuyo pecho rivalizaba el respeto con el amor hacia ella, imaginó la traza mas tierna de darla un testimonio de la simpatía que sentia al verla tan compasiva con los pobres; ordenó que siempre que Hedwigis pasara por delante de las cárceles públicas, fueran al punto abiertas las puertas y los presos puestos en libertad por amor á ella.

Rayaba en lo mas vivo su fervor en todos sus ejercicios de piedad: cada dia oia la misa de cuantos sacerdotes tenia cerca de sí, asistiendo á ella con gran devocion y abundantes lágrimas. Devotísima tambien sobre todo de la santísima Virgen, de continuo llevaba consigo una pequeña imagen de esta Madre divina, dirigiéndole á menudo la palabra con tanta simplicidad, bendiciendo con ella á los enfermos, y obteniendo así muchas veces la curacion de las dolencias que padecian. Habiendo su esposo caido herido en manos de su rival el duque Conrado, fué sola y á pié al encuentro del encarnizado rival, todo orgulloso con su victoria; el cual al verla creyó tener delante de sí á un Ángel, y sin la me-

nor resistencia ni réplica le concedió al punto la paz, y la libertad del esposo. Este pereció al poco tiempo, y lo mismo su hijo Enrique, amado por ella con la mas viva ternura, combatiendo contra las hordas de los tártaros por la fe y la independencia de la Europa. Soportó una y otra desgracia con aquella resignacion y calma que infunde el amor supremo; mas no tardó ella tambien en morir á poco de esta dolorosa y cruel separacion. El dia de la Natividad de Nuestra Señora de 1243 la religiosa que la servia vió que venian á visitar á Hedwigis muchas hermosas doncellas reunidas y resplandecientes de luz sobrehumana, á las cuales saludó muy alegre la ilustre viuda en estos términos: «Salud, amadas santas y buenas amigas Magdalena, Catalina, «Tecla, Úrsula y vosotras cuantas venís á verme.» El coloquio continuó en latin, y ya la monja no pudo comprender lo que hablaban. El dia 15 de octubre siguiente exhaló su espíritu bendiciendo al Señor; y acreditada su santidad con numerosos milagros, el papa Clemente IV la canonizó en 1267. La traslacion solemne se hizo al año siguiente; y al desenterrar el cuerpo se observó que tenia fuertemente apretada entre

las manos aquella pequeña imagen de la Virgen de la que nunca se separaba en vida, y á la cual tanto habia amado.

Mientras tan gran lustre comunicaba santa Heduwigis á la línea materna de Isabel, la influencia de nuestra amada Santa producía frutos, si no mas preciosos, en mayor número todavía en su familia paterna, aquella casa de Hungría, única que entre todas las casas reales de Europa contaba ya en su seno tres reyes canonizados, san Estéban, san Emerico ¹, y san Ladislao ². Bela IV, hermano de nuestra Isabel y sucesor de su padre Andrés, se mostró digno hermano de tal hermana, y digno padre también de otras dos Santas, por la piedad, valor y resignación que desplegó durante treinta y cinco años de reinado, que fueron otros tantos de lucha contra los victoriosos tártaros. En 1244 autorizó por medio de un diploma la erección de una iglesia en honor de su hermana por dos fieles servidores, David y Furkas, que la habían acompañado á Turingia ³. Después, como seducido y arrastrado por su ejemplo, se

¹ Ambos canonizados por Benedicto IX en 1036.

² Canonizado por Celestino III en 1191.

³ El original de esta pieza se encuentra en Pray.

hizo agregar á la Tercera Orden de san Francisco, y mandó que le enterrasen en la iglesia fundada por los Franciscanos en Estrigonia bajo la advocación de santa Isabel, á pesar de la oposición que halló este pensamiento en los que le aconsejaban no abandonar el antiguo enterramiento de los reyes sus predecesores ¹. El hermano segundo de nuestra Santa, Coloman, parece todavía mas poseído y embriagado del perfume que exhalaba la vida de su hermana ². Casado con una princesa polaca de singular hermosura, llamada Salomé, hija del Duque de Cracovia, con la cual le habían desposado y se habia educado desde la edad de tres años, hizo juntamente con ella desde el primer día de su desposorio voto perpétuo de castidad observado con la fidelidad mas pura y escrupulosa. Elegido rey de Galicia, defendió esta parte de la Polonia contra el tártaro, y murió gloriosamente combatiendo contra ellos en favor de su Dios y de su patria. Su viuda fundó un convento de Franciscanos y otro de Clarisas, tomando ella también en este segundo el velo de religiosa, y viviendo en él

¹ *Cod. Heidelb.* 110; Wadding, 2.º, pág. 392.

² Wadding, loc. cit.

hasta el fin de sus días ejercitándose en las virtudes mas heróicas, y honrada con particularísimos favores de la misericordia divina. El día de su muerte (1268) se oyó por los aires una dulce armonía de voces que cantaban: *Fronduit, floruit virgula Aaron*. Como notase cierta religiosa que su semblante expresaba una extremada alegría y que se sonreía complaciente, le dijo: «¡Qué, Señora! ¿veis por ventura alguna cosa que pueda alegraros en medio de tantos dolores?—¡Ah! sí, respondió la feliz paciente, veo á mi Señora la Virgen santísima Madre de mi Señor, cuya vista me regocija lo que no cabe explicar.» Al despedir el postrer suspiro, se vió salir de sus labios una estrellita que se remontó al cielo ¹.

Mas las hijas de Bela IV, sobrinas por consiguiente de Isabel, y, por razon del sexo, mas relacionadas que su padre con la que era la honra de la familia, quisieron tambien rivalizar con ella en la austeridad y santidad de vida. Una de ellas, conocida en los anales de la Iglesia con el nombre de la beata Margarita de Hungría ², tuvo

¹ Wadding, t. V, pág. 285.

² Nació en 1242, murió en 1270.

toda la vida por pensamiento dominante el ejemplo que le habia dejado la gloriosa Santa su tia ¹; y en todas sus acciones se reveló siempre muy clara esta tendencia suya. Su madre María, hija del Emperador de Constantinopla, la dedicó, ya antes de nacer, al Señor en ofrenda expiatoria á fin de obtener del cielo algun alivio á los males que los tártaros causaban á la Hungría; y como si el Señor hubiera querido dar pruebas de aceptar aquel sacrificio, el nacimiento de esta niña fue la señal de una brillante victoria conseguida contra los infieles: sus piadosos padres, fieles al voto, la hicieron entrar á la edad de tres años y medio en un convento de Dominicas. Dotada de una inteligencia y ardor sumamente precoces y superiores á sus años, tomó allí á los doce años el velo, no obstante que su angelical belleza y elevada cuna le hubieran proporcionado el enlace con un poderoso príncipe de los muchos que se disputaran su mano; mas ella pasó allí el resto de su fugaz existencia, pues falleció de edad de veinte y cuatro años. Este tiempo, tan corto en la apariencia, supo ella convertirlo

¹ Castiglio, *Hist. gener. de san Domenico e del suo Ordine*, part. I, lib. III, pág. 351.

en riquísimo y repleto tesoro de obras de caridad, de actos de piedad muy fervorosa y sobrehumanas austeridades; en una palabra, todo cuanto puede desarrollar en un corazón puro el amor divino y producirlo á lo exterior. María y la cruz eran los caminos por donde ella elevaba sobre todo este amor hácia aquel que era su blanco y objeto: así es que nunca nombraba á la Virgen sin añadir al punto: *Madre de Dios y esperanza mía*. Tenia cuatro años cuando por primera vez le llamó la atención una cruz, y preguntó á las religiosas: «¿Qué significa este leño? — En un leño como este, le contestaron, derramó el Hijo de Dios su sangre por la salvación del mundo.» Y oyendo esto ella, se arrojó contra la cruz y la besó arduosamente¹. Desde entonces nunca vió una cruz, que no se postrara luego para adorarla; y antes de quedarse dormida, colocaba sobre sus párpados un Crucifijo para que éste fuera el primer objeto que hiriera sus ojos al abrirlos por la mañana. Dios le concedió á la vez el don de milagros y el de profecía, juntamente con la gracia de reinar en los corazones de sus compatriotas, no obstan-

¹ Castiglio, loc. cit.

te que nunca se movió de su convento; y tal era la encantadora gracia y el primor con que sabia sazonar los servicios y cuidados de que eran objeto los pobres y enfermos que acudian á ella, que mucho tiempo después de muerta se decía aun en Hungría á modo de proverbio para designar una cosa hecha con desagrado ó desmaña: «En verdad que no va eso á lo sor Margarita.» Á la edad de veinte y ocho años la llevó Dios para sí, arrancándola á su familia, á su patria y á la Orden de que era honra y orgullo, para reunir la con santa Isabel en el cielo.

Su hermana Cunegundis ó Kinga, casada en 1239 con Boleslao el Púdico, duque de Polonia, recabó de su marido el hacer juntos solemne y público voto de castidad perpétua que ambos observaron escrupulosamente durante los cuarenta años de matrimonio. Habiendo quedado viuda en 1279, al mismo tiempo que su tercera hermana Yolanda casada también con otro Boleslao, duque de Kalisz en Polonia, resolvieron ambas tomar el velo; y después de repartir toda su hacienda á los pobres, así lo pusieron por obra entrando juntas, á imitación de su tía Salomé, en un convento de Clari-

sas, Orden que parece haber ejercido irresistible atractivo sobre las princesas de este siglo. Ejemplo de grandes austeridades y favorecida con el don de milagros, Cunegundis murió en 1292. Como santa y patrona del país la ha mirado siempre la Polonia; su sepulcro ha sido objeto de la fervorosa veneracion de todas las razas eslavas, y de numerosas y devotas romerías; el lunes de cada semana estaba consagrado de una manera especial á su memoria ¹. Se conservan aun las oraciones usadas por estos peregrinos: en ellas se invocaba á la bienaventurada Cunegundis juntamente con la santa Virgen y santa Clara ². Á los tres siglos despues de su muerte, léjos de enfriarse la devocion que de tanto tiempo atrás inspiraba, Segismundo rey de Polonia dirigió al papa Urbano VIII una carta suplicándole con vivísimas instancias la canonizacion oficial de aquella á quien los polacos proclamaban ya desde tres siglos su Santa tutelar y patrona. En 1690 Alejandro VIII aprobó el culto público que se le daba; y mas tarde Clemente XI la reco-

¹ Wadding, ad 1292, t. V, pág. 312. Vid. *Bolland. Act. Sanct. Julii*, die 14.

² Wadding, loc. cit.

noció solemnemente por patrona de la Polonia y la Lituania ¹.

Hoy es su memoria venerada de un modo especial por las sencillas y piadosas poblaciones que habitan las vertientes de los montes Karpatos del lado de la Polonia; sitios en que ella habitó largo tiempo y en que fundó muchas iglesias y monasterios. Corren entre aquella devota poblacion multitud de tradiciones tiernas acerca de esta Santa; y segun lo que últimamente me escriben de Polonia, reina allí su memoria en los pechos católicos tan fresca y viva, cual si la Santa hubiera fallecido hace no mas unos pocos años.

Y como si Dios hubiese en cierto modo destinado á esta casa de Hungría para plantel del cielo, las princesas de esta bendita familia, casadas como Isabel con príncipes extranjeros, que personalmente no brillaron de una manera especial, parece tuvieron á lo menos el privilegio de dar Santas á luz. Así es que Yolanda, hermana de Isabel y esposa del rey de Aragon Jaime el

¹ Un apéndice de Wadding al tomo V, pág. 432, nos revela la existencia de otra sobrina mas de Isabel, hermana de las bienaventuradas Margarita, Cunegundis y de Yolanda, llamada Constanca, monja tambien clarisa, que falleció en 1300.

Conquistador, fue abuela de santa Isabel de Portugal; y Constanca, hermana del rey Andrés, fue madre de aquella Inés de Bohemia tan elogiada, según ya vimos en el capítulo XXXII de esta Historia, por el Sumo Pontífice en su carta á Beatriz, esposa del rey de Castilla san Fernando. Después de haber rehusado la mano del Rey de Inglaterra, del Rey de romanos, del emperador Federico II, aun á riesgo de atraer sobre su patria todas las calamidades de la guerra; después de haber vivido cuarenta y seis años en su monasterio ceñida con el cordon franciscano y andando descalza por el camino de Clara é Isabel, ejemplarísima en la humildad, caridad y pobreza, Inés murió en 1283, y desde entonces la han venerado siempre como Santa la Bohemia y la Alemania; bien que la Santa Sede no haya tenido á bien acceder á las instancias que para su canonizacion solemne le dirigió el emperador Carlos VI, quien dos veces debió el salvar la vida á el haberla invocado fervoroso.

Por lo que toca á santa Isabel de Portugal, casi fuera necesario un libro entero para referir todos los rasgos ¹ de su inte-

¹ A Mr. Fernando Denis, tan conocido por sus

resante, tierna y gloriosa vida; pero no me es posible consagrarle sino algunas lineas. Nacida en 1271 de Pedro rey de Aragon y de Constanca de Sicilia, parece como que el nombre que le pusieron la predestinaba á la gloria del cielo; puesto que, en desprecio del uso, generalmente seguido en España, de poner á las princesas el nombre de la madre ó de la abuela, le pusieron no obstante el de Isabel, que era la tia materna de su padre. Á la edad de quince años la casaron con Dionisio rey de Portugal; pero lejos de encontrar, como su santa Patrona, un esposo tierno y digno de ella, padeció mucho tiempo en su compañía abrumada por malos tratamientos y desconsolada por sus infidelidades. No por eso dejó ella de cumplir mejor con los deberes de esposa cristiana, ni de poner en juego

bellos estudios sobre la historia y literatura de España y Portugal, debo la indicación de una vida especial de esta Santa, cuyo título es: Vida de santa Isabel reina de Portugal, canonizada por N. S. P. el papa Urbano VIII á 25 de mayo de 1625, recogida y publicada en latin por el R. P. Hilarion de Costa, predicador de los Mínimos, y puesta en francés por Santiago de Cougnée. París 1628, 1 vol. en 8.º.— Los Bolandos citan el original en el tomo II de los Santos de julio.

todos los resortes de la ternura, del cariño y de la inalterable paciencia á fin de traerle á buen camino. A las señoras que la reprendian por su demasiada tolerancia, solia responder: «¿ Es razon que por los pecados del rey renuncie yo á la virtud de la paciencia, y añada así mis pecados á los suyos? No; vale mas tomar á Dios y sus Santos por confidentes de mi deshonra, y tratar de ablandar el corazon de mi esposo por medio de la dulzura ¹.» Sin embargo, indignado el primogénito de los hijos legitimos al ver el comportamiento del padre, se rebeló contra él; lo cual dió por resultado que el padre mirara á Isabel como cómplice de esta rebelion, y que en castigo del supuesto delito la despojara de su dote y demás bienes, y mandara encerrarla en una fortaleza. En cuanto la inocente Reina pudo salir de este injusto encierro, cuidó ante todas cosas de reconciliar al padre con el hijo; y viendo que sus esfuerzos al intento eran inútiles, escogió el momento en que ambos ejércitos, ya formados en batalla, iban á llegar á las manos, para montar á caballo y entrarse sola por entre las dos filas de combatientes y

¹ Kochem, pág. 850.

en medio de una granizada de flechas, pidiendo á gritos y suplicando que cesase aquel feroz combate. Los soldados, menos inexorables que sus jefes, al ver semejante rasgo de abnegacion rindieron las armas, y pusieron de este modo al padre y al hijo en el caso de tratar de la paz. Algun tiempo despues logró restablecer la union entre dos hijos suyos que estaban metidos en una cruel guerra, y luego tambien entre su hermano el Rey de Aragon y su yerno el de Castilla, á instancias de los pueblos de España que la impusieron por mediadora á sus respectivos soberanos. De esta suerte mereció que la Iglesia universal le diera el glorioso titulo de *madre de la paz y de la patria* ¹. Atacado su esposo de una enfermedad mortal, quiso ella ser la única á prestarle todos los servicios mas incómodos y penosos, y la que recogiera su postrer aliento. Despues de lo cual vistió el hábito de la Tercera Orden, pues á prevenicion le tenia ya guardado en su armario á fin de ponérselo desde el primer momento

¹ Elisabeth pacis et patriae mater, in coelo triumphans, dona nobis pacem. Antífona del Magnificat en la fiesta de la Santa. (*Breviario romano*, 8 de julio).

de su viudez. En sufragio del alma de su esposo hizo una peregrinacion á Compostela, y con la misma intencion ofreció allí la corona de pedrería que llevaba puesta el dia de su boda. El resto de sus dias lo pasó en la práctica de todas las virtudes, sirviendo diariamente á treinta pobres en un hospital construido á su costa cerca de su palacio bajo la advocacion de su santa Patrona, con quien queria competir en caridad y penitentes rigores no menos que en la observancia de todas las ceremonias de la Iglesia. Gustaba sobremanera asistir á los oficios y música religiosa, y cada dia oía dos misas con música, y la primera de ellas á la intencion de su marido difunto. Un año antes de morir quiso volver á Compostela, pero á pié, disfrazada de aldeana y pidiendo limosna, á fin de que no la conociesen ni la importunase la veneracion en que la tenia el pueblo. En fin, en 1336, habiendo su hijo el Rey de Portugal declarado la guerra al Rey de Castilla, yerno de ella tambien, Isabel sin arredrarse por lo avanzado de su edad resolvió emplear las fuerzas que le restaban en emprender una jornada de siete dias para tratar de reconciliar á los dos monarcas: lo consiguió en

efecto; pero esta victoria fue la última que alcanzó, pues la fatiga del viaje tan largo en el rigor del estío la puso á las puertas del sepulcro. «Ved, decia la víspera de su «muerte, ved á la Virgen santísima vestida de blanco que viene á anunciarme la «dicha que me aguarda.» El dia 8 de julio entregó su espíritu al Señor; y á los tres siglos de su tránsito el papa Urbano VIII la canonizó con solemnidad muy grande, y compuso por sí mismo el oficio para la festividad de la Santa, uno de los mas hermosos de la liturgia romana ¹. De este modo se halló dos veces consagrado en el cielo y la tierra este hermoso y dulce nombre de Isabel, que tantas veces he repetido, y tan suave me es el repetir siempre ².

¹ Bzovius, *Ann. eccl. t. XIV, ad ann. 1336.—Chron. Minor. p. II, lib. VIII, c. 26.*

² *Saepe fatae et semper dulciter nominandae Elisabeth. Dict. IV Ancill. pag. 2011.*—No puedo terminar esta sacra genealogía de la casa de Isabel sin recordar que san Luis de Sicilia, obispo de Tolosa, una de las mas bellas glorias de la Orden seráfica, era sobrino segundo suyo, como hijo de Carlos el Cojo, rey de Sicilia, y de María de Hungría hija de Estéban V, sobrino de Isabel. Debo tambien advertir que cuantas veces doy en este capítulo el nombre de *santo* ó de *beato* á aquellos á quienes todavía la Iglesia no ha investido solem-

CAPÍTULO XXXIV Y ÚLTIMO.

De la hermosa iglesia construida en Marbourg en honor de la amada santa Isabel; y de como sus reliquias fueron profanadas, y tambien del fin de esta Historia.



Ave, gemma speciosa,
Mulierum sidus, rosa,
Ex regali stirpe nata,
Nunc in coelis coronata:
Salve, rosa pietatis;
Salve, flos Hungariae;
Salve, fulgens margarita,
In coelesti sede sita;
Roga Regem malestatis
Ut nos salvet hodie,
Lumen mittens caritatis
Ac coelestis gratiae.

(Antiguo Oficio de santa Isabel).

De la cadena de Colinas que circunda la cuenca bañada por la tortuosa corriente del Lahn se destaca hacia el centro una eminencia cuya cima está coronada por el antiguo castillo gótico construido por el namente con este carácter, es siempre en la inteligencia de una completa sumision á su autoridad soberana, y particularmente al tenor del decreto de Urbano VIII sobre esta materia.

nieto de Isabel: sobre los flancos y al pié se agrupan las casas y los jardines de la ciudad y de la universidad, alzándose entre la base del monte y las orillas del rio, que forma como un ceñidor al rededor del muro de la ciudad, las dos esbeltas torres y las altas naves de la iglesia de Santa Isabel. Fuera de puertas, las verdes praderas y lindos jardines, las dilatadas y bellas calles de árboles atraen al viajero hasta conducirlo bajo la vetusta umbria que cubre las colinas inmediatas, desde donde puede contemplar á su sabor la rara belleza de este panorama. Si es que no me seduce el afecto que me inspira todo cuanto está santificado por la memoria de Isabel, no temo asegurar que, exceptuando la Italia, no creo haber visto sitio mas pintoresco, mas seductor y mas en armonía con los recuerdos que se sabe están unidos á él. En cualquiera direccion que se recorran las inmediaciones de Marbourg de cara á la ciudad, siempre se nota la misma belleza bajo aspectos variados hasta lo infinito: el suave y puro carácter de las márgenes del Lahn; las admirables proporciones de la catedral; aquel majestuoso alzarse y descollar sobre todo cuanto hay á su lado; la

CAPÍTULO XXXIV Y ÚLTIMO.

De la hermosa iglesia construida en Marbourg en honor de la amada santa Isabel; y de como sus reliquias fueron profanadas, y tambien del fin de esta Historia.



Ave, gemma speciosa,
Mulierum sidus, rosa,
Ex regali stirpe nata,
Nunc in coelis coronata:
Salve, rosa pietatis;
Salve, flos Hungariae;
Salve, fulgens margarita,
In coelesti sede sita;
Roga Regem malestatis
Ut nos salvet hodie,
Lumen mittens caritatis
Ac coelestis gratiae.

(Antiguo Oficio de santa Isabel).

De la cadena de Colinas que circunda la cuenca bañada por la tortuosa corriente del Lahn se destaca hácia el centro una eminencia cuya cima está coronada por el antiguo castillo gótico construido por el namente con este carácter, es siempre en la inteligencia de una completa sumision á su autoridad soberana, y particularmente al tenor del decreto de Urbano VIII sobre esta materia.

nieto de Isabel: sobre los flancos y al pié se agrupan las casas y los jardines de la ciudad y de la universidad, alzándose entre la base del monte y las orillas del rio, que forma como un ceñidor al rededor del muro de la ciudad, las dos esbeltas torres y las altas naves de la iglesia de Santa Isabel. Fuera de puertas, las verdes praderas y lindos jardines, las dilatadas y bellas calles de árboles atraen al viajero hasta conducirlo bajo la vetusta umbria que cubre las colinas inmediatas, desde donde puede contemplar á su sabor la rara belleza de este panorama. Si es que no me seduce el afecto que me inspira todo cuanto está santificado por la memoria de Isabel, no temo asegurar que, exceptuando la Italia, no creo haber visto sitio mas pintoresco, mas seductor y mas en armonía con los recuerdos que se sabe están unidos á él. En cualquiera direccion que se recorran las inmediaciones de Marbourg de cara á la ciudad, siempre se nota la misma belleza bajo aspectos variados hasta lo infinito: el suave y puro carácter de las márgenes del Lahn; las admirables proporciones de la catedral; aquel majestuoso alzarse y descollar sobre todo cuanto hay á su lado; la

graciosa y pintoresca disposicion de todas las casas antiguas, no menos que de las torres del viejo castillo, todo embelesa y encanta la vista: créese ver allí realizado uno de aquellos lindos paisajes que, en la lontananza de las escenas que representan, nos ofrecen todavía las miniaturas de los antiguos misales y los cuadros de las escuelas de la pintura católica.

Tengo, pues, por imposible el no admirarse y cobrar aficion á esta bella ciudad de Marbourg, aun cuando allí se llegue, segun á mí me aconteció al principio, sin idea alguna de los tesoros que encierra: pero ¡cómo suben de punto estos afectos al buscar allí las huellas de Isabel, al tropezar por doquiera con recuerdos de la amada Santa, y al contemplar su nombre grabado en la memoria de todos, repetido por todos los labios y por todos los monumentos! Aun quedan en pie porciones antiquísimas del convento y del hospicio fundado por ella, y en el cual murió segun vimos: ambos edificios hoy degradados, que sirvieron por largo tiempo de residencia al gran baillío de la Orden Teutónica en Hesse, rodean la iglesia, separándola del rio y contribuyendo á formar todavía un con-

junto de aire vetusto y pintoresco; llamando sobre todo la atencion un gran trozo de fábrica coronado por perútanos formando una escalinata, sitio que una tradicion constante, apoyada por muchos historiadores, designa como el punto donde murió la Santa, y es llamado la *Enfermeria*.

La puerta de la ciudad mas inmediata á la iglesia se llama la puerta de Santa Isabel; á algunos pasos de allí, sobre el camino que guia al lindo pueblecito de Wherda, se ve una fuente de tres caños, cuyo nombre es tambien *Elisabethsbrunn*, donde lavaba ella con sus propias manos la ropa de los enfermos: una gran losa de piedra azul sobre la cual se arrodillaba al ocuparse en esta áspera labor, fue trasladada á la iglesia, y allí se la ve todavía. Andando un poco mas, se llega al *punte de Isabel*, y luego al *molino de Isabel*, construccion cuyo origen es sin duda contemporáneo de la Santa. De la parte opuesta de la ciudad, la calzada del puente que se atraviesa viniendo de Cassel conduce hasta la fachada de la iglesia, pasando por la base del monte, en cuya cima está el castillo, y á lo largo de las deliciosas sombras del jardin botánico: esta calzada conserva todavía el nom-

bre de *Piedra de los peregrinos*; recuerdo de las dilatadas filas de peregrinos que por espacio de tres siglos han visto los habitantes de Marbourg venir de todos los puntos de Alemania, y de la cristiandad misma, á visitar el santo sepulcro, y cuya afluencia tanto contribuyó á la prosperidad de la ciudad que antiguamente era no mas que un pueblo abierto y reducido ¹.

Hasta el mismo severo Conrado ha obtenido allí su consagración popular; una fuente llamada *Mænchsbrunn* tiene por remate su estatua con hábito de monje y un gran libro abierto y apoyado contra el pecho: el pueblo dice allí que todas las noches á las doce vuelve la estatua una hoja de este libro.

Hablemos ya de la célebre iglesia, que sobre todo otro lugar y sitio forma la especial herencia y producto de la gloria de Isabel. Alzase el templo, segun dije, á orillas del Lahn al pié de la montaña del castillo, enfrente de una elevada cresta que enlaza esta especie de promontorio con las alturas vecinas. Está construido sobre un terreno flojo y pantanoso, que por esta razon ha debido ofrecer á los arquitectos

¹ Winkelman, pág. 216.

grandes dificultades; pero en cambio es imposible concebir una posición mas feliz y acertada y mas á propósito para poner en evidencia las bellezas del edificio, al propio tiempo que para embellecer con su presencia la ciudad y el encantador paisaje que la circunda. Es preciso recorrer todas las cercanías, y estudiar uno tras otro todos los puntos de vista que ofrecen, para apreciar el mérito de esta situación y el realce que comunica al edificio allí levantado; parece que empleando diez años en recorrer estos sitios para hallar una situación mejor, hubiera sido imposible conseguirlo. Por lo demás, esta circunstancia no es exclusiva del templo de que hablamos; antes bien constituye un rasgo distintivo de los grandes edificios que nos legaron los siglos cristianos. Impresionado el pueblo, tanto por lo extraordinariamente ventajoso de esta posición, como por la admirable hermosura de la iglesia misma, ha poetizado su origen envolviéndole en toda especie de maravillosas tradiciones. Segun él, Isabel misma fue la que en un principio tuvo la idea de construir su iglesia sobre la cima de una roca, llamada hoy todavía *Kirchspitze*, que domina la actual

basilica, y tenia además pensado poner en ella una grandísima torre con una campana que se oyera desde Hungría. Pero todos sus esfuerzos para conseguirlo fueron inútiles, no habiendo logrado ni aun abrir los cimientos, pues el trabajo de por el día era destruido de noche; y por mas que cambió de sitio para la obra diferentes veces, el resultado fue siempre el mismo. Por último un día, ya impacientada, cogió una piedra y la dejó caer al azar desde lo alto de la roca, jurando que en el sitio donde esta piedra parase construiria una iglesia. Y la piedra se paró en el sitio mismo donde hoy está la iglesia magnífica de que hablamos; y al punto se puso mano á la obra con éxito feliz. Esta tradicion toma, al parecer, una fuerza grande en la calidad sumamente pantanosa del terreno sobre que está fundado el templo; pues á menos de una razon sobrenatural, nadie concibiera el proyecto de edificar en aquel sitio ¹.

¹ En la Auvernia habia una tradicion parecida que voy á copiar, tomándola de la obra titulada: *La Auvernia en la edad media*, por Domingo Branche, 1842. — «Luego que fue concluida la basilica «del Puy en Velay y dedicada á la Virgen, bajó del «cielo santa Ana á visitar el nuevo palacio de su

Cuenta tambien el pueblo, que durante los grandes trabajos de esta fábrica los caudales para el pago estaban depositados en un cofre abierto, y á donde cada operario acudia á cobrarse el jornal por su propia mano; sucediendo que cuando alguno llevaba de mas, el dinero volvía de noche por sí mismo al cofre. ¡Expresivo y tierno simbolo de aquella fe y desinterés, cuyo hábito perdieron las modernas generaciones junto con el secreto de las sin igual maravillas del arte cristiano!

Acerquémonos ya á la iglesia misma atravesando un jardin de rosas, flor que, tanto aqui como en Wartbourg, parece especialmente consagrada á Isabel. Notaré-

«hija. Satisfecha de la obra, tomó en sus manos el «martillo del alarife, y subiéndose por los aires, «fué á posarse sobre la cima de la Duranda. Allí, «vuelto el rostro hácia la Auvernia, donde no ha- «bia una iglesia correspondiente á la gloria de la «Reina del cielo, lanzó el martillo, diciendo:

Alto vas;

Donde caigas

Una iglesia fundarás.

«Y el martillo fué á caer á la distancia de una «legua sobre la orilla derecha del Allier en un va- «lle desierto; de repente salió del suelo hecha y «derecha, gallarda como una flor, la iglesia roma- «na *des Chases* que fue dedicada á santa María.»

mos ante todo que la primera piedra del noble edificio fue colocada por el buen landgrave Conrado la víspera de la Asunción en el año 1235, pocos meses después de la canonización de la Santa ¹, y que esta fecha señala la iglesia de Marbourg como la más antigua entre todas las que en Alemania se construyeron con arreglo al estilo ojival ². Solamente los cimientos costaron de hacer veinte años, y otros veinte y ocho las partes más esenciales, que hasta 1283 no quedaron del todo terminadas; el interior, las flechas y todo el grandioso conjunto no quedó completo hasta entrado ya el siglo XIV. Tiene la iglesia 230 pies

¹ Se ha averiguado la existencia de otras dos iglesias más antiguas que esta, y donde probablemente oraba Isabel y fueron celebradas sus exequias: una de ellas ha desaparecido en otras construcciones más modernas de los caballeros; la otra, llamada de San Francisco, de forma romana, existía aun hace cincuenta años y ha sido destruida.

² Moller. — De la excelente obra de este escritor, impresa en Darmstadt en 1823, con 18 láminas, he sacado tres vistas de la fachada, del pórtico grande y del conjunto del edificio. Todo ello se encontrará en la colección de *Monumentos históricos de santa Isabel*, publicada en 1837 en casa de Bollé y Debecourt.

de largo por 83 de ancho; los cimientos 43 de profundidad, las bóvedas interiores 70 de altura, y 303 las dos torres con sus flechas. Hacia la mitad de su altura estaban enlazadas estas dos torres por medio de una galería que servía de comunicación entre ambas, según se ve todavía en Boppard y otros parajes de Alemania. Una de las dos torres tenía hacia este punto un grueso anillo de hierro; y según la tradición popular, la profundidad de los cimientos era igual á la altura medida desde el suelo hasta este anillo ¹.

Lo que desde luego llama la atención en esta basílica, tanto en su exterior como en lo interior, es su admirable armonía y perfecta unidad; bajo este aspecto me parece que no tiene quien la iguale. No obstante que duró su construcción siglo y medio, parece producida de un golpe, y como si en un día, no más, hubiera salido del molde del pensamiento elevado y santo que supo concebirla. No solamente es el más antiguo, sino también el más puro y acabado monumento de la arquitectura gótica en los países germánicos; y en mi concepto no existe en Europa edificio alguno de im-

¹ Descrip. mss. de la iglesia de 1677, ap. Justi.

portancia en que este género de arquitectura se ostente, como este, tan puro y exento de toda influencia extraña á su esencia, y tan limpio de toda mezcla de formas anteriores ó posteriores á él. En ninguna de sus partes (excepto en una puertecita lateral de la nave) se echa de ver rastro alguno del arco de medio punto romano ó bizantino, ni tampoco del follaje y ornamentación recargada que poco á poco alteraron la sencilla belleza de la ojiva.

De esta rara y maravillosa unidad, tanto como de la excelente proporción de todas las partes del edificio, resulta un conjunto que imprime piadosa dulzura é íntimo contento en las almas, aun en aquellas, según creo, que son mas extrañas á las inspiraciones religiosas del arte. Vagando con paso contemplativo bajo aquellos arcos tan sencillos, tan ligeros y sólidos á la vez, en medio del silencio y soledad actual de aquel vasto recinto, y saboreando el sosiego y frescura que en él reinan, se figura uno á veces transportado, por decirlo así, á la atmósfera de Isabel, y se echa de ver en este monumento levantado á su gloria el espejo mas fiel de su personalidad sagrada. Allí parecen reflejados los caracté-

res y contrastes de su encantadora vida; allí se hallan, como en el alma de la Santa misma se encontraban, unidos en maravilloso maridaje lo humilde y atrevido, la austeridad y la gracia, lo seductor é imponente á la vez. Allí, como consagrando la memoria de cada uno de los actos de su vida, cada una de aquellas piedras marcada con la pontificia cruz parece lanzarse hácia Dios y hácia el cielo, despojándose de terrestres ataduras: todo en este sitio respira é inspira el fervor y la sencillez, fundamentos del carácter de Isabel. En despecho de la autoridad de las fechas históricas, se siente una inclinación á ponerse de parte de la popular creencia que atribuye á la Santa la idea, el plan y hasta la ejecución misma del glorioso edificio; particularmente cuando, al ojear las puntuales y exactas crónicas de la época, se cansa uno en vano buscando un nombre, un solo nombre de arquitecto, alarife ú obrero cualquiera entre tantos como por espacio de cincuenta años tomaron parte en esta inmensa obra; hombres singulares que para esconderse á la posteridad, parece tomaron las mismas precauciones que otros para eternizar la fama de sus insignifican-

tes y fugitivas obras. Anónimos sublimes, han preferido refundir su gloria en la de la Santa amada de Cristo y de los pobres; y cuando su improba labor fue terminada, murieron como habían vivido, simples de corazón, ignorantes, ignorados, olvidados de todo, menos de Dios y de Isabel, olvidados de todos, menos de Dios y de ella ¹.

Buscando en vano estos nombres, es cuando se echa de ver bien claro cuán extraña al material esfuerzo, y hasta á la misma sábia inteligencia, era la fuerza que concebía y producía estas casas de Dios, verdaderamente dignas de este nombre y anteriores á la miserable degradacion de la arquitectura religiosa, posterior al siglo XVI. La sorpresa que causa el meditar en esto, inspira la creencia en una no sé qué vida superior y misteriosa infundida

¹ No sé yo en qué se funda la *Revista arqueológica* (de 15 de mayo de 1849) para atribuir la construcción de esta iglesia á Villard de Honnecouri. Es verdad que este arquitecto, cuyo rico *album*, poco há descubierto, debe ser publicado por Mr. Lassus, viajó por Hungría y se le tiene por autor de la catedral de Cambray, alguno de cuyos accidentes arquitectónicos tiene analogía con los de la de Marbourg; pero esta coincidencia no prueba que dicho arquitecto sea el autor de esta última.

en estos frutos de la antigua enérgica potencia de nuestra fe; y sin quererlo se vienen á la memoria aquellas bellas palabras de san Agustin: «Nadie pudiera entrar aquí si estas vigas y piedras no se hallaran con cierto orden adheridas unas á otras, si juntas no se mantuvieran por una cohesion pacífica, y si, permitase la expresión, no se amaran entre sí ¹.»

En el caso de verme obligado á definir con dos palabras mi pensamiento acerca del carácter distintivo de la iglesia de Santa Isabel, diría que consiste en una pureza y simplicidad, virginales en cierto modo. Aparece en ella con toda su primitiva belleza la verdadera arquitectura cristiana sin mas atavíos que las gracias juveniles, flor que se descoge gallarda y abre su cáliz al suave calor del sol de la fe. Comparándola con las catedrales mas pomposas y modernas de Estrasburgo, Colonia, Salisbury y Amiens, imágenes variadas de la inmortal Esposa del Señor, hallarémos entre ellas la misma diferencia que entre el tocado de la vírgen que se acerca por primera vez á la santa mesa, y las galas esplendentes y ricas de una casada.

¹ S. August. *Serm.* CCCXXXVI *in Dedicat.*

Perdóneme el lector que entre en algunos detalles. La parte exterior, ventajosamente desprendida y separada de toda otra construcción, presenta la curiosa particularidad de dos filas sobrepuestas de ventanas, mientras que en lo interior del templo la elevación de las paredes laterales no se halla interrumpida por ninguna división ni galería. Por lo demás, estas ventanas tienen una forma la más sencilla: constan de dos ojivas gemineas con una abertura circular sobrepuesta y encuadradas en otra ojiva mayor; disposición idéntica á la que se nota en Nuestra Señora de París, y que parece traer su origen del ventanaje de las catedrales de Pisa y Siena, de la iglesia de San Miguel y palacio Strozzi de Florencia, y de la mayor parte de los buenos edificios de la edad media en Italia. Nada de pináculos, campanillas, arbotantes calados, ni otros adornos del gótico posterior; únicamente hay dos galerías que rodean el edificio en todo su circuito. La fachada principal ú occidental, de la más sencilla elegancia, se compone de un ancho frontispicio dominado por una gran lucera y un remate triangular sumamente adornado y flanqueado por dos elevadas torres con sus

flechas de piedra perfectamente iguales, cuya aérea y para esbeltez es mucho de admirar. Ocupa el tímpano una hermosa estatua de la Virgen, especial protectora de la Orden Teutónica, en actitud de aplastar los vicios y el pecado, representados bajo el simbolo de unos pequeños monstruos: salen de los piés de esta imágen, á la derecha una vid cargada de abundante fruto, y á la izquierda un rosal lleno de flores y pajarrillos; en cada uno de los lados un ángel arrodillado venera á esta reina vencedora del pecado y fuente eterna de los frutos de la verdad y flores de la hermosura. Corresponde la ejecución á la penetrante gracia y profundo sentido de la imágen¹. Es también delicado y exquisito el trabajo del follaje de los chapiteles y filetes del arco aviajado de este frontispicio; y la masa compacta y enteramente cerrada del basamento de ambas torres forma un acertado contraste con la lujosa ornamentación

¹ Mr. Moller, uno de los primeros arqueólogos y arquitectos de Alemania, declara que en el discurso de sus prolongadas tareas nunca se le ha ofrecido una representación de la santísima Virgen, que le haya parecido mejor concebida y ejecutada que esta.

del frontispicio mismo; y lo propio sucede respecto de las ventanas que salen del primer cuerpo de estas torres, con la rica y ancha lucera del centro y el remate triangular. No puede menos de admirar la singular destreza con que se ha disimulado la union de este remate con las torres, por medio de tableros calados y una especie de balaustrada almenada de un gusto tan puro como original. Las dos torres contienen hasta siete campanas, de plata la mas chica de ellas, y cuyos sonidos forman acordes perfectos y bien combinados.

Al penetrar en la iglesia, llama la atencion el verla compartida en tres naves de igual altura, particularidad bastante rara en las grandes basílicas de la edad media, y que parece haber sido un rasgo distintivo de las iglesias de la Orden Teutónica, copiada en todas las vastas construcciones que le deben su origen en Prusia¹.

El color natural de la piedra principia á reaparecer por debajo del estuco con que la cubrieron en otro tiempo: las juntas

¹ Moller observa que la iglesia de santa Isabel parece haber servido en esto de modelo á otras muchas iglesias de la Hesse, como las de la abadía de Haina, de Friedberg, Frankenberg, etc.

de los sillares se ven á cada paso; y causa admiracion el ver como en fuerza de la solidez y ligereza, combinadas, ha podido darse á las paredes laterales dos piés de espesor solamente, y á veces diez y ocho pulgadas no mas. La division en tres naves resulta de una doble fila de columnas sumamente sencillas y flanqueadas de cuatro columnitas cada una, habiéndose ceñido el arquitecto en punto á adornos á los entalles de pámpanos, hiedra, rosas y trébol que llevan sus capiteles: pegada á una de las columnas de la nave hay una estatua de madera que representa á la Santa sosteniendo una iglesia en la mano.

Tiene este templo la forma de una cruz, forma usada constantemente antes de que hubiera nacido la peregrina ocurrencia de tomar los templos paganos por modelos de los cristianos: el coro, y lo mismo el crucero, terminan en ábsides poligonales, estando cerrado este último por una galería ó tribuna de bonito enmaderamiento. El retablo del altar mayor, consagrado en 1.º de mayo de 1290, magnifico y en armonía perfecta con el estilo de lo demás de la iglesia, está formado por tres arcos cobijados por doseletes triangulares y ojivales, y flan-

queados por cuatro cuerpos acampanados; llevando por remate un relieve de la coronación de la santísima Virgen. Las vidrieras del coro, merecedoras de especial estudio, son una obra admirable de fines del siglo XIII: en las seis del testero hay grandes figuras en pié, y asuntos historiados en medallones, como Nuestro Señor con Adán y Eva á los piés; la coronación de santa Isabel; san Francisco (con túnica azul) y Nuestra Señora; doce de los medallones representan rasgos de la vida de nuestra Santa. Las otras ocho ventanas ofrecen á la vista una especie de tapizado de flores y plantas, cuyo dibujo y colores son primorosos y están muy bien combinados. El resto de las vidrieras de esta iglesia fue destruido por los soldados del rey cristianísimo Luis XV, que en la guerra de Siete años convirtieron este templo en depósito de forrajes.

Cuatro abandonados altares de los dos brazos del crucero contienen varios asuntos de escultura y pintura relativos á la vida de nuestra Santa, y también las leyendas de santa Ana¹, santa Catalina, san Juan Bautista y san Jorge, obra, en parte, de la

¹ En esta es de notar el grupo que representa á santa Ana invitando á la Virgen á dar el pecho al

escuela de Alberto Durer, si bien, en mi juicio, indican mas antigua fecha y un gusto mas puro y religioso que el suyo. Son altos relieves en madera dorada resguardados por ventanas de madera también, y en cuyas superficies por dentro y fuera hay pinturas en lienzo pegadas á la madera, sencillas y expresivas pero retocadas con alguna demasia. Están allí representados el viaje de la niña Isabel, de Hungría á Turingia en un carruaje cubierto; el milagro del manto traído á la Santa por un Ángel, en cambio del que ella habia dado á un pobre, con detalles curiosos acerca del servicio de la mesa del Duque; luego el milagro del leproso depositado en el lecho del Duque¹; el abrazo de despedida de Isabel y Luis al tiempo de partir éste para la cruzada; la Santa expulsada de Warbourg y refugiada en una pocilga; su cai-

niño Jesús; y luego á Salomé y otras santas mujeres enseñando á sus hijos á leer.

¹ En el testero del lecho conyugal se ven los blasones de ambos esposos en dos escudos separados é inclinados bajo una cimera comun á ambos. En los cuarteles primero y cuarto del de la Santa se ve la cruz patriarcal de Hungría; el segundo está fajado de plata y gules; el tercero de plata y azur.

queados por cuatro cuerpos acampanados; llevando por remate un relieve de la coronación de la santísima Virgen. Las vidrieras del coro, merecedoras de especial estudio, son una obra admirable de fines del siglo XIII: en las seis del testero hay grandes figuras en pié, y asuntos historiados en medallones, como Nuestro Señor con Adán y Eva á los piés; la coronación de santa Isabel; san Francisco (con túnica azul) y Nuestra Señora; doce de los medallones representan rasgos de la vida de nuestra Santa. Las otras ocho ventanas ofrecen á la vista una especie de tapizado de flores y plantas, cuyo dibujo y colores son primorosos y están muy bien combinados. El resto de las vidrieras de esta iglesia fue destruido por los soldados del rey cristianísimo Luis XV, que en la guerra de Siete años convirtieron este templo en depósito de forrajes.

Guatro abandonados altares de los dos brazos del crucero contienen varios asuntos de escultura y pintura relativos á la vida de nuestra Santa, y también las leyendas de santa Ana¹, santa Catalina, san Juan Bautista y san Jorge, obra, en parte, de la

¹ En esta es de notar el grupo que representa á santa Ana invitando á la Virgen á dar el pecho al

escuela de Alberto Durer, si bien, en mi juicio, indican mas antigua fecha y un gusto mas puro y religioso que el suyo. Son altos relieves en madera dorada resguardados por ventanas de madera también, y en cuyas superficies por dentro y fuera hay pinturas en lienzo pegadas á la madera, sencillas y expresivas pero retocadas con alguna demasia. Están allí representados el viaje de la niña Isabel, de Hungría á Turingia en un carruaje cubierto; el milagro del manto traído á la Santa por un Ángel, en cambio del que ella habia dado á un pobre, con detalles curiosos acerca del servicio de la mesa del Duque; luego el milagro del leproso depositado en el lecho del Duque¹; el abrazo de despedida de Isabel y Luis al tiempo de partir éste para la cruzada; la Santa expulsada de Wartbourg y refugiada en una pocilga; su niño Jesús; y luego á Salomé y otras santas mujeres enseñando á sus hijos á leer.

¹ En el testero del lecho conyugal se ven los blasones de ambos esposos en dos escudos separados é inclinados bajo una cimera comun á ambos. En los cuarteles primero y cuarto del de la Santa se ve la cruz patriarcal de Hungría; el segundo está fajado de plata y gules; el tercero de plata y azur.

da en el lodazal; la visita del conde Banfi; la toma de hábito, etc. Los relieves representan su muerte, sus exequias, la exaltación de las reliquias en presencia del Emperador: trozos, todos tres, evidentemente obra de un artista digno de tratar tales asuntos.

En el brazo meridional del crucero están los sepulcros de los príncipes de la casa de Turingia y Hesse que aspiraron al honor de ser enterrados en la iglesia de su ilustre ascendiente. «En este palacio del Rey supremo, dice un historiador, Isabel, su real esposa, fue sepultada la primera; y luego ella recibió allí otros muchos conciudadanos, santos y leales servidores de Dios, destinados á salir en compañía de ella de sus sepulcros en el postrer día, y gozar con ella de las eternas alegrías¹.» Su director espiritual Conrado de Marbourg; Adelaida, hija del conde Alberto de Brunswick, muy famosa en santidad, y hasta en milagros; fray Gerardo, provincial de Franciscanos, edificante por sus austeridades, quisieron reposar junto á Isabel. De sus sepulturas no queda ya huella alguna; pero en cambio se conservan en muy buen esta-

¹ Theod. Suppl. apud mss. Bolland.

do los bellos mausoleos del landgrave Conrado, cuñado de la Santa, con la disciplina en la mano¹; de la hija de Isabel, Sofía, cuyo rostro está enteramente gastado por los ósculos de los peregrinos; y los de otros quince, entre príncipes y princesas de la Hesse, desde el siglo III al XVI, entre los que llama sobre todo la atención el del landgrave Enrique III *el Férreo*, que murió en 1376, cuya estatua se halla, junto con la de su bella esposa Isabel, tendida sobre la tapa, con un grupo de tres angelitos en actitud de sostener y ahuecar el almohadon sobre que descansan ambas cabezas, mientras que á los piés se ven arrodilladas algunas pequeñas deliciosas estatuas de monjes y monjas orando por el descanso eterno de los esposos. En el pavimento del templo hay otros muchos sepulcros con figuras en relieve y acostadas, ó con magníficos blasones vaciados en bronce.

En uno de los ángulos del otro extremo del crucero, hácia el Norte, está la capilla en que reposan las reliquias de santa Isabel; tiene la forma de un pórtico cuadrilongo de cuatro arcadas, dos de ellas pegadas á las paredes del ábside, y las otras dos

¹ Véase el cap. XXXI de esta Historia.

al aire. La bóveda interior es ojival cruzada; mas la cima del cuadrado es plana y está terminada por una alta balaustrada, desde donde sin duda se mostraban al pueblo las reliquias de la Santa, ó tal vez sería el sitio de los músicos y cantores en las grandes solemnidades. Guarnecen las archivoltas de los arcos y los ámbitos de los ángulos de la capilla lindos follajes esculpidos y dorados sobre fondo azul, contrastando con la desnudez del resto de la iglesia. En el espacio libre entre la arcada y la cima hay un fresco medio borrado que representa la coronacion de Isabel en el cielo, con una inscripción de que no hay legibles sino estas palabras: *Gloria Theutoniae... Dignum gemma Sophiae fons decus Ecclesiae. Fidei...* En otro fresco de la pared oriental están representadas las exequias de la Santa. En el centro de este edículo se alza la estatua de la Santa; es de madera pintada, las trenzas del cabello doradas, y en la mano sostiene una iglesia. En fin, sobre la base lateral de la capilla se ve un bajo relieve que la corre en toda su longitud, y merece una atención grande, ya por su antigüedad, que quizás se remonta al siglo mismo de la Santa, ya por su ingénuo y

sencillo carácter; siendo el monumento artístico mas antiguo que existe acerca de nuestra Santa. En él se ve á Isabel difunta, cruzadas las manos, tendida en su ataud abierto; Nuestro Señor y la Virgen están de pié junto al ataud; el alma de Isabel, figurada por una niña recién nacida y ya llena de gloria, es presentada por el Ángel de la guarda á Jesucristo que levanta su mano para bendecirla; otro Ángel la inciensa; la Virgen mira con amor á su humilde discípula; á su lado un hombre de luenga barba, lanza en mano, y ostentando la insignia de cruzado representa tal vez al duque Luis, y mas probablemente al penitente Conrado. A la izquierda están san Juan Evangelista, especial amigo de la Santa, santa Catalina y san Pedro con la llave del paraíso; á la izquierda san Juan Bautista, santa Maria Magdalena, y un obispo, que tal vez sea, segun se cree, el de Mayenza, Sigifredo. Delante de este bajo relieve es donde venian á arrodillarse los peregrinos, como lo demuestran las gradas ahondadas y desgastadas por el roce de las rodillas. ®

La caja donde desde 1249 fueron encerradas las reliquias ¹ de la Santa se hallaba

¹ Justi, pág. 241. Puede verse una muy exacta

colocada sobre este bajo relieve, y defendida por una reja que hoy se ve todavía; mas ahora se halla en la sacristía situada en el ángulo entre el coro y el crucero septentrional. Esta sacristía es tambien una pieza de arquitectura correspondiente al mérito de la iglesia; su doble bóveda estrellada descansa sobre un haz central de columnitas de muy gracioso efecto. La caja es uno de los monumentos mas curiosos y ricos de la escultura y orfebrería de la edad media, y de autor tan ignorado como el de la iglesia misma. Figura una casa gótica con doble techo puntiagudo, de forma cuadrilonga y de seis piés de largo, por dos de ancho, y tres y medio de altura. Es de madera de encina, cubierta ó forrada con planchas de plata sobredorada: los lados estrechos forman dos frontispicios, en uno de los cuales hay una imágen de la Virgen con diadema de pedrería y el niño Jesús en brazos, y en el otro una figura de santa Isabel vestida de monja con un libro en la mano. En uno de los frentes largos hay descripción de este precioso monumento por Justi en su historia de la Santa, y un grabado bastante bueno en los *Monumenta Landgraviorum Thuringiae* de Samuel Reyher, Gota, 1692.

una estatua sentada de Jesús doctor con tres apóstoles á la derecha y tres á la izquierda; en el otro está Jesús clavado en una cruz que tiene la forma de un árbol con sus ramas ¹. Dos ángeles coronan su cabeza inclinada; y á los piés están san Juan y la Magdalena. En ambos lados de dichos dos ángeles hay dos pequeños bajos relieves que representan la Natividad y la Resurreccion con estas bellas inscripciones: *Hic virgo parit rorem vitae relinquitque pudorem*; y *Hic stimulum mortis Christus vincit, leo fortis*. Á derecha é izquierda están los otros seis apóstoles, y sobre la cabeza de cada uno hay escrita una frase del *Credo*, segun muy frecuente uso en los monumentos de este arte cristiano, tan pro-

¹ Conocida es la bella leyenda tan generalmente difundida en los siglos de fe que suponía ser de la madera del árbol de la ciencia, de donde tomó Eva la mortal manzana, el leño en que fue clavado el Salvador. Á esto parece aludir la Iglesia en la estrofa del *Pange lingua* que se canta el Viernes Santo en la adoracion de la cruz:

De parentis protoplasti
Fraude factor condolens,
Quando pomi noxialis
Morsu in mortem corruit,
Ipse lignum tunc notavit,
Damna ligni ut solveret.

fundo y fecundo, como poco conocido y apreciado entre los católicos de nuestros días. Todas estas figuras están cobijadas por desoletes ricamente esculpidos. Sobre los planos inclinados del techo hay bajos relieves que representan muchas escenas de la vida de Isabel, en especial la despedida del Duque al partir para Palestina con todos los pormenores del asunto, como el casual descubrimiento de la cruz en el limosnero de Luis; el regalo de la sortija; el último abrazo. Estatuas y bajos relieves, todo es de plata maciza sobredorada y de excelente trabajo: la caja y marcos de las estatuas iban cuajados de una cantidad inmensa de camafeos, ónices, perlas, piedras esculpidas, esmeraldas y otras piedras del mas exquisito precio; siendo la mayor parte antiguas, y realzando por esta circunstancia el casi inestimable valor de un monumento, al cual la piedad y afecto de los fieles hacia Isabel habia consagrado tal multitud de tesoros¹. Muchas de estas piedras esculpidas habian sido traídas de

¹ Según opinion general esta caja valia á lo menos seiscientos mil escudos del imperio, ó sea, mas de dos millones de francos: otros la han valuado en seis tantos mas que esta tasacion.

Oriente por los peregrinos y los cruzados; algunas de ellas se las tenia por productos espontáneos de la naturaleza¹. Ya se sabe qué multitud de sobrenaturales propiedades eran atribuidas en la edad media á las piedras; por cuya razon eran á la vez el adorno mas precioso y la ofrenda mas significativa que pudiera consagrarse al sepulcro de una Santa. Habia entre ellas un ónice tan admirable, que por él habia ofrecido un elector de Mayenza el valor de todo el bailío de Amencœburgo. Á pesar de las turbulencias, trastornos, y guerras religiosas, todavia en 1810 quedaban en la caja ochocientas veinte y cuatro piedras

¹ Tienen estas piedras una importancia histórica y mitológica tan grande, que el célebre Creuzer, autor de la *Simbólica*, no se ha desdenado de consagrarles una obra especial publicada en Leipzig en 1834. Y ya que de este escritor hablo, no debó pasar en silencio la tierna descripcion que en sus memorias hace acerca de la impresion que sentia, cuando habitaba, siendo niño, en Marbourg, siempre que le acontecia entrar en la iglesia de Santa Isabel: á esto atribuye él su primera inclinacion hacia los estudios religiosos; y confiesa que la contemplacion de esta iglesia fue el primer golpe que recibió el luteranismo que profesaba. «Esta «santa Isabel, dice, era para mí todo un mundo.»

preciosas (sin contar las perlas) cuando fueron recontadas antes del secuestro dispuesto por el Gobierno franco-wesfaliano que mandó trasladar la caja á Cassel donde las mejores y mas ricas, en número de ciento diez y siete, perecieron por la rapiña.

Por su forma y belleza recuerda esta caja la de san Sebald en Nürnberg, adornada con las estatuas de los doce Apóstoles, por Peter Fischer; pero tiene sobre ésta la ventaja de ser anterior en tres siglos: mas antigua y rica que ella, quizás no haya en todo el mundo sino la de los santos Reyes en Colonia y los grandes relicarios de Aquisgran.

En esta caja, cuyo primor y riqueza eran producto de la porfia del amor y fe del pueblo cristiano para que fuese una cosa digna de su objeto, reposaron las reliquias de la carísima Santa hasta la época de la Reforma protestante. Lo que pasó entonces voy á copiarlo de los historiadores luteranos ¹.

¹ El Dr. Justi, superintendente actual de la iglesia luterana de Marbourg, en la historia de nuestra Santa (1797) y en el *Vorzeit* de 1824: las noticias las sacó este autor de otra obra titulada: *Historische diplomatischer Unterricht und gründliche Deduction von des hohen, etc., 1751.*

á fin de aducir nada sospechoso testimonio de la especie y naturaleza de las victorias alcanzadas en aquellos tiempos por aquella causa que despues se ha dado en llamar la causa del progreso y de las luces. El dia de la dominica *Evandi*, año 1539, el landgrave Felipe de Hesse, descendiente en línea recta de santa Isabel, vino para la iglesia dedicada á su ilustre abuela, é hizo celebrar allí por primera vez el culto llamado evangélico. Iban con él el duque Alberto de Brunswick, el conde de Isemburgo, un célebre poeta, llamado Eobano Hesus, autor de heroidas al estilo de Ovidio ¹, el profesor Crato y otros muchos de aquellos doctores y literatos que tuvieron la ocurrencia, entonces muy en boga, de disfrazar sus nombres alemanes con traducciones grotescas del latin y griego ², y que solian ser

¹ Entre ellas tiene una de Isabel á su marido Luis, ausente en Tierra Santa, modelada por la de Penélope á Ulises.

² Por ejemplo: el doctor Eichmann se llamaba *Dryander*; Juan Eisenmann *Ferrarius Montanus*, etc. Sabido es que Melancton no es otra cosa que la traduccion al griego del nombre primitivo de este heresiarca *Schwarzerd*, que significa literalmente *Tierra negra*.

los adeptos mas fanáticos del Protestantismo. Terminado el oficio, hizo llamar al señor de Milchling, comendador de la Orden residente en Marbourg y electo despues gran maestro de la misma; y cuando hubo llegado, fueron juntos á la sacristía donde estaba guardada la caja, seguidos de una inmensa multitud de pueblo. Habiendo entrado el Príncipe y su comitiva en la sacristía, el Comendador mandó cerrar la puerta para detener la muchedumbre. Como la reja que defendia la caja estaba cerrada, el Comendador se negó á abrirla y tiró léjos la llave; el sacristan por su parte dijo que no sabia cómo hacer para abrir, no habiendo llave. Entonces el Landgrave mandó un asistente en busca de herreros provistos de martillos y demás instrumentos para romper la reja; mas al ir á salir, se notó que la puerta no se abria mas que por defuera con la llave; por lo cual hubo que arrojar ésta por una ventana á fin de que la recogiesen los que se hallaban fuera, y abrieran la puerta. Entre tanto el Príncipe se dignó decir estas palabras: «Si «hemos de morir de hambre en esta sacris- «tía, principiaremos por comernos al Co-

«mendador.— Eso será, replicó el aludido, «si yo estoy de humor de dejarme comer¹.» Á poco rato llegaron los instrumentos para la fractura de la reja, y al comenzar la operacion exclamó el Príncipe: «Vaya, gra- «cias á Dios! que están, por fin, aquí las «reliquias de santa Isabel! carne de mi car- «ne y huesos de mis huesos! Ven acá, abue- «lita Isabel! hé aquí mi abuela, mi vene- «rable abuela²!» Y luego el *digno* nieto de la Santa, volviéndose para el Comendador, le dijo: «Parece que el mueble es pesadi- «to; si á lo menos estuviera repleto de es- «cudos! lo que es buenos florines viejos de «Hungria, no dejarán de ser.— Lo que es, «yo no lo sé, repuso el Comendador; nun- «ca me acerqué tanto para verlo, y plu- «guiera á Dios no me sucediera hoy lo con- «trario.» Abierta la caja, metió el Land- grave las manos y sacó de ella otra cajilla como de unas cinco cuartas de largo, en- vuelta en un paño de seda carmesí, que contenia la osamenta de la Santa; y alar- gándola á un empleado de su casa, llama-

¹ Relacion de un testigo ocular sacada de la se- gunda de las dos obras que acabo de citar.

² En la misma relacion ya citada.

do Collmatsch, éste la metió en un saco de los del forraje, en el cual la aparaba un criado, y la mandó llevar al castillo. El Landgrave, despues de esta profanacion, arrancó por sí mismo un trozo de la caja, que él creyó ser de oro macizo; y como, ensayado por un platero, viese que era cobre dorado, dijo: «Vaya con estos curas, y cómo engañan las gentes! hicieron de cobre la caja, y guardaron para ellos el oro!» Echando de menos la cabeza de la Santa, insistió con el Comendador hasta obligarle á que designase el sitio secreto de la sacristia, que era un armario, donde estaba guardada la reliquia juntamente con la corona y cáliz de oro que el emperador Federico habia regalado, trescientos años antes, el dia de la traslacion solemne, segun referí en su lugar. Todos estos objetos preciosos fueron trasladados al castillo por orden del Príncipe, y nunca mas volvió á saberse de ellos.

Y á este hombre han condecorado los Protestantes con el dictado de *Felipe el Generoso*.

En este mismo año 1539 obtuvo el Príncipe una dispensa, firmada por Martin Lu-

tero y otros siete teólogos evangélicos reunidos en Wittemberg, para tomar una mujer además de la que ya tenia y le habia dado un gran número de hijos. ¿Qué extraño es que de entonces acá la antigua y gloriosa casa de Hesse haya llegado en sus ramas protestantes á tal grado de decadencia, que por espacio de un siglo se ha visto precisada, para poder vivir, al extremo de tener que vender súbditos suyos á los ingleses, para emplearlos á combatir á los salvajes de América?

Poco tiempo despues fueron los huesos de la Santa enterrados bajo una simple losa de la iglesia en sitio ignorado de todos, excepto del Landgrave y dos confidentes suyos. En 1546, so pretexto de poner la preciosa caja á cubierto de los riesgos de la guerra, mandó el Príncipe depositarla en el castillo de Ziegenhayn: pero dos años mas tarde, cediendo á las vivas instancias del comendador Juan de Rehen, Felipe mandó restituir á Marbourg esta propiedad sagrada; y al mismo tiempo tuvo por prudente obedecer la orden que le habia dado Carlos V, el año mismo del sacrilegio, para que devolviese á la iglesia las reliquias

de santa Isabel ¹. Fueron, pues, sacadas de tierra y entregadas al Comendador, pero no volvieron á colocarse en la caja; y segun el recibo que de la entrega dió el Comendador en 12 de julio de 1548, faltaba ya entonces una gran parte de ellas; y desde esta época la dispersion ha sido completa. Hacia fines del siglo XVI, en época en que la España hacia grandes gastos y sacrificios por salvar las reliquias de los Santos en los países invadidos por la herejía, la piadosa infanta Isabel-Clara-Eugenia, gobernadora de los Países Bajos, cuya memoria es todavía hoy tan popular en Bélgica, adquirió el cráneo y una considerable porción de los huesos de su santa Patrona, y los hizo trasladar á Bruselas y depositarlos en las Carmelitas ²: andando el tiempo, el cráneo fue enviado al castillo de

¹ Justi, pag. 250.

² Sanderi chorographia sacra Brabantiae, t. II, pag. 348 y la nota de los Mss. Bolandistas en Bruselas. El convento de Carmelitas ha desaparecido, con tantos otros á impulsos del vandalismo democrático; y á pesar de los esfuerzos de Mr. Stædler para volver á dar con ellas, las preciosas reliquias no se encontraron ya mas.

Roche-Guyon en Francia, desde donde ha muy poco tiempo fue trasladado á Besançon por el cardenal duque de Rohan ¹. Uno de los brazos fué á parar á Hungría; otras porciones de sus reliquias se veian todavía en Hanover, Viena, Colonia y sobre todo en Breslau en la rica capilla que dedicó á la Santa en 1680 el cardenal Federico de Hesse, obispo de esta ciudad y descendiente tambien de Isabel. En esta capilla es donde se guarda el baston de madera negra en que se apoyaba la Santa cuando la echaron de Wartbourg ². Ya hice mencion del vaso que se conserva en Erfurt, del vestido de novia guardado en Andechs, de la sortija de alianza que hay en Braunfels con el libro de Horas, la mesa y la silla de paja: por último el velo se enseña en Tongres.

¹ Se le venera hoy en el hospital de Santiago en esta ciudad.

² Este baston ha sido montado en plata y guardado de cintillas espirales del propio metal, en las cuales se ve escrita la genealogía de la casa de Hesse desde santa Isabel hasta el cardenal Federico. Mr. Guénébault posee un curioso grabado que representa esta reliquia colocada con las de otros muchos Santos en un relicario.

En 1833 el conde de Boos-Waldeck poseía uno de los brazos de la Santa; y aunque brindó con él á varios de los soberanos que descenden de ella, no encontró quien quisiera comprárselo ¹.

En Marbourg no hay reliquia alguna. Afirma la tradicion, que los huesos fueron inhumados al pié del altar mayor, y que de allí los robaron en 1634. Hoy no se encuentra allí otra cosa de ella sino una gran tapicería, en que, segun se dice, trabajó la Santa, y representa la historia del hijo pródigo; es la que emplean los luteranos para toalla de comunión. La caja, vacía hace ya tres siglos, fue llevada á Cassel en tiempo del rey Jerónimo, y luego devuelta á Marbourg en 1814, y colocada de nuevo en la sacristía ². La magnífica iglesia cons-

¹ Esta preciosa reliquia halló, al fin, un asilo en la capilla del castillo de Sayn, merced á la piedad de la princesa Leonila de Wittgenstein, á quien la remitió el conde de Boos en 1851.

² Tiene mucha razon Mr. Stædler en decir que si los escritores alemanes han declamado tanto contra el robo de la pedrería de la caja por los franceses, en cambio no han censurado lo mas mínimo la profanacion sacrilega de las reliquias, de que la caja al cabo no era sino un receptáculo ó depósito.

truida en honor suyo está dedicada desde 1539 á un culto que mira como idolatría la invocacion de los Santos: desde entonces ningun homenaje resonó bajo aquellas bóvedas en honor de Isabel.

De suerte que aquella alma, tan querida en el cielo y la tierra, no ha logrado, como otros Santos, el que sus despojos permaneciesen pacíficos hasta hoy en medio del pueblo fiel, rodeados del amor y el culto de las generaciones sucesivas, á la sombra de los altares en que todos los dias se ofrece el inmaculado sacrificio. Al contrario; el país habitado por esta hermana de los Angeles ha renegado en masa de la fe de sus abuelos; los hijos de aquel pueblo por ella tan amado, consolado y socorrido, desconocieron su poderosa proteccion y renegaron de ella. La Turingia, donde vivió niña, doncella y esposa, y la Hesse, donde pasó su viudez, ambas renunciaron al Catholicismo. La orgullosa huella de Lutero vino á empañar los puros recuerdos del castillo de Wartbourg, santificado por su piadosa infancia, las pruebas de su juventud y aquella union conyugal sin igual en santidad y ternura. En vano desde lo alto

de las vetustas torres, desde donde su amor se cernía sobre toda la comarca, busca hoy la vista del viajero una iglesia, una cabaña católica. En Eisenach, en esa ciudad donde de tal manera se ostentó discipula de Cristo en lo caritativa y sufrida, no hay un solo católico que la invoque, ni un altar, ni una piedra santa donde pueda hincar la rodilla el peregrino que viene á honrar en estos sitios su memoria, á fin de honrar su dulce nombre é implorar su bendición ¹. Y finalmente, en la ciudad misma donde murió, y á donde tantos millares de peregrinos han acudido á venerar sus reliquias y dejar impresa en la carcomida piedra la huella de su fe y devoción, en esa ciudad, digo, ya su vida está reducida á un hecho puramente histórico; y el corto número de católicos que viven dentro de sus muros no tienen una misa siquiera en el día de la festividad de la Santa ². Ni siquiera el se-

¹ Así era ciertamente cuando yo visité esta ciudad; pero posteriormente, y gracias al celo de monseñor Pfaff, obispo de Fulda, fue erigida la capilla católica que hoy existe bajo la advocación de santa Isabel.

² Desde 1811, gracias á la conquista francesa y

pulcro respetaron; y entre los descendientes de aquel ángel de bondad y misericordia, ha habido uno capaz de desenterrar sus huesos para profanarlos insultándolos ¹!

¿No es, pues, un deber para todos los católicos el tributarle homenajes, rehabilitar por todos los medios posibles la gloria de esta Santa, ofrecerle el tributo de su amor

á la nueva constitución, el ejercicio del culto católico, prohibido severamente por espacio de tres siglos por la tolerancia de los Protestantes, está nuevamente autorizado en Marbourg. Hay un pequeño templo, y como unos trescientos fieles; mas el párroco que sirve la feligresía se limita á decir misa los domingos; y cuando el día mismo de la Santa le preguntamos, si en obsequio de tal festividad diría misa aquel día, nos contestó, que ni siquiera había pensado en semejante cosa.

¹ En Alemania, como en Francia, la falsa ciencia y la historia racionalista nunca se han olvidado de prestar su concurso á la obra sacrilega de la violencia y la codicia. En 1837, trescientos años después del atentado de *Felipe el Generoso*, un historiador eminente, Luden, escritor de la escuela moderna, ha puesto en letras de molde, en el tomo XII, lib. XXVI, cap. 9 de su *Historia de los Alemanes*, lo que sigue: «Isabel era una mujer exaltada, que no supo hallar para sus nervios otro calmante que los espasmos de una religiosidad convulsiva.»

y su celo, por insignificante y pobre que sea la expresion y la forma del obsequio? Muy bien en estos sentimientos abundaba aquel pobre capuchino á quien con sentimiento cito por última vez en esta historia, cuando escribia á mediados del siglo XVII estas palabras: «Al visitar esta grande y hermosa iglesia y este rico sepulcro de la Santa, y viendo tan preciosos tesoros en poder de luteranos, y despojados tan ignominiosamente de su antiguo brillo, sentí partirseme de dolor el corazón. ¡Ah! no pude menos de quejarme de ello ante el Dios omnipotente del cielo, y suplicar, como mejor supe, á santa Isabel que se dignara poner remedio. En desquite de la honra que no te dan los no católicos, los que tenemos la dicha de serlo estamos obligados á esmerarnos en tu honor y obsequio, y á invocarte con fervor redoblado, ¡oh sierva gloriosa de Dios! y regocijarnos para siempre jamás de que del fondo de la Hungría te trajera el Señor á Alemania para ser la joya mas rica de nuestra tierra ¹!»

¹ P. Martinus á Kochem, pág. 836.

Por lo demás, aun en aquellos países olvidados de su gloria ó que renegaron de ella, queda á Isabel un homenaje todavía, y quizás el mas dulce y amable de cuantos jamás recibiera: se da el nombre de *florequita de Isabel* ¹ á una pequeña flor que, dulce y modesta como la Santa, cierra su cáliz por la tarde al desaparecer la luz del sol, símbolo de aquella Isabel que sabia cerrar su alma á todo cuanto no era un rayo de la gracia y de celestial luz.

¡Dichoso de mí si el débil testimonio que intento tributar á su gloria fuese aceptado por ella, cual debió serlo el sentimiento de confiado y pio afecto que en otro tiempo inspiró á algunos sencillos católicos la idea de poner á la flor que amaban el nombre querido de la Santa!

Séame, pues, lícito, antes de decir adios á estas páginas humildes, levantar por la vez postrera mi pecho y mi palabra hácia vos, ¡oh dulce Santa! á vos, á quien, á imitacion de tantas fervorosas almas, me

¹ *Elisabethen-blumchen* es uno de los nombres que lleva en Alemania la flor llamada *cystus helianthemum* en latin, *fleur du soleil* ó *herbe d'or* en francés, *flor del sole* en italiano, etc.

atreveré á llamar *nuestra amada Isabel!* ¡Oh amadísima de Cristo! dignaos ser la celeste amiga de mi alma, y ayudarla para que llegue á ser la amiga de vuestro Amigo. Dirigidme desde los cielos una de esas tiernas miradas con que sabíais acá en la tierra curar las enfermedades mas crueles de los hombres ¹! Hijo de este siglo sombrío y glacial, vine á ser ilustrado por vuestras santas luces y reanimado por el fuego de vuestro amor; y vos os dignásteis acoger mis votos, y pensando en vos, descendió mil veces la paz á mi corazón! Bendita seais por las preciosas lágrimas que de mis ojos hizo brotar la relacion de vuestras penas y de vuestra paciencia, de vuestra caridad y sencillez angélica; bendita seais por haberme protegido en tantos trabajos y contra tantos errores; por tantos solitarios y tristes días que vuestra amada imágen bastó á llenar ella sola; y por tantas horas de amargura que vuestra memoria llenó de encanto. Bendita, bendita para siempre jamás seais, ó Santa mía, y dignaos dar vuestra bendicion al último, en tiempo y en

¹ Véase el capítulo XXVIII de esta Historia.

mérito, y mas indigno de vuestros historiadores.

Respondens Iesus dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine coeli et terrae, quia abscondisti haec à sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis ¹.

¹ Matth. xi, 25.

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	PÁG.
CAPÍTULO XVI.— De como el buen duque Luis murió en camino para la Tierra Santa.	5
CAP. XVII.— De como la amada santa Isabel supo la muerte de su marido ; y de la grande angustia y tribulacion que por ello tuvo.	16
CAP. XVIII.— Que la amada santa Isabel fue con sus pequenuelos hijos echada del castillo y reducida á extrema miseria ; y de la grande ingratitud y crueldad de los hombres para con ella.	25
CAP. XIX.— Que el misericordiosísimo Jesús consoló á la amada santa Isabel , y la dulcísima y clementísima Virgen vino á instruir la y fortalecerla.	43
CAP. XX.— Que la amada santa Isabel no quiso volver á casarse ; y de como consagró su traje de novia á Jesús, esposo de su alma.	71
CAP. XXI.— Que la amada santa Isabel recibió los huesos de su muy amado esposo ; y de como se les dió sepultura en Reinhartsbrunn.	84
CAP. XXII.— Que los caballeros de Turingia	

obligaron al duque Enrique á arrepentirse de su traicion, y á hacer justicia á la amada santa Isabel.	96
CAP. XXIII. — Que la amada santa Isabel renunció á la vida del siglo; y de como habiéndose retirado á Marbourg, tomó allí el hábito del glorioso san Francisco.	105
CAP. XXIV. — De la gran pobreza en que vivió la amada santa Isabel; y como se redobló su humildad, y tambien su misericordia para con los hombres.	126
CAP. XXV. — Que la amada santa Isabel no quiso volver al reino de su padre, para entrar mas segura en el reino de los cielos.	153
CAP. XXVI. — De como la amada santa Isabel repartió toda su dote á los pobres.	161
CAP. XXVII. — Como la amada santa Isabel aprendia con el maestro Conrado á quebrantar en todo su voluntad.	170
CAP. XXVIII. — Que el Señor hizo brillar su poder y misericordia por intercesion de la amada santa Isabel; y de la maravillosa virtud de las oraciones de la Santa.	196
CAP. XXIX. — De como la amada santa Isabel fue á la edad de veinte y cuatro años convidada á las bodas eternas.	228
CAP. XXX. — De como la amada santa Isabel fue sepultada en la capilla de su hospital, y de como las avecillas del cielo celebraron sus exequias.	241
CAP. XXXI. — De los hermosos milagros conseguidos de Dios por la intercesion de la amada santa Isabel; y de como su cuñado	

el duque Conrado trató de hacerla canonizar.	250
CAP. XXXII. — De como la amada santa Isabel fue canonizada por el papa Gregorio; y de la grande alegría y veneracion de los fieles de Alemania cuando sus reliquias fueron exaltadas en Marbourg.	279
CAP. XXXIII. — De lo que, muerta la amada santa Isabel, avino á sus hijos y parientes; y de muchos grandes Santos que de su raza salieron.	326
CAP. XXXIV. — De la hermosa iglesia construida en Marbourg en honor de la amada santa Isabel; y de como sus reliquias fueron profanadas, y tambien del fin de esta Historia.	362

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

LIBRARY LABEL